Monstruos

by leah9712

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Adventure, Friendship
Language: Spanish
Characters: Hiccup, Toothless
Status: Completed
Published: 2014-12-21 13:07:35
Updated: 2014-12-27 13:46:39
Packaged: 2016-04-27 06:32:14
Rating: T
Chapters: 13
Words: 58,602
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Hipo es un chico de once aÃ±os que sufre bullying en el colegio por ser diferente al resto de sus compaÃ±eros. La relaciÃ³n con su padre es nula y ahora que Hipo ha perdido a su madre se siente mÃ¡s solo que nunca. Sin embargo, su vida cambia drÃ¡sticamente cuando se hace amigo... Â¡de un dragÃ³n al que encima oye hablar! (AU!)

1. PrÃ³logo

DespuÃ©s de un tiempo me animÃ© a subir esta historia. Los personajes pertenecen a Cressida Cowell y a DreamWorks. Lo Ãºnico que yo he hecho ha sido "cambiar" la historia original para poder hacer una pequeÃ±a historia con moraleja. AsÃ-, se me ocurriÃ³ recontar la pelÃ-cula con una nueva historia. Este fic consta de diez capÃ-tulos (once con prÃ³logo) que irÃ© subiendo poco a poco. Espero que les guste :)

PRÃ“LOGO

La quietud de la noche se vio interrumpida por una incesante y escandalosa alarma de emergencia que se oÃ-a por cada rincÃ³n de aquella isla alejada de la mano de Dios; junto a ella, varios focos de luz iluminaban cada rincÃ³n del cielo oscuro de rojo, haciendo desaparecer de la vista humana las estrellas que adornaban aquel cielo despejado. El edificio blanco â€” que era la gran parte de aquella pequeÃ±a isla â€” estaba lleno de movimiento en su interior. MÃ¡s de dos docenas de hombres corrÃ-an por toda la construcciÃ³n con fusiles en sus manos, preparados para disparar ante cualquier ruido o movimiento sospechoso a su alrededor. La alarma les causaba a todos un dolor de cabeza inexplicable, pero eso no lograÃ³ que perdieran su concentraciÃ³n; el miedo que sentÃ-an ante aquel que habÃ-a causado todo esto era mayor que cualquier molestia que pudieran sentir. A pesar de la rigidez de sus mÃºsculos a causa del pÃ¡nico, ellos seguÃ-an trotando por los pasillos y sujetando con fuerza y decisiÃ³n las armas.

De pronto, la alarma se callÃ³ y con ella, las luces desaparecieron, devolviendo a ese desamparado lugar el silencio con el que se habÃ-a presentado la noche. Un grupo de cinco hombres ignoraron este hecho (aunque agradecÃ-an que ese insufrible sonido parara de una vez) y siguieron andando. SÃ³lo uno de ellos parecÃ-a no temer a nada y eso les causaba a los otros cuatro mÃ¡s respeto que la bestia que deambulaba a sus anchas por ese edificio. El "lÃ-der" de aquel cuarteto pegÃ³ a la pared en cuanto terminaron de recorrer ese pasillo y con un gesto indicÃ³ a los demÃ¡s que lo imitaran, ellos obedecieron enseguida y Ã©l, esta vez, hizo un gesto para que se mantuvieran callados. HincÃ³ la rodilla derecha en el suelo y empezÃ³ a apuntar hacia al frente, susurrando palabras como: "Ven aquÃ-" o "Ya estÃ¡". Los otros nada mÃ¡s estaban preparados para disparar, pero sÃ³lo si Ã©l se lo mandaba a hacer.

Entonces, se escuchÃ³ un ruido. Una respiraciÃ³n profunda que, alguna que otra vez, estaba acompaÃ±ada de un gruÃ±ido, junto a ella tambiÃ©n se oÃ-a pasos tan pesados que parecÃ-a que el suelo temblaba como si hubiera un terremoto. Los cuatro hombres bajaron un poco las armas, armÃ¡ndose de valor y pensando elogios para restablecer sus fuerzas. Sin embargo, el hombre que mandaba en ellos no se moviÃ³, se mantuvo quieto, esperando... EsperÃ³, esperÃ³, esperÃ³... Y, finalmente, llegÃ³. Una gigantesca figura negra, que se confundÃ-a con el ambiente por la oscuridad de la noche, se dejÃ³ ver ante los cinco presentes, aunque poco pudieron disfrutar de su vista, porque el hombre disparÃ³ antes de que al animal le diera tiempo a reaccionar.

La bestia, aÃºn asÃ-, pudo evitar que el disparo le diera en el hocico, con un Ã¡gil salto de lado, pero resultÃ³ herido en su pata derecha, la cual empezÃ³ a sangrar inmediatamente. El dolor que sintiÃ³ hizo que rugiera con todas sus fuerzas a los cinco hombres, haciÃ©ndolos caer por el impacto. Algunos soltaron las armas y se cubrieron la cabeza con las manos, otros temblaban viendo los dientes puntiagudos del monstruo, pero el lÃ-der no hizo nada de eso. No, Ã©l mirÃ³ a ese animal a los ojos, esos ojos verdes que ahora sÃ³lo dejaban ver odio e ira. Sin esperar a otro ataque mÃ¡s, la gran figura saliÃ³ de ahÃ- corriendo (cojeando). El lÃ-der gruÃ±Ã³ al ver cÃ³mo se escapaba y cÃ³mo sus hombres seguÃ-an en el suelo, temblando como cobardes. De uno de sus bolsillos sacÃ³ un walkie-talkie, y con su voz dura y autoritaria, hablÃ³:

â€”Â¡SeÃ±or, la bestia se escapa!

Segundos despuÃ©s, mÃ¡s centenares de hombres salieron de la nada y rodearon el lugar, por dentro y por fuera esta vez, apuntando en todas la direcciones que estaban a su alcance. La bestia se dio cuenta de esto y gruÃ±Ã³ al ver cÃ³mo sus posibilidades de escapar se empezaban a reducir a nada. AÃºn asÃ-, siguiÃ³ corriendo, aguantando el dolor de su pata. LlegÃ³ hasta una de las muchas compuertas que ahora se estaban cerrando con rejas metÃ¡licas, al igual que las ventanas. ParÃ³ en seco al ver a mÃ¡s de veinte hombres delante de una puerta que aÃºn estaba a medio cerrar. Todos los apuntaban con armas, las cuales oyÃ³ cargar al unÃ-sono. Uno de los hombres empezÃ³ a gritarle:

â€”Â¡Vamos, quÃ©date quieto, monstruo! Â¡No muevas ni un mÃºsculo mÃ¡s!

El mencionado sÃ³lo gruÃ±Ã³ por el trato que estaba recibiendo por su parte y avanzÃ³ un paso, plantÃ¡ndole cara a todos.

â€”Â¡He dicho que no te muevas! Â¡Como te muevas, disparamos!

El animal mirÃ³ a todos los hombres que estaban delante de Ã©l, apuntÃ¡ndole sin un Ã¡pice de sentimiento en sus ojos. AsÃ- lo habÃ-a mirado siempre, como una bestia, como un _monstruo_. GruÃ±Ã³ sacando los dientes y mostrÃ¡ndoselos a todos los presentes, que ante esta imagen retrocedieron un par de pasos, para proteger su vida. Ã‰l era demasiado orgulloso como para dejarse mandar por _ellos_, asÃ- que volviÃ³ a dar un paso, esta vez ensaÃ±ando los dientes.

â€”Â¡Te dije que quieto, monstruo! â€” Le gritÃ³ el hombre, enfurecido por el comportamiento del animal. Le apuntÃ³ con su arma y se preparÃ³ para dispararle.

Si aquÃ- hay un monstruo...

El hombre terminÃ³ de apuntar al hocico del animal para luego poner el dedo en el gatillo y empezar a apretarlo. Mientras, la bestia respirÃ³ hondo.

...son ustedes.

â€”SeÃ±or director, Â¿estÃ¡ seguro de esto? â€” PreguntÃ³ algo nervioso el joven de cabello castaÃ±o y ojos azules, mientras sostenÃ-a un arma, aunque por su apariencia parecÃ-a una de esas cÃ¡maras que los directores de Estados Unidos utilizaban para sus pelÃ-culas.

â€”Por supuesto. Ese monstruo es muy listo, nosotros que somos humanos no podemos ser menos.

â€”Pero han muerto ya muchos de nuestros hombres por culpa de _eso_, Â¿por quÃ© sigue mandando mÃ¡s?

â€”Porque siempre, para cada plan, debe haber una presa. â€” El director sonriÃ³ al novato con sus dientes, mÃ¡s afilados que los de la propia bestia.

Al joven se le helÃ³ la sangre con esa respuesta. Todos sus compaÃ±eros le habÃ-an advertido que el director era una persona frÃ-vola, sin sentimientos y egoÃ-sta, pero nunca pensÃ³ que llegarÃ-a a derramar sangre por su propio beneficio. Un estallido lo sacÃ³ de sus pensamientos.

â€”Â¿Â¡QuÃ© fue eso!? â€” GritÃ³ el joven mirando hacia la puerta. Ã‰sta se abriÃ³ dejando ver a un hombre, malherido.

â€”Ha... Ha escapado... â€” Dijo sin aliento, desplomÃ¡ndose en el suelo sin fuerzas.

â€”Â¿Â¡Se encuentra bien!? â€” GritÃ³ el novato, intentando correr hacia Ã©l, pero el Director le cogiÃ³ por el brazo para pararlo.

â€”Â¡Quieto, olvÃ-date de Ã©l! â€” Le dedicÃ³ una mirada de enfado al hombre que estaba en el suelo. â€”Panda de inÃºtiles... Â¡TÃº, InsÃºa, colÃ³cate en tu sitio!

InsÃºa ordenÃ³ las Ã³rdenes del Director, aunque estuviese en contra de ellas. Se colocÃ³ cerca del arma y empezÃ³ a mirar a travÃ©s la mira telescÃ³pica. De pronto, una sombra negra pasÃ³ ante sus ojos.

â€”Â¡AhÃ- estÃ¡! â€” GritÃ³ enfurecido el Director. â€”Â¡DispÃ¡rale a un ala, asÃ- no podrÃ¡ volar mÃ¡s!

InsÃºa no necesitÃ³ que se lo repitieran. RÃ¡pidamente, preparÃ³ el arma para disparar. Esa criatura, para sorpresa de Ã©l, no se alejaba de la isla, es mÃ¡s, parecÃ-a querer volver a entrar. El muchacho no querÃ-a volver a oÃ-r al Director gritÃ¡ndole o insultÃ¡ndole, asÃ- que se decidiÃ³ por disparar en cuanto el animal se quedÃ³ quieto en el cielo, mirando en todas las direcciones.

â€”Ya te tengo... â€” SusurrÃ³ el joven, apuntando a una de las alas gigantescas que salÃ-an del ala del animal, pero Ã©ste se dio cuenta de la presencia de esos dos a travÃ©s del cristal y volviÃ³ a sacar los dientes. Se alejÃ³ rÃ¡pidamente de ahÃ-, dando una vuelta en el aire, e InsÃºa disparÃ³ pues sabÃ-a que habÃ-an sido descubiertos y que no habÃ-a mÃ¡s oportunidades.

Sin embargo, las cosas no salieron planeadas y, en vez de darle a una de las alas grandes, disparÃ³ a la cola de la bestia, la cual rugiÃ³ de dolor y se fue volando rÃ¡pidamente de ahÃ-, fundiendo el negro de su piel con el del cielo nocturno. El Director vio cÃ³mo uno de _sus_ animales se escapaba... Y el mÃ¡s importante de todos, por si fuera poco... El Director gritÃ³ enfadado, lanzando mil maldiciones al aire e insultos contra sus empleados. El animal los oyÃ³, pero los ignorÃ³, siguiÃ³ volando lo mejor que podÃ-a, balanceÃ¡ndose en el aire por el dolor.

Finalmente, no pudo mÃ¡s y se dejÃ³ caer, afortunadamente, en tierra firme. Jadeaba sin parar por el sobreesfuerzo que habÃ-a estado realizando y gateÃ³ lentamente adentro del bosque que se encontraba cerca de esa playa en donde habÃ-a aterrizado. Mientras avanzaba, agudizÃ³ sus sentidos._ No mÃ¡s humanos..._ Se decÃ-a mentalmente, antes de desplomarse en el suelo, haciendo que rugiera de dolor. El animal intentÃ³ levantarse, pero fue en vano; estaba cansado y malherido. Al menos, ya estaba lejos de aquel horrible lugar, pero el que sÃ³lo Ã©l hubiera escapado no habÃ-a sido suficiente para Ã©l. El cansancio se apoderÃ³ de su cuerpo y su vista empezaba a volverse borrosa. No pudo mÃ¡s, asÃ- que se dejÃ³ llevar y la oscuridad lo invadiÃ³ todo para Ã©l.

2. Amistad inesperada

AquÃ- estÃ¡ el capÃ-tulo 1. DecidÃ- subirlo tambiÃ©n ya que el prÃ³logo es cortito. Espero que lo disfruten.

CAPÃ•TULO I

"_**Amistad inesperada"**_

HIPO POV (PUNTO DE VISTA)

_ LlorÃ© y llorÃ© sin parar... Ya ni siquiera me acordaba de por quÃ© estaba llorando... La cuestiÃ³n es que no parÃ© de llorar ni un

momento, las lÃ¡grimas corrÃ-an por mis sonrojadas mejillas y las sÃ¡banas de mi cama estaban empapadas. OÃ- que alguien abrÃ-a la puerta y un leve taconeo se aproximaba en donde yo estaba tumbado encima de la cama._

â€”_Hijo, Â¿por quÃ© lloras? â€” Me preguntÃ³ dulcemente una voz femenina mientras una mano me acariciaba mi pelo castaÃ±o. Esa mano tan suave y cÃ¡lida que me hacÃ-a sentir tan bien en aquellos momentos de soledad y tristeza que Ãºltimamente me atacaban constantemente. â€”Vamos, deja de llorar... â€” La mujer se acercÃ³ a mÃ- y me depositÃ³ un gentil beso en mi mejilla derecha y con la mano que tenÃ-a libre secÃ³ mis mejillas._

_ Yo seguÃ-a sin responder, las palabras se me amontonaron en la garganta y salieron en forma de llanto, haciÃ©ndole imposible a la mujer que estaba enfrente de mÃ- entender algo. AÃºn sin comprender ni una sola palabra, la mujer me sonriÃ³ amablemente y me cogiÃ³ con sus delgados y finos brazos, tan parecidos a los mÃ-os. Luego, me abrazÃ³ amorosamente, como sÃ³lo ella sabÃ-a hacer y me susurrÃ³ con su voz tan fina y dulce:_

â€”_No pasa nada, Hipo, mamÃ¡ estÃ¡ aquÃ-... Y siempre estarÃ© aquÃ- cuando me necesites..._

_ Me abracÃ© fuertemente a ella y las ganas de llorar desaparecieron. Ya sÃ³lo pensaba en abrazarla lo mÃ¡s fuerte que mis dÃ©biles brazos pudieran y no soltarla jamÃ¡s. Estar con ella me calmaba, me animaba... SÃ³lo ella sabÃ-a quÃ© decir para hacerme sentir mejor. Su abrazo me hacÃ-a sentir un calor reconfortante. Los latidos tan calmos de su corazÃ³n hicieron que cerrara los ojos y me dejara dormir en su brazos._

5 AÃ‘OS DESPUÃ‰S

Era pleno octubre y ya empezaba a hacer frÃ-o... Bueno, mÃ¡s frÃ-o que de costumbre. AquÃ-, en isla Mema, siempre hace frÃ-o. Â¿No saben dÃ³nde estÃ¡? No me extraÃ±a... Â¿Nunca han visto en el mapa, al lado de CanadÃ¡, un puntito negro? Â¿Creen que eso es un fallo de imprenta? No, eso es isla Mema, el lugar en donde vivo. Y el lugar no sÃ³lo es pequeÃ±o, tambiÃ©n es una nevera. AquÃ- nieva nueve meses al aÃ±o y graniza los otros tres restantes. Octubre estÃ¡ en esos tres Ãºltimos meses y el frÃ-o empezaba a notarse. La gente ya comenzÃ³ a usar sus abrigos de pieles y sus sombreros y los animales domÃ©sticos (perros, gatos...) ya no querÃ-an salir de casa y se pasaban el dÃ-a durmiendo.

Ese dÃ-a de octubre no solo hacÃ-a frÃ-o, sino que ademÃ¡s llovÃ-a â€” con algo de granizo, claramente... â€”. Todos los habitantes de Mema se habÃ-an encerrado en sus casas y habÃ-an trancado puertas y ventanas para evitar que se abrieran por culpa del viento, que ese dÃ-a soplaba fuertemente. Sin embargo, ni yo ni mi familia y algunos amigos de mi padre nos habÃ-amos quedado en casa. Nosotros estÃ¡bamos bajo nuestros paraguas aguantando la fuerte lluvia. Â¿La razÃ³n? Un funeral. El funeral de mi madre, Valhallarama. Mi padre, Estoico, estaba hablando sobre mamÃ¡. Hablaba sobre cÃ³mo se conocieron, cuando se mudaron a una casa mÃ¡s grande, cÃ³mo me criaron...

En ese momento dejÃ© de escucharlo y me quedÃ© mirando fijamente al ataÃºd en el que estaba depositado el cuerpo sin vida de mi madre... El recuerdo de su rostro vino a mi mente rÃ¡pido como un rayo: su

rostro era angelical, con esos ojos verdes que eran iguales a los mÃ-os, al igual que sus cabellos castaÃ±os con bucles que le llegaba hasta el pecho; su tez era blanca como la nieve y en su rostro siempre habÃ-a una sonrisa amable y tranquilizadora. Era delgada y alta y su caminar era elegante. Su voz era suave, con un timbre digno de una cantante soprano... Pero yo ya no la oirÃ-a mÃ¡s, ni la verÃ-a mÃ¡s... Ahora que lo pensaba detenidamente... Si ella no estaba ya a mi lado, Â¿quÃ© me quedaba?

Ella era la Ãºnica que me entendÃ-a, aunque fuera un poco; ella siempre sabÃ-a cuÃ¡ndo estaba mal con tan sÃ³lo mirarme a los ojos; ella me abrazaba cuando era necesario y me decÃ-a lo que yo necesitaba escuchar; su sonrisa era la mÃ¡s tranquilizadora que habÃ-a visto en toda mi vida; ella era la Ãºnica persona a la que le contaba mis penas... Â¿Ahora a quiÃ©n se lo iba a contar? Â¿A mi padre? No, mi padre estÃ¡ siempre trabajando y no tiene casi nunca tiempo para mÃ-. Â¿Amigos? OlvÃ-dalo, yo no tengo de eso... Como soy diferente mi destino es estar siempre solo... Solo... Esa palabra nunca me habÃ-a hecho tanto daÃ±o como ahora. Porque ahora sÃ- que estaba solo de verdad.

â€”Hipo... â€” OÃ- que me padre me llamaba. MirÃ© a mi alrededor: todos se estaba yendo. â€”Vamos, hijo, vÃ¡monos a casa.

Mi padre y yo caminamos hasta el coche y entonces se creÃ³ un nudo en mi garganta que me dio ganas de llorar, pero esta vez me aguantÃ©. QuizÃ¡ la partida de mi madre significaba que debÃ-a ser fuerte y no volver a llorar, y menos por ella. No, ella no querrÃ-a verme llorar mÃ¡s... Siempre he sido el dÃ©bil de cualquier grupo, el llorÃ³n, el mimoso. Pero eso se acabÃ³. Desde ahora en adelante, serÃ© el fuerte y ya no derramarÃ© ni una lÃ¡grima mÃ¡s. ApretÃ© fuertemente el mango del paraguas y luego lo cerrÃ© para subirme al coche.

â€”_Ni hablar, _â€” PensÃ©. â€”_no volverÃ© a llorar mÃ¡s._

Eran las doce y media de la noche y yo no conciliaba el sueÃ±o. Solo sabÃ-a dar vueltas y vueltas en mi cama, oyendo a mi padre roncar fuertemente. Sus ronquidos normalmente no suelen molestarme para dormir, me habÃ-a acostumbrado a ellos; lo que me impedÃ-a dormir esta noche no eran ni Ã©l ni el sonido de las gotas de lluvia que chocaban incesantemente contra mi ventana Â¿QuÃ© era entonces? Ni yo mismo lo sabÃ-a...

Me sentÃ© en la cama mirando a la pared. SentÃ- un poco de frÃ-o en mi cuerpo; sin duda alguna, esta vez el invierno venÃ-a fuerte este aÃ±o. Me levantÃ© de la cama ignorando el frÃ-o que tenÃ-a y me dirigÃ- hacia mi escritorio. Cuando me sentÃ©, encendÃ- la lamparita y saquÃ© un bloc de dibujo y mi lÃ¡piz color negro que siempre usaba para dibujar. Â¡Amaba dibujar! No habÃ-a cosa que mÃ¡s me gustara que plasmar las imÃ¡genes en dibujos hechos por mÃ-. Ni yo mismo sabÃ-a quÃ© dibujarÃ-a esta vez cuando cogÃ-a el lÃ¡piz, tan sÃ³lo me dejaba llevar y la imagen salÃ-a sola. Esta vez pasÃ³ lo mismo, dejÃ© que mi subconsciente tomara el control y mi mano derecha empezÃ³ a dibujar lÃ-neas y lÃ-neas, que al principio no tenÃ-an sentido entre sÃ-, pero poco a poco fueron cogiendo forma.

MirÃ© el dibujo durante un momento. Â¿QuÃ© fue eso? No dibujÃ© ningÃºn paisaje, como solÃ-a hacer; ni alguna persona inventada, como me pasaba a veces. CogÃ- el folio entre mis manos y lo mirÃ© durante un largo rato. HabÃ-a dibujado la imagen de una mujer, y no cualquier

mujer, era mi madre. No sÃ© ni cÃ³mo pude lograr dibujar tan bien sus ojos: grandes, pero entrecerrados, haciendo sentir serenidad; su boca hacÃ-a una sonrisita que apenas se notaba si no se prestaba suficiente atenciÃ³n. Pero lo que mÃ¡s me asombraba era su cabello. MÃ¡s de una vez, cuando mi madre vivÃ-a, habÃ-a intentado dibujarla y mamÃ¡ se habÃ-a pasado horas y horas sentada en la misma postura para hacerme de modelo, pero nunca me salÃ-a bien. Ni hablar, siempre era o muy largo o muy corto; muy ondulado o muy listo... Sin embargo, esta vez me habÃ-a salido. Era como una foto.

Lo guardÃ© en el bloc de dibujo, junto con los demÃ¡s. Una hoja se me cayÃ³ justo cuando iba a guardar el bloc en su sitio y me agachÃ© a recogerla. SÃ-, recordaba ese dibujo: fue uno de los primeros que hice cuando mamÃ¡ me comprÃ³ el bloc. TendrÃ-a como unos ocho aÃ±os y mi madre se dio cuenta de cuÃ¡nto amaba dibujar, al igual que ella, asÃ- que decidiÃ³ regalÃ¡rmelo por mi octavo cumpleaÃ±os. Estaba tan ansioso por empezar a dibujar que pintÃ© el lugar donde estaba, aquel parque al que solÃ-amos ir cuando yo era mÃ¡s pequeÃ±o. Pero al poco tiempo de mi cumpleaÃ±os, la salud de mamÃ¡ empezÃ³ a empeorar y ya no pudimos ir mÃ¡s, porque papÃ¡ estaba trabajando y, el poco tiempo que pasaba en casa, se lo pasaba cuidÃ¡ndola.

ApretÃ© el folio con los dedos. Ese bulto de mi garganta que me animaba a llorar habÃ-a aparecido de nuevo, pero esta vez yo serÃ-a mÃ¡s fuerte y no me dejarÃ-a vencer por Ã©l. GuardÃ© el dibujo en el bloc y guardÃ© Ã©ste en su cajÃ³n correspondiente; apaguÃ© la lamparita y me tirÃ© contra la cama, cubriÃ©ndome hasta la cabeza con las mantas. CerrÃ© los ojos fuertemente, intentando olvidarlo todo, intentando olvidar las ganas de llorar.

Las cosas no mejoraron al dÃ-a siguiente. Para empezar, el profesor nos hizo un examen sorpresa de Lengua â€” la asignatura que peor se me daba â€” sobre poesÃ-a (un tema que odiaba con todo mi ser). Fui uno de los primeros en entregar, y no precisamente porque me lo supiera todo y lo contestara muy rÃ¡pido. Otro suspenso para la colecciÃ³n... No, si yo ya tengo asumido que nada mÃ¡s sirvo para las Ciencias y las manualidades; en MatemÃ¡ticas sÃ³lo yo aprobÃ© el examen con un nueve, al menos asÃ- compenso el suspenso que vendrÃ¡ dentro de un par de dÃ-as. Aun asÃ-, no pude librarme de mis "compaÃ±eros".

â€”Â¡Ya estÃ¡ el empollÃ³n otra vez! â€” GritÃ³ furioso Mocoso mientras me tiraba al suelo de un empujÃ³n. Era un chico de mi clase que, aun siendo pequeÃ±o, era bastante fuerte y siempre se metÃ-a conmigo por la mÃ¡s absoluta estupidez. â€”Por tu culpa el profesor nos ha estado tirando la bronca toda la hora.

â€”SÃ-, yo aÃºn sigo oyendo su voz en mi cabeza. â€” ComentÃ³ Patapez, un chico gordinflÃ³n que siempre andaba con Mocoso y compaÃ±Ã-a, aunque Ã©l me parecÃ-a el mÃ¡s "bueno" de los tres.

â€”No eres mÃ¡s que un pelota. â€” AÃ±adiÃ³ Chusco, el Ãºltimo chico del trÃ-o que siempre se metÃ-a conmigo. Era el mÃ¡s alto de los tres y delgado. Siempre parecÃ-a estar algo alelado...

â€”SÃ-, y a los pelotas sÃ³lo se les puede tratar de una manera. â€” FinalizÃ³ la conversaciÃ³n Mocoso pegÃ¡ndome un puÃ±etazo en el ojo izquierdo justo cuando empezaba a levantarme, haciÃ©ndome caer de nuevo. Los tres sÃ³lo se rieron de mÃ- por mi caÃ-da

provocada.

IntentÃ© levantarme, ignorando sus burlas y sus miradas de desprecio cuando vieron que no les hacÃ-a caso. CogÃ- mi mochila intentando calmar las ganas de llorar que tenÃ-a. Era una promesa que me habÃ-a hecho a mÃ- mismo y pensaba cumplirla, pasara lo que pasara. CaminÃ© hacia la puerta sin mirarlos.

â€”Â¿AdÃ³nde crees que vas? â€” Dijo Mocoso, poniÃ©ndome la zancadilla y haciÃ©ndome caer de nuevo. Yo seguÃ- callado mientras me levantaba. â€”Â¡Deja de ignorarnos, motita! â€” GritÃ³ furioso al ver lo que les estaba haciendo. Justo cuando me preparaba para recibir mi jarabe de palos diario, una voz femenina y fuerte resonÃ³ en el aula vacÃ-a.

â€”Â¿Puede saberse quÃ© hacen?

MirÃ© hacia delante y vi a Astrid, la delegada de clase. Era de estatura media, delgada y su pelo rubio siempre estaba sujeto por una trenza y con un fleco que le tapaba el ojo izquierdo. Sin duda, era la chica mÃ¡s valiente y guapa de la clase...

â€”Eh... Nada, lo ayudÃ¡bamos a levantarse. â€” MintiÃ³ Mocoso mientras me cogÃ-a en peso por la mochila.

â€”SÃ-, seguro... â€” Astrid puso los ojos en blanco. SabÃ-a que Mocoso, como todos los chicos de la clase (incluido yo) estÃ¡bamos enamorados de ella. De detrÃ¡s de Astrid saliÃ³ Brusca, la hermana gemela de Chusco y le proporcionÃ³ a su hermano un cogotazo que hasta a mÃ- me doliÃ³.

â€”Â¡Deja de hacer el idiota y camina, alelado, o papÃ¡ volverÃ¡ a enfadarse por llegar tarde! â€” Dicho esto, lo jalÃ³ por el brazo hasta afuera de la clase mientras se despedÃ-a de Astrid, la cual fulminÃ³ con la mirada a Mocoso.

Ã‰l nada mÃ¡s rio un poco, nervioso, mientras se inventaba una excusa sobre la marcha, involucrando a Patapez. Algo asÃ- de que debÃ-an ir a algÃºn lugar... La verdad es que no le prestÃ© atenciÃ³n, estaba demasiado ocupado intentando mantener la poca dignidad que me quedaba. Cuando Mocoso y Patapez salieron del aula, yo iba a hacer lo mismo, cuando el brazo de Astrid me parÃ³.

â€”Â¿EstÃ¡s bien, seguro? â€” Me preguntÃ³. Por su tono de voz notÃ© que era mÃ¡s para asegurarse que por preocupaciÃ³n.

â€”SÃ-, sÃ-, no es nada, en serio. â€” ContestÃ©, restÃ¡ndole importancia (como siempre) al asunto. Ella me mirÃ³ escÃ©ptica.

â€”Como digas. â€” Se colocÃ³ la mochila en su hombro derecho y saliÃ³ de clase. â€”Pero deberÃ-as aprender a defenderte, Hipo, no voy a estar aquÃ- siempre. AdemÃ¡s, Â¡eres un hombre, compÃ³rtate como tal! â€” Esto Ãºltimo lo dijo con algo de molestia en la voz.

SÃ-, asÃ- era Astrid, aunque fuera la delegada parecÃ-a molestarle ayudar a los compaÃ±eros en sus problemas. Pero ella era seria y segura de sÃ- misma, no dejaba a la gente acercarse mucho a ella (solo a Brusca, y a duras penas) y, por lo tanto, no podÃ-a saber

quÃ© era lo que le pensaba en cada momento o por quÃ© hacÃ-a una cosa u otra. Era una chica misteriosa.

Me quedÃ© solo en clase un rato antes de irme a casa. Por un momento me sentÃ- mÃ¡s poca cosa que nunca. Ese _bullying_ por parte de mis compaÃ±eros no era nuevo, siempre habÃ-a sido asÃ-, desde el primer dÃ-a que empecÃ© infantil, hasta hoy que estaba en sexto. No sÃ© por quÃ©, al parecer creyeron que era un machango para practicar boxeo en vez de un niÃ±o como ellos.

Mientras caminaba hacia casa, empecÃ© a recordarlo todo: mi primer dÃ-a de clase fue tambiÃ©n el de Mocoso, ambos Ã©ramos los chicos nuevos de la clase. Sin embargo, Mocoso hizo un grupo de amigos mÃ¡s rÃ¡pido que yo y se ganÃ³ el papel de lÃ-der en el grupo. Chusco y Patapez hicieron migas con Ã©l (cosa que no comprendo ni a dÃ-a de hoy) y siempre hacÃ-an lo que Ã©l decÃ-a y le seguÃ-an el juego. Yo, por mi parte, estaba solo, viendo todas esas caras extraÃ±as, y el trÃ-o se acercÃ³ a mÃ- y me tirÃ³ mi batido encima de la cabeza y eso fue el comienzo de una "entraÃ±able amistad". Cada dÃ-a era una cosa nueva: me robaba la comida, me tiraba al suelo, me mojaba la manta a la hora de la siesta... Y mil y una cosa mÃ¡s que no recuerdo y ni quiero recordar. Recuerdo que al principio Astrid me dedicaba una mirada, pero nunca se acercaba para ayudarme (ni ella ni nadie), pero segÃºn fuimos creciendo intentaba separarnos a Mocoso y a mÃ- cuando nos juntÃ¡bamos. QuizÃ¡ esa sea su manera de ser amable, aunque no estoy muy seguro...

Me parÃ© en seco y mirÃ© a mi alrededor... Â¿DÃ³nde estaba? Â¡Estupendo, habÃ-a estado caminando por caminar sin mirar por dÃ³nde iba, absorto en mi deprimentes recuerdos, y ahora estaba perdido! Ni siquiera ese lugar me sonaba de algo. Â¿Por dÃ³nde se iba a mi casa? Â¿Derecha, izquierda, todo recto? LancÃ© un gruÃ±ido de frustraciÃ³n y luego aÃ±adÃ-:

â€”Â¿Â¡Por quÃ© sÃ³lo a mÃ- me pasan estas cosas!?

MirÃ© a mi alrededor; nunca antes habÃ-a visto ese bosque por Mema. Â¿De verdad me habÃ-a alejado tanto de casa? Inconscientemente, me adentrÃ© en el bosque y paseÃ© durante un buen rato, observando cada Ã¡rbol, cada hierba; escuchando cada sonido, sonidos que nunca antes habÃ-a escuchado y que eran nuevos para mÃ-. DespuÃ©s de haber estado caminando durante un largo rato, me encontrÃ© con un acantilado. Los alturas siempre me habÃ-an dado pÃ¡nico (tan sÃ³lo me las imaginaba y ya me daba vÃ©rtigo), pero esta vez la curiosidad pudo conmigo. AsÃ- que me alonguÃ© para poder ver quÃ© habÃ-a debajo y mis ojos se abrieron como platos por la sorpresa.

Esa clase de paisaje no era comÃºn en Mema: era como un hermoso campo verde (el verde que debÃ-an tener todas las hierbas del mundo, si no fuera por la contaminaciÃ³n actual) con un precioso y gran lago en la mitad. IntentÃ© acercarme un poco mÃ¡s, olvidÃ¡ndome del vÃ©rtigo que una altura asÃ- me proporcionaba normalmente. Sin pensÃ¡rmelo dos veces, bajÃ©, agarrÃ¡ndome a las ramas que habÃ-a pegadas a los muros del acantilado. Mientras, en mi cabeza se formulÃ³ una pregunta: Â¿CÃ³mo un lugar como este puede estar en Mema, con el frÃ-o que hace aquÃ- siempre? Y Â¿por quÃ© estÃ¡ en el fondo de un acantilado? . Mis pies tocaron la hierba que adornaba el suelo de aquel sitio y di un pequeÃ±o salto, dejando la mochila en el suelo.

Admirado, observÃ© ese hermoso y secreto que jardÃ-n que habÃ-a

descubierto. HacÃ-a ya tiempo que estaba buscando un lugar para mÃ-, que nadie mÃ¡s conociera, Â¡podrÃ-a ser este! Nadie en Mema sabÃ-a que esto existÃ-a y, si lo sabÃ-a, nunca nos lo habÃ-an mencionado. De repente, unas ganas insaciables de dibujar ese hermoso paisaje me invadieron. Â¡Sin duda alguna, tal hermosura, debÃ-a plasmarla en un papel! Antes de ir a mi mochila para sacar el bloc y los lÃ¡pices, me acerquÃ© al lago para mirar mi reflejo y asegurarme de algo...

â€”CÃ³mo no... â€” Dije, mirando mi ojo izquierdo y morado, a causa del puÃ±etazo que Mocoso me habÃ-a dado horas antes en clase. SuspirÃ©. â€”Va a ser difÃ-cil ocultar esto de papÃ¡...

Di media vuelta, un poco mÃ¡s decaÃ-do, para coger el bloc, pero me detuve en seco al notar una presencia conmigo. Â¿SerÃ-a imaginaciones mÃ-as? El caso es que sentÃ-a que alguien o algo me estaba mirando en ese momento. No me quedaron mÃ¡s dudas cuando oÃ- un gruÃ±ido detrÃ¡s de mÃ-. Me virÃ©, esperando lo peor y, en realidad, lo que vi me dejÃ³ sin aliento. Esos ojos verdes y negros, poseedores de una profundidad infinita, llenos de sentimientos que ahora no podÃ-a describir por el miedo que tenÃ-a; la piel, negra como la noche y algo escamosa, sobre todo por las patas, un color oscuro hermoso que no pude apreciar por mi asombro; por Ãºltimo, esas alas gigantescas, a ambos lados, abiertas de par en par y del mismo color que el resto del cuerpo que no tuve tiempo de admirar por el susto.

â€”Â¡Un dragÃ³n! â€” GritÃ©, saliendo de mi estado de shock. La gruesa lÃ-nea negra de los ojos del animal se convirtieron en una fina raya que me hacÃ-a sentir mÃ¡s temor.

GruÃ±Ã³ mostrando sus dientes, afilados como cuchillas, en forma de amenaza. SalÃ- corriendo en direcciÃ³n contraria. Correr nunca habÃ-a sido mi fuerte, era el mÃ¡s lento de la clase, pero la situaciÃ³n hizo que corriera mÃ¡s rÃ¡pido que nunca para salvar la vida. Sin embargo, la bestia fue mÃ¡s rÃ¡pida que yo y me tirÃ³ al suelo cuando me alcanzÃ³. Puse mis manos encima de mi cara en forma de inÃºtil protecciÃ³n, temblando como una hoja, esperando lo peor por parte de aquella alimaÃ±a. Pero, para mi sorpresa, nada ocurriÃ³. QuitÃ© las manos de mi cara y abrÃ- los ojos (los cuales habÃ-a cerrado por el impacto) y vi cÃ³mo el dragÃ³n me olisqueaba por todas partes, haciÃ©ndome cosquillas.

Lo mirÃ© y, por un momento, me pareciÃ³ ver a un perro en vez de a un dragÃ³n. Su olisqueo me hacÃ-a cosquillas y me daban ganas de reÃ-r, pero me contuve, no se fuera a asustar... Cuando terminÃ³, me mirÃ³ de arriba a abajo, sus ojos volvÃ-an a ser como al principio. Nos quedamos mirÃ¡ndonos un largo rato y, sin poder contenerme mÃ¡s, levantÃ© la mano derecha. DebÃ-a hacerlo: debÃ-a tocarlo. Saber quÃ© se sentÃ-a al tocar su piel. Pero la apartÃ© rÃ¡pidamente cuando el dragÃ³n me gruÃ±Ã³ cuando vio la mano acercarse a su hocico y, despuÃ©s, se alejÃ³.

Sin perder mÃ¡s tiempo, cogÃ- mi mochila y subÃ- por las ramas para salir de aquel sitio. Cuando lleguÃ© a la cima, jadeÃ©, dejando escapar todo el aire que habÃ-a estado conteniendo desde que lo vi. Me di la vuelta, para mirarlo por Ãºltima vez: seguÃ-a ahÃ-, mirÃ¡ndome en la cima, mientras Ã©l estaba abajo. Â¿Por guÃ© no volaba y ya? Que yo sepa, los dragones saben volar, es mÃ¡s, Â¡tenÃ-a alas, yo mismo las habÃ-a visto! Â¿QuÃ© lo retenÃ-a? Mis pensamientos fueron interrumpidos por un fuerte rugido que saliÃ³ de la garganta

del dragÃ³n, haciendo que me fuera corriendo. Pero el que huyera hoy, no significaba que no volverÃ-a maÃ±ana. Ni hablar, tenÃ-a que saber quÃ© estaba pasando aquÃ-.

3. HaciÃ©ndonos amigos

Bueno, decidÃ- subir el capÃ-tulo 2 gracias a un review de Chicasienmiedo, Â¡muchas gracias, me animaste mucho! En fin, creo que merecen ser avisados de que mis capÃ-tulos suelen ser largos. No sÃ© si eso es algo bueno o malo, jeje... Espero que le guste.

...

CAPÃ•TULO II:

"_**HaciÃ©ndonos amigos"**_

LleguÃ© a casa a las ocho y media de la noche, mÃ¡s tarde que nunca (teniendo en cuenta que salgo a las dos del colegio) por culpa de mi sentido de la orientaciÃ³n, el cual estaba muerto desde siempre. Al abrir la puerta, intentÃ© no hacer mucho ruido y coloquÃ© las llaves en el cuenco que estaba puesto encima de una mesa que tenÃ-amos al lado de la puerta.

â€”Â¿Hola? â€” GritÃ©. â€”Â¿PapÃ¡? Â¿EstÃ¡s aquÃ-? â€” QuÃ© bueno, al parecer estaba solo.

LancÃ© la mochila al suelo en cuanto entrÃ© en mi cuarto. No estaba de humor para hacer la tarea y menos aÃºn si era de InglÃ©s. Los idiomas no eran mi especialidad, precisamente, no paraba de liarme con el vocabulario y con la gramÃ¡tica. A duras penas conseguÃ-a escribir bien una redacciÃ³n en Lengua, Â¿cÃ³mo diantres iba a hacerlo medianamente bien en InglÃ©s? Ni de broma, tirÃ© la toalla. Aquella tarde no estaba para eso. Me fui al cuarto de baÃ±o que habÃ-a en mi habitaciÃ³n y me mirÃ© al espejo. No sÃ© si era porque los reflejos del agua y de los espejos son distintos, pero yo me veÃ-a el ojo mÃ¡s morado que antes. Â¡Estupendo! Â¿CÃ³mo harÃ-a para que papÃ¡ no lo viera...?

â€”Â¡Hipo, ya estoy en casa! â€” La voz de mi padre resonÃ³ por toda la casa junto con su tÃ-pico portazo de bienvenida. SaltÃ© del susto al oÃ-rle la voz. â€”Â¡Siento haber llegado tan tarde, el trabajo...! â€” ParÃ© de escucharlo. "El trabajo", eso era siempre, no habÃ-a otra cosa en su vida. SabÃ-a que debÃ-a trabajar para vivir, pero a veces me sentÃ-a muy solo en casa, por suerte esta vez no me habÃ-a pasado la tarde solo y aburrido, como de costumbre. â€”Â¡Dentro de poco estarÃ¡ la cena, vete preparÃ¡ndote!

â€”Â¡SÃ-, papÃ¡! â€” Le gritÃ©. â€”_Genial, Â¿y quÃ© hago yo con esto?_ â€” PensÃ© fastidiado, tocÃ¡ndome el ojo malo, provocÃ¡ndome un dolor bastante fuerte.

Con un poco de suerte, se me irÃ-a en una semana o asÃ-... Â¿CÃ³mo iba a ocultarlo de mi padre durante tanto tiempo? Cierto es que nunca habÃ-a muestra de cariÃ±o por parte de Ã©l como un abrazo, ni tenÃ-amos una estrecha relaciÃ³n padre-hijo, pero sabÃ-a (o querÃ-a creer) que me querÃ-a... No era el hecho de que no querÃ-a preocuparlo (que tambiÃ©n) si no el hecho de cÃ³mo reaccionarÃ-a y

quÃ© harÃ-a esta vez. Recuerdo que un dÃ-a, en la guarderÃ-a, un niÃ±o me tirÃ³ al suelo a la hora de la salida y mi padre lo vio. No recuerdo bien los detalles, pero sÃ© que Ã©l empezÃ³ amenazando con denunciar y al final la cosa terminÃ³ con Ã©l denunciado por los padres del otro niÃ±o. SÃ-, mi padre es algo brutito. Lo mejor era intentar ocultarse, mientras me sea posible...

â€”Â¿QuÃ© tal el colegio hoy? â€” Me preguntÃ³ mi padre, mientras cortaba un trozo de bistec y se lo llevaba a la boca.

â€”Bien. â€” RespondÃ- jugando con un trozo de lechuga de mi plato, cubriendo el ojo herido con mi fleco e intentando mantener la cabeza baja.

â€”Â¿Y el examen que tenÃ-as hoy?

â€”Bien.

â€”Â¿Y con los compaÃ±eros?

â€”Bien.

â€”Â¿Quieres deja de tocarte el fleco mientras comes y quitÃ¡rtelo de encima de la cara? â€” Dijo mi padre, con un tono molesto.

â€”Bien. â€” Le respondÃ- yo, automÃ¡ticamente. Una mala costumbre que habÃ-a cogido, puestos que nuestras conversaciones nunca eran nada del otro mundo. Mi padre pegÃ³ un manotazo a la mesa.

â€”Â¿Intentas reÃ-rte de mÃ-? â€” GruÃ±Ã³. Se acercÃ³ a mÃ- y yo me alejÃ©, bajando aÃºn mÃ¡s la cabeza para ocultar la herida. â€”Â¡Hipo Horrendo Abadejo III, Â¿quÃ© es lo que te pasa?! Â¿Â¡QuÃ© me ocultas!?

â€”Nada... â€” MentÃ- yo, quitÃ¡ndole la cara e intentando no mirarlo. De nada sirviÃ³, porque justo cuando me iba a ir a mi cuarto, me cogiÃ³ por el cuello de la camisa y me virÃ³ hacia Ã©l.

â€”Â¿Â¡QuÃ© le pasÃ³ a tu ojo!?

â€”Em... Â¿Me di contra una puerta? â€” Improvisar era otra de las muchas cosas que nunca se me dieron bien y mi excusa sonÃ³ mÃ¡s a una pregunta que a una afirmaciÃ³n, para mi pesar.

â€”Â¿Me lo dices o me lo preguntas? â€” PreguntÃ³ mi padre, rojo de ira.

â€”Te lo digo. â€” ArqueÃ³ una ceja, dudando de mis palabras. Y no me extraÃ±aba nada... â€”En serio, papÃ¡, estaba caminando por el pasillo del colegio y no me di cuenta de que una puerta estaba abierta y me di. â€” Me peguÃ© la inventada del siglo. En mi mente recÃ© para que no sospechara mÃ¡s y acabara esa tortura, pero no fue asÃ-.

â€”Â¿Y si fue asÃ- por quÃ© me lo escondÃ-as?

â€”Porque no querÃ-a que pasara esto. â€” Dije exasperado, queriendo irme a mi cuarto. â€”Eres muy sobreprotector, papÃ¡.

â€”Eso no es verdad. â€” RespondiÃ³ Ã©l, cruzÃ¡ndose de brazos, ofendido.

â€”Como digas... â€” MirÃ© al suelo con fastidio. Ni siquiera las verdades me creÃ-a... â€”Â¿Puedo irme a mi cuarto?

â€”Â¿Ya? No has comido nada. â€” Aunque no me diera permiso, yo subÃ-a mi cuarto y le respondÃ-:

â€”Â¡No tengo hambre! â€” Luego, cerrÃ© la puerta de un portazo.

Me puse el pijama y me acostÃ© en la cama, mirando hacia la ventana. No tenÃ-a sueÃ±o, pero no querÃ-a estar ahÃ- abajo, tampoco. La relaciÃ³n con papÃ¡ nunca habÃ-a sido muy buena. Cuando era pequeÃ±o yo era propenso a ponerme malo y mamÃ¡, por ser ama de casa, era la Ãºnica que estaba a mi lado; papÃ¡, por su parte, siempre estaba trabajando y a duras penas lo veÃ-a. Nunca habÃ-a sido un padre tipo: "Â¡Venga, hijo, juguemos un rato a la pelota!" Sobre todo porque sabÃ-a que los deportes no eran mi fuerte. Ni me habÃ-a dicho nunca: "QuÃ© orgulloso estoy de ti". Cada vez que hacÃ-a algo bien, desde que era pequeÃ±o, nada mÃ¡s se quedaba callado o me decÃ-a "bien", simplemente. Aparte, era una persona que a duras penas sonreÃ-a...

Nunca supe si en verdad mi padre me querÃ-a... DebÃ-a hacerlo, Â¿no? Â¡Ã‰l era mi padre despuÃ©s de todo! Pero habÃ-a cosas que me hacÃ-an pensar lo contrario o dudar de su amor nunca demostrado. Siempre veÃ-a a los padres de los niÃ±os (y de las niÃ±as, sobre todo) cogiÃ©ndolos en brazos, poniÃ©ndolos encima de los hombros, hablÃ¡ndolos sonrientes... Mi padre siempre fue distante y frÃ-o, aunque no podÃ-a quejarme, con el tiempo yo tambiÃ©n me habÃ-a vuelto asÃ-... Bueno, me _**habÃ-an**_ vuelto asÃ-. La soledad te va convirtiendo en alguien que parece no sentir nada y que no quiere acercarse a la gente. Las personas se crean ideas preconcebidas de los demÃ¡s, pero era lo normal, de todas formas el humano siempre ha prejuzgado a los diferentes y los ha marginado a lo largo de la historia, y eso no lo puede cambiar nada ni nadie, ni siquiera el tiempo.

Me aferrÃ© fuertemente a la sÃ¡bana y me enrosquÃ© con la manta. Â¡Otra vez las malditas ganas de llorar! Pero, ni hablar, yo ya no iba a llorar mÃ¡s. CerrÃ© los ojos intensamente, para reprimirme, intentando dormir un poco y esperando a que empezara otro dÃ-a mÃ¡s... Otro dÃ-a de soledad...

Las cosas en el colegio no fueron muy bien hoy. Para empezar, el profesor repartiÃ³ el examen-redacciÃ³n de Lengua que hicimos ayer (Â¡quÃ© rÃ¡pido corrigen cuando quieren!) y, como me esperaba, saquÃ© un 3. Sin duda alguna este examen no volverÃ¡ a ver nunca la luz del sol. Fui el Ãºnico que lo suspendiÃ³, asÃ- que mi mundo se desmoronÃ³ un poco mÃ¡s (el mundo se me ha venido a abajo tantas veces que ya ni lo notaba) y mis "compaÃ±eros" se pasaron el dÃ-a entretenidos conmigo:

Primero, se rieron de mÃ- por haber sido el Ãºnico que habÃ-a suspendido el examen de Lengua, en plan venganza por lo del control de Mates de ayer; segundo, volvieron a burlarse cuando la profesora de InglÃ©s me sacÃ³ a la pizarra para hacer una exposiciÃ³n y yo me equivocaba en cada palabra; tercero, me hicieron la zancadilla en el

comedor, haciendo que se me cayera toda la comida encima y cuarto...

â€”Â¡DevuÃ©lvemelo, por favor! â€” Le pedÃ- a Mocoso, el cual tenÃ-a en sus manos el dibujo de mi madre. El Ãºltimo dibujo que hice de ella y el Ãºnico que me habÃ-a salido bien al cien por cien.

â€”QuÃ© bien dibujas, Hipo. â€” ComentÃ³, burlÃ³n, ignorando lo que acababa de decirle. â€”OjalÃ¡ se te dieran igual de bien cosas que no sean tan inÃºtiles, como pintar cuatro rayas.

â€”Bueno, al menos yo si apruebo o suspendo es por mÃ- y no gracias a terceros. â€” Le dije bastante molesto. Ã‰l y yo sabÃ-amos a lo que me referÃ-a: Mocoso siempre copiaba en los exÃ¡menes, todos lo sabÃ-amos, pero nadie habÃ-a sido valiente para decirlo o para recriminarle.

â€”Â¡TÃº a mÃ- no me hables asÃ-, cÃ©lula! â€” Me gritÃ³ furioso, agarrÃ¡ndome del cuello de la camisa.

â€”Â¿CÃ©lula? Yo siempre he sido mÃ¡s alto que tÃº. â€” ComentÃ©, intentando ser un poco valiente. â€”DeberÃ-as comprarte gafas.

Mocoso no se lo tomÃ³ nada bien. Me soltÃ³ y se preparÃ³ para pegarme en la cara. _Â¡Oh, ni hablar! _PensÃ©. _Â¡PapÃ¡ a duras penas se creyÃ³ que me reventÃ© contra una puerta, no se creerÃ¡ ni loco que me volviÃ³ a pasar!_ Con una agilidad que hasta a mÃ- me sorprendiÃ³, esquivÃ© el golpe. Mocoso, por el impulso, siguiÃ³ avanzando hacia delante en contra de su voluntad y chocÃ³ contra la mesa del fondo de la clase, provocando que se cayera el jarrÃ³n que tenÃ-a encima, llenando asÃ- el suelo de cristales y mojÃ¡ndolo. Mocoso lanzÃ³ un grito de dolor, porque su puÃ±o habÃ-a golpeado a la mesa en vez de a mÃ-, y me dedicÃ³ una mirada de odio. Si las miradas mataran, yo ya habrÃ-a muerto asesinado por Ã©l hacÃ-a ya mucho tiempo...

â€”Â¿Â¡Pero quÃ© te has creÃ-do!? â€” RugiÃ³, arrugando el dibujo con las dos manos.

â€”Â¡No, por favor, para! â€” RoguÃ©, temiendo por que lo rompiera. Grave error.

â€”Ah, Â¿tanto te importa el dibujito? â€” PreguntÃ³ divertido, mientras lo apretaba mÃ¡s fuerte con sus dos manazas.

â€”SÃ-, por favor, para. â€” SupliquÃ©, intentando parecer calmado. No habÃ-a peor equivocaciÃ³n que suplicar al "enemigo". Mocoso rompiÃ³ el dibujo en miles de pedazos, que luego tirÃ³ al suelo, mojado, y pisoteÃ³ algunos.

â€”Vaya, se rompiÃ³. â€” Dijo sonriendo, fingiendo inocencia.

â€”Â¡Te voy a...! â€” SaltÃ© encima de Ã©l para pegarle, pero Ã©l me empujÃ³ y caÃ- al suelo. GemÃ- un poco, aguantando las ganas de llorar.

â€”Oh, Â¿quÃ© pasa, debilucho? Â¿Por quÃ© no vas a llorarle a tu mamÃ¡? Ah, no, espera, que ya no puedes.

Rio un poco con su comentario, mientras yo sentÃ-a como si me hubiese atravesado el corazÃ³n con una lanza. Era un pinchazo que no habÃ-a sentido en mucho tiempo. Normalmente ignoraba todo lo que ese chiquillo me decÃ-a, pero eso me pillÃ³ por sorpresa y no pude aguantar mÃ¡s. CogÃ- la mochila y salÃ- corriendo, al abrir la puerta, me tropecÃ© con Astrid.

â€”Â¡Hipo! â€” NotÃ© cÃ³mo me miraba detenidamente y se acercÃ³ a mÃ-. â€”Â¿QuÃ© te pasa? â€” La ignorÃ© y salÃ- corriendo en direcciÃ³n a la salida, sumergido en mis propios pensamientos, aunque podrÃ-a jurar que la oÃ- de nuevo: â€”Â¡Hipo, espera! Â¡Hipo!

No mirÃ© a nada ni nadie, nada mÃ¡s corrÃ- hasta la salida y entonces, inconscientemente, en vez de ir por el camino que llevaba a mi casa, me fui por el camino que llevaba al bosque.

DescendÃ- gracias a las ramas, como la Ãºltima vez, y lancÃ© la mochila al mismo sitio que ayer. Me sentÃ© en una roca cerca del lago; seguÃ-a tan limpio como la primera vez que lo vÃ-, no recordaba haber visto nunca un agua tan pulcra como esta. Al igual que la hierba que ahÃ- crecÃ-a, verde, el color verde que cualquier campo deberÃ-a tener. Supongo que esto es porque los hombres nunca han encontrado este lugar, si hubiera sido asÃ- el paisaje no serÃ-a tan hermoso como lo era.

Por mucho que intentara distraerme y ser fuerte, no lo conseguÃ- y rompÃ- mi promesa: empecÃ© a llorar. El silencio que reinaba ahÃ- fue quebrado por mi dÃ©bil llanto; habÃ-a roto mi promesa de no llorar, pero no permitirÃ-a que alguien me oyera. Aquello habÃ-a sido la gota que colmÃ³ el vaso. Mocoso siempre se reÃ-a de mÃ-, pero nunca habÃ-a dicho tales cosas. Todos en clase sabÃ-an mi tragedia familiar y por eso ahora estaban mÃ¡s distantes que nunca. No los culpo, Â¿cÃ³mo se anima a una persona que ni siquiera conoces? Aunque no necesitaba su compasiÃ³n, la soledad era mi compaÃ±era y siempre serÃ-a asÃ-, desde que nacÃ- sÃ³lo habÃ-a necesitado a una persona para seguir adelante y ella se habÃ-a ido para siempre, ahora debÃ-a seguir por mi cuenta, solo.

LancÃ© una piedra de una patada por la rabia que guardaba desde hacÃ-a dÃ-as. Ni siquiera sabÃ-a que pudiera lanzar algo tan fuerte y tan lejos. IgnorÃ© este hecho y escondÃ- la cabeza en mis piernas, sin parar de llorar. Los gemidos me impidieron oÃ-r un leve gruÃ±idito. Luego, sentÃ- la presencia de alguien a mi lado junto con una fuerte respiraciÃ³n. No levantÃ© la cabeza para mirar, ahora estaba metido en mi mundo y no me importaba lo que estuviera allÃ-. Â¿Lo que estuviera allÃ-? Espera, Â¿que acaso aquÃ-, la Ãºltima vez que vine, no habÃ-a un...?

LevantÃ© la cabeza y me encontrÃ© con el mismo dragÃ³n de ayer, mirÃ¡ndome con esos enormes ojos verdes y el ceÃ±o fruncido. Al parecer mi suerte no mejoraba y mi piedra le habÃ-a dado en la cabeza, aunque yo no le vi ningÃºn chichÃ³n o algo rojo. El animal me enseÃ±Ã³ los dientes, en forma de amenaza; en un dÃ-a normal, hubiera corrido para salvar la vida, pero hoy no estaba de humor y me daba igual lo que esa bestia me hiciera.

â€”Â¿QuÃ©? Â¿Quieres comerme? â€” Le preguntÃ©, con un tono brusco en la voz. Ã‰l cerrÃ³ la boca, por un momento pensÃ© que me estaba entendiendo. â€”Me da igual lo que hagas, ahora no estoy de

humor.

Me di la vuelta, ignorÃ¡ndolo, y seguÃ- llorando pensando lo que me acababa de pasar y en mil cosas mÃ¡s por las que habÃ-a estado reprimiendo el llanto durante unos cuantos dÃ-as. Total, los humanos no se preocupaban por mÃ-, Â¿quÃ© posibilidades habÃ-a de que un animal lo hiciera?

Me estremecÃ- cuando notÃ© al dragÃ³n olisquearme el cuerpo. Si no fuera porque estaba cubierto de arriba a abajo por una gruesa ropa (por el frÃ-o que ya empezaba a hacer) podrÃ-a haber sentido su fuerte respiraciÃ³n. El animal siguiÃ³ oliÃ©ndome, hasta que llegÃ³ a mi cara. PareciÃ³ observar por un momento el moratÃ³n de mi ojo izquierdo y luego las lÃ¡grimas que habÃ-a en mis mejillas. Ya habÃ-a roto la promesa de no llorar, ahora no iba a romper la de no dejarme ver por nadie llorando. Lo empujÃ© el hocico con las dos manos, bruscamente, incitÃ¡ndolo a que se fuera; Ã©l, nada mÃ¡s, meneÃ³ el hocico en cÃ-rculos por el toque recibido. Yo le di la espalda, ignorÃ¡ndolo de nuevo.

â€”Â¡Oye, no la pagues conmigo, que no tengo la culpa de nada!

Un escalofrÃ-o atravesÃ³ mi columna vertebral. Â¿Y esa voz? Sonaba joven como la mÃ-a y era de chico. Aunque en vez de hablar, parecÃ-a que me habÃ-a gruÃ±ido. MirÃ© a mi alrededor con los ojos, para no mover la cabeza: no habÃ-a nadie por los alrededores, tan sÃ³lo yo y el...

â€”Â¡El dragÃ³n, me ha hablado un dragÃ³n! â€” GritÃ© sorprendido, dÃ¡ndome la vuelta para mirarlo. â€”Â¿Sabes hablar?

â€”Â¿QuÃ©? Â¿Lo oyÃ³? â€” OÃ- su voz otra vez, pero su boca no se moviÃ³, sin embargo pude ver confusiÃ³n en su rostro.

â€”Â¿Puedes hablar? â€” PreguntÃ©, esta vez algo mÃ¡s calmado.

â€”Â¿Y tÃº puedes oÃ-rme? â€” Me preguntÃ³ Ã©l a mÃ-.

â€”SÃ-, eso creo. â€” Le respondÃ-, algo confundido.

â€”QuÃ© cosa mÃ¡s rara. â€” El dragÃ³n me rodeÃ³, mirÃ¡ndome de arriba a abajo. â€”Normalmente, ustedes no suelen entendernos. â€” Lo oÃ- susurrar. InterpretÃ© ese "ustedes" por "humanos".

El dragÃ³n se sentÃ³ sobre dos patas delante de mÃ-, como un perro, y me mirÃ³ serio con sus ojos verdes. Esta vez el negro de sus ojos era ancho, al parecer que esa mirada sÃ³lo la tenÃ-a al estar con la guardia baja y me alegrÃ© por eso.

â€”Â¿QuÃ© te pasÃ³? â€” Me preguntÃ³.

â€”Â¿Eh?

â€”Tu ojo. â€” Me dijo, acercÃ¡ndose a mÃ- y seÃ±alando mi ojo malo con el hocico.

â€”Nada... â€” Le respondÃ-, restÃ¡ndole importancia al asunto y mirando a abajo.

â€”Â¿Nada? Â¿Y lloras por nada?

â€”Â¡Yo no estaba llorando! â€” Le gritÃ©, mÃ¡s avergonzado que furioso. NotÃ© que arqueaba una ceja, claramente no se la creyÃ³, Ã©l mismo me habÃ-a visto. â€”Me golpeÃ© con una puerta...

â€”Pues quÃ© puerta mÃ¡s fuerte debiÃ³ ser para dejarte tal morado. Â¿Estaba viva acaso? â€” ComentÃ³, con un sarcasmo que yo notÃ© al momento.

â€”Fueron mis compaÃ±eros. â€” AdmitÃ-. Â¿Por quÃ© debÃ-a mentirle? â€”Al parecer, golpearme se ha vuelto su _hobby_ favorito. â€” El dragÃ³n meneÃ³ la cabeza hacia la izquierda, haciÃ©ndome ver que no me comprendiÃ³. â€”Quiero decir que se entretienen pegÃ¡ndome.

â€”Â¿QuÃ© les hiciste?

â€”Â¡Nada! â€” Le gritÃ© algo molesto. El que creyeran que yo fui el malo me cabreÃ³ bastante, pero no podÃ-a culparlo, Ã©l no conocÃ-a para nada mi historia. â€”Ellos nada mÃ¡s me pegaron porque sÃ-.

â€”Â¿Y tÃº no te defendiste? Â¿Que acaso no eres un hombre?

â€”No creo que la mejor opciÃ³n sea entrar en su juego. â€” Le comentÃ©, encogiÃ©ndome de hombros.

â€”Â¿Y llorabas por eso?

â€”No, es que hoy, el que me pegÃ³, me hizo otra cosa peor aÃºn.

â€”No te veo nada mÃ¡s. â€” Dijo, mirÃ¡ndome de arriba a abajo otra vez.

â€”Pegar no es lo peor que le pueden hacer a uno. TambiÃ©n hay palabras y acciones que hacen mucho mÃ¡s daÃ±o. â€” Puse los brazos en forma de jarra, luego suspirÃ© volviÃ©ndolos a bajar. â€”Bueno, tÃº no lo comprenderÃ-as.

â€”Â¿Y tÃº quÃ© sabes? â€” PreguntÃ³ con un tono claro de molestia. Luego se dio la vuelta y yo le vi una herida en su pata trasera derecha.

â€”Â¡Hey, espera! â€” CorrÃ- hacia Ã©l y, cuando iba a tocarlo, Ã©l se dio la vuelta y volviÃ³ a amenazarme con los dientes. â€”Tranquilo, tranquilo... â€” Le dije, haciendo gestos tranquilizadores con ambas manos, para calmarlo. â€”Â¿QuÃ© te pasÃ³ a ti tambiÃ©n? â€” Le preguntÃ© seÃ±alando su herida.

â€”Nada, un accidente. â€” RespondiÃ³ cortante, para despuÃ©s ocultarse tras las rocas. NotÃ© que su cola sÃ³lo tenÃ-a un alita.

â€”Â¡Hey, espera, no te vayas! â€” Le gritÃ©, aunque de nada sirviÃ³ porque desapareciÃ³ de mi vista.

Aquella noche tampoco pude dormir mucho: me acostÃ© a las diez y media, me dormÃ- a las cinco y me levantÃ© a las nueve y media. Y la

verdad era que no estaba cansado. Ese dÃ-a era sÃ¡bado y me podÃ-a levantar tarde (cosa que me encantaba) pero no querÃ-a perder el tiempo en la cama. Me sentÃ© en mi escritorio, cogÃ- el bloc y los lÃ¡pices y comencÃ© otro dibujo mÃ¡s para la colecciÃ³n. Estuve asÃ- un buen rato, hasta que al final lo acabÃ©.

â€”Listo. â€” Dije, admirando mi "obra de arte". Era un retrato del dragÃ³n. â€”Creo que me ha salido bastante bien. â€” Me dije a mÃ- mismo. Un detalle del dibujo me llamÃ³ atenciÃ³n: â€”No recuerdo haber visto nunca en las pelis a un dragÃ³n con una sola alita en la cola.

La puerta se abriÃ³ de repente, dejando ver a mi padre, que a duras penas cabÃ-a por el huequecito hecho especialmente para mi cuerpo escuchimizado, todo lo contrario al de mi padre, que era robusto.

â€”Hipo...

â€”Hola, papÃ¡. â€” Lo saludÃ© rÃ¡pidamente, escondiendo el dibujo del dragÃ³n en el bloc. â€”Â¿QuÃ© pasa?

â€”Resulta que ha habido un imprevisto en el trabajo y...

â€”Tienes que irte y no volverÃ¡s hasta tarde. â€” FinalicÃ© yo, resignado.

â€”AjÃ¡... PÃ³rtate bien mientras yo no estoy. Tienes la comida en el microondas, con suerte llegarÃ© a la hora de la cena. â€” Me dijo mientras bajÃ¡bamos las escaleras y se despidiÃ³ de mÃ-, cerrando la puerta de la entrada.

Como de costumbre, ni un beso o un abrazo de despedida; como de costumbre, solo en casa un sÃ¡bado, mientras que la mayorÃ-a de los niÃ±os estaban con sus padres y madres. Me quedÃ© un rato en silencio, mirando la casa, tan vacÃ-a y solitaria. Me fui hacia el microondas y vi que para comer tenÃ-amos pescado, como era habitual en esta casa. El pescado me encanta, era verdad, pero hoy no tenÃ-a mucha hambre.

EncendÃ- el microondas mientras subÃ-a las escaleras, no iba a quedarme aquÃ- un sÃ¡bado mÃ¡s, solo, hasta la hora de la cena. Mis compaÃ±eros siempre tenÃ-an planes con su familia o con sus amigos, pero esa no era mi suerte. Sin embargo, por primera vez, tenÃ-a un plan para ese dÃ-a. CogÃ- la mochila y saquÃ© todos los libros de texto, metiendo nada mÃ¡s que el bloc y los lÃ¡pices, algunas cosas del botiquÃ-n y, una vez estuvieron hechos, envolvÃ- el pescado en albal y lo metÃ- tambiÃ©n. CarguÃ© la maleta en mi hombro, cogÃ- las llaves y salÃ- de casa, en direcciÃ³n al bosque.

Una vez lleguÃ©, hice el mismo ritual de siempre: bajar por las ramas, poner la mochila en "su" sitio y, esto ya era un aÃ±adido reciente, buscar al dragÃ³n.

â€”Â¡Hola! â€” GritÃ©, para llamarle la atenciÃ³n. â€”Â¿EstÃ¡s aquÃ-?

PasÃ³ un rato y nada de nada. QuizÃ¡ se habÃ-a ido porque su rinconcito de paz habÃ-a sido invadido por un humano y eso no le gustaba. No parecÃ-a un ser muy sociable (como servidor). Algo

decepcionado, di media vuelta y saquÃ© el pescado del albal en el que lo envolvÃ-. Para ser la una nada mÃ¡s, me estaba muriendo de hambre. ClavÃ© el primer trocito con un tenedor de plÃ¡stico y me lo llevÃ© a la boca.

â€”Â¿QuÃ© es eso?

El trocito se me fue por el camino viejo a causa de la sorpresa y empecÃ© a toser sin parar. ColoquÃ© el pescado encima de la roca donde estaba sentado y salÃ- corriendo hasta el lago, en donde bebÃ- agua como los perros.

â€”Â¡No me asustes asÃ-! â€” GritÃ©, una vez que hube terminado de beber agua. Me di la vuelta y vi que el dragÃ³n miraba al plato desconsolado. â€”Â¿Quieres un poco? â€” Le preguntÃ©, acercÃ¡ndome y cogiendo un trocito.

â€”No. â€” MintiÃ³ Ã©l, ladeando la cabeza. Un rugido de tripas sonÃ³ y yo me reÃ- un poco.

â€”Â¡Jajaja! Tu estÃ³mago no parece opinar igual. Anda, toma. â€” Le acerquÃ© la mano al hocico, olvidÃ¡ndome de que esa cosa era una bestia de la que no se hablaba muy bien en los cuentos, pelÃ-culas y leyendas que conocÃ-a.

OlisqueÃ³ el trocito durante un rato, sin saber si debÃ-a o no comerlo. AbriÃ³ la boca, esperando a que se lo metiera para probarlo. Me mirÃ³ a los ojos, como si estuviera esperando algo, pero yo me quedÃ© entretenido con otra cosa que no me esperaba:

â€”Â¡Anda, si no tienes dientes! Yo creÃ-a que tenÃ-as... â€” De pronto, los dientes salieron de la nada y Ã©l me quitÃ³ el trozo de pescado de la mano, comiÃ©ndoselo como si de una delicatesen se tratara. â€”...dientes... â€” AcabÃ© la frase, algo asustado e impresionado.

TerminÃ³ de masticar el pescado y se lo tragÃ³, relamiÃ©ndose con su ancha y larga lengua rosada.

â€”EstÃ¡ bastante bueno. â€” Me comentÃ³. VolviÃ³ a mirar a la bandejita, con los trozos de pescado alineados.

â€”Â¿Quieres mÃ¡s? â€” Le preguntÃ© amigable. Le acerquÃ© otro trocito, aunque esta vez se lo lancÃ© para evitar problemas y Ã©l lo cogiÃ³ al vuelo.

â€”Â¿CuÃ¡ndo los pescaste?

â€”Â¿Pescarlos? â€” PestaÃ±eÃ© varias veces. â€”Yo no los pesquÃ©; mi padre los comprÃ³ en el supermercado.

â€”Â¿Supermercado?

â€”SÃ-. Es un lugar grande en donde hay muchas cosas para la gente. Compras lo que necesites con dinero.

â€”Â¿Y cÃ³mo se consigue eso? â€” PreguntÃ³, con la misma curiosidad de un niÃ±o pequeÃ±o al que le explicaban algo completamente nuevo.

â€”Pues... Trabajando... â€” VolviÃ³ a ladear la cabeza y pensÃ© en una manera mejor de expresarme. â€”Trabajar es hacer algo obligatorio, como ir al colegio a estudiar, sÃ³lo que aquÃ-, si realizas tu trabajo bien, te pagan al final del mes. Puedes ser mÃ©dico para curar a la gente, cientÃ-fico para descubrir cosas nuevas, profesor si te gusta la enseÃ±anza... Aunque hace falta tener vocaciÃ³n.

â€”Â¿Y eso quÃ© es?

â€”Tener vocaciÃ³n significa que esa cosa que haces te llama, que has nacido para ello y lo haces bien. Aunque Ãºltimamente la cosa no anda bien y casi nadie consigue ser lo que quiere ser.

Se quedÃ³ callado un rato, escuchando mi explicaciÃ³n. Esperaba que lo hubiese entendido, nunca fui bueno explicando nada a nadie, como ya he mencionado, no se me dan bien las palabras. Le tendÃ- la bandeja con pescado.

â€”Toma, puedes comÃ©rtelo todo.

Al principio, pareciÃ³ desconfiar, pero poco a poco se acercÃ³ a la bandeja y, cuando vio que yo no hacÃ-a nada que pudiera ponerlo en peligro, empezÃ³ a comer sin prisa pero sin pausa. Sin duda alguna, ese animal estaba hambriento... Mi mirada se desviÃ³ hacia su pierna trasera derecha, ahora recordaba la principal razÃ³n por la que habÃ-a venido aquÃ- hoy. Me levantÃ©, siendo ignorado por el dragÃ³n, que seguÃ-a engullendo como si no hubiera maÃ±ana.

Me acerquÃ© a mi mochila y saquÃ© el botiquÃ-n que habÃ-a metido antes de salir de casa. SabÃ-a bastante sobre medicina, de todas maneras, yo querÃ-a ser mÃ©dico. Las Ciencias era la Ãºnica cosa que se me daba bien y me gustaba ayudar a la gente que se encontraba enferma, supongo que eso es porque yo siempre estaba malo y empecÃ© a crecer con ese sentimiento de empatÃ-a con los enfermos y algo en mi interior me decÃ-a que debÃ-a ayudarlos.

Ese dragoncito (o dragoncete, mejor dicho) no serÃ-a la excepciÃ³n. Desde que vi la herida de su pata, quise curÃ¡rsela. Me acerquÃ© con cautela hacia Ã©l por la espalda, todavÃ-a seguÃ-a comiendo y estaba entretenido, asÃ- que no me pasarÃ-a nada. AdemÃ¡s, querÃ-a ayudarlo, eso no estaba mal, Â¿no? HinquÃ© mi rodilla derecha en el suelo y examinÃ© la herida. No era muy profunda; parecÃ-a la herida de una bala, aunque nunca habÃ-a visto una herida asÃ-, por lo que no podÃ-a estar seguro al cien por cien. Le toquÃ© la herida, sin percatarme de que el dragÃ³n se habÃ-a terminado la merienda que le habÃ-a traÃ-do ese dÃ-a y ahora me estaba mirando; la ancha raya negra de sus ojos se afinÃ³, volviÃ©ndose una fina raya que siempre me infundÃ-a respeto.

â€”CÃ¡lmate, no voy a hacerte nada malo. â€” IntentÃ© convencerlo, pero al parecer Ã©l todavÃ-a se fiaba mucho de mÃ- cuando me acercaba a Ã©l. â€”SÃ³lo quiero curarte la herida, nada mÃ¡s. â€” ExpliquÃ©, sonriendo para calmarlo un poco. Cuando fui a ponerle el alcohol en la herida, Ã©l saliÃ³ corriendo hacia las rocas. â€”Â¡Eh, vuelve, aquÃ-!

Entonces, observÃ© cÃ³mo extendÃ-a sus alas gigantescas y negras para volar, pero por algÃºn motivo nada mÃ¡s conseguÃ-a saltar una muy pequeÃ±a altura. _Â¿Por quÃ© no vuela?_ Me preguntÃ©._ Que yo sepa,

los dragones pueden volar. Â¡Ã‰l tiene alas!_ Me acerquÃ© a Ã©l y entonces fue cuando me llamÃ³ la atenciÃ³n de nuevo su cola: le faltaba un alita... Â¿SerÃ-a eso? Â¡Claro! Â¡Era como un aviÃ³n, necesita equilibrio para volar bien! Entre la herida de la pata y esa, deduje que Ã©l habÃ-a tenido un accidente del que no querÃ-a hablar. CorrÃ- hacia Ã©l, para intentar calmarlo, pero sÃ³lo me rugiÃ³ molesto, subiÃ©ndose encima de una roca y vigilÃ¡ndome desde lo alto.

â€”Vamos, Â¡baja! Â¡En serio que no quiero hacerte nada malo! â€” Le supliquÃ©, Ã©l me contestÃ³ con un pequeÃ±o rugido. â€”De verdad, quiero curarte. â€” Le enseÃ±Ã© el botiquÃ-n. â€”Â¿Ves? Traje esto para sanarte.

Un rugido mÃ¡s, esta vez mÃ¡s fuerte que el Ãºltimo, pero sin asemejarse al primero (con el cual casi me deja sordo...). ResoplÃ©, rindiÃ©ndome, y di media vuelta. GuardÃ© el botiquÃ-n en la mochila y saquÃ© mi bloc y mis lÃ¡pices, me sentÃ© en la misma roca de siempre y empecÃ© a dibujar el paisaje. Verlo me tranquilizaba y dibujarlo me hacÃ-a olvidar las cosas malas. DesviÃ© la mirada por un momento para volver a mirar al dragÃ³n: ahora estaba acostado encima de la roca, enroscado como un perrito que tiene frÃ-o en invierno. SonreÃ- un poco, cuando se enfadaba parecÃ-a una autÃ©ntica fiera salvaje, pero cuando estaba tranquilo, era lo mÃ¡s parecido a un perro domÃ©stico que habÃ-a visto en mi vida.

SeguÃ- dibujando. No sabÃ-a ni cuÃ¡nto tiempo habÃ-a pasado. Lo que sÃ- sabÃ-a es que ya habÃ-a dibujado el paisaje entero que se encontraba delante de mis ojos y que tanto me fascinaba. Con la lengua afuera por el lado izquierdo (manÃ-a que se me habÃ-a pegado de mi madre cada vez que hacÃ-a algo muy concentrado) terminÃ© de pintar la Ãºltima lÃ-nea.

â€”Â¡Terminado! â€” ExclamÃ©, emocionado, mirando el dibujo que acababa de hacer. Era bastante parecido. Entonces, me di cuenta de que alguien estaba detrÃ¡s de mÃ-. â€”Hola... â€” Le dije al dragÃ³n, algo desconfiado por cÃ³mo se habÃ-a comportado antes. De igual manera que Ã©l no se fiaba de mÃ-, yo tampoco sabÃ-a si debÃ-a hacerlo.

El dragÃ³n olisqueÃ³ el papel que tenÃ-a en la mano y luego se quedÃ³ mirÃ¡ndolo un rato.

â€”Â¿Te gusta? â€” Se lo acerquÃ© un poco mÃ¡s, para que viera mejor y se me cayÃ³ el bloc de las piernas. â€”Vaya, hombre... â€” Dije molesto, mientras me agachaba a recogerlo, un dibujo se quedÃ³ en el suelo y el dragÃ³n fue a cogerlo. â€”Eh, devuÃ©lveme eso, vamos. â€” Le dije en un tono suave, para no enfadarlo, entonces me di cuenta de que era el dibujo que le habÃ-a hecho esta maÃ±ana.

â€”Â¿AsÃ- me veo? â€” PreguntÃ³, elevando la vista para mirarme.

â€”Em... â€” No sabÃ-a quÃ© responderle. Â¿Le habÃ-a gustado o no? No querÃ-a otro numerito, al parecer este dragÃ³n se enfadaba con facilidad. â€”SÃ-... â€” AcabÃ© admitiendo. Se quedÃ³ un rato callado y yo intentÃ© arreglarlo. â€”No se me da muy bien dibujar, asÃ- que...

â€”Â¿Bromeas? Â¡Es como verme reflejado en el agua! â€” ComentÃ³ con

tono contento y le vi meneando la cola.

â€”Te lo puedes quedar si quieres.

â€”Â¿En serio? â€” Me preguntÃ³ emocionado. Yo sÃ³lo asentÃ-.

CogiÃ³ el dibujo con la boca (sin dientes) y se lo llevo a su rinconcito. Yo le seguÃ- y vi que se metÃ-a en una especie de cueva: dos piedras a los lados que sujetaban otra que hacÃ-a como un techo.

â€”Â¿AquÃ- duermes? â€” Le preguntÃ©, intentando conocerlo un poco mÃ¡s.

â€”AquÃ- vivo. â€” Me corrigiÃ³. â€”No me queda de otra.

â€”Â¿Por quÃ© no te vas volando? â€” Me atrevÃ- a preguntarle, para saber si mis suposiciones eran correctas. â€”Sabes volar, Â¿no?

â€”Claro que sÃ© volar. â€” Me contestÃ³ un poco molesto. â€”Por si no te has dado cuenta, me falta media cola. â€” ExplicÃ³ meneando la cola delante de mis narices.

â€”Â¿Un accidente cuando volabas?

â€”Mmmm... No, un accidente no fue.

â€”No comprendo...

Se quedÃ³ callado, mirando hacia el lago. Â¿QuÃ© me quiso decir con eso? Entonces, me di cuenta: la herida de su pata que parecÃ-a ser de bala y su ala rota...

â€”Â¿Alguien te lo hizo? â€” PreguntÃ©, horrorizado, acercÃ¡ndome un poco a Ã©l, logrando que se apartara de mÃ- y me sacara los dientes en modo de amenaza. â€”Â¿QuiÃ©n podrÃ-a hacer algo asÃ-?

â€”Los que son como tÃº. â€” GruÃ±Ã³ la bestia, con tono enfadado. â€”Todos son iguales: atacan por lo que eres en vez de por lo que haces.

â€”Eso no es verdad. â€” ContestÃ© molesto. Ese comentario iba dirigido a mÃ- tambiÃ©n, Â¡soy un humano mÃ¡s!

â€”SÃ- que lo es. â€” RebatiÃ³ Ã©l, poniÃ©ndose de pie.

â€”Â¡Que no!

â€”Â¡Que sÃ-!

â€”Â¡Que no!

â€”Â¡Que sÃ-!

â€”Â¡Que te digo que no! â€” Le reprendÃ- dando una pequeÃ±a patadita al suelo. â€”Â¡Los humanos no somos asÃ-!

â€”Â¿Ah, no? â€” PreguntÃ³, acercÃ¡ndose a mÃ-. â€”Â¿Que acaso esos "compaÃ±eros" tuyos no te pegaron porque sÃ-, sin haberles hecho

nada?

Eso me pillÃ³ por sorpresa. â€”Bueno, sÃ-, pero...

â€”AdmÃ-telo, niÃ±o: ustedes, que se hacen llamar "humanos", son los que mÃ¡s carecen de humanidad**.**

Dicho esto, se alejÃ³ de mÃ-, subiÃ©ndose al techo de su casa-piedra. PensÃ© por un momento en lo que me habÃ-a dicho. SÃ-, era cierto, Mocoso y compaÃ±Ã-a siempre me pegaba porque sÃ-, nadie me echÃ³ una mano nunca, nadie hablÃ³ conmigo nunca para conocerme, ellos nada mÃ¡s se inventaron una personalidad frÃ-a y distante para mÃ-, totalmente opuesta a mi verdadera personalidad. MirÃ© al dragÃ³n, Ã©l tambiÃ©n parecÃ-a estar muy solo. Me recordaba mucho a mÃ-. Ahora que lo miraba bien, me veÃ-a a mÃ- mismo, siempre solo, mirando el paisaje y pensando en mil y una cosas que te hacÃ-an tener ganas de llorar. De repente, se me ocurriÃ³ una cosa y, aunque hasta a mÃ- me pareciera una locura, debÃ-a preguntÃ¡rselo:

â€”Oye, â€” Dije en un tono alto, para que me oyera. Aunque no moviera la cabeza, sabÃ-a que me estaba escuchando, porque su oreja derecha se virÃ³ hacia mÃ-. â€”Â¿quieres ser mi amigo?

NotÃ© cÃ³mo esta vez sÃ- movÃ-a la cabeza para mirarme fijamente. Me entrÃ³ algo de miedo, porque no parpadeaba y me miraba con los ojos abiertos como platos. De un salto, que provocÃ³ una gran ventolera no muy deseada en esos tiempos de frÃ-o extremo, bajÃ³ junto a mÃ- y volviÃ³ a ladear la cabeza.

â€”Â¿CÃ³mo dijiste?

â€”Dije que si quieres ser mi amigo.

El dragÃ³n echÃ³ la cabeza un poco hacia atrÃ¡s con el ceÃ±o fruncido. Luego mirÃ³ hacia abajo, creo que aÃºn no se creÃ-a lo que le estaba preguntando.

â€”Â¿Me lo dices en serio?

â€”SÃ-. â€” Le dije un poco exasperado.

â€”Â¿Por quÃ©? â€” Me preguntÃ³ arrugando la nariz.

â€”No sÃ©. â€” RespondÃ- encogiÃ©ndome de hombros. â€”Es que me pareces simpÃ¡tico. â€” VolviÃ³ a abrir los ojos como platos y empinÃ³ las orejas hacia arriba. â€”Se meten siempre con nosotros por ser diferentes y nos dejan solos...

â€”No. â€” Dijo cortante. â€”Conmigo se meten y me marginan porque soy un monstruo. â€” AÃ±adiÃ³, entrecerrando los ojos y bajando la cabeza y las orejas. Yo empecÃ© a reÃ-rme y Ã©l me mirÃ³ extraÃ±ado y molesto. â€”Â¿De quÃ© te rÃ-es?

â€”Â¡De lo que has dicho! â€” ExpliquÃ©, confundiÃ©ndolo aÃºn mÃ¡s. â€”TÃº no eres ningÃºn monstruo, solo eres diferente a los demÃ¡s y eso no es de monstruos.

Me mirÃ³ sorprendido, al parecer no me creÃ-a ni una palabra o no podÃ-a creÃ©rsela. EmpecÃ© a suponer que, al igual que yo, Ã©l lo habÃ-a pasado mal por haber cometido el mayor que pecado que una

persona puede hacer en este mundo de prejuiciosos: ser diferente. Di un paso adelante para acercarme a Ã©l y le estirÃ© la mano derecha, con la palma de la mano abierta.

â€”Â¿Me dejarÃ¡s que te cure ahora? â€” Le preguntÃ©, acercando un poco mÃ¡s la mano para tocarlo. Ã‰l volviÃ³ a gruÃ±irme amenazadoramente.

NotÃ© que todavÃ-a no confiaba en mÃ- del todo, asÃ- que quitÃ© la mirada y dejÃ© mi brazo estirado. CerrÃ© los ojos con fuerza, esperando cualquier cosa. De pronto, notÃ© como algo escamoso, duro y frÃ-o en mi mano. AbrÃ- los ojos lentamente y virÃ© la cabeza, para encontrarme con una escena que nunca me hubiera imaginado la primera vez que lo conocÃ-. El dragÃ³n habÃ-a cerrado los ojos y colocado el hocico en mi mano abierta, dejÃ¡ndome tocarlo y sentirlo en mi piel. SonreÃ- ante este acto. Entonces, el dragÃ³n abriÃ³ los ojos y separÃ³ el hocico de mi mano, yo lo mirÃ© sorprendido y volvÃ- a preguntarle.

â€”Â¿Me dejarÃ¡s que te cure ahora?

Me mirÃ³ a los ojos y, lentamente, se acercÃ³ a mÃ-, acurrucÃ¡ndose como un gatito en busca de mimos.

SaquÃ© de nuevo el botiquÃ-n de la mochila y empecÃ© a sanarle la patita. Al ponerle el alcohol, rugiÃ³ un poco, pero con un par de caricias volviÃ³ a calmarse a regaÃ±adientes. BajÃ³ la cabeza, esperando a que yo terminara.

â€”Espera, â€” Le dije. â€”voy a vendÃ¡rtelo para que no se infecte. â€” Entonces, saquÃ© unas vendas del botiquÃ-n y se la puse alrededor de la pata. â€”En unos dÃ-as se te curarÃ¡, ya verÃ¡s.

Ã‰l no me dijo nada, ni se moviÃ³. Nada mÃ¡s se quedÃ³ mirando el lago cristalino, yo volvÃ- a colocar las cosas en la maleta, contento por haberlo ayudado. Ahora sÃ³lo quedaba por hacer una cosa, aunque no pude pensar en ella mucho tiempo, porque la voz del dragÃ³n me sacÃ³ de mis pensamientos.

â€”Â¿CÃ³mo te llamas?

â€”Hipo. â€” Le contestÃ© automÃ¡ticamente. Fue entonces cuando me di cuenta de que no sabÃ-a su nombre, asÃ- que aprovechÃ©: â€”Â¿Y tÃº?

â€”Yo no tengo nombre. â€” Dijo como si fuera lo mÃ¡s normal del mundo.

â€”Todos necesitamos uno... â€” Lo mirÃ© y notÃ© cÃ³mo lanzÃ³ un suspiro. Supuse que eso era igual a que yo me encogiera de hombros. Un relÃ¡mpago pasÃ³ por mi cabeza. â€”Ya estÃ¡. Â¿QuÃ© te parece Desdentado?

â€”Â¿Desdentado? â€” RepitiÃ³ Ã©l confundido, virando la cabeza para mirarme.

â€”AjÃ¡, por tus dientes de quita y pon. â€” Le dije riendo un poco. â€”Si no te gusta, te lo puedo cambiar.

â€”No, da igual. â€” Me cortÃ³, volviendo su vista al lago otra vez.

â€”Desdentado suena bien. Creo...

4. Amistad secreta

CAPÃ•TULO III:

"_**Amistad secreta"**_

HabÃ-an transcurrido un par de semanas y mi ojo izquierdo ya habÃ-a vuelto a la normalidad. Mocoso no me habÃ-a vuelto a molestar, pero sÃ- que me lanzaba miradas de odio total que me helaban la sangre, pero poco a poco lo fui ignorando. Me da que Astrid supuso que algo muy malo habÃ-a pasado entre nosotros despuÃ©s de mi Ãºltimo encontronazo con ella. Y no se equivocaba, yo aÃºn estaba algo molesto por lo que habÃ-a ocurrido y me sentÃ-a incÃ³modo compartiendo clase con Ã©l (siempre me habÃ-a sentido asÃ-, pero ahora mÃ¡s que nunca).

Por su parte, mi padre seguÃ-a igual, trabajando dÃ-a tras dÃ-a sin descansar si quiera. Cuando era pequeÃ±o me daba rabia que no pudiera estar conmigo mÃ¡s tiempo y me enfadaba, pero ahora que habÃ-a crecido la rabia se transformÃ³ en pena; seguramente, a Ã©l tampoco le gustaba esa situaciÃ³n y era consciente de nuestra escasa relaciÃ³n padre-hijo.

Aquella tarde de viernes, yo seguÃ- con mi proyecto. Ya habÃ-a completado la primera fase: acercarme al dragÃ³n; la segunda fase: hacerme su amigo; tercera fase: curarle las heridas y cuarta fase: ayudarle con su... Mm... Â¿Tragedia _dragonil_? Bueno, como se diga, no soy un experto en esas criaturas, sobre todo porque no sabÃ-a ni que existÃ-an en verdad. Â¡Ya casi la tenÃ-a acabada, quÃ© bien! SÃ³lo necesitaba juntar esto con aquello y...

â€”Â¡Hipo! â€” La voz de mi padre resonÃ³ por toda la casa, haciendo que casi rompiera mi "obra maestra".

â€”Em... Â¿Â¡SÃ-, papÃ¡!? â€” GritÃ©, alterado, oyendo sus pasos aproximarse al cuarto. Â¡DebÃ-a esconder eso y rÃ¡pido, no querÃ-a mÃ¡s preguntas!

â€”Ha venido BocÃ³n a hacernos una visita. â€” Me informÃ³ mi padre, mientras abrÃ-a la puerta de mi cuarto. â€”EstÃ¡ ansioso por verte.

â€”Y yo, y yo. â€” Le respondÃ-, asintiendo exageradamente con la cabeza.

â€”Baja rÃ¡pido, tenemos que irnos dentro de poco.

â€”Â¿Trabajo, papÃ¡? â€” PreguntÃ©, fingiendo que eso era nuevo por aquÃ-.

â€”No te pases de listo con ese tonito... â€” Me reprendiÃ³ Ã©l, aunque no se enfadÃ³ mucho, porque sabÃ-a que era la verdad. Luego, bajÃ³ las escaleras y yo suspirÃ©.

â€”Â¡Menos mal!

BajÃ© las escaleras, encontrÃ¡ndome con BocÃ³n. BocÃ³n era un amigo

de la infancia de mi padre. En vez de amigos, parecÃ-a hermanos (cosa por la que yo me acostumbrÃ© a llamarlo "tÃ-o" BocÃ³n y Ã©l a mÃ- "sobrino"). Ambos eran iguales: grandes, robustos, cabezotas... No me extraÃ±arÃ-a que ellos fueran hermanos de verdad, pero no tuvieran idea de ello, como en aquella pelÃ-cula que vi el otro dÃ-a.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ alegre al verme.

â€”Hola, tÃ-o BocÃ³n. â€” Le saludÃ© yo, casi sin aliento por su fuerte abrazo. OÃ- que algo se cayÃ³ al suelo.

â€”Â¡Vaya, hombre! Â¡Endemoniada mano!

BocÃ³n se agachÃ³ y recogiÃ³ su mano izquierda del suelo. Om, sÃ-, un detallito que se me olvidÃ³ comentar... Al parecer, BocÃ³n habÃ-a tenido un accidente harÃ¡ un par de aÃ±os y perdiÃ³ su mano izquierda y su pie derecho. Era un tema del que no querÃ-a hablar y mi padre y yo se lo respetamos.

â€”TodavÃ-a no le coges el tranquillo, Â¿eh? â€” PreguntÃ©, algo divertido.

â€”Â¡No soy yo, es ella! Â¡Es una rebelde! â€” Me respondiÃ³ con un puchero, como los niÃ±os pequeÃ±os. â€”Â¿QuÃ© tal te va todo, Hipo? â€” Me preguntÃ³ mientras se colocaba su mano ortopÃ©dica.

â€”AhÃ- andamos.

â€”Â¿Has hecho algÃºn amigo?

Eso era otra cosa: BocÃ³n era el Ãºnico que se sabÃ-a toda mi tragedia personal de pe a pa y por eso no me prejuzgaba tanto, ni se inventaba una personalidad frÃ-a y distante sobre mÃ-; mi padre le contaba todo y yo tambiÃ©n cogÃ- esa manÃ-a. Ellos no trabajaban juntos, en verdad, no sabÃ-a en lo que trabajaba, sÃ© que son cosas por las que se pasa fuera de Mema mÃ¡s de la mitad del aÃ±o. Pero el que no trabajaran juntos me beneficiaba a mÃ- porque de pequeÃ±o podÃ-a verlo mÃ¡s veces y jugar con Ã©l. SegÃºn me fui haciendo mayor, Ã©l se convirtiÃ³ en un amigo cercano al que me costaba mentirle.

â€”SÃ-, uno tengo. â€” AdmitÃ-, sin entrar en detalles.

â€”Â¡Vaya, eso es bueno! â€” ComentÃ³ alegre. â€”Â¿PodrÃ© conocerlo algÃºn dÃ-a?

â€”Em... Creo que no, BocÃ³n... â€” Eso me pillÃ³ por sorpresa.

â€”Â¿Por quÃ©?

â€”Pues... Mmm... Bueno...

â€”Â¡Ooooh, ya sÃ© lo que pasa aquÃ-!

â€”Â¿Ah, sÃ-? â€” PreguntÃ©, abriendo los ojos como platos. Nadie en su sano juicio se imaginarÃ-a que me hice amigo de una criatura mitolÃ³gica, Â¿verdad? ... Bueno, BocÃ³n nunca estuvo en su "sano juicio"...

â€”Es porque es una chica, Â¿verdad?

â€”_Â¡Aleluya!_ â€” PensÃ©, aliviado, aunque no sÃ© quÃ© era peor. â€”No, no es una chica.

â€”Tranquilo, no se lo dirÃ© a tu padre, ya sÃ© que es un anticuado. â€” Me abrazÃ³ con su brazo izquierdo por encima del hombro. â€”Pero, conmigo no has de cortarte.

â€”Â¡No es ninguna chica, en serio! â€” Le respondÃ-, alejÃ¡ndome de Ã©l.

â€”Â¿Necesitas que te dÃ© la _charla_?

â€”Â¡No!

â€”Tranquilo, Hipo, ya la he dado muchas veces.

â€”No necesito ninguna "charla". â€” Dije, temiendo lo peor por su parte.

â€”Como quieras. â€” Dijo encogiÃ©ndose de hombros. â€”Pero no te olvides que yo soy un donjuÃ¡n. â€” Entonces, se puso a mirar al infinito, con una sonrisa nostÃ¡lgica. â€”SÃ-, seÃ±or, era un autÃ©ntico galÃ¡n. Â¡QuÃ© tiempos aquellos!

LancÃ© un suspiro de frustraciÃ³n mientras me pasaba la mano derecha por la cara, intentando calmarme. _Bueno, al menos mi secreto sigue a salvo._ PensÃ©, para reconfortarme un fisco. Mi padre apareciÃ³ por la puerta, con la chaqueta puesta.

â€”BocÃ³n, debemos irnos ya o llegaremos tarde a tu entrevista. â€” Eso es, mi padre querÃ-a hacer compaÃ±ero de trabajo suyo a BocÃ³n. Al parecer, el trabajo actual del tÃ-o no le convencÃ-a mucho, aunque yo no podÃ-a opinar, no sabÃ-a ni en quÃ© trabajaba.

â€”Â¡Ya va, hombre, estamos teniendo una conversaciÃ³n muy importante acÃ¡!

â€”Â¿Una conversaciÃ³n importante? Â¿Sobre quÃ©? â€” InquiriÃ³ mi padre curioso, acercÃ¡ndose.

â€”Â¡Nada, nada! â€” GritÃ©, para cortarlos. â€”PapÃ¡, ya casi van a ser en punto, BocÃ³n llegarÃ¡ tarde.

â€”Â¡Es cierto! Â¡Por Cristo bendito! â€” Dijo mi padre, mirando su reloj de muÃ±eca y jalando a BocÃ³n por el cuello de la camisa afuera de casa. Me guiÃ±Ã³ el ojo y yo volvÃ- a suspirar, poniendo los ojos en blanco. â€”Intentaremos volver temprano, Hipo, te lo prometo.

â€”Ya, sÃ-... â€” RespondÃ-, mirando al suelo.

â€”SÃ-, cenaremos juntos. â€” Se entrometiÃ³ BocÃ³n. â€”Y seguiremos esta charla taaaan interesante.

â€”Â¡No la seguiremos y no es "interesante"! â€” GritÃ© desesperado, mientras la puerta se cerraba.

â€”Â¿QuÃ© es eso de charla interesante? â€” OÃ- que mi padre preguntaba.

â€”Tu hijo, que va de mosquita muerta. â€” Le respondiÃ³ BocÃ³n, luego no pude oÃ-r mÃ¡s porque se alejaron demasiado.

Genial, espero que papÃ¡ no pierda su rÃ©cord de incumplimiento de promesas y no podamos cenar todos juntos para evitar esa cena. Me quedÃ© un rato mirando la puerta, rezando a todos los santos que conocÃ-a para que llegaran a las tres de la madrugada... Un relÃ¡mpago pasÃ³ por mi mente. Â¡Yo no deberÃ-a estar aquÃ- quieto!

SubÃ- las escaleras y subÃ- a mi cuarto, una vez allÃ-, saquÃ© en lo que habÃ-a escondido minutos antes y lo terminÃ©. Me di el placer de mirarla. Â¡Me habÃ-a quedado que ni pintada! Era demasiado grande para la mochila, asÃ- que esta vez cogÃ- una bolsa de basura grande que mi padre solÃ-a comprar para no usar y la metÃ- ahÃ- dentro. DespuÃ©s, salÃ- de casa y me dirigÃ- a la ensenada.

Creo que sobran la explicaciÃ³n de lo que hice para bajar, Â¿verdad? Bueno, vamos a lo importante. Cuando bajÃ© al suelo, empecÃ© a buscar al dragÃ³n con la mirada, al no verlo, decidÃ- volver a llamarlo gritando, como cuando le preguntÃ© si querÃ-a ser mi amigo y, para mi sorpresa, dijo que sÃ-. En realidad, no habÃ-a sido un "sÃ-" hablado, pero yo entendÃ-a sus acciones como un "sÃ-", o mÃ¡s que sea como un "me lo estoy pensando".

â€”Â¡Desdentado, Desdentado! â€” GritÃ©, dando vueltas a mi alrededor. â€”Â¿EstÃ¡s aquÃ-, campeÃ³n?

RecorrÃ- toda la ensenada, hasta que al final lo encontrÃ© adentro de su casa-piedra. Estaba dormidito. Me acerquÃ© un poco a Ã©l y notÃ© que estaba algo nervioso. No sÃ© cÃ³mo es la cara de un dragÃ³n segÃºn sus sentimientos, pero sÃ- sabÃ-a que no era un buen sueÃ±o, precisamente. MÃ¡s de una vez enseÃ±Ã³ los dientes amenazadoramente y gruÃ±Ã³ enfadado.

NORMAL POV

_ SabÃ-a en donde se hallaba: en el laboratorio, el odiado laboratorio. Estaba encerrado en aquella detestable jaula. Ni hablar, no iba a quedarse ahÃ- encerrado de nuevo, en Ã©l no mandarÃ-a ningÃºn aborrecible humano. Se puso de dos patas, empujando las rejas para poder tirarlas al suelo y escapar de ahÃ-. GruÃ±Ã³ frustrado al ver que no podÃ-a tirarlas ni con su fuerza. Entonces, se le ocurriÃ³ otra idea: el fuego. Â¡SÃ-, quemÃ¡ndola podrÃ-a salir! AsÃ- pudo escapar la Ãºltima vez._

_ Se puso en posiciÃ³n, inspirando suficiente aire y formando una bola de luz azul oscura en su garganta, la cual empezaba a sentirse caliente. Cuando iba a dar el golpe final, una voz, que tambiÃ©n odiaba con todo su ser, lo detuvo._

â€”_Â¡Ni se te ocurra, monstruo!_

_ El dragÃ³n mirÃ³ molesto al propietario de la voz, era ese seÃ±or que tanto odiaban los de su especie y que tanto respeto le tenÃ-an los verdaderos monstruos que allÃ- estaban. Ã‰l le gruÃ±Ã³ molesto, por cÃ³mo le habÃ-a llamado y le enseÃ±Ã³ sus dientes para infundirle

respeto, pero no funcionÃ³._

â€”_Yo que tÃº me calmaba. â€” Le aconsejÃ³ el Director. â€”No queremos tener un accidente, Â¿verdad?_

_ Un foco iluminÃ³ el lugar donde se encontraba el hombre y lo que tenÃ-a a su lado. Era una figura negra, atada por el cuelo y las patas. Un Furia Nocturna, como Ã©l. El dragÃ³n abriÃ³ los ojos sorprendido y temiendo lo peor por parte de ese al que llamaban "Director". Todos los sentimientos que sintiÃ³ en aquel momento se convirtieron en uno: ira._

_ Se puso de dos patas y luego cayÃ³ adrede para ocasionar mucho ruido y una leve temblor al lugar, mientras rugÃ-a con todas sus fuerzas al que tenÃ-a delante de sus ojos._

â€”_Veo que no te llaman "Furia" Nocturna por nada. â€” ComentÃ³ el Director, acercÃ¡ndose al otro dragÃ³n. â€”Dicen que eres difÃ-cil de domar. Bueno, a mÃ- me encantan los retos._

_ El dragÃ³n siguiÃ³ con la mirada a aquel sujeto, olvidÃ¡ndose por completo de los barrotes que le obstruÃ-a la visiÃ³n. Pudo apreciar que llevaba un objeto recogido alrededor de su mano. EntrecerrÃ³ los ojos a causa del enfado y tambiÃ©n para poder ver mejor quÃ© era aquella cosa, aunque no tardÃ³ nada en averiguarlo cuando la desplegÃ³, dejando ver un lÃ¡tigo fino y alargado. El dragÃ³n sacÃ³ los dientes, amenazando al hombre, pero ante este acto el Director sÃ³lo sonriÃ³ y empezÃ³ a golpear al dragÃ³n. De la garganta del golpeado, salÃ-an finos gemidos de dolor._

_ El dragÃ³n rugiÃ³ fuertemente y rompiÃ³ los barrotes con su fuego y saltÃ³ contra el hombre que golpeaba al otro dragÃ³n que pertenecÃ-a a los de su especie. No sabÃ-a quÃ© le harÃ-a a ese hombre cuando lo tuviera en sus manos (o en sus garras, en todo caso). Lo que sÃ- sabÃ-a era que le iba a hacer sentir en carne propia el mismo o peor sufrimiento del que Ã©l habÃ-a tenido que aguantar desde que naciÃ³._

_ Sin embargo, no tuvo oportunidad de hacer nada, pues otros dos hombres lo cogieron por la cola, impidiÃ©ndole salir volando con libertad y reteniÃ©ndolo en el suelo. El Furia Nocturna rugiÃ³ quejÃ¡ndose, viendo cÃ³mo daÃ±aban a su amiga y sufrÃ-a por no poder ir a ayudarlo. Â¿Por quÃ© estaba pasando eso? Ellos no le habÃ-an hecho daÃ±o a nadie y, sin embargo, disfrutaban torturÃ¡ndolos diariamente._

_ El Furia Nocturna seguÃ-a intentando librarse del agarre de su cola, pero era en vano. Â¿Desde cuÃ¡ndo se habÃ-a vuelto tan dÃ©bil? Dos humanos lo retenÃ-an como si de un perrito se tratara, Â¿por quÃ©? Â¿Por quÃ© justo ahora que debÃ-a ayudar a la persona que mÃ¡s querÃ-a en el mundo?_

â€”_Â¿Por quÃ© tanto empeÃ±o en ayudar? â€” Le gritÃ³ el hombre al dragÃ³n, haciendo que se quedara quieto y que todos en esa sala le prestaran atenciÃ³n._

â€”Porque la quiero..._ â€” PensÃ³ el dragÃ³n con algo de tristeza, al ver cÃ³mo la dragona apenas se movÃ-a._

â€”_Ustedes no quieren a nadie. â€” ComentÃ³ el Director, como si le

hubiera leÃ-do la mente y volviÃ³ a levantar el lÃ¡tigo. â€”Los monstruos como tÃº, dragÃ³n, no tienen corazÃ³n, a diferencia de los humanos._

_ DejÃ³ caer el lÃ¡tigo una Ãºltima y fuerte vez sobre la Furia Nocturna, haciendo que el dragÃ³n saltara en un Ãºltimo intento de ir a ayudarla._

HIPO POV

No sabÃ-a lo que estarÃ-a soÃ±ando, pero, sin duda alguna, no era algo muy bonito. No quise arriesgarme a despertarle, asÃ- que decidÃ- sacar su regalo de la bolsa y colocÃ¡rselo mientras dormÃ-a. Cuando terminÃ© de ponÃ©rselo, el dragÃ³n saltÃ³ despertÃ¡ndose, sobresaltado.

â€”Â¡MamÃ¡! â€” GritÃ³ el dragÃ³n, rugiendo.

Aunque esta vez su rugido no parecÃ-a furioso, como era normal, sino que estaba lleno de dolor, a mÃ- parecer y eso hizo que sintiera lÃ¡stima por Ã©l. Lo vi mirando a su alrededor, como si estuviera comprobando en dÃ³nde se encontraba. Luego, gruÃ±Ã³ en bajito, algo frustrado y fue entonces cuando se dio cuenta de que yo estaba detrÃ¡s de Ã©l.

â€”Hola... â€” Lo saludÃ© algo simpÃ¡tico, para intentar animarlo. Pero Ã©l nada mÃ¡s me mirÃ³ con el ceÃ±o fruncido. â€”Â¿EstÃ¡s bien?

â€”SÃ-. â€” MintiÃ³ Ã©l, dÃ¡ndome la espalda. â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ- otra vez? â€” PreguntÃ³ algo molesto. Supuse que no le gustÃ³ nada que yo lo hubiera visto asÃ-.

â€”Bueno... Vine a traerte un regalo.

â€”Â¿QuÃ© es eso?

â€”Â¿No sabes lo que es un regalo? â€” Le preguntÃ© asombrado. Ã‰l solo negÃ³ con la cabeza con sus ojitos abiertos, como cada vez que le entraba curiosidad por algo que yo le nombraba. Me alegrÃ© de que volviera a estar de buen humor. â€”Pues... Un regalo es una cosa que se le compra a una persona para dÃ¡rsela y que Ã©l se la quede.

â€”Â¿Los humanos hacen eso? â€” PreguntÃ³ sin comprender. â€”Â¿Por quÃ©?

â€”Sobre todo en cumpleaÃ±os o celebraciones importantes de una persona, como una boda o una comuniÃ³n. Se hacen para demostrarles su afecto, que los quieren.

Los monstruos como tÃº, dragÃ³n, no tienen corazÃ³n,

a diferencia de los humanos.

NotÃ© cÃ³mo el dragÃ³n se quedÃ³ mirÃ¡ndome fijamente cuando dije estas Ãºltimas palabras y meneÃ³ la cabeza varias veces, como hacÃ-a yo cuando querÃ-a alejar algÃºn mal pensamiento. Luego volviÃ³ a fruncir el ceÃ±o y me dio la espalda.

â€”Un monstruo no tiene corazÃ³n para sentir. â€” ComentÃ³ en bajito, aunque yo le oÃ-. Iba a reprenderlo cuando volviÃ³ a hablar. â€”No quiero tu regalo.

â€”Â¡Vamos, no digas eso! â€” Le dije fastidiado, con el mismo tono que un niÃ±o pequeÃ±o usa cuando se lleva una decepciÃ³n. â€”Â¡Ni siquiera sabes lo que es!

â€”Ni lo sÃ© ni quiero saberlo. Ahora, lÃ¡rgate...

Hice un puchero. No habÃ-a estado trabajando tanto durante dos semanas para nada; ese dragÃ³n iba a ver mi regalo y, si despuÃ©s no le gustaba, podÃ-a rehusarlo si querÃ-a. VolvÃ- a hincar la rodilla derecha y le coloquÃ© bien su regalo.

â€”Oye, â€” Me dijo, con tono molesto. â€”no me toques sin permiso, niÃ±o. Y menos si se trata de... â€” Se dio la vuelta y se quedÃ³ callado. MirÃ³ varias veces a esa parte de su cuerpo y la olisqueÃ³. Luego, me mirÃ³ algo... Â¿conmovido? â€”Â¿TÃº...? Â¿TÃº hiciste esto... para _mÃ-_?

AsentÃ-, sonriendo, observando cÃ³mo Desdentado olÃ-a mi regalo, su nueva cola. Me habÃ-a costado lo mÃ-o encontrar materiales suficientes para hacerla resistente al agua, fuerte al viento y demÃ¡s cosas que podrÃ-an ser un problema para Ã©l al volar libre. SÃ-, sin duda alguna me habÃ-a salido perfecta, nunca habÃ-a estado tan orgulloso de una manualidad mÃ-a como ahora. SÃ³lo habÃ-a un pequeÃ±o inconveniente...

â€”PodrÃ© irme... â€” Dijo Desdentado, mientras terminaba de oler la cola. â€”Â¡PodrÃ© verla otra vez! â€” GritÃ³ alegre mientras subÃ-a la cabeza y corrÃ-a afuera de su casa-piedra.

â€”Â¡Eh, no, espera! â€” Le chillÃ©. â€”Â¡Desdentado!

El dragÃ³n extendiÃ³ sus dos alas y saltÃ³ para volar. LograÃ³ volar unos cuantos metros del suelo, pero pronto sucediÃ³ lo que querÃ-a contarle: cayÃ³ al lago, provocando una gran ola que por poco me pilla. Me acerquÃ© a Ã©l, preocupado.

â€”Â¿EstÃ¡s bien?

â€”Â¿Por quÃ© no pude volar? â€” PreguntÃ³ algo molesto, mientras se sacudÃ-a como un perro, logrando que me empapara un poco.

â€”Eso era lo que querÃ-a contarte. â€” Le expliquÃ©, con un tono calmo aunque estuviera molesto por que me mojara. â€”ConseguÃ- hacerte una cola, pero no puedo hacer que vueles solo.

â€”Â¿Y de quÃ© me sirve entonces?

â€”Yo solo querÃ-a ver si, mÃ¡s que sea, funcionaba. Y veo que asÃ- es. Ahora solo tengo que darte la segunda parte del regalo. â€” Le dije mientras me dirigÃ-a a la bolsa de basura. Desdentado me mirÃ³ curioso, pero cuando vio que saquÃ© una silla de montar, frunciÃ³ el ceÃ±o.

â€”Â¿QuÃ© crees que vas a hacerme con eso? â€” PreguntÃ³ gruÃ±endo.

â€”Â¿TÃº quÃ© crees? â€” Le re-preguntÃ© con tono de "eres bobo o Â¿quÃ©?" Pero cuando vi que me enseÃ±aba los dientes, decidÃ- cambiarlo por mi tono de paciencia infinita. â€”El ala solo se te abrirÃ¡ voluntariamente si le damos a esta palanca. â€” Le expliquÃ©, seÃ±alando una pequeÃ±a palanca que habÃ-a en la silla.

â€”No puedo estar dÃ¡ndome la vuelta cada dos por tres. AdemÃ¡s, tampoco llegarÃ-a hasta ahÃ-.

â€”Lo sÃ©, necesitarÃ-as un jinete: alguien que te montara.

â€”... â€” Desdentado levantÃ³ una ceja (no tenÃ-a cejas, pero es para que me comprendan) y me preguntÃ³, bastante serio: â€”NiÃ±o, Â¿tengo cara de caballo, acaso?

â€”No me llamo "niÃ±o", me llamo Hipo. â€” Le corregÃ- molesto. â€”Y ya sÃ© que no eres un caballo, pero es la Ãºnica forma de que puedas volar.

Desdentado gruÃ±Ã³ y refunfuÃ±Ã³ por lo bajo cosas ininteligibles para mÃ-. Al parecer, Ã©l querÃ-a ir a algÃºn sitio, un lugar al que no querÃ-a llevarme porque si iba allÃ- no volverÃ-a. No querÃ-a ser egoÃ-sta, pero era la primera vez que tenÃ-a alguien con quien hablar que estaba ahÃ- dÃ-a sÃ- y dÃ-a tambiÃ©n y me daba cosa dejarlo marchar para siempre. Pero, al mismo tiempo, sentÃ-a pena por Ã©l. Ser un dragÃ³n y no poder volver deberÃ-a ser como ser un guepardo y ser lento. SabÃ-a que un dÃ-a de estos Ã©l deberÃ-a irse para siempre, este no era su sitio y me daba miedo que lo descubrieran, pero por el momento querÃ-a probar su ala nueva y asegurarme de que funcionaba correctamente, para luego hacerle alguna que pudiera funcionar sola. Aunque sabÃ-a que eso era mÃ¡s fÃ¡cil de decir que de hacer...

â€”Oye, sÃ© que eres muy independiente y que este no es el lugar al que perteneces. â€” Le comentÃ©. â€”Pero antes de hacer cualquier cosa, debo saber si esta funciona bien. Luego, te harÃ© una que funcione sola, aunque tardarÃ© mucho mÃ¡s tiempo.

Desdentado pareciÃ³ mirarme desconfiado, pero luego pareciÃ³ recordar que yo no le habÃ-a hecho nada malo hasta el momento. Es mÃ¡s, yo habÃ-a guardado el secreto de que un dragÃ³n se paseaba a sus anchas por esta ensenada, yo le habÃ-a curado sus heridas y yo le habÃ-a construido su alita. Creo que esas son bastantes razones para que vea que no quiero hacerle nada malo, Â¿verdad?

â€”Â¿De verdad? â€” Me preguntÃ³.

â€”Te lo prometo. â€” Le dije, seguro de lo que estaba diciendo y mÃ¡s serio que nunca. El dragÃ³n me mirÃ³ a los ojos y luego lanzÃ³ un suspirito mientras me daba la espalda.

â€”Anda, pÃ³nmela. â€” Dijo resignado.

SonreÃ- sinceramente, sin duda alguna esa acciÃ³n por parte de Ã©l me alegrÃ³ bastante mÃ¡s de lo que imaginaba. Le coloquÃ© la silla de montar y me asegurÃ© de que estaba bien sujeta mÃ¡s de mil veces, cosa que molestÃ³ al dragÃ³n.

â€”Â¡Oye, ya van siete veces que compruebas la silla! â€” Se quejÃ³, desesperado.

â€”Es que le tengo miedo a las alturas. â€” ConfesÃ©, ruborizÃ¡ndome por la vergÃ¼enza.

â€”No va a pasar nada. â€” Me asegurÃ³. â€”He hecho esto miles de veces.

â€”Pero yo no.

â€”Yo no dejarÃ© que te pase nada.

AbrÃ- los ojos como platos y me quedÃ© mirÃ¡ndolo. Â¿Acaso ese dragoncito tan orgulloso, desconfiado e independiente me estaba prometiendo protecciÃ³n? No estaba muy seguro de si era verdad o no, pero lo que sÃ- sabÃ-a era que, por primera vez, me sentÃ-a seguro con alguien que no fuera de mi familia. Me subÃ- encima de Ã©l y me puse un cinturÃ³n de seguridad que estaba sujeto por una cuerda a la silla, para estar aÃºn mÃ¡s seguro. Luego, puse mi pie en la palanca, el cual encajaba perfectamente porque yo lo habÃ-a hecho a medida, y el ala se extendiÃ³, negra como la suya.

â€”Â¡A por todas, campeÃ³n! â€” Le dije, emocionado.

Desdentado pareciÃ³ sonreÃ-rme un momento con la mirada por mi emociÃ³n y luego gruÃ±Ã³, extendiendo sus dos alas gigantescas y juntos emprendimos vuelo.

La brisa me golpeaba en la cara mientras volÃ¡bamos en direcciÃ³n recta, por encima de las nubes para no ser vistos. De seguro la visiÃ³n desde allÃ- arriba era fabulosa, pero mi miedo a las alturas me obligaba a aferrarme fuertemente el cuello de Desdentado, mientras movÃ-a la palanca de vez en cuando para ayudarlo a volar correctamente.

â€”No hace falta que estÃ©s tan tenso. â€” Me comentÃ³, notando mi nerviosismo.

â€”No estoy tenso. â€” Le mentÃ-.

â€”Â¿Ah, no? Pues yo noto cÃ³mo tiemblas.

â€”Es que hace frÃ-o aquÃ- arriba. â€” RebatÃ-, no era mentira pero no querÃ-a admitir que tenÃ-a miedo.

â€”RelÃ¡jate, â€” Me aconsejÃ³. â€”no te dejarÃ© caer. AdemÃ¡s, tienes ese cinturÃ³n de seguridad.

VolvÃ- a quedarme algo sorprendido por cÃ³mo me estaba prometiendo protegerme. No sÃ© por quÃ©, pero cuando Ã©l me lo decÃ-a me sentÃ-a seguro.

â€”Vale, intentemos dar la vuelta. â€” Dije, intentando concentrar la mirada a la palanca para no ver la distancia a la que estÃ¡bamos. â€”No muy fuerte, no muy fuerte...

Mientras intentaba controlar mi fuerza para no dar una vuelta demasiado repentina, Desdentado seguÃ-a mirando hacia delante, a la vez que escuchaba lo que hacÃ-a, con las orejas hacia atrÃ¡s.

â€”Â¿Vas bien? â€” Me preguntÃ³, mirÃ¡ndome con el rabillo del ojo.

Justo cuando iba a asentir, una paloma chocÃ³ contra el hocico de Desdentado y Ã©l empezÃ³ a mover la cabeza a los lados para quitÃ¡rsela de encima. EmpezÃ³ a pelearse en el cielo y acabÃ© perdiendo el control por el fuerte zarandeo en el que me vi.

â€”Â¡Quieto, Desdentado! â€” Le gritÃ©, intentando no perder el control. Al ver que no me hacÃ-a caso, intentÃ© acercarme un poco mÃ¡s a su cabeza y pulsÃ© mÃ¡s fuerte de lo querido la palanca, provocando un giro brusco hacia la izquierda y acabamos yendo hacia abajo.

CerrÃ© los ojos y me aferrÃ© fuertemente a Ã©l, mientras gritaba, atemorizado por la altura a la que sabÃ-a que me encontraba. NotÃ© que Desdentado intentaba tomar el control sobre sÃ- mismo, pero por su "problema", le fue imposible. Chocamos contra el suelo de una parte del bosque, destrozando el lugar por el tamaÃ±o de Desdentado.

â€”SabÃ-a que no debÃ- dejarte hacerlo... â€” GruÃ±Ã³ el dragÃ³n.

Por mi parte, yo nada mÃ¡s suspirÃ© en cuanto vi que estÃ¡bamos sanos y salvos. Luego, sonreÃ-, la cola funcionaba bien, tan sÃ³lo quedaba aprender a usarla.

El dÃ-a siguiente era lunes, uno de los dÃ-as que mÃ¡s odiaba. No por el hecho de levantarme temprano... Bueno, por eso tambiÃ©n. Pero sobre todo no me gustaba porque tenÃ-a que volver a estar en un lugar en el que sentÃ-a que sobraba. Desde que empecÃ© el colegio con tres aÃ±os, siempre sentÃ- que en esa clase de locos yo no encajaba. La verdad es que la gente que habÃ-a ahÃ- no me parecÃ-a muy buena compaÃ±Ã-a, aunque yo tampoco habÃ-a hecho algo por acercarme a ellos... Supongo que mi timidez y mi miedo a lo nuevo hicieron que me convirtieran en lo que mÃ¡s odiaba: una persona prejuiciosa.

Pero para mÃ- ya es tarde, el curso que viene los alumnos serÃ¡n mezclados para formar clases nuevas y quizÃ¡s pueda ser mi oportunidad para comenzar de cero y demostrarles que no soy quiÃ©nes ellos pensaban. Aunque tenÃ-a bastantes dudas sobre si podrÃ-a hacerlo o no...

â€”Â¿Vieron esta maÃ±ana las noticias? â€” EscuchÃ© la voz de Patapez en el intercambio de hora. Ã‰l, Mocoso y Chusco estaban hablando en una esquina y, para mi sorpresa, podÃ-a escucharlos claro a pesar del ruido que habÃ-a en el aula. â€”Al parecer hay una parte del bosque que estÃ¡ devastada.

SentÃ- cÃ³mo el corazÃ³n me empezaba a latir a mil por hora. Â¿Parte devastada? No se estarÃ¡ refiriendo en donde Desdentado y yo casi nos matamos ayer, Â¿verdad?

â€”Â¿QuÃ© bosque? â€” PreguntÃ³ Chusco, con su voz atontada.

â€”Pues el Ãºnico que hay en todo Mema. â€” Le explicÃ³ Patapez, con tono de "es evidente".

â€”Â¿Y eso quÃ© tiene que ver con nosotros? â€” PreguntÃ³ Mocoso. A Ã©l le daba igual todo aquello que no fuera meterse con alguien para sentirse superior. â€”Como si me importara acaso ese bosque del que nunca oÃ- hablar.

â€”Pero es una noticia extraÃ±a. â€” ComentÃ³ Astrid, uniÃ©ndose al grupo con Brusca. â€”Los aviones nunca sobrevuelan ese lugar para evitar accidentes; es una zona protegida.

â€”Exacto. â€” Le felicitÃ³ Patapez por su aportaciÃ³n. â€”Sin embargo, han dicho que no fue por un aviÃ³n, la confusiÃ³n vino porque es como si algo muy grande y pesado se hubiera caÃ-do del cielo.

â€”Â¿Y quÃ© pudo ser? â€” PreguntÃ³ Brusca, para meterse en la conversaciÃ³n.

â€”No se sabe. Pero, Â¿a quÃ© serÃ-a genial poder descubrirlo?

â€”Pues hagÃ¡moslo. â€” Dijo de pronto Mocoso.

Me di la vuelta, para poder mirarlos. No pensarÃ-an en ir al bosque, Â¿verdad? Â¡Cerca del bosque estaba la ensenada en donde vivÃ-a Desdentado! A mÃ- me trataban fatal por el simple hecho de ser diferente y era humano como ellos, no querÃ-a ni imaginarme lo que le harÃ-an al pobre Desdentado siendo un dragÃ³n. O lo que Ã©l les podrÃ-a hacer a ellos. Desdentado no era peligroso, o eso me parecÃ-a a mÃ-, pero se le podÃ-a cruzar el cable en cualquier momento y, por las reflexiones que a veces decÃ-a, sabÃ-a que no le tenÃ-a un cariÃ±o especial a los de mi especie.

â€”No. â€” Le cortÃ³ Astrid. â€”Puede ser peligroso. Si casi no entran humanos ahÃ- puede haber animales salvajes deambulando por sus anchas.

â€”Â¿QuÃ© pasa, tienes miedo? â€” Se burlÃ³ Chusco.

â€”Â¡No te metas con ella! â€” Le regaÃ±Ã³ su hermana, dÃ¡ndole un cogotazo. â€”Ella es mÃ¡s valiente que tÃº. Â¿O quieres que les diga que...?

â€”Â¡No, no! â€” Le interrumpiÃ³ su hermano. â€”Â¡Brusca, cÃ¡llate!

â€”No tengo miedo. â€” Se defendiÃ³ Astrid. â€”Pero Â¿y si nos ataca un animal salvaje?

â€”Â¿Y si nos perdemos? â€” Dijo de pronto Patapez, sonando preocupado.

â€”Â¡Madre de Dios! â€” RugiÃ³ molesto Mocoso. â€”"Y si, y si, y si..." Â¿Y si de repente un meteorito en llamas estalla contra la Tierra y se acaba el mundo? â€” PreguntÃ³ Mocoso haciÃ©ndose el exagerado para burlarse de ellos. â€”Dejen de vivir de suposiciones.

â€”Â¡Pero es que eso es inmenso! â€” LloriqueÃ³ Patapez.

â€”Â¡Somos hombres, un hombre no se asusta de nada!

â€”Â¿Y las chicas quÃ©? â€” Preguntaron al unÃ-sono Astrid y Brusca, bastante enfadadas.

â€”Tranquilas, tranquilas, â€” Dijo Mocoso, haciÃ©ndose el hÃ©roe. â€”si tienen miedo, como sÃ© que tendrÃ¡n, pueden abrazarse a mÃ-.

La chulerÃ-a de Mocoso fue callada por un puÃ±etazo de Astrid en la nariz. EntrecerrÃ© los ojos, sintiendo el golpe en carne propia. Me aguantÃ© las ganas de reÃ-r para no meterme en otro lÃ-o con Ã©l, pero la verdad fue cÃ³mico ver cÃ³mo el chulito de clase era reducido en nada por una chica. Mocoso se levantÃ³ poco a poco, sobÃ¡ndose la nariz.

â€”Â¡Oye, eso doliÃ³!

â€”Â¡Eso para que dejes de ser un chulito! â€” Le gritÃ³ Astrid, roja como una grana.

Problema. Astrid me recordaba a Campanilla, ya que era rubia clara como ella, tenÃ-a los ojos azules y, sobre todo, porque cuando se enfadaba de verdad, se ponÃ-a roja a mÃ¡s no poder. Eso no iba a acabar bien, cuando a Astrid le pasaba eso, actuaba y decÃ-a cosas sin pensar. Mis miedos se convirtieron en realidad:

â€”EstÃ¡ bien, esta tarde iremos a ese bosque a ver quÃ© descubrimos. â€” Dijo autoritariamente.

De pronto, sentÃ- unas ganas de vomitar increÃ-bles por los nervios que cogÃ-. Si iban ahÃ-, podrÃ-a encontrar a Desdentado o sabrÃ-an que algo raro pasaba e investigarÃ-an hasta hallarlo. No podÃ-a permitirlo. Desdentado no podÃ-a volar para huir si yo no lo montaba, asÃ- que se tendrÃ-a que ver obligado a defenderse si lo encontraban y mostraban indicios de violencia contra Ã©l (como sabÃ-a que iba a pasar). TenÃ-a que hacer algo; Ã©l me prometiÃ³ seguridad cuando lo montÃ© por primera vez, ahora yo debÃ-a protegerlo a Ã©l tambiÃ©n de cualquiera que quisiera volver a hacerle daÃ±o.

Los minutos pasaron como horas y las horas como dÃ-as hasta que sonÃ³ el timbre y todos nos fuimos a casa. En la distancia, seguÃ- al quinteto hasta la salida del colegio, para escuchar su conversaciÃ³n. SegÃºn lo que oÃ-, habÃ-an quedado en el bosque a las cuatro; entonces, yo debÃ-a estar ahÃ- a las tres y media para poder avisar a Desdentado de que no hiciera nada extraÃ±o o peligroso.

â€”Â¡Ya estoy en casa! â€” GritÃ© cuando abrÃ- la puerta, rezando para que, como de costumbre, no hubiera nadie. La Ãºltima vez mi plegaria fue oÃ-da y papÃ¡ y BocÃ³n no llegaron a tiempo para cenar y tener esa conversaciÃ³n tan vergonzosa. Al parecer eso agotÃ³ mi buena suerte hasta el aÃ±o que viene.

â€”Hola, Hipo, quÃ© pronto llegaste. â€” BocÃ³n estaba sentado en el sillÃ³n, viendo la tele.

â€”BocÃ³n, hola... â€” SaludÃ© algo sorprendido. â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-? Â¿Mi padre terminÃ³ pronto en el trabajo?

â€”No, tu padre no estÃ¡ aquÃ-. â€” Me informÃ³, haciendo que me relajara un poco.

â€”Â¿Y por quÃ© no estÃ¡s con Ã©l? Â¿Es que no iba a darte trabajo en su empresa?

â€”Al final no pudo ser.

Todo se volviÃ³ mÃ¡s claro. Seguramente BocÃ³n habrÃ-a conseguido el trabajo y, cuando fueron a celebrarlo como los adultos celebran las buenas noticias, BocÃ³n la fastidiÃ³ a Ãºltima hora con el jefe. Pero mi padre era muy cabezota, asÃ- que no se rendirÃ-a en darle un trabajo mejor que el que tenÃ-a (el cual todavÃ-a desconocÃ-a), asÃ- que BocÃ³n se quedarÃ-a aquÃ- una temporadita, si no era de por vida...

â€”Â¿QuÃ© tal hoy en clase?

Entonces recordÃ© el hecho de por quÃ© habÃ-a venido corriendo. MirÃ© el reloj de la pared: las dos y media. AÃºn tenÃ-a tiempo, pero debÃ-a darme prisa si querÃ-a llegar sin que ninguno de ellos me viera.

â€”Â¿Mucha tarea? â€” Me volviÃ³ a preguntar BocÃ³n, dÃ¡ndose cuenta de que me quedÃ© callado.

â€”Em... No, no tengo... â€” No era mentira, hoy la cosa habÃ-a estado tranquila y no mandaron nada. â€”Pero... Debo irme... Porque... Em... He quedado con unos amigos.

â€”Â¿En serio? â€” Me preguntÃ³ ilusionado
BocÃ³n.

â€”SÃ-...

â€”Â¡Eso es genial, Hipo! Dime, Â¿estÃ¡ en el grupo la chica de la que hablamos el otro dÃ-a?

â€”Por Ãºltima vez, Â¡no hay ninguna chica! â€” GritÃ© exasperado.

â€”Es verdad, perdona.

â€”Bien.

â€”Es sÃ³lo una "amiga". â€” Me dijo haciendo comillas con los dedos en la palabra "amiga".

Puse los ojos en blanco y dejÃ© la mochila tirada al lado de la puerta. Luego abrÃ- la puerta y mirÃ© a BocÃ³n. En verdad, Ã©l y mi madre eran las Ãºnicas personas que me entendÃ-an y con las que no me sentÃ-a tan solo. AdemÃ¡s, BocÃ³n estaba demostrando ser un muy buen amigo: alegrÃ¡ndose por mÃ- al saber que habÃ-a hecho amigos... O, bueno, amigo. Â¿DeberÃ-a contarle la verdad? Ã‰l era una gran persona, y lo que estaba demostrando conmigo en este asunto de soledad y amigos.

â€”BocÃ³n... â€” Lo llamÃ©, pero luego pensÃ© y me callÃ©. Lo vi mirÃ¡ndome.

â€”Â¿SÃ-, Hipo?

â€”Em... IntentarÃ© volver pronto.

â€”Â¡Bah, no te agobies! EstÃ¡ bien que un niÃ±o de tu edad se desmelene de vez en cuando.

â€”SÃ-, bueno... Aun asÃ-, no volverÃ© tarde... â€” Dije riÃ©ndome por su comentario.

Cuando cerrÃ© la puerta salÃ- corriendo direcciÃ³n al bosque. BocÃ³n era mi amigo y debÃ-a contarle la verdad, pero despuÃ©s. Porque ahora tenÃ-a otro amigo que necesitaba mi ayuda.

Una vez lleguÃ© al bosque, apoyÃ© mis manos sobre las rodillas, jadeando. Correr no era mi fuerza, (creo que eso ya lo he mencionado, Â¿no?) y lo odiaba con todo mi ser, pero esto era una situaciÃ³n importante y merecÃ-a la pena un sobreesfuerzo por mi parte. EntrÃ© al bosque, rezando por que no hubiera nadie allÃ-, pero me detuve en seco cuando escuchÃ© una rama quebrarse detrÃ¡s de mÃ-. Me di la vuelta, asustado por lo que pudiera ser y, sobre todo, por lo que pudiera hacerme.

â€”Â¿Hipo? â€” EscuchÃ© la voz de Astrid en la distancia.

Si mi vida hubiera seguido siendo la misma (es decir, sin amigos dragones de por medio), su voz me habrÃ-a tranquilizado enormemente en aquel gigantesco bosque, pero el tan solo hecho de oÃ-rla hizo que se me helara la sangre y que el corazÃ³n me palpitara a mil por hora.

â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-? â€” Me preguntÃ³, cruzÃ¡ndose de brazos y con la ceja derecha levantada. De detrÃ¡s de ella fueron apareciendo los cuatro que faltaban.

â€”Em... Yo... Bueno...

_ He venido aquÃ- porque quiero proteger a mi amigo dragÃ³n de ustedes y viceversa._ PensÃ©. Esa era la verdad, sÃ-. Pero, para mi desgracia, mi vida se habÃ-a convertido en una telaraÃ±a de mentiras improvisadas. Nunca pensÃ© que acabarÃ-a mintiendo a todo el mundo; nadie me hacÃ-a caso jamÃ¡s...

â€”Es que escuchÃ© su conversaciÃ³n, â€” AdmitÃ-, para que no todo fuera mentira. Ante esto, Mocoso me mirÃ³ molesto. â€”y decidÃ- venir. La noticia tambiÃ©n me llamÃ³ la atenciÃ³n.

â€”Es que es sorprendente, Â¿a que sÃ-? â€” Me dijo sonriente Patapez, una cosa que Ã©l no habÃ-a hecho desde que lo conocÃ-a.

â€”Â¿Escuchaste nuestra conversaciÃ³n privada? â€” PreguntÃ³ Mocoso rabioso.

â€”Bueno es que... â€” IntentÃ© inventarme algo, pero por suerte Brusca me cortÃ³.

â€”Todos en clase la oirÃ-an, al igual que vieron cÃ³mo Astrid te redujo a nada. â€” Se burlÃ³.

â€”Â¡No es verdad! â€” GritÃ³ Mocoso, avergonzado.

â€”Da igual que nos oyera, Mocoso. â€” Dijo Astrid. â€”Lo importante es que no deberÃ-as estar aquÃ-, al igual que nosotros, es peligroso.

â€”Bueno, pero cuantos mÃ¡s mejor, Â¿no? Se podrÃ¡n encontrar mÃ¡s pistas. â€” Lo Ãºltimo que iba a hacer era buscar cosas para descubrir a mi amigo secreto, pero no sabÃ-a con quÃ© mÃ¡s defenderme.

â€”En eso tiene razÃ³n. â€” Me respaldÃ³ Patapez, sorprendiÃ©ndome por segunda vez hoy. â€”Uno mÃ¡s no nos vendrÃ-a nada mal.

Astrid frunciÃ³ un poco el ceÃ±o mientras miraba a abajo, analizando la situaciÃ³n. Finalmente, se quitÃ³ el flequito de encima de su ojo y me mirÃ³, autoritariamente.

â€”Puedes venir, â€” Me dijo. â€”pero deberÃ¡s cuidar de ti mismo.

â€”Sin problemas. â€” De todas maneras, yo siempre habÃ-a estado solo para todo. Â¿QuÃ© habrÃ-a de diferente?

â€”Ya tengo bastante con vigilar a este. â€” AÃ±adiÃ³ seÃ±alando a Mocoso.

â€”Ni que fuera un niÃ±o chico. â€” RebatiÃ³ molesto. Luego, caminÃ³ delante de todos, con aire irÃ³nico de grandeza. Y digo irÃ³nico porque es un enanito. â€”Â¡Yo tambiÃ©n sÃ© cuidarme solo!

TerminÃ³ su frase apoyÃ¡ndose en un fino tronco, haciendo que se cayeran tanto Ã©l como el arbolito. Todos, incluido yo, nos reÃ-mos, mientras intentaba levantarse recuperando su dignidad.

Anduvimos unos cuantos metros por el bosque, casi en silencio. Y digo casi porque Patapez no paraba de hablarme. Era la primera vez que mostraba esa personalidad conmigo. Cierto es que cuando estaba con Chusco y Mocoso, Ã©l nunca me insultaba ni me pegaba, si eso hacÃ-a algÃºn que otro comentario (supongo que por eso lo consideraba el mÃ¡s bueno de los tres). Que yo sepa, Ã©l era un empollÃ³n que sabÃ-a un montÃ³n de cosas y le podÃ-a preguntar de todo, Patapez siempre se la sabÃ-a.

Yo nada mÃ¡s asentÃ-a a cada cosa que me decÃ-a, para que viera que no lo ignoraba; hubiera querido decir algo, pero me daba algo de corte y mÃ¡s de la mitad de las veces no sabÃ-a que comentar, asÃ-que optÃ© por el silencio. Al parecer, no le importaba, Ã©l ya se sabÃ-a que yo era un chico callado y, para mi sorpresa, lo respetaba. Creo que estaba contento de que alguien escuchara por fin todo lo que sabÃ-a.

â€”Eh, miren, es aquÃ-. â€” Dijo de pronto, dejando en el olvido lo que estaba contÃ¡ndome y llamando la atenciÃ³n de todos.

SÃ-, mis sospechas se hicieron realidad: el lugar era donde Desdentado y yo nos estrellamos ayer. IntentÃ© parecer tan sorprendido como ellos para no levantar sospechas. Astrid se acercÃ³ un poco e hincÃ³ la rodilla derecha, para ver mejor.

â€”Lo que dijeron en las noticias es verdad: es como si algo gigantesco se hubiera caÃ-do del cielo.

â€”SÃ-, pero no puede ser un aviÃ³n. â€” ComentÃ³ Chusco. â€”TÃº misma dijiste en clase que los aviones no podÃ-an sobrevolar esta zona para evitar tal desastre.

â€”Â¡Anda, no puedo creÃ©rmelo! â€” Dijo su hermana, mientras reÃ-a divertida. â€”Â¡Si sabes escuchar!

â€”Â¡CÃ¡llate! â€” Le mandÃ³ su hermano, molesto.

â€”Es sorprendente... â€” ComentÃ³ admirada Astrid, mientras se levantaba para observar mejor lo que habÃ-a mÃ¡s allÃ¡.

â€”SÃ³lo es un bosque devastado, no creo que sea para tanto. â€” Dijo Mocoso, sin encontrar sentido aÃºn a lo que hacÃ-amos.

â€”Es un hecho interesante, cerebro de mosquito. â€” EspetÃ³ Astrid, poniendo los ojos en blanco. â€”Â¿QuÃ© pudo hacerlo? Â¿SeguirÃ¡ aquÃ-? Si en verdad es tan grande como creemos por este desastre no puede esconderse fÃ¡cilmente. Ha de estar por aquÃ-.

SentÃ- como si mi corazÃ³n subiera de mi pecho hasta mi garganta, temiendo lo peor. Me acerquÃ© a Astrid, que seguÃ-a mirando sorprendida el desastre que habÃ-amos hecho mi amigo y yo.

â€”No pensarÃ¡s... â€” EmpecÃ© diciendo con algo de temor. â€”...en ir a buscar alguna pista, Â¿verdad?

â€”Â¿TÃº quÃ© crees? â€” Me preguntÃ³, dÃ¡ndose la vuelta para mirarme y con una media sonrisa en su rostro.

â€”Que sÃ-... â€” RespondÃ-, desilusionado.

Astrid se dio la vuelta hacia todos mientras hablaba con su tÃ-pico tono de jefa, pidiÃ©ndonos que buscÃ¡ramos cualquier cosa que pudiera ser una pista para encontrar sentido a esta devastaciÃ³n. Todos se separaron para buscar por su cuenta y yo pensÃ© en aprovechar la ocasiÃ³n para ir a la ensenada y avisar a Desdentado de que se abstuviera de hacer nada que pudiera poner en peligro a los chicos y a Ã©l mismo. Pero mi plan se fue otra vez por la borda cuando Astrid le pidiÃ³ a Patapez que se pusiera en pareja conmigo.

De verdad que en un dÃ-a normal le hubiera agradecido enormemente ese acto tan bondadoso de su parte de intentar hacerme mÃ¡s sociable, pero ese dÃ-a, precisamente, empezaba a fastidiarme un poco.

FingÃ- buscar mientras Patapez lo hacÃ-a ensimismadamente, tomÃ¡ndoselo muy en serio. Sin duda alguna, a ese chico le gustaban mucho los sucesos extraÃ±os y formar parte de su investigaciÃ³n. Creo que por eso Ã©l querÃ-a ser cientÃ-fico o algo asÃ- le habÃ-a entendido aquella vez que lo dijimos en clase en voz alta.

QuitÃ© esos pensamientos de mi mente para centrarme de nuevo en lo importante: alejar a los chicos de Desdentado. MirÃ© hacia todas las direcciones posibles, comprobando que ninguno de los cuatro se habÃ-an alejado mucho de nosotros (supongo que eso era cosa de Astrid, para evitar un problema grave). SuspirÃ© aliviado. Si ellos no se acercaban, no pasarÃ-a nada: Desdentado no podÃ-a volar y salir de la ensenada si yo no lo ayudaba.

Me alejÃ© inconscientemente del lugar devastado y del grupo, empezando a buscar de verdad, aunque yo buscaba mÃ¡s para ocultÃ¡rselo que para enseÃ±Ã¡rselo. Justo cuando ya creÃ- que me habÃ-a alejado bastante y que era hora de volver para no preocuparlos (seguramente solo se darÃ-an cuenta de mi ausencia por Astrid o Patapez) algo llamÃ³ mi atenciÃ³n: un brillo entre los arbustos.

Me acerquÃ© lentamente al arbusto, por si acaso habÃ-a algÃºn animal ahÃ-. Por suerte, no habÃ-a nada de eso, en su lugar, me encontrÃ© con una fina cinta plateada con brillantes chiquititos a su alrededor. CogÃ- la cinta entre mis manos, me sonaba y mucho. La volvÃ- a poner al sol, viendo lo hermosa que se volvÃ-a gracias al brillante y, de pronto, como un rayo, una imagen que no habÃ-a vuelto a ver tan nÃ-tida durante mucho tiempo, cruzÃ³ mi mente: era...

â€”Â¡Hipo!

OÃ- la voz de Astrid gritando mi nombre, pero yo no le respondÃ-, sino que seguÃ- mirando la cinta, entre mis manos.

â€”Â¡Hipo! â€” VolviÃ³ a llamarme, tocando mi hombro, esta vez sÃ- la mirÃ©. â€”Â¿Por quÃ© te alejaste? â€” Me regaÃ±Ã³. Entonces, mirÃ³ a abajo y vio la cinta. â€”Â¿QuÃ© es eso?

La mirÃ© y me di cuenta de que detrÃ¡s de ella estaban todos, mirÃ¡ndome. Por primera vez, sentÃ- como si estuvieran esperando que les respondiera porque querÃ-a escuchar lo que tenÃ-a que decir. Yo apretÃ© la cinta contra mis manos y la atraje mÃ¡s hacia mÃ-.

â€”Es una cinta...

NotÃ© como todos me miraron con los ojos entrecerrados, intentando decirme con su mirada: "Eso es evidente". InspirÃ© profundamente, en un intento por coger fuerzas para responderles como era debido y que entendieran mi comportamiento:

â€”Es una cinta... Y era de mi madre...

Salimos de bosque en completo silencio. Nadie se atreviÃ³ a decirme nada relacionado con la cinta de mi madre. Mocoso, por su parte, solo miraba al suelo y parecÃ-a como si su chulerÃ-a se hubiera esfumando en cuestiÃ³n de segundos. Supuse que eso se debÃ-a a que, dÃ-as anteriores, Ã©l me habÃ-a hecho mucho daÃ±o con un tema relacionado con la muerte de mi madre y eso le hacÃ-a estar muy tenso. Astrid, por otra parte, me mirÃ³ sin habla cuando le dije que esa cinta pertenecÃ-a a mi mamÃ¡ y se pasÃ³ todo el camino mirando al suelo, pero a mi lado. Alguna que otra vez me pareciÃ³ que querÃ-a decirme algo, pero prefiriÃ³ callar. Patapez y los gemelos, que eran los que siempre hablaban mÃ¡s por lo que pude comprobar, eran los que mÃ¡s en silencio estaban.

Yo no querÃ-a que algo que se suponÃ-a que debÃ-a ser una aventurita de tarde se convirtiera en una desgracia y en algo triste. Me sentÃ-a fatal. Cuando llegamos a la ciudad, cada uno se fue por su camino para llegar a casa, menos Astrid que dijo que me acompaÃ±arÃ-a a casa.

La verdad es que Astrid era alguien un poco frÃ-a y dura, pero esta vez mostrÃ³ su cara mÃ¡s "amable". SÃ-, era cierto que no era como

las otras chicas, que siempre intentan animar a la gente con abrazos o con palabras bonitas; no, ella nada mÃ¡s se quedaba al lado de la gente, demostrÃ¡ndoles que ella estarÃ-a ahÃ- en las duras y en las maduras. Creo que a ella tampoco se le da muy bien expresarse con palabras, como yo.

Nos detuvimos en la entrada de mi casa y nos miramos un momento. Â¿DebÃ-amos decir algo mÃ¡s que un simple "adiÃ³s" o un tÃ-pico "hasta maÃ±ana"? Nosotros dos empezamos a "hablar" cuando ella se convirtiÃ³ en delegada y vio que tenÃ-a oportunidad de relajar la cosa entre Mocoso y yo. Iba a intentar romper el hielo, pero ella lo hizo por mÃ-.

â€”Siento lo que ha pasado hoy, Hipo. â€” Me dijo, en un susurro. Yo abrÃ- los ojos, sorprendido por su tono de voz. Normalmente era indiferente, pero ahora sonaba como si tuviera roto el corazÃ³n.

â€”No pasa nada. â€” Le dije. QuerÃ-a que no se sintiera tan mal y, aparte, era verdad lo que decÃ-a.

â€”No debÃ- haber dejado que...

â€”Fue mi eleccIÃ³n. â€” La cortÃ© cuando me di cuenta de que se estaba echando la culpa y recriminÃ¡ndose por no haberme impedido venir con ellos. â€”DeberÃ-as dejar de culparte por todo.

Ella me dedicÃ³ una mirada llena de tristeza. Â¿Era porque habÃ-a sacado un tema del que no querÃ-a hablar? Â¿Era porque se sentÃ-a mal por mÃ-? No sabÃ-a por quÃ© Astrid estaba tan triste. Yo le habÃ-a dicho que no pasaba nada, que no fue culpa suya, que debÃ-a relajarse... No era bueno que una chica de nuestra edad se tomara las cosas tan seriamente. Un niÃ±o debe ser feliz y vivir el dÃ-a a dÃ-a, aunque la verdad es que yo tampoco soy quien para dar esa charla...

â€”No digo que seas una mala delegada. â€” Le dije rÃ¡pidamente, para evitar confusiones. â€”En realidad, eres una gran delegada y una buena persona. Se nota que te preocupas y eso estÃ¡ bien, pero...

Fue cortado por algo repentino: un abrazo. Eso es, Astrid, la chica mÃ¡s frÃ-a, seria, madura y distante de toda la clase (por no decir de todo el colegio) me abrazÃ³ fuertemente. No estaba muy seguro porque no le podÃ-a ver la cara, pero me pareciÃ³ que estaba llorando un poco o aguantÃ¡ndose las ganas de llorar por su ya famoso orgullo. Yo le correspondÃ- al abrazo.

Al rato, se separÃ³ de mÃ- y me dedicÃ³ una sonrisa. Ahora que lo pensaba, era la primera vez que la veÃ-a sonreÃ-r sinceramente.

â€”Gracias, Hipo. â€” Me dijo.

â€”Â¿Por quÃ©? â€” Le preguntÃ© algo confundido.

â€”Por todo. â€” RespondiÃ³, tocÃ¡ndose el fleco en un acto de nerviosismo. â€”Oye, no eres tan mal tipo. â€” ComentÃ³ mientras me daba un puÃ±etacito de el hombro, en signo de cariÃ±o. â€”Bueno, nos vemos... maÃ±ana. â€” Se despidiÃ³, haciendo ademÃ¡n de irse para su

casa.

â€”SÃ-... AdiÃ³s. Â¡Buenas noches!

â€”Buenas noches.

DespuÃ©s se fue camino hacia su casa y yo me quedÃ© mirÃ¡ndola. Era la primera vez que veÃ-a esa faceta suya, tan cariÃ±osa. Pero, sobre todo, era la primera vez que alguien me decÃ-a que no era un mal tipo y se molestÃ³ en conocerme un poco mÃ¡s. Me sentÃ- contento por haberme ganado el cariÃ±o de otra persona mÃ¡s ademÃ¡s de Desdentado... Â¡Desdentado! Casi se me olvida por completo. Gracias a Dios no le pasÃ³ nada y pudimos librarnos. Aunque hoy no pude ir a verlo y me sentÃ- un poco mal por Ã©l.

Bueno, hablando se entiende la gente (y espero que los dragones tambiÃ©n). En eso pensarÃ-a maÃ±ana, ahora habÃ-a otra cosa que ocupaba mi mente: Â¿por quÃ© la cinta de pelo de mamÃ¡ estaba tirada en mitad del bosque? Peor aÃºn, Â¿por quÃ© en un lugar del bosque estaba tan cerca de la ensenada donde encontrÃ© a Desdentado? Algo me estaba preocupando y ahora que lo pensaba detenidamente, no sabÃ-a de quÃ© o cÃ³mo habÃ-a muerto mamÃ¡.

EntrÃ© a casa, con la idea en mi cabeza de preguntÃ¡rselo a mi padre. Cuando abrÃ- la puerta, tirÃ© a BocÃ³n al suelo sin querer.

â€”Â¡Eh, cuidado! â€” Me gritÃ³, frotÃ¡ndose la nariz. â€”Â¡Casi me rompes mi perfecta naricilla!

â€”Â¿Me estabas espiando por la mirilla? â€” Le preguntÃ© molesto mientras ponÃ-a los brazos en forma de jarra.

â€”CorrecciÃ³n: estaba velando por tu seguridad.

â€”Â¿Â¡QuÃ©!?

â€”Exacto, solo querÃ-a saber si necesitarÃ-as ayuda. Pero veo que estÃ¡s hecho un tenorio.

â€”Â¡No es verdad, solo es una amiga! â€” GritÃ©. No sabÃ-a lo que significaba "tenorio", pero podÃ-a hacerme una idea por la conversaciÃ³n.

â€”Â¡Anda!, Â¿esta chica era la "amiga"?

Â¡Genial, Hipo, ahora sÃ- la hiciste! No era mentira que Astrid me gustara, es mÃ¡s, llevaba enamorado de ella desde cuarto. Era guapa, inteligente y de buen corazÃ³n. Pero una cosa era la realidad y otra, muy distinta, era que lo supiera la gente.

â€”SÃ-, una amiga a secas. Sin entrecomillado. â€” Le dije, imitÃ¡ndolo cuando hacÃ-a las comillas con los dedos.

â€”Â¡QuÃ© buen ojo tienes, Hipo! Creo que le gustas tambiÃ©n.

â€”SÃ-, lo que tÃº digas. â€” Puse los ojos en blanco. Las posibilidades de que Astrid estuviera enamorada de mÃ- como yo de ella eran mÃ¡s nulas que el que a mi padre le tocara la

loterÃ-a.

â€”Hazme caso, yo sÃ© de mujeres.

Iba a acabar con esa conversaciÃ³n tan incÃ³moda cuando mi padre lo hizo por mÃ-, entrando por la puerta con su cara de "Estoy agotado". TirÃ³ su mariconera al suelo, justo en donde yo habÃ-a tirado la mochila antes de salir aquella tarde... Â¿En dÃ³nde estaba mi mochila?

â€”Â¡Eh, Estoico, no seas guarro! â€” Le regaÃ±Ã³ BocÃ³n, como si fuera un ama de casa frustrada, mientras recogÃ-a la mariconera de mi padre. â€”Â¡Ahora sÃ© a quiÃ©n saliÃ³ el niÃ±o! Esta tarde hizo lo mismo antes de irse con sus amigos.

â€”Â¿Salir con amigos? â€” PreguntÃ³ mi padre sorprendido mientras se acercaba a mÃ-.

â€”Â¡Y ahora me ignora y cambia la conversaciÃ³n! â€” BocÃ³n seguÃ-a quejÃ¡ndose, haciÃ©ndose el dramÃ¡tico. â€”Quieren acabar conmigo y no saben cÃ³mo...

â€”Â¿Es verdad eso? â€” VolviÃ³ a preguntarme mi padre, ignorando a su loco amigo.

â€”Em... SÃ-... Ya tengo un grupito. â€” Le respondÃ- algo cortado. No era mentira, al parecer me habÃ-a ganado la confianza de algunos (Patapez y Astrid).

â€”Â¡Eso es estupendo, Hipo! â€” Se alegrÃ³ mi padre.

BocÃ³n entonces aprovechÃ³ la ocasiÃ³n para contarle sobre Astrid. Iba a detenerlo, pero algo vino a mi mente. Me acordÃ© de lo que se suponÃ-a que iba a ser lo primero que harÃ-a al llegar a casa, si no hubiera sido porque BocÃ³n era una maruja.

â€”Mmmm... PapÃ¡. â€” Lo llamÃ©, cortando la conversaciÃ³n de los adultos. SujetÃ© fuertemente la cinta en mi mano derecha. â€”Â¿CÃ³mo...? Â¿CÃ³mo muriÃ³ mamÃ¡?

El silencio reinÃ³ en la sala. BocÃ³n mirÃ³ hacia abajo y toda su energÃ-a desapareciÃ³ en cuestiÃ³n de segundos, mientras que mi padre me miraba a los ojos, asimilando la pregunta que acababa de hacerle. Â¿De verdad estaba tan mal preguntarle sobre cÃ³mo perdimos a mamÃ¡?

â€”Hipo... â€” Mi padre pareciÃ³ querer responderme, pero callÃ³ y cambiÃ³ la respuesta por otra pregunta. â€”Â¿A quÃ© viene eso?

â€”Es que... EncontrÃ© esto... â€” Dije enseÃ±Ã¡ndole la cinta de pelo de mamÃ¡. Quiso cogerla, pero yo me apartÃ©. No por nada en especial, era solo que no querÃ-a perder lo Ãºltimo que podÃ-a tener de ella.

â€”Â¿DÃ³nde cogiste eso? â€” Aunque esa pregunta me la esperaba de papÃ¡, fue BocÃ³n quien la hizo.

â€”En el bosque, esta tarde, con mis amigos. â€” RespondÃ-, un poco extraÃ±ado y sin entrar en detalles.

â€”Â¿QuÃ© bosque? â€” PreguntÃ³ mi padre.

â€”El Ãºnico de toda Mema. â€” Le respondÃ- yo. Al parecer mis primeras suposiciones de que el bosque no era conocido no eran errÃ³neas y me alegraba por ello.

â€”Â¿Por quÃ© entraron allÃ-? â€” BocÃ³n parecÃ-a algo alarmado.

â€”Em... Un trabajo para Conocimiento del Medio. â€” VolvÃ- a mentir. â€”Sobre la flora de la isla.

â€”El colegio siempre con sus tontos trabajos. â€” RefunfuÃ±Ã³ BocÃ³n. â€”Hipo, por favor, ten cuidado cuando vayan ahÃ-.

â€”Â¿Por quÃ©? â€” PreguntÃ©, temiÃ©ndome lo peor. Â¿Acaso BocÃ³n sabÃ-a...?

â€”Bueno, no entra mucha gente ahÃ- y puede haber algÃºn que otro _animal_ salvaje...

La palabra "animal" saliÃ³ de su boca con un tonito que no me gustÃ³. No querÃ-a entrar en detalles, me daba miedo, asÃ- que volvÃ- con el tema que me importaba en ese momento.

â€”PapÃ¡...

â€”Fue un accidente, Hipo. â€” Me explicÃ³ mi padre. NotÃ© cÃ³mo BocÃ³n lo miraba con una ceja levantada. â€”Dejemos el pasado en el pasado.

Dicho esto se fue hacia la cocina para preparar la cena (la cual, posteriormente pasamos en silencio total y absoluto) y BocÃ³n lo acompaÃ±Ã³ cojeando por su pierna derecha ortopÃ©dica.

â€”Â¿Por quÃ© le dices eso? â€” PreguntÃ³ algo furioso BocÃ³n. Quiso decirlo en bajito, pero lo escuchÃ© a la perfecciÃ³n. â€”Â¡Estoico...!

â€”No, BocÃ³n, no quiero que...

Mi padre cerrÃ³ la puerta de la cocina y eso me impidiÃ³ oÃ-r mÃ¡s. SubÃ- a mi cuarto con mÃ¡s preguntas que respuestas en la cabeza. Me sentÃ© encima de la cama, mirando la cinta plateada. Luego, la apretÃ© con fuerza contra mi pecho. Al hacerlo, sentÃ- como si mi madre me estuviera abrazando y eso me hizo sentir muy bien.

â€”_DetrÃ¡s de todo esto hay algo mÃ¡s. Me estÃ¡n ocultando algo... â€”_ PensÃ©.

DejÃ© de abrazar la cinta y la puse delante de mis ojos. La coloquÃ© encima de la mesa de noche y, antes de salir para cenar, le echÃ© un Ãºltimo vistazo y volvÃ- a pensar:

â€”_Y pienso descubrirlo, por ti, mamÃ¡._

5. Amistad prohibida

CAPÃ•TULO IV:

"_**Amistad prohibida"**_

Al dÃ-a siguiente, el colegio me pareciÃ³ un lugar nuevo. Para empezar, Patapez se acercÃ³ a mÃ- y me empezÃ³ a hablar sobre un documental sobre el espacio muy interesante que habÃ-a visto el otro dÃ-a y yo comentÃ© algo, ya que me gustaba un poco la astrologÃ-a; despuÃ©s, los gemelos se sentaron conmigo en el comedor y me hicieron reÃ-r cuando se pelearon por no-sÃ©-quÃ© cosa y Brusca le tirÃ³ el batido a la cara a Chusco, poniÃ©ndole el pelo pringoso y haciÃ©ndolo oler a cola-cao todo el dÃ-a; luego, Astrid se acercÃ³ a mÃ- en el intercambio de clases con el pretexto de que querÃ-a que le explicara algo de MatemÃ¡ticas, cosa que supe que no era mÃ¡s que una excusa, porque a ella se le dan geniales. Por Ãºltimo...

â€”Hipo. â€” OÃ- la voz de Mocoso detrÃ¡s de mÃ- justo cuando iba a salir del colegio.

â€”Â¿SÃ-? â€” Le preguntÃ©, con algo de cautela. De los cinco que formaban el grupo, Mocoso era el Ãºnico que no me habÃ-a dirigido la palabra (ni una mirada tan siquiera) en todo el dÃ-a.

â€”Yo... â€” Se rascÃ³ la coronilla, como pensando en quÃ© decir. Luego suspirÃ³ y bajÃ³ la mirada. â€”Lo siento. â€” Dijo en un susurrÃ³ casi inaudible.

â€”Â¿QuÃ©? â€” Lo habÃ-a oÃ-do, pero querÃ-a asegurarme de que no me estaba equivocando.

â€”Â¡Lo siento, perdÃ³name! â€” Esta vez se disculpÃ³ mirÃ¡ndome a la cara. â€”No debÃ- haber roto el dibujo, ni haber dicho esas cosas sobre... Bueno...

â€”Tranquilo. â€” Le cortÃ©. SabÃ-a que Mocoso no era bueno disculpÃ¡ndose y seguramente menos aÃºn si era conmigo. â€”No estoy enfadado y... te perdono.

Mocoso me mirÃ³ con los ojos como platos. Supongo que Ã©l no se creÃ-a que yo le hubiera perdonado algo asÃ- de la misma manera que yo no me creÃ-a que Ã©l me estuviera pidiendo disculpas por haberse metido conmigo.

â€”Gracias. â€” Me dijo, despuÃ©s de haberse quedado un rato callado. â€”De verdad. â€” Le sonreÃ-, pensando en que habÃ-a cambiado, pero todo se desmoronÃ³: â€”Y como le digas a alguien esto... te meterÃ© tal piÃ±azo que le dolerÃ¡ hasta a tus tataranietos.

Dicho esto, se fue pasando de largo de mÃ-. Yo suspirÃ© meneando la cabeza. Mocoso siempre serÃ-a Mocoso...

Me fui directo a la ensenada en vez de a mi casa. SabÃ-a que a BocÃ³n no le importaba que llegara un poco tarde y saldrÃ-a en mi defensa porque estaba contento de que tuviera amigos. Y, aunque no estuviera pasando el rato con el amigo que Ã©l creÃ-a, al menos lo estaba pasando con un amigo, asÃ- que mentira mentira, no era... O yo querÃ-a pensar eso...

â€”Â¡Hola! â€” GritÃ© para llamar la atenciÃ³n del dragÃ³n. â€”Â¡Desdentado! Â¿EstÃ¡s aquÃ-, campeÃ³n?

No lo vi por ninguna parte y no oÃ- nada tampoco. Ahora sabÃ-a que no podÃ-a haberse ido volando, pero me empecÃ© a preocupar. Â¿Y si alguien lo habÃ-a descubierto? De igual manera que los chicos y yo vinimos ayer por el devastamiento, pudieron haber venido otros curiosos. Â¿Le habrÃ-a pasado algo malo? Desdentado podÃ-a defenderse, pero eso era lo que me daba mÃ¡s miedo. Si llegaba a ser descubierto no podrÃ-a probar que era inofensivo con un cadÃ¡ver al lado...

Â¿O quizÃ¡ estaba molesto por que ayer no vine a verlo? Desde que lo conocÃ-, siempre cogÃ-a un poco de tiempo y lo compartÃ-a con Ã©l. SabÃ-a que Desdentado no confiaba en los humanos y quizÃ¡ empezÃ³ a pensar mal sobre eso. No querÃ-a ganar amigos nuevos si perdÃ-a al primero. EmpecÃ© a buscarlo un poco mÃ¡s preocupado por toda la ensenada.

â€”Â¡Desdentado! Â¡Desdentado!

Me sentÃ© en la misma roca de cuando vine aquÃ- por primera vez y suspirÃ©. Â¿En dÃ³nde podÃ-a estar? Justo cuando iba a darme por vencido, un bostezo resonÃ³ a mis espaldas.

â€”Â¿Es que un dragÃ³n no puede dormir o quÃ©?

Me di la vuelta y vi a Desdentado desperezÃ¡ndose como los perritos y abriendo la boca (sin dientes) de par en par. Luego se sentÃ³ normal, mientras me miraba con esos enormes y verdes ojos.

â€”Â¿QuÃ© te pasÃ³ ayer? Te estuve esperando.

En vez de responderle y explicarle las cosas, mi subconsciente tomÃ³ el control de mÃ- e hice algo que nunca pensÃ© hacer: salÃ- corriendo hacia Ã©l y lo abracÃ© por el cuello.

â€”Â¡DragÃ³n malo, no vuelvas a asustarme asÃ-! â€” Lo reprendÃ- como si acaso fuera una mascota.

Nos quedamos asÃ- un buen rato, hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo: Â¡estaba abrazando a un reptil gigantesco y mitolÃ³gico! Me apartÃ© rÃ¡pidamente, riendo nervioso. Desdentado se quedÃ³ mirÃ¡ndome, al parecer Ã©l tampoco se creÃ-a lo que acababa de pasar.

â€”Â¿Por quÃ© hiciste eso? â€” Me preguntÃ³ con curiosidad clara en sus ojos.

â€”Pues... Porque estaba preocupado. â€” AdmitÃ-.

â€”Â¿Por quÃ©?

â€”Â¿CÃ³mo por quÃ©? Â¡Por si te habÃ-a pasado algo, bobo!

Ambos nos miramos con los ojos bien abiertos. Al parecer, esa afirmaciÃ³n nos habÃ-a sorprendido a los dos. MirÃ© para abajo para evitar su mirada, mientras hacÃ-a cÃ-rculos en el suelo con el pie derecho.

â€”Siento no haber venido a verte ayer, â€” Me disculpÃ©, intentando cambiar de tema. â€”es que me saliÃ³ algo imprevisto.

â€”No pasa nada. â€” Me respondiÃ³, mientras meneaba la cabeza, como para salir del shock en el que ambos estÃ¡bamos. â€”Â¿Volveremos a probar la cola hoy? â€” Me preguntÃ³, enseÃ±Ã¡ndome la cola.

â€”Em... SÃ- y no... â€” Le respondÃ-, Ã©l meneÃ³ la cabeza hacia la izquierda, dando a ver que no comprendÃ-a. â€”VerÃ¡s, ayer no pude venir porque tenÃ-a que asegurarme de que no te encontraran.

â€”Â¿Â¡Los humanos saben que estoy aquÃ-!? â€” GritÃ³ asustado. Luego gruÃ±Ã³ enfadado, mostrÃ¡ndome los dientes. â€”Â¿Le contaste a alguien que estoy aquÃ-?

â€”Â¡Por supuesto que no! Â¡Hace un nada te dije que me preocupÃ© por si te habÃ-a pasado algo!, Â¿cÃ³mo demonios voy a decirle nada a nadie? â€” ChillÃ© enojado yo tambiÃ©n, el que dudara de mÃ- despuÃ©s de todo lo que habÃ-a hecho por Ã©l me llenÃ³ de ira.

â€”Â¿Entonces? â€” InquiriÃ³ el dragÃ³n, aÃºn algo desconfiado.

â€”Pues unos compaÃ±eros mÃ-os quisieron venir al bosque para investigar algo que hiciste tÃº, bonito de cara. â€” Le expliquÃ©, apuntÃ¡ndolo acusatoriamente con el dedo.

â€”Â¿Y yo quÃ© hice? Si no me movÃ- de aquÃ-. â€” Se defendiÃ³.

â€”Â¿CÃ³mo que no? Devastaste medio bosque anteayer.

â€”Â¡Eso no fui yo solo! Â¡Que yo sepa quien me montaba eras tÃº!

â€”Â¡Pero tÃº te estrellaste e hiciste ese desastre!

â€”Â¡Porque tÃº no cabalgabas bien!

â€”Â¡Porque tÃº me hiciste perder el equilibrio!

Dejamos de gritarnos un momento y el bosque se quedÃ³ en completo silencio. Ambos miramos a abajo, sintiÃ©ndonos culpables. O, bueno, yo al menos sÃ- me sentÃ-a culpable. Era cierto que perdÃ- el control, pero no puede recriminarme nada, Â¡nunca habÃ-a cabalgado un dragÃ³n antes! Es mÃ¡s, ni siquiera creÃ-a en su existencia.

â€”Perdona. â€” Me disculpÃ©.

SabÃ-a que Desdentado era demasiado orgulloso para dar el primer paso y, ademÃ¡s, Ã©l tenÃ-a razÃ³n en algunas cosas que dijo. De todas formas, dos personas pueden ver el mismo hecho y pensar de manera diferente. No querÃ-a tener una pelea con Ã©l, no por el hecho de que podÃ-a ser peligroso tener como enemigo a un reptil mitolÃ³gico... Vale, por eso tambiÃ©n. Pero se trataba igualmente de que querÃ-a ayudarlo a llegar a su hogar. SabÃ-a mejor que nadie lo malo que es sentirse solo en un lugar extraÃ±o y que nadie te eche una mano por quien pareces ser.

â€”Es cierto que perdÃ- el control, pero nunca antes habÃ-a hecho... Bueno, eso... â€” AÃ±adÃ-, esperando a que dijera algo.

Desdentado nada mÃ¡s me mirÃ³ de reojo, para no levantar la cabeza (ya que habÃ-a estado mirando al suelo). Se echÃ³ en el suelo para estar mÃ¡s cÃ³modo.

â€”No te preocupes. Yo tambiÃ©n perdÃ- el control. â€” Dijo a regaÃ±adientes.

Solo habÃ-an pasado unas cuantas semanas desde que nos conocimos, pero lo conocÃ-a como si fuera de toda la vida. Desdentado era orgulloso, desconfiado con los humanos, solitario, reflexivo... Y mil y una cosas mÃ¡s que todavÃ-a no habÃ-a podido descubrir. Me acerquÃ© a Ã©l y me arrodillÃ©, para acariciarle mÃ¡s fÃ¡cilmente el hocico. Desdentado se dejÃ³, ronroneando un poco, lo cual me sorprendiÃ³. Nunca lo habÃ-a hecho antes.

SonreÃ- por este hecho. Otra cosa que caracterizaba a Desdentado eran sus muchas personalidades. Tan pronto podÃ-a parecer un gatito en busca de cariÃ±o y mimos, como un perro en busca de alguien con quien jugar e investigar o bien, podÃ-a comportarse como lo que era: un dragÃ³n, una bestia salvaje (segÃºn dicen las leyendas y cuentos) que siempre andan enfadados y a la defensiva. Pero la personalidad que mÃ¡s me sorprendÃ-a de Desdentado era su humanidad. SÃ-, parece irÃ³nico, pero la verdad es que ese animalito a veces parecÃ-a otro humano mÃ¡s (y no por el hecho de saber hablar), sino por las cosas que me decÃ-a.

Yo no sÃ© nada de su pasado y Ã©l no sabe nada del mÃ-o, pero ambos sabemos que los dos lo hemos pasado mal por habernos topado con gente mala en la vida. Supongo que por eso yo me siento cÃ³modo con Ã©l y espero que Ã©l se sienta seguro conmigo. A veces, siento como si Desdentado fuera el Ãºnico que me entiende aunque solo sea un poquito...

â€”Â¿Esos compaÃ±eros tuyos... â€” HablÃ³ Desdentado, sacÃ¡ndome de mis pensamientos. â€”...son los mismos que siempre se meten contigo?

DudÃ© un momento antes de preguntar. Era cierto que el trÃ-o que siempre me pegaba y me insultaba estaba ahÃ-, pero tambiÃ©n estaban Astrid y Brusca, que nunca me habÃ-an hecho nada. Desdentado me mirÃ³ de reojo cuando vio que estaba tardando en responder.

â€”SÃ-. â€” AdmitÃ-. â€”Pero ahora la cosa estÃ¡ mejor. Esta maÃ±ana, sin ir mÃ¡s lejos, todos me han tratado bien.

Desdentado me mirÃ³ escÃ©ptico. No le culpo, ni yo mismo me creÃ-a lo que le estaba contando. Entonces recordÃ© lo importante que habÃ-a ocurrido ayer y que no se lo habÃ-a contado a mi amigo.

â€”Es que ayer, cuando estaban buscando pistas para saber quÃ© habÃ-a ocasionado la devastaciÃ³n, encontrÃ© una cinta de pelo de mi madre entre los arbustos. â€” Le expliquÃ©, haciendo gestos con las manos para que se imaginara la escena.

â€”Â¿Y? Solo es una cinta. DÃ¡sela de nuevo a tu mamÃ¡ y te darÃ¡ las gracias.

â€”Yo ya no tengo mamÃ¡.

Entonces, Desdentado levantÃ³ la cabeza y me mirÃ³ a los ojos. Me sorprendiÃ³ bastante ese acto, asÃ- que no pude concentrarme mucho en leer lo que sus ojos trataban de decirme (una manÃ-a que habÃ-a cogido al descubrir que sus ojos me decÃ-an mÃ¡s cosas que Ã©l mismo). Luego de haberme estado mirando un buen rato, bajÃ³ la cabeza y las orejas.

â€”Lo siento. â€” SiseÃ³.

AbrÃ- los ojos como platos; eso no me lo esperaba de Ã©l. Me sorprendiÃ³ sobre todo el hecho de que la voz de Desdentado sonaba rota, como si en verdad lo estuviera sintiendo... QuizÃ¡ era asÃ-, puede que ese dragoncito tan soberbio sintiera de verdad la pÃ©rdida de mi madre y le di pena. PodÃ-a creÃ©rmelo, pero no entenderlo. Cierto es que lo normal en un caso asÃ- es dar las condolencias y que el ambiente se vuelva tenso y Desdentado habÃ-a cumplido con la parte Ã©tica, pero no entendÃ-a por quÃ© su voz sonÃ³ tan triste cuando me lo dijo.

Me fijÃ© en esas esmeraldas ovaladas que tenÃ-a por ojos, ambos brillaban con una tristeza inmensa que hizo que sintiera cÃ³mo mi corazÃ³n se partÃ-a. Daba igual cuÃ¡ntas vueltas le diera, lo tenÃ-a sentido que Ã©l sintiera tanto la pÃ©rdida de un ser humano (con perdÃ³n a mi mamÃ¡), que yo sepa, Desdentado odiaba a los humanos y siempre hablaba muy mal de ellos.

Entonces recordÃ© algo, me vino a la mente el dÃ-a cuando le regalÃ© la cola. Desdentado estaba teniendo una pesadilla mientras dormÃ-a y cuando se despertÃ³ gritÃ³ una palabra: "MamÃ¡". Â¿CuÃ¡ntas veces habÃ-a soÃ±ado con mi madre desde que Ã©sta falleciÃ³? No lo sabÃ-a... MuchÃ-simas, de eso no me cabe duda... Me dio pena cuando lo vi, me sentÃ- muy identificado con Ã©l. Ahora que lo pensaba, cuando le puse la cola, antes de echarse a volar sin escucharme y empapÃ¡ndome, recuerdo que Ã©l habÃ-a dicho algo como "VolverÃ© a verla".

Me acerquÃ© un poco mÃ¡s a Ã©l y carraspeÃ© para llamar su atenciÃ³n. ComprobÃ© que mi plan funcionÃ³ cuando su oreja izquierda se virÃ³ hacia mÃ- y me mirÃ³ de reojo. Yo mirÃ© al suelo. Iba a preguntarle algo, una pregunta que ya no podÃ-a aguantarme mÃ¡s, pero me daba corte mirarle a los ojos mientras lo hacÃ-a. CogÃ- fuerzas para que la voz me saliera clara y alta, para que pudiera oÃ-rme mejor, y, sin mÃ¡s preÃ¡mbulos, se lo preguntÃ©:

â€”Â¿DÃ³nde estÃ¡ tu mamÃ¡?

Desdentado se puso rÃ-gido a la par que yo terminaba la pregunta. Estuvimos un largo rato en silencio. El dragÃ³n empezÃ³ a respirar con fuerza, como si intentara mantener la compostura y no mostrar debilidad delante de mÃ-. ApretÃ³ la boca, con lo cual comprendÃ- que no iba a responderme hasta que pasara otro largo momento.

â€”Â¿Era ella a quien ibas a ver cuando te di la cola y saliste volando? â€” VolvÃ- a preguntar.

No querÃ-a presionarlo, pero pensÃ© que esta pregunta era mÃ¡s fÃ¡cil y menos compleja, porque solo se necesitaba para responder un "sÃ-" o un "no". Desdentado moviÃ³ un poco la cabeza de arriba a abajo, para

asentir. Inconscientemente, empecÃ© a acariciarle la cabecita, para reconfortarlo.

â€”No es malo que la eches de menos, Desdentado. â€” Le dije, intentado animarlo. â€”Yo tambiÃ©n extraÃ±o a la mÃ-a mucho y muchas veces, ademÃ¡s.

Desdentado se dejÃ³ acariciar y entrecerrÃ³ los ojos, mirando al suelo. HabÃ-a vuelto a respirar normal otra vez y su cuerpo ya no estaba rÃ-gido. Me alegrÃ³ que pudiera hacerle sentir un poco mejor.

â€”Â¿CÃ³mo muriÃ³ tu madre? â€” Me preguntÃ³, con voz calma.

â€”No lo sÃ©. â€” AdmitÃ-. Desdentado me mirÃ³ sorprendido.

â€”Â¿CÃ³mo que no lo sabes?

â€”Le preguntÃ© ayer a mi padre, pero no respondiÃ³. Solo dijo que fue un accidente.

Mi amigo guardÃ³ silencio. Yo, mientras, recordÃ© el dÃ-a en que mi padre vino a decirme la horrible noticia.

_ HabÃ-a sido un dÃ-a normal en mi vida: Mocoso y compaÃ±Ã-a se habÃ-an reÃ-do de mÃ- y yo volvÃ- a mi casa algo decaÃ-do por ello, pero como siempre venÃ-a asÃ- pues ya me estaba acostumbrando a ese sentimiento y no era nada para mÃ-. Me sorprendiÃ³ entrar en casa y verme, no solo a mi padre, sino a la gran mayorÃ-a de mi familia (paterna y materna) y a algunos amigos de mis padres. Todos miraron al suelo cuando yo entrÃ© por la puerta y mirÃ© a mi padre; como siempre, iba vestido con traje y corbata, pero lo que me llamÃ³ la atenciÃ³n fue que todos estaban igual y vestidos de negro._

_ Entonces, mi padre se acercÃ³ a mÃ- y colocÃ³ su mano derecha en mi hombro, apretÃ¡ndolo con fuerza. Le vi los ojos rojos y pensÃ© que habÃ-a estado llorando, pero no me lo creÃ- del todo. Mi padre era un hombre a la antigua: fuerte y algo bruto... Â¿Por quÃ© razÃ³n un hombre tan fuerte como mi padre podÃ-a haber llorado?_

_ Fue cuando me di cuenta de que ahÃ- faltaba alguien. Una persona que siempre me recibÃ-a con una sonrisa cuando yo venÃ-a deprimido del colegio; la primera persona que veÃ-a al entrar por la puerta a las dos..._

â€”_PapÃ¡, â€” Dije, algo confundido. â€”Â¿y mamÃ¡?_

_ Mi padre pareciÃ³ dejar de respirar cuando se lo preguntÃ©. Los demÃ¡s solo miraron al suelo o a la pared, evitando mi mirada. Mi padre hincÃ³ la rodilla derecha en el suelo y me puso ambas manos encima de los hombros._

â€”_Hipo... â€” EmpezÃ³ diciendo, con una voz llena de dolor. Nunca antes lo habÃ-a oÃ-do hablar asÃ-. â€”MamÃ¡... no va a volver._

_ Al principio me mostrÃ© escÃ©ptico y sonreÃ- un poco... Era normal, cualquier ser humano rehÃºsa la idea de que un ser querido se ha ido para siempre de su lado. Pero fue mirar a mi padre, mirando a abajo al igual que los demÃ¡s, y me di cuenta de la horrible situaciÃ³n: mi

madre habÃ-a muerto y yo me habÃ-a quedado solo._

_ MirÃ© serio a todos los presentes. TenÃ-a unas ganas de llorar inmensas, pero estaba algo ocupado asimilando en mi mente la idea de que ya no volverÃ-a a oÃ-r la voz de mi madre, ni verÃ-a sus ojos, ni podrÃ-a tomarla como modelo para mis dibujos, ni podrÃ-a comer sus comidas, ni podrÃ-a ir a pasear con ella, ni podrÃ-a tener una charla agradable con alguien... Lo habÃ-a perdido todo..._

Sin darme cuenta, empecÃ© a llorar en la actualidad. LÃ¡grimas que en su momento no fueron derramadas por culpa del estado de shock en el que me encontrÃ© aquel dÃ-a. El dolor y la tristeza atacaron a mi corazÃ³n sin previo aviso, haciÃ©ndome sentir mÃ¡s solo que nunca. Ahora estaba en mi mundo de desgracia, dejÃ¡ndome llevar por la aflicciÃ³n. Una sensaciÃ³n de soledad se apoderÃ³ de mÃ- y yo me abracÃ© a mi mismo, llorando mÃ¡s fuerte.

Algo me devolviÃ³ al mundo real: un lametacito. MirÃ© a mi lado y vi a Desdentado, mirÃ¡ndome con sus enormes ojos verdes, llenos de muchas emociones que esta vez tampoco pude describir por el dolor que sentÃ-a adentro de mi pecho.

Lo abracÃ© fuertemente, sin dejar de llorar, y Ã©l correspondiÃ³ a mi abrazo acariciÃ¡ndome la parte de atrÃ¡s de la cabeza con su hocico, mientras gemÃ-a un poquito. No, yo ya no estaba solo, tenÃ-a a Desdentado. Un buen amigo que me ha demostrado que estarÃ¡ ahÃ- para mÃ- siempre que lo necesite.

Ya me habÃ-a calmado un poco, pero no dejÃ© de abrazar al dragÃ³n. No se habÃ-a quejado, asÃ- que supuse que no le importaba. Mientras, recordÃ© la Ãºltima decisiÃ³n que habÃ-a hecho: descubrir la verdad.

Al dÃ-a siguiente, fui a la biblioteca del colegio una vez acabaron las clases. La verdad es que, como nadie iba a ese lugar para hacer proyectos, los ordenadores eran viejos y el colegio no quiso soltar dinero para comprar unos nuevos, a no ser que se rompieran.

Me sentÃ© en el fondo, para pasar desapercibido, y encendÃ- la pantalla del ordenador, el cual ya estaba con el buscador de Google puesto y listo para ser usado. LancÃ© un pequeÃ±o pero profundo suspirito y tecleÃ©: "Isla de Mema".

Una gran lista en azul subrayada aparecIÃ³ en la pantalla y yo leÃ- algunas de ellas. La gran mayorÃ-a era sobre sitios que visitar para los turistas, aunque la verdad es que no venÃ-a mucha gente, por nuestro clima tan frÃ-o. Es mÃ¡s, nosotros Ã©ramos los que abandonÃ¡bamos Mema en los tres meses que duraba el verano. LancÃ© un gritito frustrado al ver que no encontraba nada relacionado con el bosque o la ensenada. DecidÃ- ser mÃ¡s especÃ-fico y volvÃ- a teclear en la barra: "Mema bosques", dÃ¡ndole a enter y esperando que esta vez apareciera lo que yo buscaba, pero volvÃ- a llevarme una decepciÃ³n.

Al parecer, habÃ-a pÃ¡ginas que mencionaban el bosque, pero explicando su flora, la cual le parecÃ-a muy hermosa a algunas personas de fuera y a los propios memodianos. Nuestro tiempo de invierno constante impedÃ-a que hubiera mucha vegetaciÃ³n por el lugar y que fuera difÃ-cil plantar cosechas. Pero no habÃ-a nada de nada de lo que yo buscaba.

BorrÃ© todo lo que habÃ-a escrito y la pÃ¡gina se quedÃ³ en blanco, esperando a que volvieran a utilizarla. Me quedÃ© mirando al monitor durante algunos minutos. Ahora mismo, mi yo interior estaba separado en dos partes; la primera querÃ-a hacerlo, querÃ-a escribir lo que se me habÃ-a ocurrido para poder encontrar la informaciÃ³n que yo querÃ-a; pero, la otra me lo impedÃ-a y estaba muerta de miedo por lo que pudiera encontrar.

SentÃ- cÃ³mo la respiraciÃ³n se me entrecortaba y empecÃ© a sudar un poco. SÃ-, debÃ-a hacerlo, debÃ-a escribirlo, debÃ-a buscarlo, debÃ-a... _Necesitaba_ saber la verdad. CerrÃ© los ojos para poder armarme de fuerza y valor y los volvÃ- a abrir al instante, empezando a teclear: "Valhallarama Abadejo". Eso es, el nombre de mi madre. Pensaba que si ponÃ-a directamente la razÃ³n por la que estaba haciendo todo eso, podrÃ-a encontrar informaciÃ³n fÃ¡cilmente. SuspirÃ© por enÃ©sima vez e iba a pulsar _enter_, pero algo me lo impidiÃ³.

â€”Â¿Hipo?

Di un pequeÃ±o saltito en mi silla y me virÃ© hacia atrÃ¡s, encontrÃ¡ndome con Astrid. Ella me dedicÃ³ una mirada curiosa.

â€”Oh, hola, Astrid. Me has asustado. â€” Le dije, intentando calmarme para que el corazÃ³n dejara de latirme a mil por hora.

â€”Lo siento. â€” Se disculpÃ³, mientras se sentaba en la silla de al lado.

â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-? Pensaba que todos se habÃ-an ido a casa.

â€”Oh, los delegados de sexto debimos quedarnos despuÃ©s de clases para hablar sobre las quejas de los alumnos. â€” Me explicÃ³, con tono de aburrimiento total. â€”Â¡Y al final no pudimos solucionar nada! Lo Ãºnico que conseguÃ- de todo eso fue un tremendo dolor de cabeza. â€” Se quejÃ³, mientras se ponÃ-a la mano derecha sobre la sien y se la masajeaba. â€”Â¿Y tÃº?

â€”Â¿QuÃ©? Â¿Yo?

â€”SÃ-, Â¿quÃ© haces aquÃ-?

Casi se me habÃ-a olvidado que Astrid me habÃ-a pillado in fraganti en plena investigaciÃ³n. Â¿DebÃ-a contarle la verdad o debÃ-a volver a mentir? Al parecer, ella se mostraba mÃ¡s amable conmigo, al igual que los demÃ¡s. No me pareciÃ³ lo correcto mentirle mÃ¡s si no era para proteger a mi amigo.

â€”Estoy buscando informaciÃ³n sobre... la muerte de mi madre... â€” Le respondÃ-, con voz entrecortada. Ella abriÃ³ los ojos sorprendida por mi respuesta.

â€”Â¿QuÃ©? Â¿Por quÃ© buscas informaciÃ³n aquÃ- y no le preguntas...?

â€”Ya le he preguntado a mi padre. â€” Le cortÃ©. â€”Fue lo primero

que hice cuando encontramos la cinta en el bosque. â€” Astrid mirÃ³ al suelo, recordando el mal rato que todos pasaron por mi culpa.

â€”Â¿Y quÃ© te dijo?

â€”Que fue un accidente.

â€”Â¿Entonces, por quÃ© haces todo esto?

â€”Porque creo que hay algo mÃ¡s.

Astrid se acercÃ³ a mÃ- con la silla.

â€”Â¿Es que dudas de lo que tu padre te dijo? â€” Me preguntÃ³ sin poder creerse el que alguien desconfiara de la palabra de su padre.

â€”No es eso, es que... â€” SuspirÃ©. â€”Astrid, no me siento cÃ³modo diciendo que no me creo lo que mi padre me dijo, â€” Le respondÃ-, bastante serio, mientras ella me miraba con atenciÃ³n. â€”pero es de mi madre de quien estamos hablando. Ella era mi mejor amiga... No puedo ni quiero vivir con esta falta de conocimiento sobre su muerte.

Astrid me mirÃ³ por unos momentos, analizando cada palabra que le habÃ-a dicho. Luego me sonriÃ³, tranquilizadora, y me colocÃ³ una mano en el hombro.

â€”Puedes contar conmigo. â€” Me dijo. â€”Por favor, dÃ©jame ayudarte, quizÃ¡ pueda ser Ãºtil.

â€”Gracias. â€” Le respondÃ-. Me daba cosa meterla en este tema, pero el brillo de sus ojos me impidiÃ³ echarla fuera. AdemÃ¡s de que sabÃ-a que ella era muy cabezota y no aceptarÃ-a un "no" por respuesta.

PulsÃ© "buscar" en el ordenador y salieron muy pocos enlaces. Todos eran de pÃ¡ginas web de periÃ³dicos y todos anunciaban su muerte.

â€”Â¿Esa mujer era tu mamÃ¡? â€” Me preguntÃ³ sorprendida Astrid. â€”Â¡Claro, Abadejo! SabÃ-a que el apellido me sonaba un montÃ³n.

â€”Â¿QuÃ© quieres decir? â€” Le preguntÃ© curioso.

â€”Â¿Es que no lo sabes? â€” VolviÃ³ a preguntarme con los ojos muy abiertos. â€”Esa mujer saliÃ³ en todas las noticias. Toda Mema estaba sorprendida de en dÃ³nde muriÃ³. Como les dije a los otros, nadie va a ese lugar.

â€”Yo no suelo ver las noticias. â€” Le respondÃ-. â€”AdemÃ¡s, no estaba de humor para ver nada. Aunque es extraÃ±o no haberla visto en los periÃ³dicos, a mi padre le encanta coleccionarlos.

â€”Bueno, Ã©l sabe que es un tema muy delicado para ti, quizÃ¡ no quiso hacerte daÃ±o.

AceptÃ© esa opciÃ³n. PinchÃ© en el primer enlace que aparecÃ-a y los

dos leÃ-mos lo que ponÃ-a, pero no me serviÃ³ de nada. Tan solo decÃ-a lo esencial: "Una mujer es hallada muerta en el bosque de Mema" y despuÃ©s seguÃ-a diciendo otras cosas a las que no le prestÃ© mucha atenciÃ³n. LeÃ-mos todos los artÃ-culos de todas las pÃ¡ginas, pero todos decÃ-an lo mismo.

â€”Â¿No denunciaron su desapariciÃ³n? â€” CuestionÃ³ Astrid mirÃ¡ndome extraÃ±ada y yo la mirÃ© de la misma forma.

â€”Claro que no. â€” Le respondÃ-. â€”Ella no desapareciÃ³ en ningÃºn momento. â€” Astrid arrugÃ³ la nariz, haciÃ©ndome entender que no me creÃ-a. â€”Mi mamÃ¡ nada mÃ¡s saliÃ³ un momento de casa mientras yo estaba en el colegio y mi padre en el trabajo, al parecer, para ir al bosque. Pero nunca desapareciÃ³ de casa durante horas y dÃ-as.

â€”Un momento. â€” Astrid me parÃ³, alzando la mano derecha. â€”Â¿Me estÃ¡s diciendo que tu madre se fue un momento por la maÃ±ana, cuando no habÃ-a nadie mÃ¡s en casa, fue al bosque y la hallaron muerta?

â€”Por lo que leÃ-mos, asÃ- fue. â€” Le dije, seÃ±alando al monitor.

â€”Â¿CuÃ¡nto tiempo transcurriÃ³ entre su muerte y cuando fue encontrada? â€” PreguntÃ³ una vez mÃ¡s, acercÃ¡ndose un poco a mÃ-.

â€”Em... No... No lo sÃ©, no lo pone. â€” Le respondÃ- algo nervioso, por tenerla tan cerca.

â€”Hum... â€” Dijo con el dedo Ã-ndice derecho en su barbilla, como un detective. â€”Creo que tienes razÃ³n y aquÃ- pasa algo muy raro.

Astrid se levantÃ³ de la silla y yo hice lo mismo, cerrÃ¡ndolo todo rÃ¡pido para poder ir con ella. La vi mirando al suelo, pensativa y reflexiva a la vez. QuÃ© guapa era cuando se ponÃ-a asÃ-... Me di una bofetada mentalmente. _Â¡Hipo, cÃ©ntrate! _Me dije a mÃ- mismo. _Â¡Esto es un tema muy serio!_ Por suerte, Astrid me hablÃ³, haciendo que por un momento olvidara todo lo bueno que pensaba de ella.

â€”Voy a preguntarle a mi padre. â€” Me dijo. â€”Ã‰l es policÃ-a y quizÃ¡ sepa algo mÃ¡s. Â¡Nos vemos maÃ±ana! â€” Se despidiÃ³ mientras me daba un pequeÃ±o puÃ±etazo en el hombro izquierdo y salÃ-a de la biblioteca.

Aquella tarde no fui a la ensenada, sino a mi casa. No pasaba nada, yo ya le habÃ-a dicho a Desdentado que no podrÃ-a ir porque tenÃ-a un examen de Conocimiento del Medio maÃ±ana y Ã©l me entendiÃ³ (despuÃ©s de explicarle lo que era un examen).

EntrÃ© por la puerta y no vi a BocÃ³n viendo la tele en el sillÃ³n, aunque Ã©sta estaba encendida con el "SÃ¡lvame" a punto de terminar. MeneÃ© la cabeza de derecha a izquierda. _BocÃ³n estÃ¡ hecho un autÃ©ntico cotilla. _ApaguÃ© la televisiÃ³n y subÃ- a mi cuarto.

Lo que yo no sabÃ-a era que BocÃ³n habÃ-a subido a mi habitaciÃ³n horas antes para limpiar. Mi padre le habÃ-a dicho en la cena de anoche que, hasta que le encontrara un trabajo, se encargarÃ-a de las

labores domÃ©sticas. Me pillÃ³ por sorpresa encontrarlo ahÃ- dentro, pero sobre todo me chocÃ³ verlo tan serio; normalmente Ã©l me recibÃ-a con una sonrisa y era muy alegre.

â€”BocÃ³n, Â¿pasa algo? â€” Le preguntÃ© algo preocupado. Entonces, notÃ© que sujetaba algo en su mano derecha.

â€”Hipo... â€” Se levantÃ³ de la cama. â€”Â¿PodrÃ-as decirme cÃ³mo hiciste este dibujo? â€” CuestionÃ³, enseÃ±Ã¡ndome un dibujo de Desdentado.

Como Desdentado se habÃ-a quedado el primer dibujo que hice de Ã©l, decidÃ- hacerle otro para mÃ-, esta vez, tomÃ¡ndolo como modelo. Ã‰l se dejÃ³ y parecÃ-a gustarle el hecho de que lo dibujara. Las manos se me helaron por los nervios. Â¿QuÃ© debÃ-a decirle? TenÃ-a pensado hablarle de Desdentado harÃ¡ unos dÃ-as, pero se me habÃ-a pasado por toda la historia de mi madre.

Era cierto que BocÃ³n era amigo mÃ-o y que me sentÃ-a fatal al mentirle, pero ahora mismo mis planes sobre contarle la verdad cambiaron drÃ¡sticamente. Estaba demasiado serio y parecÃ-a no gustarle el hecho de que yo hubiera hecho un dibujo de un dragÃ³n, cosa extraÃ±a en Ã©l, ya que siempre le habÃ-an gustado mis dibujos. SentÃ- un mal presentimiento por todo el cuerpo y decidÃ- hacer lo que me parecÃ-a mejor.

â€”Pues... con la imaginaciÃ³n. â€” Le contestÃ© sin pensar mucho en mi mentira, pues BocÃ³n parecÃ-a estar impaciente por oÃ-r una respuesta por mi parte.

â€”Â¿La imaginaciÃ³n? â€” PreguntÃ³, levantando una ceja.

â€”Claro. â€” Le respondÃ- yo, como diciÃ©ndole: "Es elemental, mi querido BocÃ³n". â€”Â¿CÃ³mo si no iba a dibujar un dragÃ³n? Ellos no existen para poder tomarlos como modelos. â€” BromeÃ©, dÃ¡ndome cuenta de que estaba utilizando la verdad en mi mentira. Creo que esto me ha vuelto un buen mentiroso.

BocÃ³n apretÃ³ los labios cuando dije "No existen" y eso me sorprendiÃ³ un poco. Se acercÃ³ a mÃ-.

â€”Â¿DÃ³nde estuviste?

â€”En el colegio con Astrid. HablÃ¡bamos de un trabajo... â€” Esta vez tuve que mentir. Este comportamiento por parte de BocÃ³n me recordÃ³ a cÃ³mo se habÃ-a puesto cuando preguntÃ© por la muerte de mamÃ¡ y no quise repetirlo.

â€”Â¿TodavÃ-a siguen con el trabajo del bosque? â€” PreguntÃ³ notablemente molesto. Yo no sabÃ-a si asentir o no. Ã‰l siguiÃ³ hablando. â€”Tengan cuidado cuando vayan allÃ-. â€” VolviÃ³ a advertirme, tendiÃ©ndome el dibujo. â€”Hay unas bestias horribles y peligrosas por ahÃ-.

CogÃ- el dibujo y Ã©l saliÃ³ de mi cuarto, cerrando dÃ©bilmente la puerta. Me quedÃ© mirando el dibujo durante un largo rato. Â¿QuÃ© demonios habÃ-a pasado aquÃ-? Nunca habÃ-a visto a BocÃ³n comportarse tan raro. Bueno, Ã©l siempre hacÃ-a cosas raras. Lo que quiero decir es que no era normal que BocÃ³n se pusiera tan serio por un mero dibujo. Incluso podÃ-a jurar que estaba nervioso y se calmÃ³ cuando

le respondÃ- riendo que los dragones no existÃ-an.

Â¡No le encontraba sentido! Aunque, pensÃ¡ndolo bien, ahora nada tenÃ-a sentido en mi vida y tenÃ-a mÃ¡s preguntas que respuestas. AbrÃ- el primer cajÃ³n de mi escritorio para colocar el dibujo ahÃ- y coger la cinta de mi madre. Me la guardÃ© en el bolsillo. Cuando la tocaba, sentÃ-a como si mi madre estuviera aquÃ- y eso me hacÃ-a un poco mÃ¡s fuerte. CreÃ-a que si la llevaba conmigo me darÃ-a suerte y me ayudarÃ-a a acercarme un poco mÃ¡s a la verdad.

6. Amistad descubierta

CAPÃ•TULO V:

"_**Amistad descubierta"**_

_ El lugar que estaba viendo nunca antes lo habÃ-a visto, pero me dio escalofrÃ-os estar ahÃ-. Ahora que lo pensaba, Â¿cÃ³mo y cuÃ¡ndo habÃ-a llegado hasta allÃ-? PaseÃ© por el largo, silencioso y oscuro pasillo, alerta por si se oÃ-a cualquier ruido extraÃ±o. Al terminar el recorrido, mirÃ© hacia ambos lados. Â¿Por cuÃ¡l debÃ-a ir?_

_ De pronto, oÃ- una voz enfurecida que hizo eco por todo el desierto lugar. Me asustÃ³ bastante el tan solo hecho de imaginarme al dueÃ±o de aquella voz, pero la curiosidad pudo conmigo y fui a ver quÃ© pasaba. Me acerquÃ© hasta una puerta abierta por una rendijita, de la cual salÃ-a una tenue luz. Me agachÃ©, no demasiado, para tener la oportunidad de correr por si era necesario, y escuchÃ© la conversaciÃ³n._

â€”_Â¡Son una panda de inÃºtiles! Â¿Me estÃ¡n diciendo que llevan mÃ¡s de una semana y aÃºn no lo tienen localizado? â€” RugiÃ³ la voz que me habÃ-a hecho venir hasta aquÃ-._

â€”_Lo lamento, Director. â€” Se disculpÃ³ una voz nueva, mÃ¡s joven y nerviosa. â€”Lo estamos haciendo lo mejor que podemos, pero es difÃ-cil encontrar..._

â€”_Â¡Mide mÃ¡s de un metro de largo! â€” Lo interrumpiÃ³ la voz ronca. â€”Â¡No me venga ahora con excusas de que "es difÃ-cil"! Â¡LO NECESITO AQUÃ•!_

_ OÃ- cÃ³mo un montÃ³n de cristales se rompÃ-an uno tras otro; me alonguÃ© un poco mÃ¡s para poder ver quÃ© estaba ocurriendo exactamente. Un escalofrÃ-o me recorriÃ³ la columna vertebral cuando vi a un seÃ±or mayor (seguramente el dueÃ±o de la voz ronca y enfurecida) tirando cualquier objeto que encontraba delante de sus ojos y rompiÃ©ndolos en miles de pedacitos en el suelo. A su lado, habÃ-a otra persona, un chico mÃ¡s joven, de tez blanca, cabellos castaÃ±os y ojos azules. Estaba bastante asustado viendo al mayor provocando tal desastre e intentaba pararlo sin ningÃºn Ã©xito._

â€”_Â¡SeÃ±or Director, pare, por favor! â€” RogÃ³ el joven. â€”Â¡Le prometo que...!_

â€”_Â¡No quiero promesas, InsÃºa! â€” Lo interrumpiÃ³ por segunda vez su superior. â€”Â¡Quiero resultados! Â¡QUIERO VER A ESE MALDITO MONSTRUO AQUÃ•!_

_ Ese hombre, al que llamaban "Director", se acercÃ³ a la puerta a zancadas y yo empecÃ© a temblar de miedo, temiendo se descubierto._

Me despertÃ© sobresaltado y empapado en sudor. Me asegurÃ© de que estaba en mi cuarto mientras jadeaba por el miedo que sentÃ- momentos antes. SuspirÃ© aliviado en cuanto volvÃ- al mundo real.

â€”_Menos mal. _â€” PensÃ©. â€”_SÃ³lo ha sido un sueÃ±o._

SaltÃ© de la cama y me vestÃ- para ir al colegio. Ahora tenÃ-amos un control de "Cono" y sabÃ-a que no podÃ-a llegar tarde porque si no el profe me mandarÃ-a a la biblioteca y me pondrÃ-a un cero en el examen y, la verdad, no tenÃ-a muchas ganas de suspender una de las pocas asignaturas que se me daban medianamente bien.

BajÃ© las escaleras acelerado con la mochila en el hombro derecho y cogÃ- un par de tostadas. Me metÃ- la Ãºnica que tenÃ-a mantequilla en la boca y a la otra empecÃ© a untarle a toda prisa.

â€”Â¡Eh, Hipo, relÃ¡jate! â€” Me regaÃ±Ã³ BocÃ³n, apuntÃ¡ndome con la cuchara. â€”Come bien o si no te atragantarÃ¡s. El desayuno es la comida mÃ¡s importante del dÃ-a.

Me alegraba el hecho de que BocÃ³n fuera el mismo de siempre e hiciera sus bromas mientras fingÃ-a ser un ama de casa, cuando en realidad no daba un palo al agua.

â€”SiÃ©ntate y desayuna tranquilo como un niÃ±o normal. â€” Me dijo mientras bebÃ-a un poco de leche.

â€”No puedo, tengo un examen ahora a las ocho. â€” Le expliquÃ©, mientras terminaba de tragar la tostada y metiÃ©ndome la otra en la boca.

â€”Â¿Un examen a primera hora de la maÃ±ana? â€” Me preguntÃ³ con los ojos abiertÃ-simos. â€”Â¡QuÃ© abuso! Â¡Eso es inhumano. DeberÃ-an echar a ese profesor chiflado a la calle!

â€”Jajaja, no caerÃ¡ esa breva, crÃ©eme. A nadie le cae bien D. Esteban.

â€”Y con razÃ³n.

â€”Bueno, debo irme ya. Â¡Nos vemos luego, tÃ-o BocÃ³n! â€” Me despedÃ- de Ã©l con la mano y aprovechÃ© para coger otra tostada.

â€”Â¡Suerte! â€” Me dijo Ã©l mientras miraba la tostada que habÃ-a cogido en vez de a mÃ-. Siempre tan glotÃ³n...

â€”Gracias. â€” Le respondÃ- antes de cerrar la puerta y salir corriendo direcciÃ³n al colegio.

El dÃ-a se me pasÃ³ bastante rapidito. El examen estaba tirado, cosa que me sorprendiÃ³. Â¡A ver si al fin consigo subir del siete en este! Patapez y yo comentamos el examen, diciÃ©ndonos lo que habÃ-amos puesto y lo que no y mÃ¡s de una vez mi robusto compaÃ±ero lanzÃ³ un gruÃ±ido de frustraciÃ³n al aire cuando comprobÃ³ que se

habÃ-a equivocado en la pregunta mÃ¡s importante. Luego, los gemelos me acompaÃ±aron en el recreo y en la hora del almuerzo, peleÃ¡ndose, como siempre, hasta por la mayor tonterÃ-a del mundo. Mocoso, por su parte, aÃºn no tenÃ-a mucha confianza conmigo, pero alguna que otra vez me saludÃ³ cuando se acercaba a hablar con alguno de su grupo que estuviera charlando conmigo.

Con tanto ajetreo, no pude hablar con Astrid en todo el dÃ-a. Yo, porque estaba ocupado con los demÃ¡s que intentaban conocerme un poco mÃ¡s y ella, porque debÃ-a volver a esas charlas de delegados. Con tan solo imaginarme a mÃ- mismo haciendo todo lo que hacÃ-a ella, me cansaba enseguida. Sin embargo, Astrid habÃ-a demostrado tener mucha resistencia y energÃ-a. Sin duda alguna el cargo no le venÃ-a para nada grande y comprendo por quÃ© fue elegida delegada.

SonÃ³ el timbre y yo esta tarde fui a la ensenada. Ayer no pude ir por el examen que ya he comentado, pero hoy tenÃ-a la tarde libre. Mientras pasaba por el bosque para llegar a mi destino, el recuerdo del sueÃ±o de esta maÃ±ana vino a mi mente y, con Ã©l, las heridas que Desdentado tenÃ-a cuando lo encontrÃ© por primera vez. Â¿HabÃ-an sido ellos los que le habÃ-an hecho eso? Â¿Por su culpa Desdentado desconfiaba tanto de los humanos y nos tenÃ-a tanto odio? La verdad es que quise convencerme a mÃ- mismo de que solo habÃ-a sido un sueÃ±o imaginado por mÃ- cabeza y que no tenÃ-a nada que ver con la realidad, que esas personas no existÃ-an. Pero me costaba admitirlo, yo jamÃ¡s habÃ-a sido bueno inventÃ¡ndome cuentos.

â€”Â¡Hola! â€” GritÃ© una vez toquÃ© el suelo de la ensenada. â€”Â¿Desdentado, estÃ¡s aquÃ-? â€” NotÃ© una fuerte respiraciÃ³n detrÃ¡s de mÃ- y un pequeÃ±o gruÃ±idito. Me di la vuelta y lo vi detrÃ¡s de mÃ-, con esos ojitos clavados en mÃ-. â€”Â¿QuÃ© tal, campeÃ³n?

Desdentado se acercÃ³ a mÃ- y me acariciÃ³ la tripita, en forma de saludo. SegÃºn pasaban los dÃ-as, Ã©l se habÃ-a vuelto mÃ¡s simpÃ¡tico conmigo y eso me gustaba. Al parecer, empezaba a confiar un poco mÃ¡s en mÃ-. Yo le acariciÃ© la cabecita mientras le sonreÃ-a.

â€”Yo tambiÃ©n me alegro de verte, amigo. â€” Le dije mientras Ã©l se apartaba de mÃ-. â€”Â¿Quieres que probemos la cola de nuevo? â€” Ã‰l asintiÃ³, bastante contento.

â€”SÃ-, Â¡pensaba que no lo dirÃ-as nunca! â€” ComentÃ³, dÃ¡ndome la espalda para que me montara.

ReÃ- un poco por su comentario y me sentÃ© en la silla, esta vez mÃ¡s seguro que las primeras veces, y coloquÃ© mi pie izquierdo en la palanquita, asegurÃ¡ndome de que el ala funcionaba cuando yo le daba.

â€”Â¿Va bien? â€” Me preguntÃ³, mirando hacia atrÃ¡s.

â€”AjÃ¡, tranquilo. â€” Le respondÃ-. Me agarrÃ© fuertemente a Ã©l, preparÃ¡ndome. â€”Â¡A por todas, campeÃ³n!

Desdentado sonriÃ³. HabÃ-a cogido la manÃ-a de decirle esa frase cada vez que echÃ¡bamos a volar y al parecer Ã©l disfrutaba de mi entusiasmo. ExtendiÃ³ sus dos alas y juntos emprendimos el vuelo.

Volamos unos cuantos kilÃ³metros, sobrevolando el bosque a una distancia prudente y con cautela, para evitar accidentes de ser vistos o devastar medio bosque y atraer a los curiosos. Yo ya le empezaba a pillar el tranquillo a la alita y Ã©l parecÃ-a estar mÃ¡s acostumbrado a volar con alguien encima.

â€”La cola funciona bien al volar recto y al girar. â€” ComentÃ©, contento por ver que mi trabajo sirviÃ³ de algo. â€”Probemos con el aterrizaje.

Desdentado gruÃ±Ã³ y asintiÃ³. Me agarrÃ© un poco mÃ¡s fuerte esta vez, mientras miraba a la colita de atrÃ¡s y a la palanquita a la vez. Â¡Por poco me quedo bizco! Pero tenÃ-a que asegurarme de que no dejÃ¡ramos ninguna huella. AdemÃ¡s, era la primera vez que intentÃ¡bamos aterrizar, como Dios manda, quiero decir.

â€”Vamos, despacito. â€” Me dije a mÃ- mismo y al dragÃ³n.

ApretÃ© poco a poco la palanquita para que el ala se abriera y Desdentado hizo el resto. Lentamente, el dragÃ³n bajÃ³ hasta abajo y, cuando fue a tocar la hierba, abriÃ³ las alas y las batiÃ³ un poco para evitar una caÃ-da muy bruta. Una vez tocÃ³ el suelo, me bajÃ© de su lomo.

â€”Â¡Lo hicimos, mi ala funciona! â€” Dije contento.

â€”Se te dan bien las manualidades. â€” Me comentÃ³ mientras se miraba la cola. â€”Dudo que haya mucha gente en el mundo que pueda hacer lo que tÃº.

â€”Gracias, pero no es para tanto. â€” RespondÃ-, algo sonrojado.

Entonces, mirÃ© a mi alrededor, para ver en dÃ³nde habÃ-amos aterrizado. Para mi sorpresa, fue en el mismo lugar en donde encontrÃ© la cinta de mi madre. Me acerguÃ© a los arbustos en donde estaba tirada e inspeccionÃ© el lugar mÃ¡s detenidamente.

â€”Â¿QuÃ© haces? â€” Me preguntÃ³ Desdentado, mirÃ¡ndome curioso.

â€”Hum, es que aquÃ- fue donde encontrÃ© la cinta de mi madre. â€” Le expliquÃ©. â€”Quiero ver si encuentro algo mÃ¡s que pueda servirme.

â€”Â¿Servirte para quÃ©? â€” PreguntÃ³ arrugando la nariz.

â€”Es que... â€” Iba a contarle toda la historia cuando algo me detuvo: unos pasos, ramas rompiÃ©ndose. â€”Â¡Viene alguien, escÃ³ndete! â€” Lo empujÃ© sin mirar hacia dÃ³nde, dejÃ¡ndome llevar por el pÃ¡nico.

â€”Â¡No me empujes! â€” Dijo Ã©l, molesto. â€”Â¡Y menos aÃºn si no sabes ni para dÃ³nde!

â€”Â¡Oh, Dios mÃ-o. Oh, Dios mÃ-o! â€” Dije yendo de allÃ¡ para acÃ¡. â€”Â¿Â¡QuÃ© vamos a hacer, quÃ© vamos a hacer!? Â¡Te verÃ¡n. Te verÃ¡n y como te vean...!

Fui callado por una bofetada dada por una cola. Me sobÃ© la parte dolorida y mirÃ© con el ceÃ±o fruncido a Desdentado.

â€”Â¿Â¡Por quÃ© me pegas!? â€” Le preguntÃ© enfurecido.

â€”Estabas histÃ©rico. â€” Me respondiÃ³ con total tranquilidad mientras se escondÃ-a en unos arbustos frondosos.

Me quedÃ© viÃ©ndolo atÃ³nito. Â¿Un dragÃ³n me acababa de meter un cachetÃ³n? Ya lo habÃ-a visto y vivido todo... MirÃ© hacia el lugar en donde escuchaba los pasos aproximarse y, esta vez, fueron acompaÃ±ados por una voz femenina.

â€”Â¡Hipo!

â€”Â¿Astrid? â€” Mi compaÃ±era apareciÃ³ de entre los arbustos.

â€”Hipo. â€” Dijo alegre al verme y se acercÃ³ a mÃ-. â€”SabÃ-a que te encontrarÃ-a aquÃ-.

â€”Â¿Por quÃ© me buscabas? â€” Le preguntÃ© extraÃ±ado. No estaba acostumbrado a que le gente me buscara.

â€”Â¿Hola, hay alguien en casa? â€” Me preguntÃ³ con todo burlÃ³n, mientras me daba pequeÃ±os puÃ±etacitos en la cabeza, fingiendo llamar a la puerta de alguien. â€”Â¿Es que acaso no recuerdas que iba a obtener informaciÃ³n de TYSQ?

â€”Â¿Te, y griega, ese, cu? â€” RepetÃ- algo confundido.

â€”"TÃº Ya Sabes QuÃ©". â€” Me explicÃ³, riendo un poco. â€”Bueno, buenas noticias, Â¡he descubierto algo importante!

Astrid rebuscÃ³ en el bolsillo de su pantalÃ³n y sacÃ³ unos papales; eso provocÃ³ que otra cosa que guardaba que se le cayera al suelo.

â€”Ups. â€” Dijo, mientras se agachaba a recogerlo.

â€”Â¿Eso es una... navaja? â€” PreguntÃ©, algo asustado.

â€”SÃ-. â€” RespondiÃ³, sacando la punta. â€”Esto me da algo de grima. Nos podrÃ-a atacar cualquier ani...

Astrid fue interrumpida por un rugido repentino y saltamos ambos por el susto, y eso que yo ya me conocÃ-a ese rugido... Desdentado saliÃ³ de entre los arbustos y empezÃ³ a rugir a Astrid, con la lÃ-nea negra de sus ojos delgada, cosa que ya sabÃ-a que significaba peligro, y sacÃ³ sus dientes, amenazadoramente.

Astrid gritÃ³ asustada al ver, no a un animal salvaje como ella temÃ-a, sino a un dragÃ³n. Se cubriÃ³ la cara con las manos y la navaja brillÃ³ a la luz del sol. El resplandor pareciÃ³ enfurecer mÃ¡s a Desdentado, el cual saltÃ³ encima de mi compaÃ±era y rugiÃ³ mÃ¡s fuerte, mientras Astrid gritaba con todas sus fuerzas. El rugido y el grito de ambos me sacÃ³ de mi estado de shock y fue entonces cuando corrÃ- hacia donde estaban ellos.

â€”Â¡Desdentado, para! Â¡Quieto! â€” Le gritÃ©, pero Ã©l parecÃ-a no

escucharme.

Me aproximÃ© mÃ¡s a Ã©l y le peguÃ© un cachetÃ³n, haciendo que su cara se virara un fisco. No sabÃ-a si fue porque me saliÃ³ una fuerza sobrehumana por mis ganas de ayudar a la chica de la que estaba enamorado o simplemente que Ã©l estaba distraÃ-do y no se la esperaba. Me decantÃ© por la segunda opciÃ³n, que era la mÃ¡s lÃ³gica. Desdentado me mirÃ³, sorprendido por lo que le habÃ-a hecho.

â€”Estabas histÃ©rico. â€” Le dije, imitando el mismo tonito que Ã©l utilizÃ³ momentos atrÃ¡s, cuando me abofeteÃ³. â€”Â¡BÃ¡jate de encima de ella, dragÃ³n malo! â€” Me obedeciÃ³, pero gruÃ±Ã³ un poco y me mirÃ³ con el rabillo del ojo. â€”Â¡A mÃ- no me gruÃ±as ni me mires atravesado, seÃ±orito!

Desdentado fue a decirme algo, pero una patada en la quejada por parte de Astrid lo detuvo. El dragÃ³n volviÃ³ a rugir, enfadado, mostrÃ¡ndole los dientes. Yo fui con Ã©l e intentÃ© calmarlo.

â€”AsÃ- no me ayudas. â€” La regaÃ±Ã©. â€”Vamos, chiquitÃ-n, cÃ¡lmate. â€” Le dije a Desdentado mientras le acariciaba la cabecita.

â€”Â¿Â¡PERO QUÃ‰ DICES!? Â¡HA INTENTADO MATARME! Â¡IBA A COMERME!

â€”No digas tonterÃ-as, Astrid, Ã©l no come personas. â€” MirÃ© a Desdentado y le preguntÃ©, temeroso: â€”No comen personas, Â¿verdad?

â€”Â¡Como vuelva a pegarme la aÃ±adirÃ© en mi menÃº! â€” RespondiÃ³ mirÃ¡ndola mal.

â€”Â¡No digas esas cosas!

â€”Â¿QuÃ©? â€” Dijo Astrid. â€”Â¿De quÃ© hablas, Hipo? No he dicho nada.

â€”No tÃº, Ã©l. â€” ExpliquÃ©, seÃ±alÃ¡ndolo.

â€”Â¿El dragÃ³n? Un momento, Â¿Â¡quÃ© haces con un dragÃ³n!? Â¿Â¡QuiÃ©n no ha de decir algo!? Â¿Â¡QUÃ‰ ESTÃ• OCURRIENDO!?

Me acerquÃ© a Astrid y le di un bofetÃ³n tambiÃ©n. Pero esta vez, ella me devolviÃ³ el golpe, mÃ¡s fuerte aÃºn.

â€”Â¿Â¡QuÃ© haces, por quÃ© me pegas!? â€” Le demandÃ©, enfadado.

â€”Â¿Â¡Y tÃº a mÃ-!?

â€”Â¡Es que estamos muy nerviosos! â€” Le gritÃ©, gesticulando exageradamente. â€”Â¡CÃ¡lmate...!

â€”Â¿Â¡Que me calme!? Â¡Esa bestia intentÃ³ comerme!

â€”Â¿Que acaso no escuchaste? Â¡Ã‰l no come personas!

â€”Â¿Escuchar? â€” Me preguntÃ³, con el ceÃ±o fruncido.

â€”Un momento... â€” Me acerquÃ© a ella, extraÃ±ado. â€”Â¿TÃº no...? Â¿TÃº no le oyes hablar?

â€”No, sÃ³lo estÃ¡ gruÃ±endo y rugiendo, como todos los animales.

Me quedÃ© callado y con los ojos abiertos como platos. AbrÃ- la boca para hablar, pero no me saliÃ³ la voz por el nuevo descubrimiento. Â¿Es que acaso solo YO escuchaba a Desdentado hablar? MirÃ© al dragÃ³n, supongo que mi cara mostraba la extraÃ±eza que sentÃ-a ante esta situaciÃ³n, porque una vez nuestras miradas se cruzaron, Ã©l me dijo:

â€”A mÃ- no me mires, yo ya te dije que no era normal que _ustedes_ nos escucharan.

Era cierto, ahora lo recordaba, la primera vez que Desdentado hablÃ³ delante de mÃ-, Ã©l habÃ-a mencionado que no era muy comÃºn que un humano entendiera a los dragones.

â€”Pero, Â¿por quÃ©...? â€” PensÃ© en voz alta, dejando escapar mi pregunta, pero dejÃ© de hablar cuando vi que Astrid no estaba. â€”Â¿Astrid? â€” Di varias vueltas para ver si la veÃ-a y la encontrÃ© corriendo hacia la salida del bosque. â€”Â¡Astrid!

GritÃ© para llamar su atenciÃ³n, pero ella me ignorÃ³ y corriÃ³ aÃºn mÃ¡s.

â€”Genial, ya la liamos... â€” ComentÃ© fastidiado, mientras Desdentado se colocaba a mi lado, mirando a mi compaÃ±era con una ceja levantada.

SalÃ- corriendo detrÃ¡s de ella y Desdentado me siguiÃ³. No era muy rÃ¡pido, al contrario que Astrid, que, presa del pÃ¡nico, corrÃ-a a una velocidad sobrehumana. Desdentado me adelantÃ³, provocando una ventisca que levantÃ³ varias hojas del suelo, yo me cubrÃ- la cara con ambas manos, para evitar que algo se me metiera en los ojos. Cuando volvÃ- a dejarla descubierta, vi a Astrid tirada en el suelo, con Desdentado encima de ella y corrÃ- hacia ellos lo mÃ¡s rÃ¡pido que pude.

â€”Â¡Hipo, dile a esta bestia que se quite de encima! â€” Me gritÃ³ enfurecida, mientras forcejeaba por irse.

â€”No hasta que me escuches. â€” Le dije, mientras me subÃ-a al lomo de Desdentado, intentando calmarlo.

â€”Â¡No pienso escuchar nada! Â¡Esto es una locura! â€” VolviÃ³ a decir, mÃ¡s sorprendida aÃºn al verme subir encima de un dragÃ³n.

â€”Vale, no me escuches si no quieres. â€” Le respondÃ-. â€”Pero dÃ©jame que te lo enseÃ±e...

Astrid se quedÃ³ quieta un rato, mientras me miraba de arriba a abajo, con los ojos entrecerrados y un brillo de desconfianza brillaba en sus bonitos ojos azules. Le tendÃ- la mano para saber cuÃ¡l serÃ-a su eleccciÃ³n; si la tomaba, yo la ayudarÃ-a a levantarse y le mostrarÃ-a lo que querÃ-a enseÃ±arle; si no lo hacÃ-a, perderÃ-a

a una amiga.

Para mi suerte, Astrid me cogiÃ³ la mano y se levantÃ³ poco a poco, mientras yo le hacÃ-a seÃ±as a Desdentado, diciÃ©ndole que se alejara, que ya no habÃ-a nada que temer. Ã‰l, a regaÃ±adientes, me obedeciÃ³, pero no le quitaba el ojo de encima a Astrid. Luego, la ayudÃ© a subirse encima de Desdentado.

â€”Vale, amigo, â€” Le dije al dragÃ³n. â€”despacito...

Desdentado extendiÃ³ sus dos alas y yo pulsÃ© la palanca, abriendo la su cola de pega y los tres emprendimos el vuelo. Astrid se abrazÃ³ a mi espalda, cerrando los ojos y yo me tensÃ© al sentirla tan cerca, pero intentÃ© mantenerme concentrado en lo que estaba haciendo, ya que Desdentado dependÃ-a de mÃ- para volar.

Subimos bastante alto, por encima de las nubes, sintiendo una suave y frÃ-a brisa en la cara y un leve viento que nos echaba el pelo hacia atrÃ¡s. AcariciÃ© la cabeza de Desdentado, para hacerle ver que lo estaba haciendo bien. MirÃ© hacia atrÃ¡s y vi a Astrid (todavÃ-a abrazada a mi espalda, fuertemente) y con los ojos cerrados.

â€”Abre los ojos. â€” Le sugerÃ-. â€”No tienes nada que temer, crÃ©eme.

Astrid fue abriendo los ojos poco a poco y mirÃ³ hacia abajo. LanzÃ³ un grito al ver la altura a la que estÃ¡bamos y se abrazÃ³ con mÃ¡s fuerza a mi cintura. No la culpo, yo tambiÃ©n hubiera actuado asÃ-, es mÃ¡s, yo le temÃ-a a las alturas, pero no sÃ© por quÃ©, cuando volaba a lomos de Desdentado, me sentÃ-a seguro y mi miedo desaparecÃ-a.

â€”Tranquila, Ã©l no dejarÃ¡ que nos pase nada malo.

NotÃ© cÃ³mo Desdentado me miraba curioso con el rabillo del ojo, al parecer Ã©l no se creÃ-a que confiara tanto en Ã©l (Â¡y eso que fue Ã©l quien me dio razones para confiar!). Luego, volviÃ³ a mirar hacia el frente y jurarÃ-a que lo vi sonreÃ-r, conmovido por lo que dije.

Por su parte, Astrid respirÃ³ hondo y volviÃ³ a abrir los ojos mirando hacia arriba y notÃ© cÃ³mo su agarrÃ© se volvÃ-a cada vez mÃ¡s flojo. La oÃ- suspirar, sorprendida y decidÃ- echar un vistazo yo tambiÃ©n por un momento.

El cielo era anaranjado y oscuro a la vez, dando a ver que el Sol estaba a punto de irse para dar paso a la Luna. Algunas estrellas se veÃ-an, escasamente, como pequeÃ±os diamantes ligero brillo; las nubes eran finas y blancas como nunca antes las habÃ-a visto, ya que siempre eran medio grisÃ¡ceas por el clima que habÃ-a en Mema (siempre lloviendo, nevando o nublado, sencillamente).

â€”Guau... â€” SusurrÃ©, asombrado por la escena.

Luego, mirÃ© hacia delante y mi asombro creciÃ³ mÃ¡s de lo que nunca hubiera podido imaginar. El Sol bajaba lentamente por la imaginaria raya que juntaba cielo y mar, haciendo que ambos se volvieran de un color naranja cÃ¡lido. JamÃ¡s habÃ-a visto el horizonte en toda mi vida, al menos no de esa manera. IgnorÃ© el hecho de que nos habÃ-amos alejado del bosque y que ahora sobrevolÃ¡bamos el mar,

cristalino y limpio, con algunos peces en el fondo, nadando deprisa. Por un momento quise seguir hacia delante, como si el mundo fuera plano y esa imagen de delante fuera una pared.

â€”Es tan hermoso... â€” SuspirÃ³ soÃ±adora Astrid, acostando la barbilla en mi hombro derecho. Me estremecÃ- un poco al notar el roce de su piel con la mÃ-a. â€”Nunca hubiera pensado que en Mema pudiera haber vistas tan bonitas como estas...

Dimos media vuelta cuando vimos que se estaba haciendo tarde y aterrizamos en la ensenada. Astrid se bajÃ³ de un salto sin ayuda; yo, cuando me bajÃ©, acariciÃ© a Desdentado en la cabecita, dÃ¡ndole a ver que lo habÃ-a hecho muy bien. Ã‰l me mirÃ³ sonriendo, al parecer habÃ-a disfruto de ese vuelecito y nos habÃ-a servido para probar la cola.

â€”Ha sido... â€” EmpezÃ³ a comentar Astrid, pero luego se callÃ³ y suspirÃ³. MirÃ³ a Desdentado y se acercÃ³ a Ã©l. â€”Lo siento. â€” Se disculpÃ³.

Desdentado se quedÃ³ mirÃ¡ndola por un momento y se acerco a ella. Ante esto, yo me preparÃ© por cualquier cosa que pudiera pasar y Astrid se echÃ³ un poco para atrÃ¡s, temiendo lo peor. Ambos nos sorprendimos cuando vimos a Desdentado lamiendo la mejilla de Astrid. Ella solo rio divertida, mientras le acariciaba la cabeza.

â€”Es un poco gritona, â€” ComentÃ³ Desdentado, poniÃ©ndose a mi lado de nuevo. â€”pero no es mala chica.

SonreÃ- al ver que por fin se llevaba bien con Astrid. Ã‰sta se acercÃ³ a mÃ-, algo curiosa, mientras se tocaba el fleco.

â€”Â¿QuÃ©...? Â¿QuÃ© te ha dicho?

La mirÃ© durante un rato y sonreÃ- un poco mÃ¡s, me alegraba saber que, no solo confiaba en Desdentado, sino que ademÃ¡s se creÃ-a que podÃ-a oÃ-rlo hablar.

â€”Que le caes bien. â€” Le respondÃ-, omitiendo el hecho de que la habÃ-a llamado "gritona".

â€”Ã‰l tambiÃ©n es simpÃ¡tico. â€” ComentÃ³. â€”Quitando el hecho de que intentÃ³ comerme.

â€”Â¡Desdentado nunca te comerÃ-a, Astrid!

â€”Â¿Desdentado? â€” PreguntÃ³, pestaÃ±eando.

â€”Em... SÃ-... Lo llamÃ© asÃ- porque tiene dientes de quita y pon.

Astrid me mirÃ³ curiosa y Desdentado abriÃ³ la boca, enseÃ±Ã¡ndole su boca sin dientes y luego sacÃ¡ndolos. Ante esto, Astrid se echÃ³ para atrÃ¡s, sorprendida.

â€”Â¿Ves? â€” Le dije. â€”Tranquila, no te harÃ¡ nada malo, es inofensivo.

â€”Bueno es saberlo. â€” Me dijo suspirando. â€”Â¡Oh, es cierto,

Hipo!

â€”Â¿QuÃ© pasa?

â€”Se me olvidÃ³ por completo lo que querÃ-a decirte. â€” Me dijo sacando un folio de su bolsillo. â€”He descubierto algo importante sobre tu madre.

Desdentado bajÃ³ la cabecita, mirÃ¡ndome con cierta lÃ¡stima y yo me quedÃ© callado. Se me habÃ-a olvidado por completo todo el lÃ-o que tenÃ-a en la cabeza con ese tema. Me daba algo de miedo escuchar lo que Astrid tenÃ-a que contarme, pero debÃ-a saber cualquier cosa que pudiera acercarme a la verdad. AdemÃ¡s, ella se habÃ-a tomado la molestia de conseguirme datos.

â€”CuÃ©ntame todo lo que sepas. â€” Le dije, acercÃ¡ndome a ella.

Nos despedimos de Desdentado y emprendimos camino hacia mi casa. Durante el trayecto, Astrid me dijo todo lo que sabÃ-a, guiÃ¡ndose con el papel, en el cual habÃ-a escrito todo para poder acordarse hasta de la Ãºltima coma.

â€”Bueno, Â¿recuerdas que te preguntÃ© sobre cuÃ¡ntas horas habÃ-an pasado desde la muerte de tu madre hasta que alguien llamÃ³ para decir en dÃ³nde estaba? â€” Me preguntÃ³.

â€”AjÃ¡. No lo ponÃ-a en ningÃºn sitio.

â€”Exacto, fue lo que me extraÃ±Ã³. â€” ComentÃ³, mirando el papel con el ceÃ±o fruncido. â€”Y la respuesta me resultÃ³ mÃ¡s rara todavÃ-a y por eso querÃ-a hablar contigo cuanto antes.

SentÃ- un escalofrÃ-o recorrerme todo el cuerpo cuando oÃ- la seriedad con la que me estaba hablando Astrid. Me armÃ© de valor para preguntar.

â€”Â¿Por quÃ©?

â€”Porque resulta que, cuando la encontraron, tu mamÃ¡ llevaba muerta nada mÃ¡s que cinco horas. Pero si la comparamos con la hora a la que un anÃ³nimo avisÃ³ a la policÃ-a, serÃ-an, mÃ¡s o menos, dos horas.

MirÃ© al suelo con el ceÃ±o fruncido, asimilando toda esa informaciÃ³n. No comprendÃ-a hasta dÃ³nde querÃ-a llegar.

â€”Â¿Por quÃ© es tan raro?

â€”Â¡Oh, venga, Hipo! â€” GritÃ³ Astrid frustrada. â€”He dicho millones de veces que nadie va a ese bosque, Â¿no?

â€”SÃ-. â€” Le respondÃ- algo molesto, por el grito que me mandÃ³.

â€”Bien, Â¿cÃ³mo es posible entonces que la encontraran tan rÃ¡pido?

AbrÃ- los ojos y la mirÃ©, mientras seguÃ-amos caminando sin mirar al frente.

â€”Â¿CÃ³mo pudo ser entonces? Es cierto que es raro...

â€”Eso es que tu mamÃ¡ fue acompaÃ±ada al bosque, habÃ-a alguien mÃ¡s en la escena del crimen.

â€”Â¡Y esa persona puede contarme lo que pasÃ³! â€” Dije emocionado, al ver que esto avanzaba. â€”Â¿Sabes quiÃ©n fue?

â€”Â¿Hola, Hipo? He dicho "anÃ³nimooooo" â€” Me respondiÃ³ con tono burlÃ³n.

â€”Â¿Hola, Astrid? Me dijiste que ibas a coger daaaatoooos... â€” Le dije yo, remedÃ¡ndola.

â€”Â¡Yo no hablo asÃ-! â€” EspetÃ³ con un tono molesto, pero en su rostro habÃ-a una sonrisa divertida. â€”Y he descubierto bastante, â€” Me enseÃ±Ã³ la hoja, bastante orgullosa de su trabajo. â€”pero mi padre no pudo decirme quiÃ©n fue el que llamÃ³. Ã‰l ni siquiera trabajÃ³ ese dÃ-a en comisarÃ-a y, aunque lo hubiera hecho, la persona no quiso dar sus datos y eso se respeta. Solo sabe que es un hombre, por su voz.

â€”Â¿Un hombre...? â€” De pronto, tuve la misma sensaciÃ³n que alguien que estaba haciendo un puzzle y se sentÃ-a emocionado porque todas las piezas empezaban a encajar.

â€”Sip. Â¿Conoces a algÃºn hombre que estuviera unido a tu mamÃ¡? Eso podrÃ-a...

â€”El tÃ-o BocÃ³n. â€” La interrumpÃ-.

Justo entonces, llegamos a mi casa y nos quedamos parados, mirÃ¡ndonos a los ojos. Ahora todo tenÃ-a sentido. Cuando le preguntÃ© sobre mamÃ¡ a papÃ¡ la tarde que encontrÃ© la cinta, Ã©l no querÃ-a hablar del tema y parecÃ-a tan o mÃ¡s perdido que yo; sin embargo, BocÃ³n parecÃ-a saber mÃ¡s de lo que nos hacÃ-a creer y se enfureciÃ³ con mi padre cuando dijo que habÃ-a sido un "accidente".

â€”No sabÃ-a que tuvieras un tÃ-o. â€” ComentÃ³ Astrid, para romper el pesado silencio que se habÃ-a creado entre nosotros.

â€”En realidad no es mi tÃ-o, â€” AdmitÃ-. â€”es un amigo de mi padre. Pero como estÃ¡ tan unido a mi padre y a la familia...

â€”Comprendo. â€” Me dijo Astrid, sonriendo. â€”Â¿EstÃ¡s seguro de que Ã©l...?

â€”SÃ-, lo estoy. Ahora no puedo explicarte por quÃ©, pero...

â€”Descuida, Hipo. â€” Me interrumpiÃ³, acercÃ¡ndose a mÃ-. â€”Haz lo que creas correcto, Â¡pero no te olvides de que puedes contar conmigo!

Nos sonreÃ-mos un momento. Era la primera vez que alguien era asÃ- de amable y comprensivo conmigo. Nunca habÃ-a sentido esa sensaciÃ³n de tener a alguien al lado pasara lo que pasara y, de la noche a la

maÃ±ana, tenÃ-a ahora a dos personas que velaban por mi seguridad. VolvÃ- al mundo real cuando Astrid me dio un puÃ±etazo en el hombro izquierdo.

â€”Â¡Au! â€” GritÃ© dolorido, mientras me sobaba el brazo.

â€”Eso por asustarme esta tarde. â€” Dijo sonriendo. Yo iba a quejarme, pero me callÃ© cuando notÃ© sus labios encima de mi mejilla en un breve beso. â€”Y eso... â€” Me dijo, esta vez mÃ¡s vergonzosa mientras se tocaba el fleco. â€”Eso por todo lo demÃ¡s.

Luego se fue direcciÃ³n a su casa trotando, ya que se le habÃ-a hecho tarde. Yo me quedÃ© mirÃ¡ndola, medio embobado por su beso. Â¡No me lo podÃ-a creer, la chica de mis sueÃ±os me habÃ-a dado un beso en la mejilla! Fui a mi casa y abrÃ- la puerta, sonriendo un poco, y esta vez volvÃ- a empujar a BocÃ³n al suelo.

â€”Â¡JopÃ©, Hipo, controla esa fuerza! â€” Me regaÃ±Ã³ mientras se sobaba la nariz, como la primera vez. â€”Â¡Luego no puedes abrir una botella!

â€”Â¡Que ha sido sin querer! â€” Le gritÃ©, enfadado. â€”Â¡Y esa Ãºltima frase sobraba!

â€”Veo que no pierdes el tiempo. â€” Dijo BocÃ³n, siguiendo a su bola. â€”Me recuerdas a mÃ- cuando tenÃ-a tu edad.

â€”No sÃ© si sentirme alagado... â€” ComentÃ©, poniendo los ojos en blanco.

â€”Sigue a ese ritmo y en un par de tardes ya tendrÃ¡s novia formal.

â€”Â¡No quiero que sea mi novia! Â¡Es solo una amiga! â€” GritÃ©, corriendo a mi cuarto. â€”Â¡JopÃ©, quÃ© duro de sesera eres!

PeguÃ© un portazo y respirÃ© poco a poco, intentando calmarme. Me habÃ-a puesto rojo como una grana por culpa de _El Celestino_ que tenÃ-amos en casa... Â¡MaldiciÃ³n, con tanto rollo se me olvidÃ³ preguntarle sobre mamÃ¡! PensÃ© en bajar, pero me pareciÃ³ algo demasiado brusco y, al parecer, ese tema era tabÃº en esta casa para papÃ¡ y jurÃ© haberlo visto cocinando. Hoy, justo hoy, vino temprano del trabajo.

â€”_MaÃ±ana le preguntarÃ©._ â€” PensÃ©, sacando la cinta del bolsillo. La apretÃ© con la mano, para llenarme de fuerza y valor. â€”_MamÃ¡, cada vez estoy mÃ¡s cerca. No te preocupes, pienso descubrir la verdad._

7. Amistad rota

CAPÃ•TULO VI:

"_**Amistad rota"**_

El dÃ-a siguiente era sÃ¡bado, por lo que tenÃ-a el dÃ-a libre para poder pensar en la forma de preguntarle a BocÃ³n sobre lo que sabÃ-a de mi madre. Al principio pensÃ© en sacarlo como quien no quiere la cosa, pero me daba miedo el tan sÃ³lo hecho de abrir la boca y decir:

"MamÃ¡". Notaba que BocÃ³n querÃ-a explicarme las cosas, pero mi padre se lo prohibÃ-a. Eso me sacaba de quicio, Â¿por quÃ© hacÃ-a eso? Â¿Es que no tenÃ-a derecho de saber lo que habÃ-a pasado?

Una vez me levantÃ© y me vestÃ-, bajÃ© para desayunar. El salÃ³n estaba en completo silencio, cosa que me extraÃ±Ã³, teniendo en cuenta que BocÃ³n ahora vivÃ-a aquÃ- y era un autÃ©ntico ruidoso. Cuando lleguÃ© a la cocina encontrÃ© una nota pegada al frigorÃ-fico.

Hipo:

Me ha surgido un problema en el trabajo y he tenido que salir temprano de casa. No te preocupes por la comida, ya lo he hablado con BocÃ³n y Ã©l se encargarÃ¡.

Un abrazo,

Estoico.

SuspirÃ© y tirÃ© la nota a la basura. Â¿CÃ³mo es que no me sorprende que mi padre tenga que trabajar un sÃ¡bado y deba quedarme solo en casa? IntentÃ© mirarlo por el lado positivo, quizÃ¡ con su ausencia podrÃ-a preguntarle menos temeroso a BocÃ³n sobre mamÃ¡.

Las tripas me sonaron como un leÃ³n rugiente y sentÃ- la barriga vacÃ-a. MirÃ© el reloj: las nueve menos cuarto. Ni loco BocÃ³n se levantarÃ-a tan temprano y menos para cocinar. TendrÃ-a que buscarme la vida.

Me acerquÃ© al poyo, dispuesto a abrir el primer cajÃ³n para sacar los cubiertos. RecordÃ© entonces cÃ³mo me gustaba llenar el tiempo ayudando a mi madre a lavar los platos y colocarlos. LancÃ© un suspiro mÃ¡s. Esos recuerdos me atacaban a cada cosa que hacÃ-a en esta casa. En cada rincÃ³n la veÃ-a a ella y ahora que sabÃ-a que me ocultaban algo, me pasaba mÃ¡s a menudo. MeneÃ© la cabeza, para alejar el mal pensamiento. Ahora no podÃ-a derrumbarme, debÃ-a ser mÃ¡s fuerte que nunca si acaso querÃ-a llegar a la verdad.

IntentÃ© abrir el cajÃ³n, pero estaba atorado. SusurrÃ© mÃ¡s de una maldiciÃ³n al aire mientras tiraba con todas mis fuerzas del mango y acabÃ© sacÃ¡ndolo de su hueco, llenÃ¡ndolo todo de cubiertos.

â€”Lo que no me pase a mÃ-... â€” Dije, enfadado por mi metedura de pata.

Me agachÃ© y recogÃ- cada cubierto con cuidado para no lastimarme y algo llamÃ³ mi atenciÃ³n justo cuando estaba acabando.

â€”Â¿Una bolsa de semillas? â€” PreguntÃ© en voz alta, cogiendo la bolsita medio vacÃ-a. â€”Â¿QuÃ© hace esto aquÃ-?

Que yo sepa, nadie en esta casa era aficionado a la jardinerÃ-a. MirÃ© la bolsita con curiosidad y vi que eran para plantar snow crocus, mi flor preferida. Fue cuando una imagen pasÃ³ por mi mente como un rayo. Ahora estaba viendo a mi madre en mi cabeza, justo en el mismo lugar en donde yo estaba de pie, abriendo este mismo cajÃ³n y escondiendo algo. VolvÃ- a la realidad bastante confundido. Ahora que lo recordaba, mi madre antes de morir solÃ-a salir de casa y cuando volvÃ-a siempre iba a este cajÃ³n. Â¿SerÃ-a por esto, semillas

de flores? Â¿Por quÃ© guardarÃ-a mi madre en secreto que practicaba la jardinerÃ-a?

â€”Hipo, Â¿quÃ© haces levantado? â€” Me di la vuelta, sobresaltado, para encontrarme con BocÃ³n.

â€”Oh, es que... No podÃ-a dormir... â€” Los ojos de BocÃ³n fueron a parar a la bolsa de semillas.

â€”Â¿De dÃ³nde sacaste eso?

â€”Estaba metido ahÃ-. â€” Dije seÃ±alando un hueco vacÃ-o, en donde se suponÃ-a que debÃ-a estar el cajÃ³n. ReÃ- un poco nervioso. â€”Bueno, es que querÃ-a sacar un cuchillo porque tenÃ-a hambre y el cajÃ³n estaba atorado.

â€”Pudiste haberme llamado a mÃ-.

â€”Â¿Te levantarÃ-as a las nueve de la maÃ±ana para abrirme un cajÃ³n? Â¿En serio? â€” Le preguntÃ© entrecerrando los ojos.

â€”No, pero al menos te cuenta el esfuerzo. â€” Me respondiÃ³ encogiÃ©ndose de hombros. â€”Voy a hacerte el desayuno si tienes hambre. â€” Dijo, acercÃ¡ndose al fuego.

â€”Gracias. â€” Dije, mientras miraba la bolsita de semillas. TomÃ© aire y preguntÃ©: â€”Oye, BocÃ³n, Â¿estas semillas... eran de mi madre?

â€”SÃ-. â€” RespondiÃ³ BocÃ³n despuÃ©s de un rato. â€”A ella le gustaba la jardinerÃ-a.

â€”SÃ-, algo asÃ- recuerdo... â€” ComentÃ© rascÃ¡ndome la nuca. â€”Pero no veo nada plantado en el jardÃ-n.

â€”Mmm... QuizÃ¡... es que no le dio tiempo a plantarlas.

â€”Pero si la bolsa estÃ¡ medio vacÃ-a. â€” Dije, mostrÃ¡ndole la bolsa y meneÃ¡ndola. â€”AdemÃ¡s, recuerdo ver a mi madre esconder algo en el cajÃ³n cada vez que venÃ-a despuÃ©s de salir. â€” AÃ±adÃ-, poniendo los brazos en forma de jarra, molesto por cÃ³mo BocÃ³n evitaba mi mirada. â€”BocÃ³n, sÃ© que sabes mÃ¡s de lo que me dices.

BocÃ³n pegÃ³ un manotazo a la mesa, haciendo que saltara del susto y lo mirara algo inseguro. El corazÃ³n me latÃ-a a mil por hora, pero intentaba aparentar total tranquilidad y seguridad.

â€”HabÃ-a una mosca. â€” Dijo, justificando el manotazo. â€”Mira, Hipo, si supiera algo te lo contarÃ-a.

â€”A mÃ- no me parece que eso sea lo que estÃ¡ pasando. â€” SusurrÃ© fastidiado.

MirÃ© de nuevo la bolsa de semillas, abierta y medio vacÃ-a (o medio llena) y la guardÃ© en el bolsillo, junto con la cinta de pelo de mi madre. No querÃ-a que BocÃ³n me las quitara como intentÃ³ hacer mi padre con la cinta cuando se la enseÃ±Ã©. SentÃ-a que si me quitaban eso, me reducÃ-an las posibilidades de que descubriera la verdad.

â€”Â¿Pudiste descubrir algo mÃ¡s? â€” Me preguntÃ³ Astrid, mientras caminÃ¡bamos hacia la ensenada.

â€”Ah, ah. â€” NeguÃ©. â€”Lo Ãºnico que sÃ© es que mi madre se aficionÃ³ a la jardinerÃ-a antes de morir.

â€”Â¿QuÃ©? â€” PreguntÃ³ riendo un poco, pensando que estaba de broma. Entonces, yo le enseÃ±Ã© la bolsa y se la di para que la viera de cerca. â€”Eh, yo he visto estas flores antes. En la ensenada, ayer.

â€”Â¿QuÃ©? Â¿EstÃ¡s segura?

â€”Claro que sÃ-, tengo memoria fotogrÃ¡fica. â€” AsegurÃ³ con algo de chulerÃ-a. â€”Â¿Por quÃ© te crees sino que saco tan buenas notas en los exÃ¡menes?

â€”Eso es trampa. â€” Me quejÃ© de broma.

Cuando bajamos a la ensenada, Desdentado estaba acostado mirando al lago. En cuanto nos vio, empezÃ³ a menear la colita.

â€”Â¡Ooooy! â€” Astrid lanzÃ³ un gritito conmovida. â€”Â¡Parece un perrito!

ReÃ- por su comentario mientras Desdentado se acercÃ³ a mÃ- y empezÃ³ a acariciarme la tripa con su hocico, era una especie de saludo que siempre me hacÃ-a cuando venÃ-a a verlo, y ronroneÃ³ un poquito.

â€”Ooooy, y ahora es como un gatito. â€” VolvÃ- a decir Astrid, cada vez mÃ¡s enternecida. Le acariciÃ³ la cabeza a Desdentado y Ã©ste le lamiÃ³ la carita. â€”Cuando no estÃ¡ enfadado es inofensivo.

â€”Como todos los animales. â€” ComentÃ©. â€”Â¿En dÃ³nde dices que viste el corcus?

â€”Mmm, por ahÃ-. â€” Dijo Astrid mientras seÃ±alaba al otro lado del laguito.

â€”No solo tienes memoria fotogrÃ¡fica, Â¡sino tambiÃ©n vista de lince! â€” Dije impresionado, mientras nos acercÃ¡bamos.

Una vez llegamos, me agachÃ© y las vi. Eran preciosas, no cabe duda, pero no podÃ-a entenderlo...

â€”Â¿Las habrÃ¡ plantado mi madre? â€” PreguntÃ© en voz alta.

â€”SignificarÃ-a que ella ya conocÃ-a este lugar.

â€”Pero jamÃ¡s me lo comentÃ³. â€” Dije, mÃ¡s confundido aÃºn. â€”Ella nunca me guardÃ³ ningÃºn secreto y le encantaba que le ayudara.

â€”QuizÃ¡... â€” Astrid quiso quitarle importancia al asunto, pero estaba mÃ¡s perdida que yo. Le lanzÃ³ una mirada a Desdentado. â€”Hipo, Â¿cuÃ¡nto hace que encontraste a Desdentado aquÃ-?

â€”No sÃ©, al par de dÃ-as de morir mamÃ¡ me perdÃ- de camino a casa y acabÃ© aquÃ-.

â€”Â¿CÃ³mo...? Â¿CÃ³mo muriÃ³ tu mamÃ¡? â€” PreguntÃ³ con una voz temblorosa que yo no comprendÃ-.

â€”No lo sÃ©. Como de costumbre, mi padre evitÃ³ el tema y no me respondiÃ³.

â€”Â¿Y BocÃ³n? Â¿No dijiste que ibas a preguntar a tu tÃ-o?

â€”No lo he hecho. â€” Ella me fulminÃ³ con la mirada. â€”Â¡Astrid, comprÃ©ndelo, me da cosa ir ahÃ- y preguntar!

â€”Pero un dÃ-a de estos tendrÃ¡s que saber la verdad, Hipo. â€” Me dijo, bastante seria. â€”EstÃ¡s en todo tu derecho.

Era mÃ¡s fÃ¡cil decirlo que hacerlo... BocÃ³n siempre me evitaba si se trataba de mi madre. No entendÃ-a por quÃ© tenÃ-a tanto miedo a contarme lo que sabÃ-a y por quÃ© me lo ocultaba. Astrid tenÃ-a razÃ³n, era mi madre y tenÃ-a derecho a saber lo que habÃ-a pasado.

MetÃ- la bolsa en el bolsillo y saquÃ© la cinta. La verdad es que era bonita. Recuerdo que mi madre me contÃ³ que papÃ¡ se la regalÃ³ cuando eran novios y que desde ese dÃ-a ella siempre la habÃ-a llevado cada vez que salÃ-a a la calle. Aunque fuera algo vieja, no lo parecÃ-a por su color blanco "limpio" y por sus pequeÃ±os brillantitos. Desdentado olisqueÃ³ un poco la cinta y saltÃ³ hacia atrÃ¡s, empezando a gruÃ±ir sacando los dientes.

â€”Â¡Eh, eh! Â¿QuÃ© te pasa, campeÃ³n? â€” Me habÃ-a asustado, era cierto, pero tenÃ-a que calmarlo. â€”Solo es una cinta de pelo, no pasa nada.

Pero Desdentado parecÃ-a no escuchar y rugiÃ³ mÃ¡s fuerte que nunca, huyendo de nosotros y escondiÃ©ndose en su casa roca.

â€”QuÃ© cosa mÃ¡s rara... â€” Dije, algo preocupado por su extraÃ±o comportamiento.

â€”Bueno, quizÃ¡s es que no le gustan las cosas brillantes. Â¿Recuerdas cuando mi navaja brillÃ³ a la luz del sol? Â¡Se volviÃ³ loco! â€” ComentÃ³ Astrid, intentando no preocuparme, pues ya sabÃ-a que tenÃ-a bastante con lo mÃ-o.

â€”Puede que tengas razÃ³n. â€” Dije, mientras guardaba la cinta.

â€”Â¡Yo siempre la tengo! â€” PresumiÃ³ ella, mientras me daba un pequeÃ±o puÃ±etacito en el hombro. â€”Al final, Â¿quÃ© vas a hacer con...?

â€”IrÃ© a preguntarle. â€” La interrumpÃ-, mirando hacia el suelo. â€”Es verdad lo que dijiste, estoy en mi derecho de saberlo.

â€”Hipo... â€” Astrid se acercÃ³ a mÃ- y me dio un pequeÃ±o abrazo. â€”...si necesitas ayuda, no dudes en pedÃ-rmela.

â€”Gracias, Astrid. â€” Le agradecÃ-, algo conmovido. â€”Eres una buena amiga.

Ella me sonriÃ³, agradeciÃ©ndome el cumplido. Yo volvÃ- a mirar hacia el lugar en donde Desdentado habÃ-a ido. SeguÃ-a algo preocupado por cÃ³mo se habÃ-a comportado. Puede que Astrid tuviera razÃ³n y que solo fuera el brillo, como pasÃ³ con la navaja; de todas formas, Desdentado era un animal.

Me despedÃ- de Astrid, que una vez mÃ¡s me acompaÃ±Ã³ a casa. Aunque esta vez no hubo beso de despedida, ni una maruja (entiÃ©ndase: BocÃ³n) espiando por la mirilla, cosa que me pareciÃ³ extraÃ±a. PensÃ© que quizÃ¡ estarÃ-a durmiendo en su cuarto, ya que esta maÃ±ana tuvo que madrugar un montÃ³n (que se note mi sarcasmo, por favor) para hacerme el desayuno, asÃ- que subÃ- a su cuarto, pero estaba vacÃ-o.

Me pareciÃ³ extraÃ±o que BocÃ³n saliera y no me dejara alguna nota cerca de la entrada. QuizÃ¡ la haya puesto en la cocina, como hizo mi padre esta maÃ±ana o quizÃ¡ no habÃ-a dejado nada. De todos modos, BocÃ³n no estaba muy acostumbrado a estar en familia y hacer cosas como esas y yo no estaba muy intranquilo, aunque estuviera algo loco, era un hombre adulto y se sabÃ-a defender solito.

Fui a salir de su cuarto cuando vi que no estaba, pero algo en mi interior me decÃ-a que tenÃ-a que entrar ahÃ- dentro. Una vez mÃ¡s, me dejÃ© llevar por mis instintos y dejÃ© le puerta abierta, para evitar accidentes de quedarme encerrado (con mi suerte, no me extraÃ±arÃ-a nada que eso me pasara).

CaminÃ© hasta acercarme a la cama (mal hecha) y saltÃ© hacia atrÃ¡s al notar que habÃ-a pisado algo con el pie: un libro. Me agachÃ© para recogerlo, era un libro viejo, gordo y con las pÃ¡ginas algo amarillentas y gastadas seguramente por los aÃ±os que ese "libraco" tenÃ-a encima. Me recordÃ³ a esos tÃ-picos libros que salÃ-an en las pelis de brujas que echaban la noche de Halloween por la tele. ReÃ- un poco al imaginarme a BocÃ³n de esa manera. SabÃ-a que Ã©l no era muy normal, pero de ahÃ- a hacer brujerÃ-a. Sin embargo, la sonrisa se me borrÃ³ al leer (al azar) una palabra del libro: "dragÃ³n".

"_Los dragones no tienen compasiÃ³n,_

a diferencia de los humanos"

MirÃ© la tapa del libro para ver quÃ© tÃ-tulo tenÃ-a, pero no habÃ-a nada inscrito. Â¿SerÃ-a un libro de ficciÃ³n? DebÃ-a serlo, pero no recordaba que a BocÃ³n le gustaran los libros de este tipo... Entonces, recordÃ© la vez que encontrÃ³ el dibujo de Desdentado y se puse tan raro. Una escalofrÃ-o recorriÃ³ mi cuerpo e intentÃ© no pensar en lo peor.

EmpecÃ© a pasar las pÃ¡ginas el libro y me encontrÃ© con dibujos de dragones, todos distintos, y su imagen acompaÃ±ada de un texto. Cada uno tenÃ-a un tÃ-tulo: Tambor Trueno, LeÃ±ador, EscaldÃ³n, Pesadilla Monstruosa, Gronckle, Cremallerus, Nadder, Robahuesos, Muerte Susurrante... Aunque por cada uno habÃ-a por lo menos dos pÃ¡ginas explicando cada una de sus caracterÃ-sticas, todos acababan diciendo lo mismo: "Extremadamente peligroso. Matar a primera vista". ComencÃ© a pasar las pÃ¡ginas del libro cada vez mÃ¡s rÃ¡pido, observando ya

nada mÃ¡s las ilustraciones de los dragones, sin duda estaban muy bien hechas.

Me pareciÃ³ extraÃ±o; creÃ-a que se trataba de un libro de ficciÃ³n, pero parecÃ-a mÃ¡s una guÃ-a, un manual para dragones... Â¿Por quÃ© BocÃ³n tendrÃ-a algo asÃ-? Mi ritmo cardÃ-aco se acelerÃ³, al igual que yo, que cada vez pasaba las hojas mÃ¡s rÃ¡pido, sin pararme a mirar tan detenidamente ni los dibujos. Me detuve al llegar a una pÃ¡gina en blanco, que no tenÃ-a ni dibujo ni texto, tan solo un tÃ-tulo: "Furia Nocturna" y una pequeÃ±a advertencia debajo: "Nunca te acerques a este dragÃ³n ni intentes matarlo en solitario. Tu Ãºnica opciÃ³n serÃ¡ salir corriendo y rezar para que no te encuentre".

â€”Hipo, Â¿quÃ© estÃ¡s haciendo aquÃ-?

Se me revirÃ³ el buche del susto y por poco dejo caer el libro al suelo, pero por suerte lo sujetÃ© bien fuerte entre mis manos. Me di la vuelta y me encontrÃ© con BocÃ³n, mirÃ¡ndome algo desconfiado.

â€”BocÃ³n, Â¡quÃ© susto! â€” Me quejÃ© â€”Â¡No vuelvas a hacer eso!

â€”Â¿QuÃ© estÃ¡s haciendo aquÃ-? â€” Me volviÃ³ a preguntar, esta vez acercÃ¡ndose a mÃ-. â€”Â¿De dÃ³nde has sacado eso?

â€”PensÃ© que estabas aquÃ- durmiendo. â€” RespondÃ- a su primera pregunta, mientras me inventaba algo para la segunda. â€”Y... encontrÃ© esto... â€” DesistÃ- en mentir al notar la presiÃ³n. â€”No sabÃ-a que te interesaran estos temas tan... mitolÃ³gicos. â€” ComentÃ©, mientras cerraba el libro.

â€”Lo dice el que me decÃ-a que habÃ-a que leer de todo. â€” RespondiÃ³, haciendo ademÃ¡n de quitarme el libro. Yo me alejÃ©. â€”Hipo, devuÃ©lveme el libro, por favor.

â€”No hasta que me escuches. â€” AmenacÃ© tomando ventaja de la situaciÃ³n. BocÃ³n me mirÃ³ con el ceÃ±o fruncido.

â€”Â¿Escuchar quÃ©?

â€”Â¡De lo que he intentando hablarte desde hace dÃ-as! â€” GritÃ©, exasperado. â€”Cada vez que hablo de mamÃ¡ tanto tÃº como papÃ¡ evitan la conversaciÃ³n. Quiero respuestas, BocÃ³n, y sÃ© que tÃº las tienes.

BocÃ³n me mirÃ³ sorprendido por la seriedad con la que habÃ-a hablado. Yo, por mi parte, sentÃ- la cara caliente. Seguro que me habÃ-a puesto rojo de la ira. Esta actitud empezaba a sacarme de quicio y esto se tenÃ-a que acabar.

â€”Hipo, yo no soy a quien debes preguntar. â€” Me respondiÃ³, esquivo como siempre. â€”Eso es cosa de tu padre y tuya. TÃº ya le preguntaste a Estoico y Ã©l te dijo que fue un accidente.

â€”SÃ-, lo recuerdo, de igual manera que recuerdo que te pusiste hecho una fiera con Ã©l. â€” BocÃ³n pareciÃ³ mirar hacia abajo, dÃ¡ndose cuenta de que habÃ-a metido la pata. â€”BocÃ³n, por favor, necesito saberlo.

â€”Yo no sÃ© lo que tÃº quieres saber, Hipo.

â€”Â¡Â¿Por quÃ© mientes asÃ-?! â€” GritÃ©, enfurecido. â€”Â¡Tanto tÃº como yo sabemos que lo sabes! Â¡SÃ© que ocultas algo, BocÃ³n! Â¡Como con este libro! â€” Le mostrÃ© el libro delante de sus narices.

â€”Es un libro normal y corriente. â€” Me dijo, intentando mantener la calma, aunque se notaba que estaba mÃ¡s alterado que yo. â€”No creerÃ¡s que lo que pone ahÃ- es verdad, Â¿cierto? â€” Me preguntÃ³, pero en vez de hacerlo de broma como una persona normal hubiera hecho, parecÃ-a haberlo dicho en serio.

â€”Pues, mira, sÃ-. â€” RespondÃ-, dejÃ¡ndome llevar por la ira contenida. â€”Creo... No. SÃ© que esto es real.

â€”TÃº mismo me dijiste que los dragones no existÃ-an.

â€”Te mentÃ-. â€” Dije, con total naturalidad y con tono vengativo. â€”Al parecer, eso ahora es una costumbre en esta casa. Y lo Ãºnico que no es real aquÃ- es que sean peligrosos.

â€”Â¡_Son_ peligrosos, Hipo! Â¡No son mÃ¡s que unos monstruos que te matarÃ-an al segundo de verte! â€” GritÃ³ furioso BocÃ³n, descubriÃ©ndose Ã©l solo.

â€”Â¿En serio? Pues, explÃ-came cÃ³mo es posible entonces que lleve mÃ¡s de dos semanas siendo amigo de un dragÃ³n y yo siga aquÃ-, vivito y coleando.

Hubo un silencio bastante incÃ³modo y yo me puse rÃ-gido al darme cuenta de que habÃ-a hecho justo lo que habÃ-a estado evitando desde hacÃ-a dÃ-as. BocÃ³n me mirÃ³ durante un largo rato (o al menos a mÃ- me lo pareciÃ³) y se acercÃ³ a mÃ-, mientras yo me iba hacia atrÃ¡s a cada paso que daba, pero me detuve cuando choquÃ© contra la mesita de noche.

â€”Â¿Has dicho que has visto un dragÃ³n de verdad? â€” Me preguntÃ³, con tono esperanzador, cosa que no entendÃ-.

â€”Â¿QuÃ©? Â¡Claro que no! â€” RespondÃ- riendo, en un inÃºtil intento por borrar del tiempo mi metedura de pata.

â€”Â¿Es el dragÃ³n del dibujo? â€” CuestionÃ³, esta vez algo alterado. â€”Â¿Sigue aquÃ-...? Â¡El bosque, claro! â€” BocÃ³n empezÃ³ a hablar solo y entendiÃ©ndose Ã©l solo, debo decir. â€”Â¡Te dije que te alejaras de ese lugar. Pudo pasarte algo malo. Ese dragÃ³n es un monstruo!

â€”No es verdad. â€” Dije, enfadado por la palabra que habÃ-a utilizado y que tantas veces habÃ-a oÃ-do desde que conocÃ- a Desdentado. â€”Ã‰l no es nada de eso. Es inofensivo, BocÃ³n, Â¡te lo prometo!

â€”Â¡Deja de decir estupideces! â€” RugiÃ³ BocÃ³n, gesticulando exageradamente.

â€”Â¡No son estupideces, son verdades! â€” RebatÃ-, molesto. â€”Â¡Ã‰l no es para nada como me lo estÃ¡s pintando! Â¡MÃ-rame, sigo sano y

salvo, BocÃ³n, no me ha hecho nada!

â€”Pero te lo harÃ¡. â€” AfirmÃ³, mientras me quitaba el libro de entre las manos y me enseÃ±aba la primera hoja. â€”"Los dragones no tienen compasiÃ³n, a diferencia de los humanos".

â€”En vez de hacer caso a un libro, deberÃ-as hacer caso a la realidad. â€” Dije furioso. â€”Â¡TÃº no has visto lo que yo he visto!

â€”Â¡Y tÃº no sabes lo que yo sÃ©!

â€”Â¡No lo sÃ© porque nunca me respondes!

BocÃ³n tirÃ³ el libro contra la cama y empezÃ³ a ir de allÃ¡ para acÃ¡, como si estuviera asimilando las cosas que le decÃ-a. Ahora ya no tenÃ-a dudas, BocÃ³n sabÃ-a mÃ¡s, muchÃ-simo mÃ¡s, de lo que nos hacÃ-a creer. Estaba harto de sus mentiras y de cÃ³mo me evitaba, esta vez iba a conseguir las respuestas que querÃ-a y Ã©l me escucharÃ-a. HabÃ-a estado mintiendo para proteger a mi amigo. MentÃ-a mi padre, mentÃ- a mis compaÃ±eros, mentÃ- a BocÃ³n. Y ya me cansÃ© de tener que mentir por lo que la gente pudiera hacerle a Desdentado, ahora tocaba decir la verdad y hacerles ver que no todo es lo que parece ser.

â€”Â¿Por quÃ© sigue aquÃ-...? â€” PreguntÃ³ BocÃ³n en voz alta. â€”Ã‰l debiÃ³ haber salido volando cuando...

â€”No puede volar. â€” Le respondÃ-. â€”EstÃ¡ herido, por gente como tÃº que no quiere admitir...

â€”Â¿No vuela? â€” Dijo BocÃ³n en voz alta mientras sonreÃ-a. â€”Â¡No puede escapar!

Dicho esto, saliÃ³ corriendo del cuarto y cerrÃ³ la puerta. Yo forcejeÃ© para intentar abrirla, pero fue en vano, la habÃ-a cerrado con llave.

â€”Â¡BocÃ³n, abre la puerta! â€” DemandÃ©, mientras aporreaba la puerta.

â€”Lo siento, Hipo, no voy a perderte a ti tambiÃ©n. â€” Me dijo mientras yo oÃ-a cÃ³mo la puerta de la calle se cerraba.

PeguÃ© un puÃ±etazo a la puerta de rabia y me dejÃ© caer de rodillas al suelo. Â¿QuÃ© me habÃ-a querido decir con eso? Le habÃ-a dicho hasta la saciedad que Desdentado no me harÃ-a nada, que era inofensivo... Pero mi error fue decirle que estaba indefenso.

QuÃ© irÃ³nico... y quÃ© tÃ-pico conociendo mi mala suerte. Tantos dÃ-as haciendo lo imposible por protegerlo y yo mismo lo habÃ-a puesto en peligro. SÃ© que Desdentado sabrÃ-a defenderse, pero tampoco la cosa era que a BocÃ³n le pasara nada. Me dio un fuerte dolor de cabeza y la puse entre las rodillas, intentando aclararme, pero fue inÃºtil. Todo lo sucedido pasaba por mi mente y la culpa empezÃ³ a carcomerme por dentro.

TenÃ-a que hacer algo. Esto fue por mi culpa. Me coloquÃ© en la pared y cogÃ- impulso, para lanzarme contra la puerta y derribarla. Pero mi poca fuerza hizo que me cayera al suelo, con un dolor de cuerpo

impresionante. Al menos se me quitÃ³ el dolor de cabeza...

OÃ- la puerta de la calle y me sentÃ© en el suelo, creyendo que era BocÃ³n, que habÃ-a cambiado de idea. Pero, a parte de dÃ©bil, tambiÃ©n era un iluso. Era mi padre, que habÃ-a vuelto del trabajo.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³, con tono alegre. â€”Â¡Pude salir temprano del trabajo hoy...!

â€”Â¡PapÃ¡! â€” GritÃ©, aporreando la puerta e interrumpiÃ©ndolo. â€”Â¡PapÃ¡, estoy aquÃ-! Â¡Sube!

â€”Baja tÃº, hijo. Para ser tan joven eres un vago... â€” ComentÃ³ mi padre.

â€”Â¡Que no, papÃ¡, que estoy encerrado!

â€”Estas puertas... â€” Se quejÃ³ mi padre. â€”...todo el dÃ-a trancÃ¡ndose. Tengo que ponerme un post-it en la nevera para acordarme de llamar al cerrajero. â€” Al terminar de hablar, el pomo de la puerta se moviÃ³ varias veces y luego mi padre tirÃ³ de la puerta hacia sÃ-, arracÃ¡ndola. â€”Genial, ahora me costarÃ¡ mÃ¡s caro... â€” Se quejÃ³ mi padre, imaginÃ¡ndose la factura, mientras yo corrÃ- hacia la puerta. â€”Â¡Eh, Â¿adÃ³nde vas?!

â€”Â¡Al bosque, ahora vuelvo!

â€”Â¡Hipo, es de noche y peligroso!

â€”Â¡Tengo que parar a BocÃ³n, se ha vuelto loco! â€” ExpliquÃ©, parando de correr para mirarlo.

â€”Â¿Â¡MÃ¡s!? â€” PreguntÃ³ asustado mi padre. â€”Dios... Mira que me lo advirtiÃ³ su madre... TendrÃ© que comprar cubiertos de plÃ¡stico...

â€”Â¡No, papÃ¡, no es nada de eso!

CogÃ- el mÃ³vil de la mesa y salÃ- corriendo, mi padre quiso detenerme, pero fingÃ- que no lo oÃ-a. Mientras, marquÃ© un nÃºmero telefÃ³nico y esperÃ©, mientras jadeaba por la carrera que me estaba metiendo despuÃ©s de haberme reventado contra una puerta. Al tercer "pi", me lo cogieron.

â€”_Â¿SÃ-?_ â€” RespondiÃ³ la voz femenina del otro lado.

â€”Â¡Astrid! â€” Dije entre jadeos.

â€”_Â¿Hipo? Â¿QuÃ© te pasa, por quÃ© respiras asÃ-?_ â€” Me preguntÃ³ algo preocupada.

â€”Â¡Oh, Astrid, la he liado!

â€”_Â¿Por quÃ© no me extraÃ±arÃ¡...?_ â€” ComentÃ³ bastante seria. Me la imaginÃ© poniendo los ojos en blanco. â€”_Â¿QuÃ© hiciste?_

â€”Bueno, seguÃ- tu consejo...

â€”_Â¿Y entonces cÃ³mo pudiste liarla?_

â€”QuÃ© modesta eres... â€” Dije con sarcasmo claro en mi voz. â€”El caso es que una cosa llevÃ³ a la otra y... acabÃ© hablÃ¡ndole a BocÃ³n sobre Desdentado.

â€”_Â¿Â¡QuÃ©!?_

â€”Estoy yendo a la ensenada. Ha venido aquÃ- para encontrarlo. Â¡Les puede pasar cualquier cosa a alguno de los dos!

â€”_O a los dos._

â€”AsÃ- no me animas. â€” Dije fastidiado.

â€”_Tranquilo, Hipo, voy enseguida._

ColgÃ³ el telÃ©fono y yo hice lo mismo, mientras corrÃ-a como nunca habÃ-a corrido direcciÃ³n a la ensenada, rezando para que pudiera llegar a tiempo.

Cuando lleguÃ© todo estaba en calma y pensÃ© en lo peor. Antes de que pudiera bajar, una mano me tocÃ³ el hombro, haciendo que saltara hacia atrÃ¡s, poniÃ©ndome en posiciÃ³n de ataque.

â€”Tranquilo, Jackie Chan. â€” Me dijo Astrid, burlÃ¡ndose la postura. â€”Soy yo.

â€”Â¿CÃ³mo llegaste al mismo tiempo que yo? â€” PreguntÃ© confundido, relajÃ¡ndome un poco.

â€”Corriendo. Eres muy lento, Hipo. â€” RespondiÃ³, burlÃ¡ndose de mÃ-. Luego, se puso seria. â€”Vamos, tenemos que ir a la ensenada.

Bajamos por las ramas y saltamos cuando estuvimos a escasa altura. LlamÃ© a gritos al dragÃ³n, que apareciÃ³ al segundo llamado, sorprendido por la hora a la que habÃ-amos venido. Aun asÃ-, me saludÃ³ como siempre.

â€”Me alegra ver que estÃ¡s bien, Desdentado. â€” Dije, suspirando. â€”Vamos, campeÃ³n, tenemos que esconderte.

Cuando Astrid y yo nos dimos la vuelta, oÃ-mos algo pesado a nuestras espaldas y nos dimos la vuelta, para encontrarnos con Desdentado, atrapado bajo una red, luchando por liberarse y rugiendo bastante enfadado.

â€”Â¡Lo tengo! â€” Dijo victorioso un hombre.

Ambos miramos hacia arriba y vimos un gran helicÃ³ptero con un seÃ±or bastante contento por haber atrapado a Desdentado. Fui como un tiro a intentar liberarlo y Astrid fue en mi ayuda, pero unas rocas atadas en los bordes la hacÃ-a pesada. Astrid empezÃ³ a desatarlas, pero entonces un disparo se oyÃ³ y ella corriÃ³ a mi lado.

â€”Â¡Hipo! â€” Me llamÃ³ alguien.

â€”Â¡PapÃ¡!

Mi padre bajÃ³ por las ramas con dificultad, mientras el helicÃ³ptero aterrizaba sobre tierra.

â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-? Â¿CÃ³mo viniste tan rÃ¡pido? â€” PreguntÃ©. Si mi padre era mÃ¡s rÃ¡pido que yo, entonces ya no sabrÃ-a en dÃ³nde meterme.

â€”En coche, claramente. â€” RespondiÃ³, mientras suspiraba. â€”Â¡Jesucristo!, Â¿pero quÃ© es eso? â€” PreguntÃ³ alarmado seÃ±alando a Desdentado, el cual todavÃ-a intentaba desatarse.

â€”Â¡No es peligroso, papÃ¡! â€” RespondÃ- rÃ¡pidamente.

â€”Â¡"No es peligroso", leches! â€” Me di la vuelta y me encontrÃ© con BocÃ³n, bajÃ¡ndose del helicÃ³ptero.

â€”BocÃ³n, Â¿quÃ© estÃ¡ pasando aquÃ-? â€” CuestionÃ³ mi padre, mÃ¡s perdido que el barco del arroz. â€”Entonces, lo que me contaste... â€” Mi padre callÃ³ un momento y me mirÃ³, alarmado. Me cogiÃ³ por el brazo e intentÃ³ sacarme de ahÃ-, pero yo me resistÃ-. â€”Ã¡Hipo, tienes que irte de aquÃ-, ese...!

â€”Â¡No! â€” CortÃ© yo. â€”Â¡No es peligroso, papÃ¡! Â¡Y no es ningÃºn monstruo! â€” Esto Ãºltimo lo dije con algo de resentimiento mirando a BocÃ³n.

â€”Â¿Â¡Es que vas a defender al asesino de tu madre!? â€” GritÃ³ BocÃ³n, perdiendo el autocontrol y seÃ±alando a Desdentado con el dedo.

En ese momento no sÃ© bien quÃ© pasÃ³: si el mundo se congelÃ³ para mÃ- o de verdad. En la ensenada no se oÃ-a ni siquiera a las hojas moverse por el fuerte viento que empezaba a soplar siempre hacia esas horas de la noche, ni la respiraciÃ³n de las personas que estÃ¡bamos ahÃ-, ni los gruÃ±idos del dragÃ³n. Mi padre mirÃ³ hacia abajo, al igual que BocÃ³n, que parecÃ-a no saber si debÃ-a arrepentirse por haberme dicho tal cosa o no; Astrid, por su parte, me mirÃ³ con sus ojos celestes, que ahora brillaban dando a notar que sentÃ-a pena por mÃ-.

Yo nada mÃ¡s me quedÃ© callado, mirando a BocÃ³n, asimilando lo que acababa de decirme. MirÃ© a Desdentado, el cual habÃ-a dejado de luchar y ahora me miraba con sus ojos de color verde mÃ¡s apagados que nunca. Yo sabÃ-a que Ã©l (y seguramente los demÃ¡s dragones) nos entendÃ-an y por eso Ã©l tambiÃ©n habÃ-a parado, haciendo que los dos hombres que estaban a su lado lo terminaran de atar para evitar que se escapara. Desdentado no me quitaba la vista de encima, sin percatarse de que estaba siendo capturado al cien por cien, de igual manera que yo lo miraba fijamente, mientras me acercaba a Ã©l.

Estaba metiendo la mano en el bolsillo derecho de mi pantalÃ³n cuando BocÃ³n me agarrÃ³ del mismo brazo para detenerme, pero yo me soltÃ© de mala manera, dejando ver que estaba sacando la cinta de pelo de mi madre. Astrid quiso acercarse tambiÃ©n, pero notÃ© cÃ³mo se quedaba quieta, al lado de mi padre. MirÃ© la cinta de mi madre y por un momento fue como si ya solo existiÃ©ramos el dragÃ³n y yo en esa ensenada. EmpecÃ© a temblar de rabia y un bulto en mi garganta se

formÃ³, ese mismo bulto que me daba ganas de llorar. Pero esta vez, en vez de llorar, me desahoguÃ© enfadÃ¡ndome y gritando.

â€”Â¡Por eso actuaste asÃ- cuando saquÃ© esto antes! â€” GritÃ©, recordando cÃ³mo Desdentado se habÃ-a escondido en su casa-piedra cuando se la mostrÃ© esa tarde y yo como siempre defendÃ- su reacciÃ³n de forma positiva. â€”Â¡Fuiste tÃº! Â¡TÃº me quitaste a lo que mÃ¡s querÃ-a, a lo Ãºnico que tenÃ-a en la vida! Â¡Y yo, como un tolete teniÃ©ndote pena y ayudÃ¡ndote! â€” Esto Ãºltimo lo dije seÃ±alando la cola que le habÃ-a hecho.

â€”Hipo, yo no sabÃ-a que era tu madre... â€” Se intentÃ³ defender Desdentado. Me olvidÃ© del hecho de que solo yo le oÃ-a hablar y le interrumpÃ-.

â€”Â¡O sea, que si no hubiera sido mi madre no habrÃ-a pasado nada!

â€”Â¡No sabes lo que pasÃ³! â€” RugiÃ³ el dragÃ³n. Ante esto, los dos hombres lo agarraron, temiendo que me hiciera algo, pero yo ya no le tenÃ-a miedo.

â€”Â¡SÃ- que lo sÃ©! Â¡No sÃ© de quÃ© te quejas cuando tÃº te has convertido en lo que mÃ¡s criticas! â€”Le reprendÃ-.

Desdentado se quedÃ³ callado, sin saber quÃ© mÃ¡s decir. De todas manera, yo no lo hubiera escuchado. EmpecÃ© a llorar sin darme cuenta y me sequÃ© las lÃ¡grimas con algo de rabia por ser tan dÃ©bil y llorar a la mÃ-nima. Me di la vuelta, para que no me viera asÃ- (no otra vez y menos ahora) y me fui hacia BocÃ³n.

â€”Lo siento, BocÃ³n, tÃº tenÃ-as razÃ³n. â€” Me disculpÃ©, susurrando, aunque por el silencio que habÃ-a ahÃ- se escuchaba perfectamente.

â€”IntentÃ© pararlo, Hipo. â€” Me dijo BocÃ³n, mientras me enseÃ±aba un cuchillito pequeÃ±o que llevaba encima. â€”De verdad que sÃ-. â€” ApretÃ³ el arma en su manota, recordando como habÃ-a fallado. Luego me mirÃ³ y suspirÃ³. â€”Â¿Quieres una respuesta, verdad? â€” Le iba a decir que ya no hacÃ-a falta, pero no me dejÃ³ responder. â€”Â¿Ves esos snow crocus y las demÃ¡s flores que estÃ¡ floreciendo por ahÃ-? â€” Me preguntÃ³, mientras seÃ±alaba en lugar donde Astrid y yo habÃ-amos estado esa tarde.

â€”AjÃ¡.

â€”Las plantÃ³ tu madre. SabÃ-a que te gustaba dibujar y pasar el rato esta clase de lugares, asÃ- que pensÃ³ en adornarlo un poquito con flores. Claro, tambiÃ©n con tu flor favorita. â€” BocÃ³n parÃ³ un poco, esperando por si acaso querÃ-a decir algo, pero guardÃ© silencio, ansioso por saber mÃ¡s. â€”Tu madre me lo explicÃ³ el dÃ-a que muriÃ³. PensÃ© que el lugar serÃ-a peligroso... Claro, jamÃ¡s pensÃ© que el dragÃ³n que se escapÃ³ y que nos habÃ-a dado tantos problemas estarÃ-a aquÃ-. Aun asÃ-, me llevÃ© esto para defenderme, â€” Esto Ãºltimo lo dijo enseÃ±Ã¡ndome de nuevo el cuchillo. â€”ella nada mÃ¡s rio divertida, diciendo que no pasaba nada. Y al principio parecÃ-a que el lugar era seguro, pero justo cuando salimos...

BocÃ³n le dedicÃ³ una mirada llena de odio al dragÃ³n, mientras

apretaba con fuerza el cuchillo, temÃ- que se fuera a cortar, asÃ- que di un paso al frente, para que volviera a centrar su atenciÃ³n en mÃ-.

â€”Le fallÃ© a tu madre, Hipo, lo siento. â€” Se disculpÃ³. Me dio el cuchillo. Plateado, brillante, afilado... Vi que querÃ-a que me lo quedara y yo no rechacÃ© su regalo.

â€”No, no fue tu culpa. â€” Dije, mientras miraba con el rabillo del ojo al dragÃ³n. â€”Sino de ese monstruo.

Desdentado bajÃ³ la cabeza y las orejas, parecÃ-a dolido por mi comentario. Debo admitir que hasta a mÃ- se me revolviÃ³ la tripa con lo que dije, pero era la realidad y estaba demasiado enfadado como para medir mis palabras. SeguÃ- caminando y pasÃ© al lado de mi padre, que me miraba lleno de tristeza mientras veÃ-a cÃ³mo me iba. AbriÃ³ la boca, seguramente para decir algo que pudiera consolarme, pero despuÃ©s la cerrÃ³. Al igual que yo, papÃ¡ no era bueno animando. Le sonreÃ- un poquito (he de admitir que fue una sonrisa demasiado forzada) para hacerle ver que no pasaba nada y que comprendÃ-a cÃ³mo se sentÃ-a.

Por Ãºltimo, estaba Astrid, no muy alejada de mi padre, cruzada de brazos y tambiÃ©n llorando un poco. Quiso venir a mÃ- y darme un abrazo mÃ¡s para reconfortarme, pero se volviÃ³ a detener. PareciÃ³ querer ponerme la mano en el hombro, pero se detuvo y me vio cÃ³mo subÃ-a por las enredaderas para salir.

â€”LlÃ©venselo de aquÃ-. â€” OÃ- que decÃ-a BocÃ³n. â€”Ya ha hecho suficiente daÃ±o. El barco estÃ¡ esperando en el puerto.

â€”SÃ-... â€” Le respondiÃ³ uno de los hombres, con voz algo temblorosa.

Cuando subÃ- hasta la cima vi cÃ³mo cargaban a Desdentado en el helicÃ³ptero. No intentÃ³ soltarse, no intentÃ³ huir... Y aunque lo hubiera hecho, habrÃ-a sido en vano, Desdentado no podÃ-a volar sin mÃ-. En ese momento me dio igual que se tirara el resto de su vida en tierra, me parecÃ-a un buen castigo por lo que habÃ-a hecho. No suficiente castigo, pero de momento me valÃ-a. Se me helÃ³ la sangre cuando notÃ© que estaba deseÃ¡ndole el peor destino a alguien que hace un par de horas era amigo mÃ-o.

DecidÃ- alejarme de la ensenada, para no ver nada mÃ¡s. Ya habÃ-a acabado todo: Desdentado se irÃ-a para siempre y yo volverÃ-a a mi vida normal, sin mÃ¡s dragones de por medio... O eso querÃ-a creer.

Fui al puerto, nada mÃ¡s para ver, desde la distancia, cÃ³mo se llevaban a Desdentado enjaulado. Aun asÃ- me dio pena, yo no soportaba ver a animales enjaulados, pero la sangre me ardÃ-a por la ira y no lograba calmarme. NotÃ© cÃ³mo el dragÃ³n notÃ³ que estaba ahÃ-, mirÃ¡ndolo desde la orilla y mirÃ³ hacia abajo. JurarÃ-a que lo oÃ- gemir, pero no lo sabÃ-a con exactitud porque estaba alejado del barco y de todos. Y aunque hubiera gemido de verdad, nada habrÃ-a cambiado.

Vi a Astrid venir con Mocoso, Patapez y los gemelos. Estos cuatro me miraban bastante tristes, pero cuando vieron que de verdad habÃ-a un dragÃ³n de por medio, su tristeza se convirtiÃ³ en asombro. Fueron

polÃ-ticamente correctos conmigo, es decir, me dieron el pÃ©same y dijeron que lo sentÃ-an mucho, que el tiempo lo cura todo, que ahora ya todo estaba bien, etcÃ©tera, etcÃ©tera... Yo solo asentÃ- y les di las gracias, viendo cÃ³mo se alejaban para acercarse al barco y ver cÃ³mo se llevaban a Desdentado de una vez lejos de Mema y, mÃ¡s importante, lejos de mÃ-.

Astrid, la Ãºltima que quedaba por decirme algo, se acercÃ³ a mÃ-, tocÃ¡ndose el fleco por el nerviosismo. Me virÃ© para mirarla, ya que mirarla de reojo me pareciÃ³ algo feo de mi parte. Ella, sin embargo, me evitaba la mirada.

â€”TÃº lo sospechabas, Â¿a que sÃ-? â€” Fui yo quien rompiÃ³ el hielo, preguntÃ¡ndole en un susurro. Ella solo asintiÃ³. â€”Â¿Por quÃ© no...?

â€”No me pareciÃ³ bien alterar las aguas entre ustedes dos. â€” Me interrumpiÃ³. â€”Hipo... Por primera vez desde que te conozco te veÃ-a animado, te veÃ-a contento, te veÃ-a como...

â€”Â¿Alguien normal? â€” InterrumpÃ- yo esta vez, aÃ±adiendo lo que ambos pensÃ¡bamos pero que nadie se atrevÃ-a a decir. â€”Por primera vez no me viste como un bicho raro que se queda solo en una esquina.

Astrid me mirÃ³ de arriba a abajo. DeberÃ-a ser a mÃ- a quien le doliera esa afirmaciÃ³n, pero al parecer era como si estuviÃ©ramos hablando de ella. Los ojos de mi compaÃ±era se humedecieron un poco, dando a ver que estaba al borde del llanto.

â€”Lo siento. â€” Dijo, rompiendo a llorar y abrazÃ¡ndose a sÃ-misma.

â€”Tranquila, Astrid. â€” IntentÃ© animarla. PensÃ© que sentÃ-a culpable ya que ella me habÃ-a ayudado en toda esta investigaciÃ³n. â€”Yo fui quien se metiÃ³ en esto, yo fui el que querÃ-a respuestas...

â€”No. â€” Me parÃ³ ella, poniendo su mano en mi hombro. â€”No solo me disculpo por eso. â€” La mirÃ© extraÃ±ado. Ella suspirÃ³ y pareciÃ³ coger fuerzas para poder hablar de un tirÃ³n y dejar de llorar por ese momento. â€”Hipo, desde que Ã©ramos pequeÃ±os yo y todos veÃ-amos cÃ³mo se metÃ-an contigo, cÃ³mo no sabÃ-as acercarte a la gente... Todos sabÃ-amos lo que ocurrÃ-a, pero nunca te ayudamos...

â€”Pero, Astrid, yo tambiÃ©n tengo la culpa.

â€”No, Hipo, ese es tu carÃ¡cter, tu personalidad, quien eres.

â€”Eso es una excusa barata. â€” AdmitÃ-. â€”DebÃ- acercarme a ustedes e intentar conocerlos y dejar que ustedes me conocieran.

â€”Mira, cierto es que tÃº pudiste acercarte como hacen todos... Pero si a mÃ- me dejaran sola cuando lo estoy pasando mal y todos miraran para otro lado cuando me estÃ¡n haciendo daÃ±o como hicimos nosotros contigo... Sinceramente, yo y todo hubiÃ©ramos hecho como tÃº: pasar de nosotros.

Me quedÃ© callado escuchÃ¡ndola, jamÃ¡s lo habÃ-a visto asÃ- y nunca hubiera pensado que Astrid (y puede que el resto de mis compaÃ±eros) pensaran asÃ- de mÃ- y que en el fondo se sintieran culpables.

â€”Quien debe pedir perdÃ³n entonces soy yo. â€” Dije, haciendo que Astrid se confundiera aÃºn mÃ¡s. â€”La vida me ha convertido en lo que mÃ¡s odiaba y les hice pasarlo igual de mal que yo.

â€”No, Hipo, no fue la vida. â€” VolviÃ³ a contradecirme Astrid. â€”Fuimos nosotros, las personas que te encontraste _en_ la vida, los que te hicimos asÃ-. DeberÃ-as aprender encontrar bien a los verdaderos culpables de tu desgracia. â€” Me aconsejÃ³, volviendo a abrazarse a sÃ- misma y bajando la cabeza.

Su reflexiÃ³n me hizo recordar una historia que mi madre me contaba de pequeÃ±o. La verdad es que hacÃ-a mucho que no me acordaba de ese cuento. Me encantaba que me lo contara siempre antes de dormir y, cuando vio que me gustaba tanto, decidiÃ³ escribirlo como si fuera un libro comprado en la librerÃ-a y me lo regalÃ³. MirÃ© a la cinta de mi madre, recordando lo feliz que fui por ese regalo. SentÃ-a como si ese sentimiento volviera a mÃ-, como si lo estuviera viviendo ahora de nuevo. Pero ahora no pasaba nada de eso, ahora solo habÃ-a pesar en mi corazÃ³n.

Astrid notÃ³ que volvÃ-a a desmoronarme y se colocÃ³ mÃ¡s cerca de mÃ-, para darme un poco de apoyo. Esta vez se mostrÃ³ reacia a abrazarme para animarme, como habÃ-a hecho en dÃ-as anteriores. SeguÃ- mirando la cinta de mi madre y suspirÃ©.

â€”Â¿CÃ³mo pudo haber hecho algo asÃ-? â€” PreguntÃ© en un susurro.

â€”Desdentado es un animal, Hipo, â€” Me recordÃ³ Astrid, intentando no parecer muy brusca. â€”y se comporta como tal. Â¿Recuerdas aquella vez que saquÃ© la navaja y se puso como loco?

â€”SÃ-... â€” Dije algo desanimado. Entonces, sentÃ- como si en mi cabeza algo hubiera hecho "clic" y me imaginÃ© a mÃ- mismo con una bombillita en la cabeza iluminada. â€”SÃ-. â€” Dije, esta vez mÃ¡s pensativo, mientras sacaba el cuchillo de BocÃ³n.

â€”Puede que se asustara por el resplandor, como pasÃ³ conmigo. â€” SeguÃ-a argumentando Astrid.

â€”No. â€” Dije tajante, dÃ¡ndome cuenta de algo importantÃ-simo. â€”El dÃ-a que muriÃ³ mi madre... Â¿No recuerdas que eran los primeros dÃ-as de octubre?

â€”SÃ-, cÃ³mo olvidarlos. Esos dÃ-as siempre estÃ¡n o nublados o lloviendo a cÃ¡ntaros. â€” Dijo, algo fastidiada por el clima en Mema.

â€”Exacto. Â¡No habÃ-a sol, por lo tanto, no hubo resplandor!

â€”Â¿QuÃ© intentas decir, Hipo? â€” PreguntÃ³ Astrid, con algo de temor. â€”Â¿Que Desdentado la matÃ³ por matar, que de verdad es un...?

â€”No. â€” La cortÃ© antes de que dijera esa palabra por la que habÃ-a empezado a sentir un odio indescriptible. â€”Astrid, recuerda bien. Desdentado no se puso como loco _justo_ en el momento en el que tu navaja brillÃ³ a la luz del sol, sino cuando la sacaste.

â€”No... No te comprendo, Â¿adÃ³nde quieres llegar?

En mi mente, me imaginÃ© un puzzle a medio hacer. De pronto, todas las piezas por sÃ- solas empezaban a encajar y el puzzle estaba completo. SonreÃ-, feliz por haber hecho "el puzzle".

â€”Ya lo entiendo... â€” SusurrÃ© para mÃ-, haciendo que Astrid se acercara a mÃ-, mÃ¡s perdida que yo en clase de InglÃ©s. â€”Â¡Ã‰l no lo hizo adrede, Desdentado me decÃ-a la verdad! Â¡AÃºn no estÃ¡ resuelto esto, aÃºn no me sÃ© toda la verdad! â€” GritÃ© de alegrÃ-a al ver que aÃºn habÃ-a esperanza por arreglar las cosas. â€”Â¡Tengo que evitar que se lleven a Desdentado!

â€”Ja, pues date prisa, amigo. â€” Dijo Astrid, seÃ±alando en direcciÃ³n en donde estaba en el barco. â€”A no ser que quieras ir nadando.

MirÃ© hacia donde ella seÃ±alÃ³ y vi que el barco ya habÃ-a zarpado y que mi padre, BocÃ³n y mis compaÃ±eros miraban cÃ³mo se llevaban a Desdentado. SalÃ- corriendo en direcciÃ³n al barco, pero me detuve a medio camino y volvÃ- hacia Astrid.

â€”Gracias, Astrid. â€” Le dije, armÃ¡ndome de valor y besÃ¡ndola en la mejilla. â€”Por todo. â€” VolvÃ- a salir corriendo, pero virÃ© la cabeza al oÃ-rle gritar.

â€”Â¡Hipo!, Â¿quÃ© vas a hacer? â€” Me preguntÃ³, ruborizada.

â€”Â¡Una estupidez!

â€”Â¡Eso es lo que has estado haciendo hasta ahora! â€” VolviÃ³ a gritar mientras reÃ-a un fisco.

â€”Â¡Y una locura!

â€”Â¡Eso ya me gusta mÃ¡s! â€” AÃ±adiÃ³, sonriendo.

SonreÃ- tambiÃ©n, pero me puse serio otra vez, concentrÃ¡ndome en correr y llegar al barco. SegÃºn me acercaba, oÃ-a a la gente hablar sobre el tema.

â€”Siento no haberte creÃ-do BocÃ³n. â€” Se disculpÃ³ mi padre. â€”Pero...

â€”Da igual, Estoico... Â¡Dragones! Nadie se lo creerÃ-a... â€” ComentÃ³ BocÃ³n, mÃ¡s triste que nunca.

â€”Pobre Hipo. â€” Se atreviÃ³ a decir Patapez. â€”Ã‰l estaba muy unido a su mamÃ¡... â€” Ante eso, Mocoso bajÃ³ la cabeza, seguramente recordando lo que me habÃ-a hecho hacÃ-a ya dÃ-as.

â€”Ha de estar destrozado. â€” Dijo Brusca. â€”Ni siquiera estÃ¡ aquÃ-...

En ese momento todos se callaron y me vieron pasar delante de sus narices veloz como el viento (es una expresiÃ³n, en realidad soy mÃ¡s lento que el caballo del malo, pero estaba orgulloso de la carrera que me estaba mandando). Mis compaÃ±eros me miraron con la boca abierta, mientras mi padre y mi "tÃ-o" se apartaban para dejarme paso.

â€”Â¡KAWABUNGAAAAAAAAAAAAA! â€” GritÃ©, yÃ©ndome hacia delante para saltar.

Sorprendentemente, conseguÃ- agarrarme al borde del barco y no caerme. Me subÃ- para evitar mojarme y mirÃ© al puerto, en donde todos me miraban con los ojos como platos, excepto Astrid, quien corrÃ-a hacia los demÃ¡s, viÃ©ndome con una sonrisa feliz porque habÃ-a logrado mi cometido.

â€”Â¡HIPO! â€” Me gritÃ³ mi padre. â€”Â¿Â¡QUÃ‰ HACES, CHIFLADO!? Â¡VUELVE ACÃ•!

â€”Â¡Ese niÃ±o estÃ¡ loco! â€” Dijo BocÃ³n, enfadado. â€”Â¿Por quÃ© habrÃ¡ hecho eso?

â€”Bueno, â€” ComentÃ³ Astrid, poniÃ©ndose en medio de todos. â€”creo que tendremos que ir a buscarlo. Â¿No creen? â€” PreguntÃ³, mirando a todos los presentes.

Esa Astrid... No me extraÃ±arÃ-a nada que pudiera leer las mentes de las personas, porque siempre sabÃ-a que lo que querÃ-a que hiciera y cuÃ¡ndo. MirÃ© hacia la puerta que habÃ-a en esa parte del barco y me asegurÃ© de todos estaban en la parte delantera para abrir la puerta y entrar dentro para buscar a Desdentado y escuchar lo que tenÃ-a que decirme.

8. Renace la amistad (Parte 1)

Bueno, antes de dar comienzo al capÃ-tulo me gustarÃ-a aclarar que este, cuando lo escribÃ-, me saliÃ³ el doble de largo que los demÃ¡s, por lo que decidÃ- partirlo en dos. Espero que les guste

CAPÃ•TULO VII (Primera parte):

"_**Renace la amistad"**_

ASTRID POV:

Me habÃ-a sorprendido el beso repentino de Hipo. Es verdad que yo lo habÃ-a hecho varias veces, dejÃ¡ndolo igual o mÃ¡s impresionado que yo, pero jamÃ¡s hubiera pensado que Ã©l lo harÃ-a. Pero mÃ¡s asombrada me quedÃ© cuando lo vi saltar al barco, fue entonces cuando corrÃ- para acercarme a los demÃ¡s. SonreÃ- inconscientemente, feliz por que Hipo habÃ-a logrado su objetivo. Su padre le gritÃ³ furioso que volviera y BocÃ³n, enfadado, y algo preocupado a mi parecer, le daba la razÃ³n a Estoico. Di un paso hacia delante, para hacerme notar.

â€”Bueno, â€” Dije para llamar la atenciÃ³n de los presentes, que con tan sÃ³lo oÃ-r el sonido de mi voz se viraron hacia mÃ-. â€”creo que

tendremos que ir a buscarlo, Â¿no creen?

No sabÃ-a si Hipo querrÃ-a que fuÃ©ramos tras Ã©l, pero sÃ- sabÃ-a que mi sexto sentido femenino me decÃ-a que era lo correcto y yo nunca le quitaba la razÃ³n. Todos me miraron con los ojos abiertos, sin creerse que lo estaba diciendo en serio. Miraron hacia abajo; no querÃ-an ir, pero tampoco querÃ-an decir que no querÃ-an. Excepto Mocoso.

â€”Ni loco pienso ir tras ese lunÃ¡tico. â€” Dijo, cruzÃ¡ndose de brazos. â€”Con perdÃ³n. â€” AÃ±adiÃ³, mirando a Estoico.

â€”Mocoso, no podemos dejarle solo. â€” ArgumentÃ© yo, fulminÃ¡ndolo con la mirada.

â€”Â¿Por quÃ© no? Que yo sepa, Ã©l nos mantuvo al margen de todo esto.

â€”Â¿Acaso lo hubieras creÃ-do? â€” PreguntÃ©, dando un paso hacia delante, plantÃ¡ndole cara. Mocoso se encogiÃ³ y mirÃ³ hacia abajo. â€”Chicos, sÃ© que suena a locura, hasta a mÃ- me lo parece, â€” AdmitÃ-. â€”sÃ© que Hipo nunca ha estado unido a nadie, pero ahora todos somos un equipo y nadie debe ser abandonado a su suerte.

Mis amigos miraron al suelo. Recuerdo que les hice venir aquÃ- y les contÃ© la historia de Hipo una vez estÃ¡bamos cerca del puerto, para asegurarme de que todos vinieran y lo vieran. Al principio se rieron, pensando que me habÃ-a vuelto loca o que les tomaba el pelo, pero cuando vieron a Desdentado encerrado y la situaciÃ³n, callaron y se pusieron serios. TenÃ-a la esperanza de que alguno me ayudara, porque, con o sin ellos, yo iba a ir.

â€”No sabemos ni adÃ³nde ir. â€” Se atreviÃ³ a decir Estoico, el papÃ¡ de Hipo.

â€”Yo sÃ- lo sÃ©. â€” Intervino BocÃ³n. â€”Pero no podremos ir en primera clase como ellos. â€” Esto Ãºltimo lo dijo con una sonrisa, mientras seÃ±alaba el barco, que ya se habÃ-a vuelto una motita en el horizonte.

â€”Mientras podamos llegar... â€” Dije, acercÃ¡ndome a los dos adultos, mientras volvÃ-a la vista hacia mis compaÃ±eros. â€”Â¿QuÃ© me dicen, chicos?

â€”Yo confÃ-o en Astrid. â€” Dijo Brusca, poniÃ©ndose a mi lado. Su hermano le imitÃ³.

â€”Entonces voy yo tambiÃ©n, para vigilarte. â€” Dijo, haciÃ©ndose el mayor. Su hermana le dio un cogotazo.

â€”No me hagas decir quiÃ©n cuida de quiÃ©n, _hermanito_.

â€”Les advierto que yo me mareo cuando subo en barco. â€” ComentÃ³ Patapez, poniÃ©ndose de nuestra parte.

Los mirÃ© sonriendo, agradeciÃ©ndoles en el alma lo que estaban haciendo. Miramos a Mocoso, el cual seguÃ-a apartado de nosotros, viÃ©ndonos algo confundido. Le mirÃ© suplicante y Ã©l gruÃ±Ã³.

â€”Â¡EstÃ¡ bien, estÃ¡ bien! â€” CediÃ³, uniÃ©ndose a nosotros. â€”Â¡Pero no voy por Hipo ni por el reptil gigantesco, â€” Dijo. â€”sino porque sÃ© que no subsisten sin mÃ-!

â€”Como digas... â€” Dije poniendo los ojos en blanco. Mejor eso que nada. â€”Bueno, â€” AÃ±adÃ-, mirando a BocÃ³n. â€”Â¿y nuestro barco?

En unos minutos, BocÃ³n trajo una barca que se volcaba con nada y todos tuvimos que esforzarnos mÃ¡s que nunca por remar bien para llegar rÃ¡pido a nuestro destino.

â€”Juro que... matarÃ©... a... Hipo... por esto... â€” AmenazÃ³ Mocoso entre jadeos.

â€”Â¡Venga ya, eres... eres una nenita! â€” Le regaÃ±Ã©, tambiÃ©n algo cansada y jadeando.

â€”A mÃ- me parece divertido. â€” ComentÃ³ Patapez, emocionado como un niÃ±ito.

â€”Â¡Claro, gordo, no hay nada mÃ¡s divertido que remar hasta que te sangren las manos! â€” Dijo furioso Mocoso, haciendo que Patapez volviera a lo suyo y se callara.

En la parte delantera, BocÃ³n miraba un libro algo gordo y, seguramente viejo. Nunca antes lo habÃ-a visto e Hipo no me habÃ-a comentado nada de Ã©l, asÃ- que le restÃ© importancia. Como era la primera en la fila, pude escuchar la conversaciÃ³n de los dos hombres.

â€”Â¿CÃ³mo pude dejar que esto pasara? â€” Se lamentaba Estoico, con la mano en la sien. â€”Primero Valhallarama, ahora Hipo...

â€”No es culpa tuya, Estoico. â€” IntentÃ³ animarlo BocÃ³n.

â€”Â¿CÃ³mo no pude darme cuenta de que algo pasaba? Pudo haber ocurrido cualquier cosa.

En ese momento, un telÃ©fono mÃ³vil sonÃ³ y Estoico sacÃ³ uno del bolsillo del pantalÃ³n y suspirÃ³. Le oÃ- decir algo como: "El trabajo otra vez", o algo asÃ-... RecordÃ© entonces que siempre que el colegio hacÃ-a algo que tenÃ-a que ver con los padres, Estoico nunca iba. Ni a una recogida de notas, ni a hablar con los profesores, ni a actividades, ni a charlas... Incluso llegamos a creer que Hipo sÃ³lo tenÃ-a madre... Si no llega a ser porque nos lo dice un dÃ-a, ni idea. Me sentÃ- mal por Ã©l; yo tenÃ-a a mis dos padres a mi lado y por eso no podÃ-a entender lo que se debÃ-a sentir vivir asÃ-, pero sin duda alguna no debe ser muy bonito.

â€”Seguro que ese es el problema. â€” Me atrevÃ- a decir, algo temerosa. Me daba vergÃ¼enza meterme en donde no me llamaban, pero creÃ-a que alguien debÃ-a decirlo.

â€”Â¿QuÃ© quieres decir? â€” Me preguntÃ³ Estoico, colgando el telÃ©fono para prestarme atenciÃ³n. TomÃ© aire y respondÃ- de un tirÃ³n:

â€”Cada vez que hay algo en el colegio como una actividad, usted

nunca aparece. Hipo ni siquiera habla de usted. Antes parecÃ-a como si fueran dos extraÃ±os. â€” ExpliquÃ©, mientras recordaba lo extraÃ±o que habÃ-a sido ver eso: Hipo acababa de enterarse de la verdad y su padre no le dijo nada, ni lo abrazÃ³.

â€”Eso no es cierto, no somos como extraÃ±os. Lo conozco. â€” AfirmÃ³, cruzÃ¡ndose de brazos.

â€”Â¿En serio? â€” RetÃ©. â€”DÃ-game, Â¿cuÃ¡l fue el Ãºltimo examen que hemos tenido?

â€”Eeeem...

â€”Â¿De quÃ© hizo Hipo en la funciÃ³n del colegio? â€” VolvÃ- a preguntar, al ver que la primera pregunta no iba a ser respondida. â€”Mejor dicho, Â¿de quÃ© iba la funciÃ³n del colegio?

â€”Â¡Esas son muy difÃ-ciles! â€” Se quejÃ³ Estoico. â€”Una fÃ¡cil.

â€”Bien. â€” Me quedÃ© pensando un momento. â€”Â¿CuÃ¡l es la flor favorita de su hijo?

Estoico mirÃ³ hacia abajo y todos dejamos de remar para prestarle atenciÃ³n. Esa debÃ-a sabÃ©rsela, BocÃ³n la habÃ-a mencionado antes, cuando atraparon a Desdentado. Sin embargo y para sorpresa de todos, Estoico no se la sabÃ-a. Fue cuando se dio cuenta de que tenÃ-a razÃ³n y me mirÃ³ bastante serio. Supongo que la cosa era increÃ-ble... Yo no conocÃ-a a Hipo, si por no saber, no sabÃ-a lo normal como su cumpleaÃ±os, color favorito, asignatura... Pero Estoico vio que Ã©l sabÃ-a hasta menos que nosotros, sus compaÃ±eros.

â€”Estoico, tu trabajo te mantiene ocupado. â€” JustificÃ³ BocÃ³n. â€”Y si trabajas tanto es para darle lo que tÃº de chico no tuviste.

â€”Â¿Y de quÃ© sirve darle todo lo que pide si despuÃ©s no tiene lo esencial: un padre? Puede que yo no fuera millonario, pero mis padres siempre estaban ahÃ- para mÃ-. â€” Estoico me mirÃ³ con brillo en sus ojos. â€”Gracias.

â€”De nada. â€” RespondÃ-, ruborizÃ¡ndome por la vergÃ¼enza.

SÃ© que he herido sus sentimientos, pero era hora de que supiera la verdad. El mÃ³vil volviÃ³ a sonar y nosotros miramos a Estoico, mientras Ã©l miraba el telÃ©fono, sonando y vibrando en su mano. RespondiÃ³ y yo me desanimÃ© un poco, Â¿es que no habÃ-a servido de nada nuestra charla...? Todo cambiÃ³ cuando oÃ- su respuesta y la conversaciÃ³n.

â€”Lo siento, ahora no puedo hablar. â€” Dijo cortante. â€”Â¡Me importa un pito! Â¡Mi hijo me necesita, se lo va a comer un dragÃ³n! â€” Puse los ojos en blanco al ver que tendrÃ-a que explicarle otra cosa mÃ¡s. â€”Â¡Si aquÃ- hay un borracho ese es usted, LE ESTOY DICIENDO QUE MI HIJO ME NECESITA! Â¡VÃ•YASE AL CUERNO, ME DESPIDO!

Estoico lanzÃ³ el mÃ³vil al mar y todos lo miramos sorprendidos por su reacciÃ³n. Ã‰l, por su parte, estaba rojo como una grana y

respiraba algo agitado, por su enfado. BocÃ³n se acercÃ³ a Ã©l, mirando el lugar en donde todos vimos caer el mÃ³vil.

â€”Bueno, solucionaste el problema con tu hijo, â€” ComentÃ³. â€”ahora tendrÃ¡s que resolver el de ser un parado.

â€”... Cuando volvamos. â€” Dijo Estoico, dÃ¡ndose cuenta de lo que acababa de hacer.

HIPO POV:

AbrÃ- la puerta y entrÃ© dentro de la bodega. HabÃ-a varias cajas amontonadas por todas partes y por un momento pensÃ© que me iba a dar claustrofobia, y eso que el lugar era grande. SeguÃ- caminando hasta que oÃ- unos quejidos, seguidos de unos latigazos. Me sentÃ© en el suelo y me armÃ© de valor para poder ir gateando hacia donde escuchaba los ruidos. Unos rugidos acompaÃ±aron el latigazo, dÃ¡ndome a entender que, como de costumbre, esa gente no trataba bien a Desdentado.

â€”Â¡Estate quieto! â€” Le gritÃ³ uno. â€”EstÃºpido demonio. Esto no es ni la mitad de lo que el Director nos harÃ¡ a nosotros si tÃº no estÃ¡s esta vez.

Me alonguÃ© un poquito para poder ver quÃ© estaba pasando. Desdentado tenÃ-a algunas heridas en el lomo. Por lo menos, la silla y el ala seguÃ-an atados a Ã©l y me alegrÃ³ saber este hecho. El primer hombre que hablÃ³ (lo supe porque le oÃ- refunfuÃ±ar unos cuanta maldiciones) terminÃ³ de atar un cinturÃ³n de cuero alrededor de la cabeza de Desdentado. Una vez terminaron, el dragÃ³n moviÃ³ la cabeza de derecha a izquierda, molesto por la falta de libertad. El mismo hombre de antes le pegÃ³ una patada, haciÃ©ndolo rugir enfadado, y cerrÃ³ la jaula en la que estaba metido, alejÃ¡ndose con su compaÃ±ero.

Cuando les vi salir y cerrar la puerta, salÃ- corriendo de su escondite y me acerquÃ© cautelosamente a Desdentado. Me dio rabia ver cÃ³mo habÃ-an tratado a Desdentado, pero tuve que contenerme para que no me vieran y meterme en un lÃ-o. SeguÃ- acercÃ¡ndome con cuidado hasta la jaula, sabÃ-a que Ã©l estaba enfadado y seguramente verme no lo alegrarÃ-a, por cÃ³mo lo habÃ-a tratado antes. Desdentado levantÃ³ la vista y cuando me vio abriÃ³ los ojos, sorprendido. Yo me paralicÃ©, sin saber quÃ© hacer.

â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-? â€” PreguntÃ³ rugiendo, enseÃ±Ã¡ndome los dientes.

â€”Lo siento. â€” Dije rÃ¡pidamente, bajando la cabeza. Ã‰l me mirÃ³ sorprendido. â€”Por lo que hice antes. Te dije cosas muy horribles.

â€”Pero tenÃ-as razÃ³n. â€” Dijo, bajando la cabeza y tranquilizÃ¡ndose un poco.

â€”No, no la tenÃ-a. â€” Le contradije. â€”VerÃ¡s, Desdentado, a veces los humanos cuando nos enfadamos o nos sentimos dolidos con alguien, decimos cosas que no pensamos y que no son verdad. â€” Me sentÃ© al lado de la jaula, acercÃ¡ndome a su hocico. â€”Siento no haberte escuchado. EntenderÃ© si ahora no quieres hacerlo, pero estoy dispuesto a escucharte; ahora o cuando quieras.

Desdentado me mirÃ³ de reojo. Al parecer no se creÃ-a lo que estaba haciendo. Ã‰l sabÃ-a que la mujer que habÃ-a matado hacÃ-a varios dÃ-as era mi madre y, por lo poco que sabÃ-a de Ã©l, sabÃ-a que Desdentado estaba unido a su madre. LanzÃ³ un pequeÃ±o gruÃ±ido-suspiro y empezÃ³ a hablar.

â€”LleguÃ© a tu isla hace unos dÃ-as... Bueno, en realidad me caÃ-. Como habrÃ¡s comprobado, un dragÃ³n no puede volar sin equilibrio y yo sin mi cola no puedo estar en el aire. A parte, me dolÃ-a a horrores la pata, por la herida que me viste cuando nos conocimos. â€” EmpezÃ³ a explicarme, con voz calma y algo triste.

A pesar de ser un dragÃ³n, no narraba nada mal, y su voz y su manera de hablar me hacÃ-an mÃ¡s fÃ¡cil imaginarme la situaciÃ³n.

DESDENTADO POV:

Pensaba que no habÃ-a humanos ahÃ-, asÃ- que bajÃ© la guardia y me quedÃ© dormido. Al dÃ-a siguiente me despertÃ© y empecÃ© a inspeccionar el lugar, para comprobar que era seguro. En un principio lo parecÃ-a, no habÃ-a ni rastro de personas, ni siquiera de animales, creÃ- que estarÃ-a bien quedarme aquÃ- hasta estar recuperado del todo y poder encontrar un modo de volver. Fue cuando lleguÃ© hasta la ensenada en donde me encontraste. Me acerquÃ© un poquito, para ver el lugar, era bastante acogedor y decidÃ- ir ahÃ-. Pero entonces recordÃ© que no podÃ-a volar, asÃ- que refunfuÃ±Ã© por lo bajo.

OÃ- un grito sordo y mirÃ© hacia delante, para encontrarme justo con lo Ãºltimo que querÃ-a ver: humanos. Y no uno, sino dos. La primera era una mujer. Alta, delgada, de pelo castaÃ±o y ondulado. Sus ojos verdes brillaban con un poco de miedo. Con una mano vi que sujetaba una cinta de color blanco y con la otra su pelo. De detrÃ¡s de ella, vi cÃ³mo salÃ-a un hombre gordinflÃ³n, de bigote y pelo rubio y ojos azules. Lo reconocÃ- enseguida, trabaja en el lugar de donde me escapÃ©.

â€”_Â¡Valhallarama, corre! â€”_ Le gritÃ³ el hombre. Pero la mujer no se alejÃ³.

â€”_Â¡No, BocÃ³n, espera...!_

La mujer intentÃ³ pararlo, pero Ã©l nada mÃ¡s sacÃ³ un cuchillo y corriÃ³ hacia a mÃ-, amenazÃ¡ndome. Yo saltÃ© contra Ã©l tambiÃ©n, para defenderme. AsÃ- era siempre, ellos me atacaban y yo me defendÃ-a como podÃ-a... Pero jamÃ¡s imaginÃ© que uno saltarÃ-a en mi ayuda e intentarÃ-a parar la pelea...

HIPO POV:

Desdentado se quedÃ³ callado, mirando al infinito. Yo habÃ-a estado callado durante todo el relato, mirÃ¡ndole atentamente, para hacerle ver que le prestaba toda mi atenciÃ³n. GuardÃ© silencio, al parecer esta conversaciÃ³n tampoco le hacÃ-a sentir muy cÃ³modo.

â€”Ella empujÃ³ al hombre para que ninguno de los dos se hiciera daÃ±o, pero yo no pude hacer nada... SaltÃ© contra ella y ambos nos caÃ-mos. Yo pude sobrevivir por mi tamaÃ±o, pero ella... Esa mujer me

intentÃ³ proteger... Era la primera vez que veÃ-a que un humano intentaba ayudar a un dragÃ³n... â€” NotÃ© cÃ³mo Desdentado me miraba de reojo y sus ojitos brillaron un poquito, aunque no pude descifrar con quÃ© sentimiento. â€”Tu madre era una buena persona y tenÃ-a un gran corazÃ³n, Hipo. â€” ComentÃ³, logrando que lo mirara fijamente. â€”A diferencia de mÃ-...

Le mirÃ© de arriba a abajo (o de derecha a izguierda), asombrado por lo que estaba diciendo. Desdentado jamÃ¡s habÃ-a defendido a un humano, nunca lo habÃ-a visto hablando con tanto cariÃ±o o pena sobre algÃºn humano; Ã©l nada mÃ¡s nos odiaba. Pero ahora era todo lo contrario. Antes de que pudiera decir nada, Desdentado hablÃ³ de nuevo.

â€”TÃº tenÃ-as razÃ³n, Hipo. â€” FruncÃ- el ceÃ±o, sin comprender sus palabras. Ã‰l lo notÃ³ y me explicÃ³: â€”La vida me ha convertido en lo que mÃ¡s odio.

â€”No, no fue la vida, Desdentado.â€” El dragÃ³n me mirÃ³ de arriba a abajo, sin entender lo que le estaba diciendo. Me acerquÃ© un poco a Ã©l, mejor dicho, a la jaula, y le aclarÃ© lo que le habÃ-a dicho. â€”Fuimos nosotros, las personas que te encontraste en la vida, los que te hicimos asÃ-. DeberÃ-as aprender encontrar bien a los verdaderos culpables de tu desgracia.

SonreÃ- un poco al ver que sin querer utilicÃ© lo que Astrid me habÃ-a dicho, comprendiÃ©ndolo ahora mucho mejor. VolvÃ- a recordar aquella historia que me vino a la mente cuando ella me lo dijo. Como vi a Desdentado aÃºn un poco perdido, decidÃ- explicÃ¡rselo como me lo hizo mi madre.

â€”Mi mamÃ¡ una vez me contÃ³ un cuento. â€” Le dije, poniÃ©ndome cÃ³modo. â€”Y no es solo un cuento, tambiÃ©n es algo asÃ-... como una adivinanza. â€” AÃ±adÃ-, mientras Desdentado me miraba curioso. â€”Â¿Quieres que lo cuente, a ver si consigues adivinarlo?

Desdentado bajÃ³ la cabeza, mirÃ¡ndome fijamente. Me lo tomÃ© como un "sÃ-" y empecÃ© a narrar.

â€”VerÃ¡s, hace mucho tiempo apareciÃ³ en la Tierra un tren gigantesco y muy espacioso que a dÃ-a de hoy sigue existiendo. El caso es que todas las personas que habitan el planeta se suben, pero el tren tiene algo especial y es que quien sube y baja de Ã©l, solo lo puede hacer una vez. Dentro de Ã©l va todo tipo de gente: hombres, mujeres, niÃ±os, musulmanes, cristianos, judÃ-os, ateos, de raza blanca, negra, chinos, rusos, espaÃ±oles... Todo habitante de la Tierra se subÃ-a al tren y, lo mÃ¡s curioso, es que daba igual cuanta gente entrara o saliera, siempre habÃ-a sitio. Pero, como ya te he dicho, en el tren se podÃ-a subir todo el mundo, y eso quiere decir que se subÃ-an tambiÃ©n personas malas y esas personas intentaban siempre echar del tren a los demÃ¡s antes de tiempo.

Esa gente no solo era mala, sino cobarde tambiÃ©n, porque se metÃ-an con los mÃ¡s dÃ©biles; los otros, por su parte, quitaban la mirada, porque no tenÃ-an nada que ver y no querÃ-an meterse en un problema. Si esas personas hacÃ-an eso es porque creÃ-an que eran mÃ¡s que los demÃ¡s y necesitaban mÃ¡s espacio, aunque en la realidad habÃ-a sitio para todo el mundo... Eso sigue pasando en ese tren y solo unos pocos dan la cara por el dÃ©bil, pero el tren es muy grande y no basta solo

con que lo hagan unos pocos y que los demÃ¡s sigan de brazos cruzados. La convivencia se volviÃ³ un infierno ahÃ- dentro, pero la gente buena en vez de acabar con ello ha aprendido a vivir con eso y ahora hasta lo ven como algo normal y que no tiene soluciÃ³n. Y es que se han olvidado de que en ese tren hay una norma muy importante y que deberÃ-a seguirse a rajatabla: todos tienen derecho a subirse a Ã©l y nadie es quien para echarlo fuera antes de tiempo o hacer su estancia ahÃ- dentro un martirio.

Desdentado me habÃ-a estado prestando atenciÃ³n durante todo el relato y yo me quedÃ© callado, sonriendo al recordar que me acordaba al cien por cien de la historia completa. Mientras la contaba, en mi cabeza ya no veÃ-a al tren, como me pasaba de pequeÃ±o, sino que veÃ-a a mi madre contÃ¡ndomela para que yo me quedara dormido. VolvÃ- al mundo real.

â€”Bueno, y aquÃ- estÃ¡ la adivinanza. â€” Dije, mientras Desdentado empinÃ³ las orejas, dÃ¡ndome a ver que sentÃ-a curiosidad por oÃ-rla. â€”Â¿CÃ³mo se llama el tren y cuÃ¡l era la parada que hacÃ-a Ã©ste solo una vez por cada persona?

Desdentado me mirÃ³ extraÃ±ado y sus ojos parecÃ-an decirme: "Â¿CÃ³mo quieres que lo sepa?". Me reÃ- para mis adentros, esa fue la misma cara que le habÃ-a puesto yo a mi madre cuando me lo preguntÃ³. El dragÃ³n pensÃ³ unos minutos, mirando al suelo, pero al final meneÃ³ la cabeza y me mirÃ³.

â€”No lo sÃ©. â€” AdmitiÃ³.

â€”El tren se llama "Vida" y la parada es "La Muerte". â€” Desdentado meneÃ³ la cabeza y abriÃ³ los ojos como platos. â€”Todos los seres humanos, sin excepciÃ³n alguna, tenemos derecho a la vida, pero ninguno tiene el derecho de acabar con la vida de otro a propÃ³sito. La vida es como un tren: solo es un transporte que nos lleva a todos a la misma parada: la muerte. Todo el mundo entra con una personalidad y, si acaba saliendo con otra, no es culpa del "transporte", sino de los "viajeros" que iban con Ã©l.

Desdentado bajÃ³ la cabeza, oyendo mi explicaciÃ³n. Creo que se habÃ-a quedado sin palabras, como me pasÃ³ a mÃ-. Y es que me resultÃ³ y me sigue resultando increÃ-ble: todos somos diferentes... pero iguales a la vez. Es algo bastante extraÃ±o...

â€”Â¿No estÃ¡s enfadado conmigo? â€” PreguntÃ³ el dragÃ³n, extraÃ±ado.

â€”Hombre, me enfadÃ© y algo molesto estoy. â€” ExpliquÃ©. â€”No es fÃ¡cil perdonar algo asÃ-, pero tÃº no lo hiciste adrede, intentabas defenderte, como pasÃ³ con Astrid. Esa era la pieza que me faltaba, los dragones tienen un instinto natural: proteger su existencia. En algunas ocasiones se pierde el control. En eso no eres tan diferente de los humanos. â€” Lo mirÃ© fijamente. â€”Pero quiero que me prometas que nunca daÃ±arÃ¡s ni matarÃ¡s a nadie conscientemente, entonces no te lo perdonarÃ-a nunca.

Desdentado asintiÃ³ con la cabeza, gruÃ±endo un poco y yo me quedÃ© algo mÃ¡s tranquilo al ver que todo (vale, casi todo) estaba solucionado. Me empecÃ© a reÃ-r, de repente, y Desdentado me mirÃ³ confuso.

â€”Perdona, perdona. â€” Me disculpÃ©. â€”No me estoy riendo de ti. â€” ExpliquÃ©. â€”Pero... es que me resulta muy irÃ³nico.

â€”Â¿El quÃ©? â€” PreguntÃ³ Desdentado.

â€”Es que... Cuando le preguntÃ© a papÃ¡ sobre la muerte de mamÃ¡, Ã©l me dijo que habÃ-a sido un accidente y yo no le creÃ- y empecÃ© a buscar y a buscar hasta saber la verdad. Y da la casualidad, de que al final Ã©l tenÃ-a razÃ³n: fue un accidente.

â€”SÃ-, es algo _icÃ³nico._ â€” Dijo.

Cuando iba a corregirle, un disparo se oyÃ³ en aquel lugar y yo inconscientemente me cubrÃ- la cabeza, mientras Desdentado rugÃ-a. SentÃ- cÃ³mo era jalado por el cuello de la camisa y me encontrÃ© cara a cara con los dos hombres de antes.

â€”Â¡Â¿QuÃ© estÃ¡ haciendo un niÃ±o aquÃ-?! â€” GritÃ³ el mismo hombre que habÃ-a maltratado antes al dragÃ³n.

â€”No... No sÃ©... â€” RespondiÃ³ temeroso el segundo. Era un chico joven, de pelo castaÃ±o y ojos azules.

â€”Â¡Maldita sea, InsÃºa, te dije que miraras bien! â€” RugiÃ³ de nuevo el hombre. â€”Ahora no podemos dar la vuelta, hemos tardado siglos en llegar con este barco del tres al cuarto. â€” Se quejÃ³, sin soltarme y meneÃ¡ndome de delante a atrÃ¡s, sin darse cuenta.

â€”Â¿Por quÃ© no? Vamos y...

â€”Â¡No podemos tardar mÃ¡s! â€” Lo interrumpiÃ³ el hombre. â€”Como tardemos un solo minuto mÃ¡s nos tratarÃ¡ peor que a esa bestia.

â€”Â¡No es una bestia, â€” Le corregÃ-, enfadado. â€”es un animal, que siente y padece!

El hombre me dedicÃ³ una mirada de odio y el chico, que al parecer se llamaba InsÃºa, temblÃ³ al ver su mirada. El hombre me lanzÃ³ hacia Ã©l.

â€”LlÃ©vatelo. â€” OrdenÃ³.

â€”Â¿QuÃ©, adÃ³nde?

â€”A las jaulas, con los dragones.

â€”Â¿Â¡Te has vuelto loco!? Â¡Lo matarÃ¡n! â€” GritÃ³ InsÃºa con los ojos salidos de las Ã³rbitas.

â€”A lo mejor asÃ- cambia de parecer sobre esos monstruos y ve la realidad. â€” ComentÃ³, mientras bajaba la jaula en donde estaba Desdentado e InsÃºa me llevaba por el lado contrario, separÃ¡ndonos.

InsÃºa me hizo entrar en una habitaciÃ³n gigantesca, la cual cerrÃ³ con un gran cristal. Le mirÃ© a los ojos, tan llenos de terror, pensando en que ese serÃ-a el fin de la vida de un niÃ±o. Al parecer, el cristal estaba insonorizado, porque Ã©l moviÃ³ la boca, pero no le

oÃ- la voz. Sin embargo, pude entender que me decÃ-a: "Lo siento". Luego, saliÃ³ sin mirar atrÃ¡s del lugar.

Je, para que luego mi padre diga que aprender a leer los labios es una chorrada. Me olvidÃ© de eso y me centrÃ© en que me habÃ-an encerrado en un lugar infestado de dragones. EmpecÃ© a sentir algo de miedo al no oÃ-r ni ver nada. Desdentado no me hizo nada cuando lo vi por primera vez, quizÃ¡ ellos tampoco, pero no podÃ-a estar seguro.

â€”Â¿QuiÃ©n es? â€” PreguntÃ³ una voz masculina y algo grave.

â€”Â¡Un humano, nos han metido a un humano aquÃ- dentro! â€” GritÃ³ sorprendido otra voz infantil.

â€”Â¿Ahora coleccionan humanos tambiÃ©n? â€” InquiriÃ³ una voz parecida a la Ãºltima, pero con un tono mÃ¡s maduro.

â€”Â¿No nos irÃ¡ a hacer algo malo? â€” Pregunto una cuarta voz. Esta vez con tono de voz de mujer adulta.

â€”Si es un enano. â€” VolviÃ³ a hablar la voz madura. â€”Â¿Puede ser mi pelotita?

â€”Â¡Cremallerus, por favor, no digas eso! â€” ReprendiÃ³ una quinta voz. Femenina tambiÃ©n y suave. â€”Parece estar muerto de miedo...

Me acerquÃ© un poco y los dueÃ±os de las voces tambiÃ©n lo hicieron. Fue cuando me encontrÃ© con cuatro dragones (uno de ellos con dos cabezas). Uno era rojo y con grandes cuernos doblados; otro, era naranjita, gordito y de ojos redondos y amarillitos con la raya negra; el tercero en el que me fijÃ© era el de dos cabezas, con cuello alargado como una jirafa de color verde moco. El Ãºltimo que mirÃ© fue uno azul, de cabeza grande y con un cuerno gigante en la nariz, como los unicornios.

â€”Nos estÃ¡ mirando. â€” HablÃ³ el naranja, dÃ¡ndome a ver que era la dueÃ±a de la voz de mujer adulta. â€”Â¡Nos estÃ¡ mirando demasiado, no me gusta que un humano me mire demasiado!

â€”Â¡CÃ¡llate ya, angustias! Â¡Que eres una angustias! â€” RugiÃ³ el de rojo, dueÃ±o de la primera voz que habÃ-a oÃ-do.

â€”Â¡Oye, no le grites! â€” Dijeron a la vez las dos cabezas y comprobÃ© que eran los dueÃ±os de las voces infantil y joven.

â€”Chicos, basta. â€” RegaÃ±Ã³ la dragoncita azul y, como me esperaba, de ella era la voz de chica joven. â€”Recuerden que los humanos no pueden oÃ-rnos y puede pensar lo que no es con sus gruÃ±idos.

La dragoncita puso los ojos en blanco, demostrando que estaba cansada y haciÃ©ndome pensar que eso era algo normal con esos dragones. Yo di un paso al frente, algo vergonzoso, y aclarÃ©:

â€”SÃ- que les oigo y les entiendo.

Los dragones guardaron silencio y me miraron durante un largo rato. Yo, por mi parte, me quedÃ© callado, esperando alguna reacciÃ³n de su parte. La dragoncita azul se acercÃ³ a mÃ- y yo me apartÃ© un poco, impresionado por ese gran cuerno que tenÃ-a en el hocico.

â€”Â¿Nos... nos estÃ¡s oyendo hablar? â€” Me preguntÃ³ mirÃ¡ndome de arriba a abajo.

â€”AjÃ¡... â€” RespondÃ-, algo nervioso por su cercanÃ-a.

â€”Â¿TÃº eres el Susurrador de Dragones? â€” VolviÃ³ a preguntar.

â€”Em... Soy Hipo a secas... â€” Dije, sin saber quÃ© me estaba diciendo.

â€”Â¡No me lo puedo creer, el Susurrador de Dragones!

Una voz adulta y grave sonÃ³ en el lugar y yo mirÃ© hacia donde creÃ- haberla escuchado. De entre las sombras, saliÃ³ otro dragÃ³n. Esta vez, temblÃ© de miedo: Â¡el dragÃ³n era un esqueleto gigantesco! Se acercÃ³ a mÃ- y empezÃ³ a olisquearme entero, haciendo que por poco muriera asfixiado, ya que estaba aguantando la respiraciÃ³n por el impacto.

â€”Se estÃ¡ poniendo morado. â€” ObservÃ³ la cabeza izquierda del dragÃ³n verde.

â€”Â¿Los humanos cambian de color? â€” PreguntÃ³ la otra cabeza, extraÃ±ada.

SoltÃ© un profundo suspiro para recuperar el aire, sin quitarle la vista de encima al dragÃ³n.

â€”Â¡JA! Â¡Â¿QuÃ© les habÃ-a dicho?! Â¡Existe, el Susurrador de Dragones existe! â€” Se recochineÃ³ en la cara de los demÃ¡s, como un niÃ±o pequeÃ±o. En ese momento le perdÃ- el respeto.

â€”Â¡JopÃ©, ahora me quedo sin comer la mitad de mi pescado todo el mes! â€” Se quejÃ³ el de rojo. â€”Â¡No es justo! â€” Se quejÃ³, dando un manotazo (Â¿o "patazo"?) al suelo y su cuerpo se prendiÃ³ en llamas.

â€”Â¡Eh, eh, relÃ¡jate, Pesadilla! â€” Le dijo la dragoncita azul. â€”Â¡Siempre lo mismo cuando se molesta y se enfada...!

â€”Â¿QuÃ©? â€” PreguntÃ© mirÃ¡ndola.

â€”Los Pesadilla Monstruosa se prenden cuando se enfadan. â€” Me explicÃ³, sonriente.

â€”Â¿No le pasarÃ¡ nada malo? â€” PreguntÃ© preocupado.

â€”Â¡Na, tranquilo! â€” Le restÃ³ importancia la dragona. â€”Nuestros cuerpos son resistentes al fuego.

No sabÃ-a que los dragones fueran resistentes al fuego. Me sentÃ- feliz por haber aprendido una cosa nueva de ellos y haber confirmando

que no eran peligrosos. "Pesadilla Monstruosa", eso estaba escrito en el libro de BocÃ³n. Al parecer hasta los dragones tenÃ-an su propia raza y cada uno con su caracterÃ-stica. LÃ¡stima que no leÃ- mÃ¡s que los tÃ-tulos...

â€”Â¡Pesadilla, basta ya! â€” GritÃ³ la dragona, sacÃ¡ndome de mis pensamientos. â€”Â¡EstÃ¡s asustando a Gronckle!

MirÃ© hacia una esquinita y me encontrÃ© con la dragoncita naranja, temblando de miedo. Me dio algo de pena, pero tambiÃ©n gracia. La escena era bastante cÃ³mica.

â€”Â¿Ya ha acabado? â€” Dijo, quitÃ¡ndose una de sus orejitas de encima del ojo para ver si ya habÃ-a pasado el peligro.

â€”No te pongas asÃ-, una apuesta es una apuesta. â€” Dijo el dragÃ³n-esqueleto.

â€”SÃ-, ya, Â¡me gustarÃ-a saber si hubieras dicho lo mismo si ese niÃ±o no existiera! â€” RugiÃ³ el rojo.

â€”TÃ-o, deja ya de ser un horno cabreado. â€” Se quejÃ³ la cabeza izquierda del dragÃ³n verde.

â€”Seh, menos mal que naciste dragÃ³n y no vaca, porque con esa mala leche que tienes... Los yogures te salen cortados. â€” ComentÃ³ la cabeza derecha, riÃ©ndose por su comentario.

â€”Â¡No me busquen, Cremallerus, porque me encuentran!

â€”SÃ-, seguro, anda a abrasar a otro. â€” Respondieron a la vez, escupiÃ©ndole una poca cantidad de fuego dentro de Ã©l cuando abriÃ³ la boca.

El dragÃ³n corriÃ³ por toda la celda como loco, gritando de dolor y provocÃ¡ndome un fuerte dolor de cabeza. La dragona azul se fue de mi lado para poder ir a controlarlo. Fue entonces cuando vi que habÃ-a quemaduras en algunas partes de su cuerpo.

â€”Por dentro no son resistentes al fuego. â€” Deduje, hablando solo. Luego mirÃ© al dragÃ³n esqueleto, que reÃ-a divertido viendo la escena. â€”Â¿QuÃ© fue lo que me llamaste antes? â€” PreguntÃ© curioso.

â€”Susurrador de Dragones. â€” Me respondiÃ³. Al ver que no decÃ-a nada, empezÃ³ a explicarme: â€”VerÃ¡s... Hipo, Â¿verdad? Los dragones hemos sido libres siempre. Pero existe una profecÃ-a que decÃ-a que llegarÃ-a el dÃ-a en que nuestra libertad se verÃ-a acabada por unos terribles monstruos que nos querrÃ-an para su propio beneficio. Pero no todo es malo, cuenta la leyenda que pasaremos aÃ±os de sufrimiento y muchos morirÃ¡n, pero que un dÃ-a llegarÃ¡ un ser que no es igual a los de su especie, pues sus oÃ-dos oyen nuestras voces y sus ojos ven nuestras facciones como si fuera un dragÃ³n mÃ¡s.

Al oÃ-rle decir la palabra "monstruo", me estremecÃ-. Esa palabra la estaba oyendo demasiado Ãºltimamente y, lo mÃ¡s curioso de todo, es que siempre iba a referido a diferentes seres segÃºn la persona que estuviera hablando.

â€”Lo siento, yo no soy el Susurrador de Dragones. â€” Le dije,

viendo un poco de confusiÃ³n en su cara. â€”SÃ-, les oigo hablar y todo lo que tÃº quieras... Pero yo no puedo ayudarles...

â€”Â¿CÃ³mo lo sabes? â€” Me preguntÃ³, sentÃ¡ndose en el suelo, mientras los otros nos escuchaban, atentos.

â€”Bueno... Â¡Solo soy un niÃ±o! Y la verdad, casi nada se me da bien...

Los dragones guardaron silencio, mirÃ¡ndose los unos a los otros. No me gusta ser el malo que dice que PapÃ¡ Noel no existe, pero no podÃ-a ilusionarlos con mentiras en su situaciÃ³n.

â€”Oye... â€” La dragoncita azul hablÃ³ y yo la mirÃ©. â€”Ese mundo en el que tÃº vives... En el que los humanos viven... Â¿Es como el nuestro?

â€”Â¿QuÃ© quieres decir? â€” PreguntÃ©, sin saber a quÃ© se referÃ-a exactamente.

â€”Â¿Todos son como una familia?

Me quedÃ© callado un rato, asimilando la pregunta. No sabÃ-a bien quÃ© responderle. Al final decidÃ- decirle la verdad, claramente, pero bien explicada.

â€”La verdad, cada uno va a su aire. â€” ExpliquÃ©. Los ojos de los dragones se abrieron por la sorpresa.

â€”Â¿CÃ³mo? Â¿Es que no trabajan juntos? â€” PreguntÃ³ sorprendida y tÃ-midamente la dragona naranja.

â€”No, cada uno va por su camino. â€” RespondÃ-, con total tranquilidad, sin entender por quÃ© tanto escepticismo.

â€”Pero... â€” La dragona azul se acercÃ³ a mÃ-, con el ceÃ±o fruncido, intentando comprender esto. â€”Eso es... Â¡primitivo! Â¿CÃ³mo se construyen las cosas entonces, cÃ³mo lograron avanzar si van en ese plan?

â€”A ver, algunas personas sÃ- se juntan y trabajan unidas.

â€”Â¿Algunas? Si lo hacen algunas, Â¿por quÃ© no todos? â€” PreguntÃ³ el dragÃ³n-esqueleto.

VolvÃ- a guardar silencio. Una bola se formÃ³ en mi garganta, pensando en lo que iba a responder.

â€”Por sus diferencias. â€” Todos menearon la cabeza hacia la derecha, como hacÃ-a Desdentado cuando no me entendÃ-a. SuspirÃ© un poco. â€”A la gente no le gusta las personas que son diferentes.

â€”Â¿Por quÃ©? â€” Preguntaron las dos cabezas la vez.

â€”Pues... Porque... Porque son diferentes... No sÃ©. â€” Me perdÃ- en esa pregunta.

â€”Pero las diferencias son las que hacen fuerte a una familia. â€”

Dijo la dragona azul. â€”MÃ-ranos, Hipo. Â¿Crees que yo, una monÃ-sima e inteligentÃ-sima dragoncita se parece a este horno cabreado? â€” PreguntÃ³, poniÃ©ndose al lado del dragÃ³n rojo, que la mirÃ³ enfadadÃ-simo.

â€”No, la verdad, no tienen nada en comÃºn. â€” AdmitÃ-.

â€”Por fuera. â€” CompletÃ³ la dragona. â€”Pero por dentro somos iguales. SÃ-, todos piensan y creen cosas diferentes, pero es que no podemos ser iguales, entonces es muy aburrido.

â€”Ya, pues gracias a que no es "aburrido", hay gente a la que se lo hacen pasar fatal...

â€”Â¿Como a ti? â€” PreguntÃ³ la naranja.

VolvÃ- a callarme y la mirÃ©, aunque no enfadado. EmpecÃ© a recordar las mil y una cosas que todos me habÃ-an hecho y por quÃ© me habÃ-a vuelto asÃ-. ReprimÃ- las ganas de llorar para parecer fuerte frente a ellos.

â€”Â¿CÃ³mo lo sabes? â€” Le preguntÃ©, algo confundido.

â€”He notado cÃ³mo te has enfadado cuando Nadder te lo preguntÃ³ y... â€” MirÃ³ hacia abajo, algo vergonzosa, y yo me sentÃ- mal por ella.

â€”SÃ-, lo he pasado fatal por culpa de ser diferente, tienes razÃ³n. â€” RespondÃ- con tono suave, para que no pensara que estaba enfadado con ella.

â€”Pero si todos somos diferentes, como ha dicho Nadder. â€” ComentÃ³ el de rojo.

â€”Ya, eso es verdad. â€” Dije dÃ¡ndome cuenta. â€”Pero hay personas que sobresalen mÃ¡s en sus diferencias y esas personas no caen bien.

â€”Â¿Y quÃ© les pasa a esas personas? â€” PreguntÃ³ curiosa la naranja.

â€”Intentan ser como los demÃ¡s... VerÃ¡n, alguien que es tan diferente no quiere serlo, porque sabe que lo van a tratar mal y lo van a marginar; asÃ- que, intentan con todas sus fuerzas ser como los demÃ¡s... â€” ExpliquÃ©, sacando a afuera mis sentimientos. â€”Pero haga lo que haga, parece que no funciona. Ellos ya saben que soy diferente y no puedo cambiar.

Me sentÃ© en el suelo, colocando las piernas dobladas en mi pecho y acostando la cabeza en las rodillas. Los dragones miraron al suelo en silencio, pensando en lo que les habÃ-a dicho. La Nadder (la dragoncita azul, que al parecer se llamaba asÃ-), se acercÃ³ a mÃ-.

â€”Esas personas son... muy malas, por lo que me dices. â€” Me comentÃ³, sentÃ¡ndose a mi lado.

â€”SÃ-... â€” RespondÃ-, algo triste.

â€”Y... si son tan malas, Â¿por quÃ© quieres ser como ellos? â€” Me

preguntÃ³, yo la mirÃ© sorprendido y ella continuÃ³: â€”El problema que tienen los humanos, por lo que me cuentas, es que las buenas personas siempre son cambiadas por las malas y por eso ya casi no quedan en el mundo.

â€”Supongo que tienes razÃ³n. â€” AdmitÃ-. â€”Pero, Â¿quÃ© le vamos a hacer...?

â€”No permitas que el mundo te cambie, Hipo, cambia tÃº al mundo. â€” Me aconsejÃ³, acercÃ¡ndose a mÃ- y dÃ¡ndome un empujoncito con su cuernito. Eso me recordÃ³ a los puÃ±etacitos de Astrid y sonreÃ-. â€”A nosotros nos pareces genial tal como eres...

â€”Â¿En serio? â€” PreguntÃ© sin creerle mucho.

â€”Â¡Claro! â€” Se metiÃ³ la cabeza izquierda de Cremallerus (creo que asÃ- se llama el verde). â€”Eres el primer humano con el que hablamos.

â€”Eso es porque es el Susurrador de Dragones, sorullo... â€” Dijo la otra cabeza, dÃ¡ndole un cogotazo con el ala. ReÃ- un poco por la escena tan cÃ³mica.

â€”OjalÃ¡ todo el mundo pudiera verlo como ustedes, o mÃ¡s que sea respetarlo. â€” ComentÃ©, mirÃ¡ndolos complacido, ellos me sonrieron.

â€”Lo mismo digo. â€” Dijo el rojo, creo que se llamaba... Pesadilla.

â€”SÃ-, todo lo que sabemos de ustedes es mentira. â€” Dije mirÃ¡ndolo bastante serio.

Estuvimos en silencio un buen rato, pero no fue un silencio incÃ³modo. CaÃ- en la cuenta de que era totalmente increÃ-ble, estos seres no solo no eran peligrosos, sino que ademÃ¡s podÃ-an llegar a tener mÃ¡s humanidad que los propios humanos. Me sentÃ- mal por ellos al no poder serles de ayuda, aunque ellos creyeran que sÃ-.

9. Renace la amistad (Parte 2)

CAPÃ•TULO VII (Parte 2):

"Renace la amistad"

Entonces, otro dragÃ³n mÃ¡s saliÃ³ de entre las sombras y se puso a la luz. Esta vez se parecÃ-a al Pesadilla en el cuerpo, pero su cabeza era gris y sus cuernos no eran tan afilados.

â€”Nadder... â€” LlamÃ³ a la dragoncita azul con su voz femenina, que con tal solo oÃ-rse nombrar se fue hacia donde estaba ella.

â€”Â¿QuÃ© ocurre?

â€”Es el Terror otra vez... â€” Dijo, al borde del llanto.

â€”Â¿El nÃºmero 12? â€” PreguntÃ³ alarmada.

Todos los dragones se levantaron y se fueron tras ellas corriendo. Yo los imitÃ©, para saber quÃ© estaba pasando. Llegamos hasta el final de la celda, en un rinconcito en donde un pequeÃ±o dragoncito verde pÃ¡lido estaba acostado en el suelo, respirando agitado y tiritando. La dragona azul se acercÃ³ y le tocÃ³ con su cuerno.

â€”EstÃ¡ helado... â€” ComentÃ³ la Nadder, con tono triste.

â€”Â¿QuÃ© le pasa? â€” PreguntÃ©, preocupÃ¡ndome yo tambiÃ©n sin saber por quÃ©.

â€”Se lo ha hecho el Director. â€” ComentÃ³ la dragoncita naranja.

Â¿El Director? Â¡AsÃ- es como llamaban al hombre de mi sueÃ±o! Lo sabÃ-a, Â¡no podÃ-a soÃ±ar que me tocaba la loterÃ-a y me hacÃ-a millonario, no, tenÃ-a que soÃ±ar esto! Me puse de rodillas, mirando al dragoncito, que no abrÃ-a los ojos ante nada.

NotÃ© cÃ³mo la dragona que habÃ-a ido a avisarnos me miraba sorprendida y le preguntaba, seguramente por mÃ-, a la azul.

â€”Â¿El Susurrador de Dragones? â€” Me mirÃ³ con los ojos abiertÃ-simos y luego, al dragÃ³n esqueleto. â€”Entonces, Â¿no estÃ¡s loco?

â€”No. â€” GruÃ±Ã³ el insultado. Un montÃ³n de dragones mÃ¡s se acercaron a la escena y empezaron a susurrar.

â€”No soy el Susurrador de Dragones. â€” Dije, por enÃ©sima vez. Cada vez que lo decÃ-a sentÃ-a como si se me partiera el corazÃ³n y no sabÃ-a por quÃ©.

â€”Entonces, Â¿por quÃ© nos oyes hablar? â€” PreguntÃ³ uno.

â€”No lo sÃ©. â€” RespondÃ-. â€”Pero sea por lo que sea, no es porque yo sea el tipo de su leyenda.

Entonces, sentÃ- algo en mi pierna derecha y fui a ver quÃ© era. Un dragoncito exactamente igual que el que estaba acostado (claro, sin estar tan pÃ¡lido) se acurrucÃ³ en mi regazo y me mirÃ³ con esos ojos tan grandes y que brillaban con mucha esperanza.

â€”SeÃ±or Susurrador, Â¿usted podrÃ¡ salvar a mi hermanito? â€” Me preguntÃ³ con voz infantil e inocente.

SentÃ- como si una lanza me atravesara el pecho; las palabras se amontonaron en mi garganta. Â¿CÃ³mo le decÃ-a a un niÃ±o (vale, dragÃ³n) tan pequeÃ±o que yo no era quien ellos creÃ-an? Â¿Que tenÃ-an que seguir sufriendo? Â¿Que tenÃ-an que seguir viendo cÃ³mo maltrataban a su familia?

El dragoncito no paraba de mirarme y yo mirÃ© a los demÃ¡s dragones, que observaban tristes el estado del pequeÃ±o.

â€”No puede salvarse aquÃ-. â€” ComentÃ³ el rojo. â€”Le ha quitado mucha sangre.

â€”Â¿Sangre? â€” PreguntÃ©, dÃ¡ndome la vuelta para mirarlo.

â€”Â¿QuÃ© le ha hecho ese hombre? â€” CuestionÃ© con tono enfadado. Los dragones comprendieron que me referÃ-a al Director.

â€”Le ha quitado gran cantidad de sangre. â€” Me explicÃ³ el rojo.

â€”Â¿GolpeÃ¡ndolo? â€” PreguntÃ© horrorizado, recordando cÃ³mo pegaban a Desdentado antes.

â€”No. Fue adrede, el Director querÃ-a la sangre del Terror. â€” ExplicÃ³ la naranjita.

â€”No entiendo nada. â€” Dije, frustrado, abrazando al dragoncito que estaba entre mis manos.

â€”El Director nos tiene a todos con vida porque necesita algo de nosotros. â€” EmpezÃ³ a explicarme el dragÃ³n esqueleto.

â€”Â¿Su sangre?

â€”No, cada cosa caracterÃ-stica de cada uno de nosotros. â€” Dijo, acercÃ¡ndose a mÃ-. â€”A mÃ-, por ejemplo, me robÃ³ un hueso muy antiguo, sin el cual no puedo rugir. â€” Me enseÃ±Ã³ el pecho y vi un pequeÃ±o huequecito.

â€”A mÃ-, fue un trozo de mi cuerno. â€” Me dijo el rojo, enseÃ±Ã¡ndome un cuerno mÃ¡s largo que otro que antes no habÃ-a notado cuando lo vi por primera vez.

â€”Y a mÃ- un pincho de mi cola. â€” Dijo la azulita, enseÃ±Ã¡ndome su cola, llena de pinchos por la parte delantera.

â€”A mÃ-, fue un diente. â€” La dragoncita naranja abriÃ³ la boca, para dejarme ver dentro.

â€”A nosotros nos quitÃ³ un par de cuernitos rojos. â€” Dijeron las dos cabezas, enseÃ±Ã¡ndome que desde el cuello hasta la cola estaba llenito de cuernos redondos e inofensivos.

â€”A mÃ-, me quitÃ³ los dos cuernitos de las alas. â€” Me dijo la dragona de cabeza gris, enseÃ±Ã¡ndome sus dos alas. Dos cuernitos le estaban saliendo de nuevo. â€”Y a esta pobre criatura fue la sangre.

â€”Â¿Por quÃ©? â€” PreguntÃ©.

â€”Porque nosotros tenemos la sangre un poco mÃ¡s cÃ¡lida que los demÃ¡s dragones. â€” Me explicÃ³ el pequeÃ±o dragÃ³n que estaba entre mis brazos. â€”Es algo caracterÃ-stico de los Terrores.

â€”Pero si le quitas mucha cantidad de sangre es difÃ-cil que sobreviva. Sobre todo si solo es una crÃ-a. â€” Dijo la dragona de cabeza gris.

ObservÃ© conmovido al pequeÃ±o, que no paraba de temblar como una hoja. Una idea se me vino a la mente y se la comentÃ© al Terror de mis brazos. Ã‰l asintiÃ³ y me mordiÃ³ la chaqueta, arrancando una pequeÃ±a parte, la cual utilicÃ© para abrigarlo.

â€”QuizÃ¡ asÃ- no tenga tanto frÃ-o. â€” Dije, sonriendo. â€”Â¿CÃ³mo

se llama?

â€”No tenemos nombres. â€” Me informÃ³ la dragoncita azul. â€”Por eso nos llamamos por nuestra raza y, si hay muchos de la misma, con nÃºmeros que el Director nos asignÃ³. â€” Al oÃ-r la palabra "Director", una pregunta me surcÃ³ la mente.

â€”Â¿El Director les hace lo mismo a todos los de la misma especie?

â€”Nop, solo a los mÃ¡s jÃ³venes. â€” Dijo el dragÃ³n de huesos. â€”VerÃ¡s, Hipo, el Director quiere revivir a la Muerte Verde.

Los dragones se pusieron tensos con tan solo oÃ-r nombrar el nombre. A mÃ- tambiÃ©n me dio algo de pavor escucharlo, no sonaba muy amigable que digamos. Me atrevÃ- a preguntar.

â€”Â¿QuÃ© es la Muerte Verde?

â€”El Seadragonus Gigantescus Maximus es un tipo Ãºnico de dragÃ³n, ya que solo acabÃ³ existiendo uno en el mundo. Su nombre se debe a que es el mÃ¡s grande de todos los dragones y el mÃ¡s antiguo. Hace mucho tiempo, el Seadragonus se volviÃ³ un dictador y obligaba a los demÃ¡s dragones a robar comida a los vikingos que vivÃ-an cerca de la isla para alimentarlo. Si a Ã©l le parecÃ-a poco, te comÃ-a vivo. Es por eso que los dragones le llamaron Merciless, que en inglÃ©s significa "Despiadado".

SentÃ- un escalofrÃ-o recorrerme todo el cuerpo y temblÃ© un poco, al imaginarme la escena tan desagradable que me estaban relatando.

â€”Â¿Y quÃ© fue lo que pasÃ³? â€” PreguntÃ©.

â€”Los vikingos lograron matarla. â€” Me respondiÃ³. â€”Los dragones seguÃ-amos teniendo miedo, pero esta vez por los humanos. Si ellos descubrÃ-an que la Muerte Verde podÃ-a renacer juntando las cosas caracterÃ-sticas de todos nosotros, serÃ-a nuestro fin. Todo parecÃ-a tranquilo, pero entonces apareciÃ³ el Director y nos encerrÃ³. Al principio nos mataba porque queria exterminarnos, decÃ-a que Ã©ramos demasiado peligrosos para convivir en el mundo humano. Pero cuando supo de la leyenda, no sÃ© por quÃ©, quiso revivir a la Muerte Verde.

â€”Y eso es malo para ustedes. â€” ComprendÃ-.

â€”Y para ustedes tambiÃ©n. â€” FruncÃ- el ceÃ±o, sin comprender. â€”VerÃ¡s, Hipo, nosotros ahora lo llamamos Muerte "Verde" porque Ã©l no sÃ³lo lanza fuego, sino tambiÃ©n unos gases que son mortales para todo aquel que los inhala, excepto para los de su raza. â€” AbrÃ- los ojos, temiÃ©ndome lo peor. â€”Para revivirla debe coger todo lo especial de los dragones, como puede ser un hueso, un diente... Pero del mÃ¡s joven de la raza, es decir, el mÃ¡s pequeÃ±o.

â€”Por eso le hizo esa cosa tan horrible a una crÃ-a tan pequeÃ±a. â€” ComentÃ©, desviando la mirada hacia el Terror.

â€”Pero, tranquilo, no lo lograrÃ¡. â€” Dijo el esqueleto, relajÃ¡ndose al igual que los demÃ¡s dragones.

â€”Â¿Por quÃ© no? Les ha quitado ya todo.

â€”Pero no a todos. â€” Me informÃ³. â€”Falta el Furia Nocturna.

Me puse rÃ-gido al oÃ-r ese nombre. En el libro de BocÃ³n, aparecÃ-a la Furia Nocturna, pero sin dibujo y con una advertencia que ponÃ-a los pelos de punta. MirÃ© a todos los dragones, todos ya habÃ-a dicho de una forma u otra su raza, y a todos les faltaba algo esencial. EmpecÃ© a temerme lo peor.

â€”Oh, no lo menciones, Quebrantahuesos. â€” Dijo la Nadder, con voz rota. â€”Esa pobre dragoncita...

â€”Â¿QuÃ©... quÃ© pasa con la Furia Nocturna? â€” Me atrevÃ- a preguntar, para saber si mis suposiciones eran ciertas.

â€”Fue una cosa horrible... â€” ComentÃ³ la naranjita, temblando mientras lo recordaba, seguramente.

â€”El Furia Nocturna es un tipo de dragÃ³n tambiÃ©n bastante raro de ver y, sobre todo, de cazar. â€” Me explicÃ³ la Nadder. â€”Es un dragÃ³n sÃºper-orgulloso y le gusta vivir en libertad y a su aire. Es por eso que el Director matÃ³ a todos los Furia que encontrÃ³ para evitar problemas y solo dejÃ³ con vida a la mÃ¡s joven. Lo que caracteriza a un Furia Noturna son sus escamas, son preciosas, con ese negro tan hermoso que se parece a la noche y tan brillantes... Pero sobre todo son especiales porque les ayuda a protegerse, es como un escudo. El Director se pasÃ³ dÃ-as arrancÃ¡ndoselas y dejÃ¡ndola indefensa, pero no funcionaba, la Muerte Verde no aparecÃ-a.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que esa dragona no era la Furia mÃ¡s joven, pues tenÃ-a un hijo al que ella y todos habÃ-amos estado ocultando. El Director se enfureciÃ³ y la mandÃ³ a matar, porque no le servÃ-a de nada. El hijo se enfureciÃ³ y cuando se enterÃ³ de esto, escapÃ³ de esta celda, derribando el cristal con fuego. Pero no pudo ayudar a su madre y tuvo que huir malherido, por lo que yo sÃ©. No hemos vuelto a saber de Ã©l. El Director no para de buscarlo, sin sus escamas la Muerte Verde no revivirÃ¡ nunca. Espero que estÃ© bien y que no lo encuentre...

TerminÃ³ su relato y entonces todo se volviÃ³ claro para mÃ-. Y cuando digo todo, quiero decir todo. Si eso, solo faltaba saber por quÃ© un humano querrÃ-a revivir a la Muerte Verde, pero eso me importaba ahora mismo bien poco. Me quedÃ© pensando en lo que me habÃ-a dicho la Nadder. Huir malherido, querer salvar a una madre, muy orgulloso...

â€”Â¡Desdentado es un Furia Nocturna! â€” GritÃ©, comprobando que mis suposiciones eran correctas. â€”Â¡Por eso lo buscaban con tanto empeÃ±o, por eso estaba malherido! â€” DejÃ© al Terror en el suelo y corrÃ- hasta el cristal que nos encerraba. â€”Â¡Tengo que ayudarlo o lo matarÃ¡!

â€”Â¿Conoces a un Furia Nocturna? â€” PreguntÃ³ asombrado el esqueleto.

â€”Â¡No, conozco AL Furia Nocturna! â€” RespondÃ-, mÃ¡s nervioso que nunca. â€”Â¡Lo han atrapado y fue todo por mi culpa, debo ayudarlo!

â€”No puedes solo, Hipo. â€” Me dijo la Nadder.

â€”Â¡O sea, no puedo ir solo, pero sÃ- puedo salvarlos!

â€”Entonces, Â¿eres el Susurrador de Dragones? â€” PreguntÃ³ emocionada la dragoncita naranja.

â€”Â¡Yo quÃ© voy a ser, era un ejemplo de que dicen cosas sin sentido!

â€”NiÃ±o, cÃ¡lmate, no me obligues a chamuscarte. â€” AmenazÃ³ el Pesadilla.

â€”Â¡NO ME DIGAS QUE ME CALME! Â¡NUNCA ME DIGAS QUE ME CALME! â€” GritÃ©, yendo de allÃ¡ para acÃ¡. â€”Â¡No puedo dejar que le pase nada!

â€”Si no eres el Susurrador, quÃ© mÃ¡s te da lo que le pase a un dragÃ³n. â€” PreguntÃ³ extraÃ±ado la cabeza izquierda del Cremallerus.

â€”No sÃ© si soy el Susurrador o no, pero sÃ- sÃ© que soy su amigo.

Todos me miraron sorprendidos. Claro, seguro que nunca habÃ-an oÃ-do a un humano decir que era amigo de un dragÃ³n y mucho menos lo habÃ-an visto intentando salvarlo de la muerte. GruÃ±Ã- frustrado y empecÃ© a aporrear la puerta de cristal. De repente, Ã©sta se abriÃ³ y yo caÃ- hacia delante.

â€”Â¡Santo Cielo, quÃ© fuerte es! â€” GritÃ³ sorprendido la cabeza derecha del Cremallerus.

Pero eso no habÃ-a sido yo, lo sabÃ-a a la perfecciÃ³n. MirÃ© hacia arriba, creyendo que eran los hombres que trabajaban aquÃ-, pero me sorprendÃ- al encontrarme con Astrid, los chicos, mi padre y mi "tÃ-o".

â€”Tranquilo, Hipo, somos nosotros. â€” Me dijo Astrid, sonriente. â€”Ahora te sacamos, BocÃ³n se sabe todos los caminos cortos y seguros. â€” Me cogiÃ³ del brazo, pero yo me soltÃ© de su agarre.

â€”Â¿QuÃ© haces, hijo? VÃ¡monos. â€” Dijo mi padre, sorprendido como los demÃ¡s.

â€”No puedo irme, papÃ¡, chicos. â€” ExpliquÃ©, mirÃ¡ndolos a todos. â€”Ellos me necesitan. â€” SeÃ±alÃ© a los dragones y BocÃ³n frunciÃ³ el ceÃ±o.

â€”Tu padre y los demÃ¡s te necesitan mÃ¡s. â€” Dijo furioso.

â€”No, BocÃ³n, no lo entiendes, esto es algo mÃ¡s que maltratar dragones...

â€”Ya vuelve otra vez. â€” ComentÃ³, mirando a los demÃ¡s, mientras me seÃ±alaba. â€”Hipo, por enÃ©sima vez, los dragones son peligrosos, lo que hacemos aquÃ- es por el bien de la humanidad.

â€”Â¡No son daÃ±inos!

IntentÃ© defenderlos, sin darme cuenta de que la Nadder se acercÃ³ a mÃ- por la espalda y BocÃ³n quiso defenderme, lanzÃ¡ndose contra a ella. Todos los dragones actuaron yendo como bestias hacia BocÃ³n. Yo corrÃ- hacia ellos, ignorando a Astrid y a mi padre, que me gritaron que me estuviera quieto.

â€”Â¡BASTA YA! â€” GritÃ©, haciendo que todos se quedaran quietos. â€”Â¡Esto es lo que trato de decirte! Â¡Aunque solo sea una vez en la vida, escÃºchenme!

AyudÃ© a levantarse a BocÃ³n de encima de la dragona y yo les dije a todos que se estuvieran quietos y callados y que me dejaran hacer. Les expliquÃ© lo que pasÃ³ con mamÃ¡, les expliquÃ© de lo que habÃ-amos estado hablando y les expliquÃ© los que habÃ-a descubierto, estirando mi mano hacia el hocico del Pesadilla.

Ã‰ste me siguiÃ³, porque empecÃ© a caminar. Todos se apartaron, mirando soprendidos como habÃ-a domado a un dragÃ³n con mucho carÃ¡cter y Ã©l me guardaba sumisiÃ³n. El Ãºnico que no se moviÃ³ fue Mocoso, que temblÃ³ como una hoja al ver a un dragÃ³n tan cerca de Ã©l. CogÃ- su mano derecha y le hice hacer lo mismo que estaba haciendo yo. Ã‰l se dejÃ³ hacer, desconfiado, pero cerrÃ³ los ojos.

â€”No, no cierres los ojos. â€” Le dije. â€”Quiero... Necesito que todos vean esto.

Mocoso abriÃ³ un ojo y mirÃ³ asustado al Pesadilla, el cual lo miraba algo desconfiado, pero tranquilo. El hocico del dragÃ³n y la palma del niÃ±o se juntaron y el Pesadilla cerrÃ³ los ojos. Los humanos miraron sorprendidos la escena, especialmente BocÃ³n, que no podÃ-a creerse lo que estaba viendo. Le mirÃ©, sonriendo un poco, mientras Ã©l me miraba con los ojos como platos.

â€”Todo lo que creen saber de ellos... es mentira. â€” Le dije, seÃ±alando la escena.

Mocoso dejÃ³ de estar tenso y sonriÃ³ un poco, viendo al dragÃ³n tan tranquilo a su lado. El Pesadilla abriÃ³ los ojos y mirÃ³ al niÃ±o un rato, luego se acercÃ³ a Ã©l y empezÃ³ a lamerme la cara. Mocoso rio por las cosquillas.

â€”Jejejeje... â€” La risa se le acabÃ³ cuando vio que me iba de su lado. â€”Eh, eh, eh, Â¿adÃ³nde vas? Â¡Que puede arrancarme la cabeza de un zarpazo, hombre!

â€”Tranquilo, Mocoso, â€” Le dije, mientras me viraba hacia todos para que me oyeran bien. â€”he descubierto que los dragones siguen algo a rajatabla en su vida: "RecogerÃ¡s lo que siembres". Si tÃº les tratas bien, ellos te tratarÃ¡n bien. â€” MirÃ© a BocÃ³n. â€”TambiÃ©n tienen un instinto natural: proteger su existiencia. Por eso actuÃ³ Desdentado asÃ- con mamÃ¡ y contigo Astrid.

â€”TenÃ-as razÃ³n entonces, no era el resplandor. â€” ComentÃ³ Astrid, compreniendo ahora lo que le dije en el puerto.

â€”Todo fue culpa mÃ-a... â€”Dijo BocÃ³n. â€”Lo siento, Hipo, yo...

â€”No fue culpa de nadie, BocÃ³n. â€” Le cortÃ©. â€”Los dragones y los humanos se parecen en ese sentido: protegen su existencia.

BocÃ³n sonriÃ³ un poco y mi padre me miraba sin decir palabra. Le restÃ© importancia porque sabÃ-a que era bastante escÃ©ptico y tardarÃ-a bastante en asimilar esta locura. Le enseÃ±Ã© a todos el truco y ellos eligieron a los dragones que mÃ¡s les llamaban la atenciÃ³n. AsÃ-, BocÃ³n terminÃ³ con el Quebrantahuesos; mi padre, con un Tambor Trueno (segÃºn me habÃ-a explicado la dragoncita azul); Patapez con la Gronckle (la dragoncita naranja); Chusco y Brusca se decantaron por el Cremallerus, ya que asÃ- podÃ-an tener dos dragones en uno; y Astrid se fue con la Nadder.

â€”Â¿CÃ³mo se llama? â€” Me preguntÃ³, acariciÃ¡ndole la barbilla.

â€”Es una Nadder.

â€”Ya me sÃ© la raza, Hipo. â€” Me dijo riendo. â€”Digo su nombre.

â€”Oh, no tienen. â€” RespondÃ-. â€”Los llaman por su raza y despuÃ©s por un nÃºmero que les asignan.

â€”Â¿CÃ³mo sabes eso? â€” PreguntÃ³ BocÃ³n. â€”Â¿Es que te lo dijo InsÃºa antes de encerrarte?

Entonces comprendÃ- dos cosas. Una, BocÃ³n sabÃ-a dÃ³nde estaba porque se lo habÃ-an comentado sus compaÃ±eros de trabajo y dos, como de costumbre habÃ-a metido la pata hasta el fondo. Astrid me mirÃ³, solo ella sabÃ-a que yo oÃ-a hablar a los dragones. DecidÃ- dejar de mentir y les contÃ© toda la verdad. Al principio me miraron como si fuera un lunÃ¡tico, pero Astrid me respaldÃ³ y nuestros compaÃ±eros parecieron creÃ©rselo asÃ-. Pero los adultos eran otra historia.

â€”Â¿Que oyes hablar dragones? â€” PreguntÃ³ mi padre. Yo asentÃ-. â€”Hipo, hijo, paso el hecho de que domesticas dragones como si fueran perros; pero, Â¿oÃ-rles? Â¿Es que acaso Valhallarama dio a luz al Dr. Dolittle?

â€”PapÃ¡, no sÃ© por quÃ©. â€” Le dije, molesto por cÃ³mo me habÃ-a llamado. â€”SegÃºn una leyenda suya, existe el Susurrador de Dragones.

â€”Como el hombre que susurraba a los caballos. â€” ComentÃ³ Patapez, haciendo que todos le mirÃ¡ramos con los ojos entrecerrados. â€”Me callo. â€” Dijo, concentrÃ¡ndose en acariciar a la Gronckle.

â€”Y el Susurrador les ayudarÃ¡ a ser libres otra vez. â€” TerminÃ© de explicar.

â€”Â¿Intentas decirme que ahora vas a liberarlos a todos? â€” PreguntÃ³ BocÃ³n. â€”Hipo... PodrÃ-an matarte si lo intentaras. No serÃ¡n como yo.

â€”BocÃ³n, podemos hacerles ver la verdad, como acabo de hacer.

â€”El Director nunca entrarÃ¡ en razÃ³n. â€” MurmurÃ³ BocÃ³n.

Iba a decirle lo que acababa de descubrir de su jefe, a ver si Ã©l sabÃ-a algo mÃ¡s sobre los planes del Director, pero la voz de Astrid me callÃ³.

â€”Te llamarÃ© Tormenta. â€” Le dijo a la Nadder. â€”Â¿Le gusta? â€” PreguntÃ³ mirÃ¡ndome.

â€”Es bonito. â€” Me comentÃ³ la dragona. Yo asentÃ- mirando a Astrid y ella sonriÃ³.

â€”SerÃ¡ por ese carÃ¡cter que tienes... â€” ComentÃ³ el Pesadilla. Haciendo que Tormenta le lanzara uno de sus pinchos a la cabeza.

â€”Â¡Eh, Astrid, dile a tu dragona que se calme! â€” RugiÃ³ Mocoso.

â€”Es que la ha ofendido. â€” Le expliquÃ©.

â€”Es que la ha ofendido. â€” RepitiÃ³ Astrid, mirando severamente a Mocoso.

â€”Garfios nunca harÃ-a una cosa asÃ-. â€” DefendiÃ³ Mocoso.

â€”Â¿Garfios? â€” Dijo el dragÃ³n. â€”Me gusta.

â€”Le gusta su nombre. â€” Le dije a Mocoso.

â€”Y aunque no le gustara, no pensaba cambiÃ¡rselo. â€” Dijo Ã©l mirÃ¡ndole con chulerÃ-a, provocando que el dragÃ³n se lo metiera en la boca y lo meneara como una pelota.

â€”Te llamarÃ© Barrilete. â€” Dijo Patapez, acariciÃ¡ndole la tripa a la Gronckle, la cual tenÃ-a la lengua para fuera.

â€”LlÃ¡mame como tÃº quieras, pero sigue. â€” SuplicÃ³ Barrilete, con tono gustoso.

â€”Le gusta tambiÃ©n. Sigue haciÃ©ndole cosquillas, porfa. â€” Le expliquÃ© a Patapez, que asintiÃ³.

â€”Â¡Te digo que lo llamamos VÃ³mito! â€” RugiÃ³ Brusca.

â€”Â¡No, le llamamos Eructo! â€” GritÃ³ su hermano.

â€”Â¡Prefiero VÃ³mito! â€” RugiÃ³ la cabeza derecha.

â€”Â¡En tus sueÃ±os, serÃ¡ Eructo! â€” Dijo la izquierda.

â€”La cabeza derecha puede llamarse VÃ³mito y la izquierda Eructo. Son los nombres que ellos prefieren. â€” ComentÃ©, acabando la pelea de los gemelos.

Era la primera vez que alguien paraba una pelea de aquellos dos y me sentÃ-a bastante orgulloso de mÃ- mismo. BocÃ³n estaba acariciando la calavera del dragÃ³n. Me acerquÃ© a Ã©l, sonriendo al ver que hasta Ã©l se habÃ-a encariÃ±ado con los dragones.

â€”Lo llamarÃ© Purohueso. â€” Dijo, orgulloso. Todos lo miramos extraÃ±ados. â€”Â¿QuÃ©? Todos estÃ¡n diciendo chorradas; el mÃ-o, al menos, tiene estilo.

â€”EstÃ¡ bien, BocÃ³n, â€” Le dijo el dragÃ³n. â€”me encanta como suena.

â€”Le gusta mucho, no te preocupes. â€” Le expliquÃ© a BocÃ³n.

â€”Tienes un buen gusto. â€” Le dijo BocÃ³n al dragÃ³n.

Por su parte, Garfios ya habÃ-a soltado a Mocoso, lleno de babas, en el suelo.

â€”Fos, quÃ© asco. â€” Se quejÃ³.

â€”Encima de que te da una ducha... â€” ComentÃ³ divertida Astrid.

â€”Â¡Estoy pegajoso! â€” VolviÃ³ a quejarse.

â€”Â¡Deja de quejarte, pesado, pareces un niÃ±o chico! â€” Le recriminÃ³ Astrid.

â€”Y tÃº deja de meterte en donde no te importa. â€” Se defendiÃ³ Mocoso. â€”Vete a jugar con las muÃ±ecas.

â€”NiÃ±o, ten cuidado con esos comentarios machistas, â€” Le advirtiÃ³ Astrid. â€”porque tu cara acaba de colgar un cartel de "vacante" en tu nariz y mi puÃ±o estÃ¡ ansioso por encontrar habitaciÃ³n.

â€”Â¡Jajajajaja, me encata esta chica! â€” ComentÃ³ Tormenta, lamiÃ©ndole la carita a Astrid.

Todos estaban felices con sus dragones, haciÃ©ndoles cosquillas y diciÃ©ndoles mil y un cumplidos. Los dragones empezaron a tener aires de soberbia. Mi padre estaba con su dragÃ³n, acariciÃ¡ndole un poco. Me acerquÃ© a Ã©l.

â€”PapÃ¡, Â¿tÃº quÃ© nombre quieres ponerle? â€” Le preguntÃ©. Ã‰l nada mÃ¡s me mirÃ³ de reojo.

â€”Lo siento, Hipo. â€” Se disculpÃ³ mi padre.

â€”Tranquilo, papÃ¡, es normal que no te lo creas del todo. Es una locura. â€” ComentÃ© poniendo los ojos en blanco.

â€”No, no por eso. Por todo lo demÃ¡s. â€” ExplicÃ³, aunque yo no le entendÃ-. â€”Siempre te dejo solo en casa, ni siquiera sÃ© cuÃ¡l es tu flor favorita.

â€”El snow corcus, lo dijo BocÃ³n antes delante de todos.

â€”Justo lo que te estoy diciendo. â€” Dijo mi padre. â€”Hipo, no sÃ© nada de ti, nada mÃ¡s he sabido trabajar...

â€”PapÃ¡, no es culpa tuya. Cuando era pequeÃ±o estaba enfadado

porque nunca estabas, pero ahora veo que solo quieres que no me falte lo esencial, por eso trabajas tanto. â€” Dije, dÃ¡ndole a ver que le entendÃ-a.

â€”SÃ-, Hipo, me pasÃ© la vida trabajando para darte cosas... Pero no lo esencial. â€” ArruguÃ© la nariz, sin comprenderle del todo. â€”Un padre. Â¿De quÃ© sirve tener muchas cosas si luego estÃ¡s solo?

SonreÃ- un poco. Era la primera vez que mi padre se sinceraba asÃ- conmigo y yo con Ã©l. QuizÃ¡ esto nos habÃ-a servido para estrechar nuestros lazos. Era una locura como la copa de un pino, sÃ-, pero al menos fue efectivo.

â€”Menos mal que pudiste encontrar a ese dragÃ³n y no sentirte tan solo... â€” ComentÃ³ mi padre, haciendo que recordara por quÃ© estaba aquÃ-.

â€”Â¡Desdentado! â€” GritÃ©, llamando la atenciÃ³n a todos los presentes. â€”Â¡Tengo que ayudarlo, lo matarÃ¡n! â€” CorrÃ- hacia la puerta, pero BocÃ³n me parÃ³.

â€”Â¿AdÃ³nde vas, Speedy GonzÃ¡lez? â€” PreguntÃ³, enfurruÃ±ado. â€”Â¡A ti sÃ- que te matarÃ¡n como te vean!

â€”Â¡Debo ayudarlo, BocÃ³n, el Director tiene un plan horrible! â€” Le dije.

â€”Â¿QuÃ©? Â¿De quÃ© hablas? â€” PreguntÃ³ confuso. Me desanimÃ© al ver que Ã©l no tenÃ-a respuestas esta vez.

â€”Te lo contarÃ© luego en el camino. â€” Le dije, intetando irme, pero me parÃ³ otra vez.

â€”Â¡No habrÃ¡ ningÃºn camino, es muy peligroso!

â€”Â¡Debo ir, es mi amigo! â€” GritÃ©, haciendo que todos me miraran. â€”Puede que yo no sea un experto en amigos... â€” ComentÃ©, mirando a mis compaÃ±eros, los cuales miraron al suelo, avergonzados. â€”...pero sÃ- sÃ© que a un amigo nunca se le abandona.

BocÃ³n me mirÃ³ de arriba a abajo. Ã‰l ahora confiaba en los dragones, era cierto, pero no comprendÃ-a que yo viera a Desdentado como algo mÃ¡s que una mascota, que era como los demÃ¡s veÃ-an a sus dragones. Y es que Desdentado significaba mÃ¡s para mÃ- que el perrito que le habÃ-a estado pidiendo a mi padre desde los seis aÃ±os y que nunca llegÃ³. No, Ã©l no se podÃ-a comparar a un perro, ni a ninguna otra mascota. Desdentado me habÃ-a prometido protecciÃ³n cuando lo montÃ©, habÃ-a mostrado curiosidad cuando me vio llorando la primera vez que nos vimos, habÃ-a mostrado empatÃ-a cuando llorÃ© por segunda vez por mi madre delante de Ã©l, me escuchaba, me entendÃ-a... Ã‰l me habÃ-a demostrado tener humanidad.

â€”Nunca llegarÃ¡s a pie de una sola pieza. â€” Dijo BocÃ³n, haciendo otro inÃºtil intento porque desistiera.

â€”Â¿QuiÃ©n dice que vayamos a pie? â€” Le preguntÃ© sonriendo y poniÃ©ndome al lado de Astrid y Tormenta.

Todos me miraron curiosos, menos Astrid, que ya sabÃ-a a lo que me

referÃ-a, y sonriÃ³, esperando a que entrara en acciÃ³n.

â€”Â¡Aaaaaaaah, cuidado! â€” GritÃ³ Mocoso, tropezÃ¡ndose con todos los dragones, los cuales eran montados por nosotros.

Eso es, les habÃ-a enseÃ±ado a todos a cabalgar dragones, incluÃ-do a mi padre. Suerte que Tuerno Mortal era fuerte, al final mi padre lo llamÃ³ Tornado, aunque tardÃ³ lo suyo. Todos iban montados en sus dragones (excepto yo, claro, que habÃ-a decidido montarme con Astrid encima de Tormenta), para llegar hasta Desdentado, siguiendo las instrucciones de BocÃ³n, el Ãºnico que sabÃ-a adÃ³nde debÃ-amos ir.

â€”Â¡Eh, cuidado! â€” Le gritÃ³ Astrid a Mocoso, que iba sin control. â€”Â¡TÃ-o, aprende a conducir!

â€”Â¡Intenta montar tÃº a un dragÃ³n que no te hace caso! â€” Se quejÃ³ Mocoso.

â€”Intenta tÃº descifrar las Ã³rdenes de un idiota. â€” Se quejÃ³ Garfios.

â€”QuÃ© triste, ni montar un dragÃ³n sabe. â€” Se burlÃ³ Astrid.

â€”Oh, perdona, bonita, es que habÃ-a eliminado de mi agenda Â¡HACER UNA LOCURA COMO ESTA! â€” TerminÃ³ gritando, presa del pÃ¡nico.

â€”Â¿QuÃ© agenda vas a tener tÃº...? â€” ComentÃ³ Astrid, poniendo los ojos en blanco, en gesto de estar agotada de ese niÃ±o.

BocÃ³n nos siguiÃ³ guiando hacia donde sabÃ-a que encontrarÃ-amos a Desdentado a la par que nos guiÃ³ por los caminos mÃ¡s tranquilos y en los que sabÃ-a que no habrÃ-a nadie haciendo guardia, para evitar problemas antes de tiempo. Yo, mientras, les contaba a todos la historia de la Muerte Verde. Todos escuchaban en silencio, asimilando en sus mentes que esto era real y no un cuento de hadas.

IntentÃ© concentrarme en lo que estaba haciendo, porque mi mente estaba ocupada por otra cosa: ayudar a Desdentado.

10. Para eso estÃ¡n los amigos

CAPÃ•TULO VIII:

**"Para eso estÃ¡n los amigos"**

DESDENTADO POV:

VolvÃ- a acurrucarme contra mi cuerpo, cerrando los ojos y dejando que pasara el tiempo. Dio igual cuÃ¡ntas veces rugiera, enseÃ±ara los dientes o les mirara amenazadoramente, ellos no se inmutaban, aunque en el fondo se notaba que me tenÃ-an miedo, pero no tanto como a aquel hombre. En cuanto le vi, rugÃ- enfurecido, mientras Ã©l sonreÃ-a por ver que al fin me habÃ-an atrapado. Con la mirada busquÃ© a mi madre, a ver si por algÃºn casual ella estaba ahÃ-.

â€”_Â¿Buscas a tu mamÃ¡? _â€” Me habÃ-a preguntado con tono burlÃ³n.

No habÃ-a cosa que mÃ¡s odiara de ese hombre que esa frialdad al hablar de un ser vivo... Para que luego, los monstruos seamos nosotros... El Director me tirÃ³ un par de escamas que reconocÃ- enseguida, eran de mi madre... EmpecÃ© a rugir dejÃ¡ndome llevar una vez mÃ¡s por la ira. Pero el enfado no iba solo dirigido al Director esta vez, no, yo ahora estaba enfadado conmigo mismo tambiÃ©n. No habÃ-a podido salvar a mi madre; ella que siempre me estuvo protegiendo desde el dÃ-a que nacÃ-, escondiÃ©ndome de los humanos, sacrificÃ¡ndose dejando que le arrancaran dolorosamente sus hermosas escamas, fingiendo que ella era la Ãºltima Furia Nocturna nacida...

Me virÃ© hacia las heridas que tenÃ-a en la misma pata en donde me habÃ-an disparado; estaban las marcas recientes de que dos escamas mÃ-as habÃ-an sido arrancadas. ColoquÃ© las de mi madre encima, en un inÃºtil intento de sentirla de nuevo a mi lado. RecordÃ© que siempre me habÃ-a estado ocultando de todo y yo no entendÃ-a por quÃ©, recordÃ© cÃ³mo todos los demÃ¡s dragones me miraban algo raro porque era diferente, ya que cada Furia Nocturna encontrada era asesinada por los humanos por creernos la raza mÃ¡s peligrosa. RecordÃ©, tambiÃ©n, las heridas que mi madre siempre traÃ-a cuando la volvÃ-an a encerrar con los demÃ¡s dragones. Yo se las lamÃ-a, intentando curÃ¡rselas, y ella me sonreÃ-a complacida. Le preguntaba siempre de quÃ© eran, pero ella se quedaba callada y, alguna que otra vez, me respondÃ-a, pero diciÃ©ndome que se las habÃ-a hecho ella misma cuando los humanos la dejaban volar.

Eso es, cada vez que un dragÃ³n era sacado de la celda, mi madre decÃ-a que era para darle una vuelta y dejarlo volar un rato en libertad, y si no volvÃ-a era porque le habÃ-an dejado libre. Entonces era cuando yo le preguntaba que si me dejaba acercarme a los humanos, para que supieran que estaba ahÃ- y me dejaran salir, ya que me encantaba volar a veces en la celda y pensaba que me gustarÃ-a mÃ¡s al aire libre.

â€”_Â¡No, hijo! _â€” Me dijo mi madre, con tono de voz asustado que en su dÃ-a no comprendÃ-._ â€”Â¡No puedes dejar que te vean!_

â€”_Â¿Por quÃ©? â€”_ Le preguntÃ© algo extraÃ±ado por su comportamiento. Como niÃ±o que era pensaba que los adultos nunca tenÃ-an miedo.

â€”_Porque ahÃ- fuera existen unos monstruos muy peligrosos, no tendrÃ¡ compasiÃ³n de ti, aunque seas pequeÃ±o..._

Recuerdo que eso hizo que se me helara la sangre y esa noche no pude dormir, ni aunque ella se durmiera, como siempre, conmigo. EmpecÃ© a pensar que este era un lugar seguro y que las personas que nos tenÃ-an aquÃ- eran buenas, porque nos mantenÃ-an protegidos de los "monstruos" de los que me hablÃ³ mi madre. CuÃ¡nta inocencia...

Pero esa inocencia la perdÃ- cuando vi cÃ³mo maltrataban a mi madre. El Director habÃ-a entrado en la celda y todos los dragones se escondieron, muertos de miedo, en las sombras. Mi madre me lanzÃ³ contra una dragoncita azul, una Nadder, y le dijo que me escondiera.

La Nadder me alejÃ³ de mi madre y se hizo un huequecito entre los demÃ¡s dragones para pasar desapercibida.

No recuerdo bien quÃ© pasÃ³, supongo que la mente a veces por sÃ- sola reprime los recuerdos tristes para evitar sufrimiento, pero lo que sÃ- recordaba bien era la impotencia que sentÃ- aquel dÃ-a. Mi madre gemÃ-a de dolor, aguantando los latigazos que el Director le proporcionaba, mientras le gritaba cosas que no podÃ-a recordar porque en su momento no les prestÃ© atenciÃ³n. TemblÃ©, escondido en las alas de la Nadder, y ella me abrazÃ³ contra ella.

â€”_Tranquilo, Furia. _â€” Me dijo. _â€”Tu madre es fuerte, seguro que no le pasa nada._

El que no era fuerte era yo. Me habÃ-a quedado paralizado viendo cÃ³mo pegaba a mi propia madre y ni siquiera salÃ- en su defensa, despuÃ©s de todo lo que ella habÃ-a hecho desde que nacÃ- para mantener mi existencia en secreto. Esa pesadilla la tenÃ-a todas las noches y por eso ya a duras penas dormÃ-a; fue la misma que soÃ±Ã© cuando Hipo me regalÃ³ la cola.

Hipo. Ni siquiera al niÃ±o pude ayudar cuando lo apartaron de mÃ-, y eso que me perdonÃ³ el haberle arrebatado a la persona que mÃ¡s querÃ-a en el mundo con la condiciÃ³n de que no daÃ±ara o matara a nadie porque sÃ-. Y me hizo una cola de pega para poder volar casi libre. No me molestaba ya el que tuviera que ser montado por un niÃ±o, es mÃ¡s, disfrutaba de su compaÃ±Ã-a. Espero que estÃ© bien, sabÃ-a que los dragones no le harÃ-an daÃ±o. Un dragÃ³n nunca ataca si no es para proteger su propia existencia y creo que Hipo se dio cuenta de ese instinto natural y por eso fue a por mÃ-. Hipo no suponÃ-a daÃ±o alguno para los demÃ¡s, es mÃ¡s, intentaba comprendernos y aprender todo lo posible sobre nosotros.

Nunca habÃ-a conocido a un humano como Ã©l. En realidad, nunca habÃ-a conocido a un humano. Los Ãºnicos que conocÃ-a eran los que trabajaban aquÃ- y dejaban bastante que desear; pero Hipo era distinto. Me sorprendiÃ³ la primera vez que lo encontrÃ©; Ã©l en vez de matarme o atacarme, corriÃ³ asustado. Y me sorprendÃ- el doble cuando lo vi de nuevo al dÃ-a siguiente y descubrimos que podÃ-a oÃ-rme hablar.

CaÃ- en la cuenta en los siguientes dÃ-as de que Ã©l podÃ-a ser el Susurrador de Dragones del que siempre hablaba Quebrantahuesos. Pero yo no creÃ-a en leyendas ni en cuentos; y aunque Hipo lo fuera de verdad, nunca se lo hubiera dicho, no querÃ-a que corriera peligro por un tema del que Ã©l no tenÃ-a nada que ver. No sÃ© cÃ³mo le cogÃ- cariÃ±o; bien pudo ser el hecho de que mostrÃ³ que Ã©l sÃ- era humano, pues poseÃ-a la principal caracterÃ-stica de estos: la humanidad. Pasaba por alto el hecho de que me tratara como a una mascota, de todas formas, soy un dragÃ³n, no podÃ-a pensar en el hecho de que de verdad me viera como un amigo.

GemÃ- un poco, volvÃ- a sentir algo de dolor en la pata en donde me habÃ-an arrancado las escamas y yo me lamÃ- las heridas, para que sanaran rÃ¡pido. Me dolÃ-a todo el cuerpo por culpa del maltrato que habÃ-a recibido por parte de los hombres. Patadas, latigazos, golpetazos... Nunca me habÃ-an tratado asÃ-, como a los otros dragones, porque me habÃ-an mantenido oculto y cuando supieron que yo estaba ahÃ- ni les dio tiempo.

Cuando el Director supo de mi existencia, se enfureciÃ³ con mi madre y la mandÃ³ matar. Otra cosa que era culpa mÃ-a. Si me hubiera estado quieto, si no hubiera salido de la celda, aprovechando que el cristal estaba abierto... Tuve que volver a ser un mero espectador cuando se llevaron a mi madre de mi lado, aÃºn sabiendo que esa podÃ-a ser la Ãºltima vez que la viera con vida. Esta vez no me quedarÃ-a quieto, no era un niÃ±o como aquella vez. LancÃ© una bola de fuego contra el cristal y salÃ- corriendo, buscando por todo el edificio el lugar en donde estarÃ-a mi madre, esperando que pudiera llegar a tiempo. Me enfurecÃ- al ver a tantos hombres rodeÃ¡ndome, al final tuve que defenderme y ni siquiera sÃ© con cuÃ¡ntas vidas acabÃ©...

El caso es que lograÃ© salir de chiripa, pero yo no me iba a ir sin mi madre, asÃ- que me quedÃ© quieto en el aire, buscando por todas partes por una entrada. AdemÃ¡s, no estaba muy acostumbrado a volar al aire libre, aunque a Hipo le dijera lo contrario cuando me montÃ³ por primera vez para que no se preocupara. Un jovencito me disparÃ³ y lograÃ³ romperme la cola. DesistÃ- en volver a entrar, herido no podrÃ-a ayudar a nadie, asÃ- que me fui bastante mÃ¡s enfadado.

Al aterrizar en tierra me dormÃ- al ver que no habÃ-a humanos por los alrededores y al dÃ-a siguiente pasÃ³ esa desgracia. Nunca antes habÃ-a tenido que matar a nadie, ni siquiera sabÃ-a que tenÃ-amos ese instinto. Si al menos pudiera ser como creen los humanos: actuar por instinto y seguir con la vida. Pero esta situaciÃ³n me carcomÃ-a. Tanto tiempo quejÃ¡ndome y guardando odio a esos humanos, cuando resulta que yo hice exactamente lo mismo a una persona que, encima, habÃ-a sido muy buena conmigo.

â€”DejarÃ© que veas cÃ³mo me vuelvo el jefe indiscutible de mi raza y la tuya antes de que mueras. â€” Dijo con aires de soberbia el Director, pasando por delante de la jaula en donde seguÃ-a encerrado y atado. â€”Para que veas que no soy tan malo.

Le gruÃ±Ã- por lo bajo enseÃ±Ã¡ndole los dientes, aunque ya no tenÃ-a ni fuerzas para hacerme respetar. BajÃ© la cabeza, respirando algo agitado. El dolor y el molimiento me estaba matando. SabÃ-a que ese iba a ser mi fin y el de mi raza. Â¡Revivir a la Muerte Verde! Ese hombre estaba como una cabra... Â¿Por quÃ© un humano querrÃ-a hacer eso? La casualidad me respondiÃ³, porque InsÃºa, un chico joven que siempre era regaÃ±ado a grito pelado por el Director, le preguntÃ³ a su jefe.

â€”Â¿EstÃ¡ seguro de esto? â€” PreguntÃ³, algo asustado. â€”SegÃºn la leyenda, la Muerte Verde es un dragÃ³n temible. Â¿CÃ³mo lo domarÃ¡?

â€”Es un animal, InsÃºa, cuando vea que yo le devolvÃ- a la vida me obedecerÃ¡. Eso fue lo que hizo el Susurrador de Dragones en su Ã©poca. â€” Le respondiÃ³ el Director, haciendo que InsÃºa lo mirara curioso. â€”Hace tiempo, cuando la Muerte Verde vivÃ-a y tenÃ-a esclavizados a los dragones, Ã©stos robaban comida a los vikingos que habitaban cerca de su isla, Â¡en la isla de al lado, isla Mema!

â€”SÃ-, creo recordar ver eso en los libros de Historia. â€” ComentÃ³ InsÃºa, colocÃ¡ndose las gafas. â€”Mema fue habitada por vikignos en sus orÃ-genes.

â€”Exacto. Los vikingos vivÃ-an en continua guerra con los dragones

por robarles su comida, ignorando que ellos lo hacÃ-an en contra de su voluntad. Por lo tanto, habÃ-a una norma en la antigua Mema: si te encuentras con dragÃ³n, mÃ¡talo a primera vista. â€” El Director le enseÃ±Ã³ el libro que Ã©l tenÃ-a sobre dragones, en el cual se hablaba (errÃ³neamente) sobre cada uno de nosotros. â€”Pero habÃ-a un vikingo que la incumpliÃ³ y dejÃ³ libre a un dragÃ³n. Ã‰ste le guardÃ³ sumisiÃ³n el resto de su vida.

â€”Y usted cree que la Muerte Verde harÃ¡ lo mismo. â€” Dedujo InsÃºa. â€”Pero no comprendo, usted dice que ellos no tienen compasiÃ³n.

â€”Â¿QuiÃ©n hablÃ³ de compasiÃ³n? Â¿Si tÃº coger a un perro callejero y te lo llevas a tu casa tendrÃ¡ compasiÃ³n de ti? Claro que no. Un animal no siente ni padece, menos aÃºn si son monstruos como estos.

â€”Â¡TÃº sÃ- que eres un monstruo! â€” Le rugÃ- furioso, olvidÃ¡ndome de que no podÃ-a entenderme. â€”Â¡Y un asesino!

El Director me golpeÃ³ de nuevo con el lÃ¡tigo y decidÃ- callarme cuando sentÃ- de nuevo el dolor en la piel. InsÃºa mirÃ³ hacia el otro lado, temblando cada vez que oÃ-a los latigazos. El Director se acercÃ³ al cÃ-rculo que habÃ-a dibujado con la sangre de una inofensiva crÃ-a de Terror y empezÃ³ a colocar todas las cosas caracterÃ-sticas de los dragones adentro.

â€”Pero... Â¿Por quÃ© revivirla aunque vaya a guardarle sumisiÃ³n como el dragÃ³n de la historia? â€” VolviÃ³ a preguntar InsÃºa. â€”La Muerte Verde no solo es peligrosa para los dragones, sino para los humanos tambiÃ©n.

â€”Exacto. AquÃ- sobra gente. â€” InsÃºa se paralizÃ³ y mirÃ³ al Directo, que seguÃ-a colocando las cosas como si nada. â€”Necesitamos empezar de cero.

â€”Â¿AcabarÃ¡ con todo el mundo? â€” PreguntÃ³ InsÃºa, palideciendo.

â€”AcabarÃ© con cualquiera que se interponga, porque entonces significarÃ¡ que no quiere avanzar. â€” ContestÃ³ el Director, empezando a perder la paciencia con tanta pregunta.

â€”Â¡No se avanzarÃ¡ nada si todos piensan como tÃº, viejo loco! â€” RugÃ- yo, perdiendo de nuevo el control y meneÃ¡ndome de un lado para otro.

El Director cayÃ³ hacia delante ya que no se esperaba mi rugido y estropeÃ³ todo lo que habÃ-a hecho. Me mirÃ³ lleno de odio y volviÃ³ a golpearme. No sÃ© si era porque estaba ya dÃ©bil o porque esta vez le habÃ-a sacado de quicio de verdad, pero yo sentÃ-a los latigazos mÃ¡s fuertes que antes. Me acostÃ© en el suelo, respirando algo agitado e intentando no mostrar debilidad ante ese hombre. InsÃºa corriÃ³ hacia el Director, intentando que parara. La vista empezÃ³ a nublÃ¡rseme y poco rato todo se volviÃ³ negro. Una voz hizo que volviera a abrir los ojos.

â€”Â¡Desdentado!

HIPO POV:

Nos habÃ-a costado lo nuestro llegar, ya que BocÃ³n se habÃ-a confundido de pasillo dos veces. Â¡Y atrÃ©vete a decirle algo! Mi padre se lo recriminÃ³ y BocÃ³n empezÃ³ a gritar, volviendo a actuar como un ama de casa agobiada. Mis compaÃ±eros se reprimieron una risa mientras yo ponÃ-a los ojos en blanco, pensando que este hombre nunca iba a cambiar.

Cuando llegamos, pude descubrir al fin por quÃ© el Director querÃ-a revivir a la Muerte Verde. Todos se miraron los unos a los otros, temerosos, oyendo el plan del Director.

â€”Ese hombre estÃ¡ como una cabra "jarta" de papeles. â€” SusurrÃ³ Astrid.

â€”RazÃ³n de mÃ¡s para que nos larguemos de aquÃ- sin mirar atrÃ¡s. â€” Dijo Mocoso.

â€”No me irÃ© sin Desdentado. â€” Dije tajante, mirÃ¡ndole serio.

â€”Hipo, no sabemos dÃ³nde estÃ¡. â€” SusurrÃ³ mi padre, yendo hacia Tormenta con Tornado.

IgnorÃ© el comentario de mi padre y busquÃ© con la mirada al dragÃ³n, pero mi atenciÃ³n se fue directa al cÃ-rculo de sangre que habÃ-a en el suelo.

â€”Parece un rito satÃ¡nico. â€” ComentÃ³ Chusco, algo temeroso.

â€”Claro, porque lo estÃ¡ haciendo un diablo malo. â€” Dijo furioso BocÃ³n. â€”Tantos aÃ±os trabajando para ese...

â€”Tranquilo, BocÃ³n, â€” Le dije. â€”tenemos que pasar desapercibidos.

Un gemido de dolor se oyÃ³ y yo lo reconocÃ- enseguida. Me bajÃ© Tormenta, ignorando a Astrid y mi padre, que intentaron cogerme para que me quedara quieto. CorrÃ- un poco, pegado a la pared para ver que una columna me obstruÃ-a la visiÃ³n y no podÃ-a ver que Desdentado seguÃ-a en el mismo estado que cuando nos separaron. CayÃ³, sin fuerzas, mientras el Director le pagaba con el lÃ¡tigo e InsÃºa intentaba pararlo en vano. Me fijÃ© bien en Desdentado, vi unas marcas rosaditas en donde se suponÃ-a que debÃ-a de haber escamas. Pero eso no me pareciÃ³ nada cuando vi tanta herida en todo el cuerpo de Desdentado.

SentÃ- como si fuera una bomba y estuviera a punto de estallar. Desdentado y todos los dragones que estaban aquÃ- me habÃ-an demostrado que no eran malos, que pensaban y sentÃ-an como nosotros, que podÃ-an llegar a ser mÃ¡s humanos que nosotros mismos. Â¿Por quÃ© entonces hacerles esta cosa tan _inhumana_? Â¡Esto ya se pasaba de castaÃ±o a oscuro, no iba a permitir otra injusticia!

â€”Â¡Desdentado! â€” GritÃ©, corriendo hacia la jaula.

â€”Â¡Hipo! â€” Gritaron mi padre, BocÃ³n y Astrid.

â€”Desdentado, tranquilo, ya estoy aquÃ-. â€” Le dije, intentando abrir la jaula, mientras los dos adultos me miraban sorprendidos.

â€”Â¡Sigue vivo! â€” Dijo contento InsÃºa.

â€”Â¿Â¡Este fue el chiquillo que se colÃ³!? â€” GritÃ³ furioso el Director. InsÃºa balbuceÃ³ algunas cosas, presa del miedo, pero el Director se dio cuenta de algo. â€”Un momento... Â¿Los dragones no le hacen nada? Â¡Es un Susurrador de Dragones!

â€”Bueno, que encima estÃ¡ informado. â€” RefunfuÃ±Ã©, mientras me jalaba fuertemente del brazo. â€”Â¡DÃ©jeme en paz! Â¡SuÃ©lteme, viejo chiflado!

â€”Me serÃ¡s muy Ãºtil cuando venga la Muerte Verde, quizÃ¡ puedas domesticarlo por mÃ-.

â€”Â¡EstÃ¡ como una regadera, no pienso hacer nada de eso, psicÃ³pata! â€” Le gritÃ©, intentando soltarme de su agarre.

â€”Pues serÃ¡s su aperitivo, tÃº eliges. â€” AmenazÃ³, mientras yo veÃ-a cÃ³mo InsÃºa le abrÃ-a la jaula a Desdentado.

â€”Vamos, chiquitÃ-n, huye. â€” Le oÃ- susurrar. â€”Â¡Vamos!, si te quedas aquÃ- te matarÃ¡n. Nadie merece esto...

Desdentado lo mirÃ³ desconfiado en un principio, luego, sorprendido. No pude ver mÃ¡s porque el Director me colocÃ³ a su lado, mientras colocaba con una mano las demÃ¡s cosas caracterÃ-sticas de los dragones. SÃ³lo le faltaban las escamas de Desdentado.

â€”Â¡No pienso permitÃ-rtelo! â€” GritÃ©, saltando encima de Ã©l e intentando quitÃ¡rselas. Me empujÃ³ al suelo y cuando lo vi, estaba sujetando el lÃ¡tigo.

â€”Veo que hasta los niÃ±os me salen remolones. â€” GruÃ±Ã³, elevando el arma y yo me protegÃ- inÃºtilmente cubriÃ©ndome la cabeza con las manos y haciÃ©ndome un ovillo. Un rugido hizo que volviera a mirar.

â€”Â¡DÃ©jale en paz! â€” RugiÃ³ Desdentado, lanzÃ¡ndose contra el Director y poniÃ©ndose delante de mÃ-. â€”Â¡No vuelvas a tocar a mi amigo! â€” AmenazÃ³ Desdentado, gruÃ±endo como una bestia parda.

El Director nos mirÃ³ furioso y volviÃ³ al ataque, pero volviÃ³ a ser interrumpido, esta vez, por los demÃ¡s dragones y mis compaÃ±eros y mi familia.

â€”Â¡No vuelvas a ponerle la mano encima a mi hijo! â€” Le gritÃ³ mi padre, volando como lo demÃ¡s con su dragÃ³n. Tornado gritÃ³ fuertemente, sonando como un tambor ensordecedor.

Todos nos tambaleamos por el impacto del gruÃ±ido y Desdentado se lanzÃ³ encima del Director, dispuesto a hacerle cualquier cosa que pudiera acabar con Ã©l, como podÃ-a ser un zarpazo o escupirle fuego. Todos los demÃ¡s se alejaron de la escena, menos yo, que corrÃ- a su lado.

â€”Â¡No, Desdentado! â€” Le dije. â€”Â¡No le hagas nada!

Desdentado me mirÃ³ furioso y confuso a la vez. QuizÃ¡ era que no entendÃ-a por quÃ© querÃ-a proteger la vida de un hombre tan malo y demente; pero yo sÃ-.

â€”Nadie tiene derecho a acabar con la vida de nadie. â€” Le recordÃ©.

â€”Â¿DespuÃ©s de todo lo que nos ha hecho, le defiendes? â€” PreguntÃ³, gruÃ±endo enfadado.

â€”Si lo matas, serÃ¡s igual que Ã©l. Y volverse igual a un ser asÃ- es peor que perder a nadie.

Nadie sabÃ-a la parte que habÃ-a dicho Desdentado, porque solo yo le oÃ-a hablar, pero sÃ- oyeron lo que le habÃ-a explicado, llenando la sala de un silencio sepulcral, en el que solo se escuchaba la respiraciÃ³n de Desdentado, que volviÃ³ a dedicarle una mirada de odio al Director. GolpeÃ³ fuertemente el piso con sus dos patas y le rugiÃ³ amenazadoramente, pero despuÃ©s se puso a mi lado, sin dejar de mirarle con notable ira.

â€”Bien hecho, amigo. â€” Le dije, acariciÃ¡ndole la cabecita.

Todos los demÃ¡s se acercaron a nosotros, sorprendidos por la escena que acababa de ocurrir. InsÃºa, por su parte, se quedÃ³ observÃ¡ndola desde al lado de la jaula, sin creerse que un dragÃ³n no daÃ±ara a un humano aun teniendo la oportunidad. El Director, por el contrario, parecÃ-a no querer entrar en razÃ³n; estaba ensimismado en lo suyo y siguiÃ³ con su plan, cogiÃ©ndome de nuevo por el cuello de la camisa.

ForcejeÃ© para intentar soltarme, mientras Desdentado rugÃ-a enfadado y los demÃ¡s dragones le imitaron, enseÃ±ando los dientes. Fue entonces cuando se oyÃ³ un disparo y una bala casi daÃ±a a Tormenta, la cual saltÃ³ hacia un lado, haciendo que Astrid se tambaleara encima, pero no se cayÃ³. Nos dimos cuenta en ese momento de que la sala estaba rodeada de hombres con armas, apuntando a los dragones.

â€”No dejarÃ© que vuelvan a estropearme el plan. â€” InformÃ³ el Director, jalÃ¡ndome hacia Ã©l. Me mirÃ³ enfadado. â€”Y tÃº me ayudarÃ¡s.

â€”No pienso hacer nada de eso. â€” Le contradecÃ-.

â€”SÃ- que lo harÃ¡s, si no quieres despedirte de por vida de tu dragÃ³n. â€” AmenazÃ³, haciendo que lanzara un profundo suspiro.

â€”No debÃ- haberte salvado. â€” ComentÃ© bastante molesto.

â€”La culpa es tuya, por ver humildad en donde no la hay.

Lo fulminÃ© con la mirada, enfadado por su comentario. QuizÃ¡ tenÃ-a razÃ³n, quizÃ¡ era mÃ¡s tonto que bueno y por eso todo me salÃ-a mal. Pero no sÃ© por quÃ©, no me sentÃ-a del todo mal, aun cuando estaba intentando revivir a un dragÃ³n que podrÃ-a matarnos a todos; esos eran mis valores y me parecÃ-an coherentes.

â€”Â¿QuÃ© hacemos? â€” OÃ- que preguntaba Tormenta.

â€”Ya hemos perdido, serÃ¡ mejor hacerle caso. â€” ComentÃ³ asustada Barrilete.

â€”Yo no obedezco Ã³rdenes de monstruos. â€” GruÃ±Ã³ Desdentado.

Fue cuando me di la vuelta y vi a Desdentado lanzar una bola de fuego a los cristales (justo cuando el Director iba a acabar de colocar las cosas), haciendo que rebotara por toda la habitaciÃ³n y centrando la atenciÃ³n de todos en ella. La bola chocÃ³ contra una columna, ocasionando que se cayeran las demÃ¡s, dejando al techo sin sujeciÃ³n. Todos los hombres salieron corriendo de la sala y algunos hasta soltaron las armas, presas del pÃ¡nico.

â€”Â¡Corran, esto se derrumba! â€” GritÃ³ uno, asustado a mÃ¡s no poder, que gesticulaba exageradamente.

â€”Â¡Vuelvan aquÃ-, cobardes! â€” RugiÃ³ el Director.

AprovechÃ© la ocasiÃ³n para darle una patada en la entrepierna. Ã‰l se doblÃ³ de dolor y nuestras caras quedaron a la misma altura.

â€”Eso por chantajearme y secuestrarme. â€” Le dije. Luego, le di un puÃ±etazo en la cara, haciÃ©ndole caer hacia atrÃ¡s. â€”Y eso por hacerle daÃ±o a mi amigo.

InsÃºa le lanzÃ³ una red igualita a la que usaron para coger a Desdentado y encerrÃ³ al Director en la jaula.

â€”Y eso por no darme vacaciones en julio. â€” Le dijo, imitÃ¡ndome. Se dio cuenta de que le mirÃ¡bamos extraÃ±ados. â€”Â¿QuÃ©? Me pareciÃ³ oportuno.

â€”Mira a Hipo, quÃ© rÃ¡pido aprende. â€” ComentÃ³ Astrid, sonriÃ©ndome.

â€”He tenido una buena maestra. â€” Le dije, haciendo que se riera un poco.

â€”Tenemos que salir de aquÃ-, esto no aguantarÃ¡ mÃ¡s. â€” Nos advirtiÃ³ InsÃºa. â€”Yo sacarÃ© a los otros dragones.

â€”No hace falta, â€” Le dijo Astrid. â€”nosotros dejamos el cristal abierto.

Justo en ese momento apareciÃ³ la TifÃºmeran (la dragona de cabeza gris que cuidaba al Terror).

â€”Ya estamos todos fuera, solo faltan ustedes. â€” Nos comentÃ³.

â€”Dice que solo faltamos nosotros por salir. â€” Les traduje a los otros, subiÃ©ndome a lomos de Desdentado.

â€”Â¿Pues a quÃ© esperamos? â€” PreguntÃ³ nervioso Mocoso. â€”Â¡Andando que es indicativo!

â€”Es gerundio. â€” Le corrigiÃ³ Patapez, provocando que Mocoso le

diera un fuerte cogotazo. â€”Â¡Auch!

â€”Â¿Recuerdas cuando te dije que ser demasiado listo iba a empezar a dolerte? â€” Le preguntÃ³ con algo de enfado.

La TifÃºmeran se acercÃ³ a InsÃºa y bajÃ³ su ala izquierda, dejando al hombre bastante confundido. Yo sonreÃ- un poco y decidÃ- explicarle.

â€”Quiere que te subas encima de ella. Como nosotros.

InsÃºa me mirÃ³ sin creÃ©rselo del todo, pero finalmente decidiÃ³ confiar en la dragona y se subiÃ³ a su lomo, no sin antes coger el Libro de Dragones que BocÃ³n le habÃ-a regresado.

â€”Â¡A por todas, campeÃ³n! â€” Le dije a Desdentado.

Ã‰l me mirÃ³ sonriente y emprendimos el vuelo, olvidÃ¡ndonos del Director, de la Muerte Verde y de cualquier problema. Ahora todo estaba bien... O eso creÃ-a yo... El caso es que escuchÃ© el sonido de dos piedrecitas cayendo en el suelo y me virÃ©, comprobando que eran solo las escamas que el Director habÃ-a tirado al suelo cuando estaba preparando lo suyo. Al parecer, Desdentado les dio sin querer con la cola. Le restÃ© importancia, sin darme cuenta de que habÃ-an caÃ-do justamente dentro del cÃ-rculo.

â€”Â¡La salida, al fin la veo! â€” GritÃ³ entusiasmado Mocoso, cuando nos acercamos a la puerta del edificio.

Una vez salimos comprobamos que todos los dragones estaban ahÃ- fuera y que estaba haciendo un tiempo de perros: hacÃ-a mucho viento y habÃ-a nubes grises amenazando con tormenta. Incluso podrÃ-a jurar que oÃ- unos truenecitos. Cuando todos estuvimos fuera nos estuvimos mirando los unos a los otros durante un largo rato con los ojos abiertÃ-simos y las bocas cerradas. Los dragones nos imitaron. De pronto, todos empezamos a reÃ-r histÃ©ricamente, sin poder parar.

â€”Jejejejeje... â€” Rio Chusco. â€”Â¿De quÃ© nos reÃ-mos, exactamente? â€” Su hermana le pegÃ³ un puÃ±etazo en el hombro.

â€”Â¡De que estamos bien, hombre! â€” Le aclarÃ³.

â€”Â¡Hipo, ha sido alucinante! â€” ComentÃ³ eufÃ³rica Astrid. â€”Â¡Jajajaja, aÃºn recuerdo el piÃ±azo que le metiste al Director!

â€”Â¡SÃ-ii! Â¡No sabÃ-a que eras tan fuerte! â€” Dijo Mocoso, algo asustado. Seguramente recordando todas las veces que Ã©l me habÃ-a pegado.

â€”Tranquilo, Mocoso, no te harÃ© nada... De momento. â€” Le dije divertido.

â€”Â¡No me lo puedo creer, somos libres! â€” ComentÃ³ feliz Tormenta, saltando de alegrÃ-a. Astrid le mirÃ³ extraÃ±ada, pero la dejÃ³ saltar compartiendo su entusiasmo.

â€”Â¡Aire libre, al fin! â€” ComentÃ³ Garfios, extendiendo sus dos

alas rojas.

â€”Â¡El mar, siempre habÃ-a querido volver al mar! â€” Dijo contentÃ-simo Tornado, ya que los Tambor Truenos son dragones que viven cerca del mar.

Los demÃ¡s dragones empezaron a hablar tambiÃ©n, celebrando que al fin eran libres, que ya no debÃ-an temer nada nunca mÃ¡s, que ahora estaban con humanos y no con trozos de carne con ojos. Desdentado me mirÃ³ sonriente y yo le correspondÃ- a la sonrisa, acariciÃ¡ndole la cabecita. Mi padre se acercÃ³ a mÃ-, sonriente, dispuesto a decirme algo, pero otra cosa lo interrumpiÃ³.

Un fuerte trueno resonÃ³ por todas partes, haciendo que saltÃ¡ramos del susto (dragones incluÃ-dos). Pero no fue solo el trueno lo que nos asustÃ³, fue el brillo verde y el humo negro que empezaron a salir del edificio lo que nos llamÃ³ la atenciÃ³n. Todo el lugar se quedÃ³ envuelto en una niebla que ponÃ-a los pelos de punta y el ambiente se enfrÃ-o, provocando que nos abrazÃ¡ramos a nosotros mismos para darnos algo de calor.

EmpecÃ© a tener un muy mal presentimiento. Y no me equivocaba al tenerlo. De pronto, empezaron a oÃ-rse ruidos de donde salÃ-a el humo negro, el cual empezÃ³ a juntarse con el brillo y se volvieron uno, formando una figura gorda y alargada, creo que podrÃ-a llegar a medir unos 20 metros. Poco a poco, la figura se fue solidificando y empezÃ³ a tener su propio color: gris.

Una cabeza en lo alto se formÃ³, con tres circulitos a cada lado, que al final se abrieron dejando ver que eran ojos. El cuerpo estaba cubierto por cuernitos redondos de color rojo, como los del Cremallerus, y por el resto del cuerpo eran cuernos triangulares, que cortaban con tan solo mirarlos; su hocico era gordo y con dos agujeros grandes a los lados para poder respirar. Su boca se abriÃ³, dejando al descubierto mÃ¡s de cien dientes puntiagudos (y algÃºn que otro roto). Una cornamenta tipo alce estaba pegada a su cabeza.

Un rayo lo iluminÃ³, asustÃ¡ndonos mÃ¡s de la bestia. La claridad pareciÃ³ ayudar al dragÃ³n a darse cuenta de que estÃ¡bamos ahÃ-, mirÃ¡ndole con la boca abierta y rugiÃ³ fuertemente, ocasionando una especie de terremoto, que se juntÃ³ tambiÃ©n con las olas que empezar a formarse por el viento. Cuando todo se calmÃ³ (en el mundo natural), los dragones empezaron a temblar y sus jinetes con ellos; excepto Desdentado, que se habÃ-a quedado petrificado, al igual que yo, viendo a ese dragÃ³n, que tan solo podÃ-a ser...

â€”La Muerte Verde... â€” Dijimos a la vez.

11. La fuerza de la amistad

CAPÃ•TULO IX:

**"La fuerza de la amistad"**

â€”La Muerte Verde... â€” Dijimos Desdentado y yo a la vez, pero los humanos sÃ³lo me oÃ-an a mÃ-.

â€”Â¡Oh, venga ya! â€” Se quejÃ³ Mocoso. â€”Â¡Por eso no querÃ-a venir aquÃ-! â€” La Muerte Verde se quedÃ³ mirando a Mocoso y, con

Ã©l, a todos nosotros.

â€”Â¡CÃ¡llate, estÃ¡s llamando la atenciÃ³n! â€” Le dijo Astrid.

â€”Â¡No me da la gana! â€” GritÃ³ mÃ¡s fuerte. Luego, nos mirÃ³ a mÃ- y a Desdentado, poniÃ©ndose de pie encima de Garfios y con las manos en la cabeza. â€”Â¡A ver por quÃ© tengo que jugarme la piel por este loco y su mascota!

â€”Â¡Desdentado no es ninguna mascota! â€” Le gritÃ© tambiÃ©n. â€”Â¡Es mi amigo!

Ante esto, Desdentado me mirÃ³ sorprendido. Al parecer, Ã©l tambiÃ©n creÃ-a que para mÃ- no era mÃ¡s que una mera mascota y el escuchar esas palabras de mi boca le habÃ-an tomado por sorpresa. La Muerte Verde se acercÃ³ a nosotros y nos mirÃ³ con sus seis ojos. Barrilete se tapÃ³ los ojos con las orejas, Garfios bajÃ³ la cabeza sumisamente, el Cremallerus se fue hacia atrÃ¡s, haciendo que los gemelos casi perdieran el equilibrio, Tormenta temblÃ³, sacudiendo a Astrid un poco, Tornado tambiÃ©n se acobardÃ³, al igual que Purohueso, que se juntaron inconscientemente, como si quisieran sentir protecciÃ³n. Los demÃ¡s dragones (que se encontraban en tierra firme) tambiÃ©n lo miraban y hasta jurarÃ-a que habÃ-an dejado de respirar.

â€”No se muevan... â€” SusurrÃ©, estirando mi mano hacia Ã©l.

â€”Hipo, Â¿quÃ© estÃ¡s haciendo? â€” Me preguntÃ³ Desdentado, alejÃ¡ndose y, por lo tanto, alejÃ¡ndome a mÃ- tambiÃ©n del Seadragonus.

â€”Quieto, Desdentado. Voy a ver si puedo... â€” VolvÃ- a estirar mi brazo hacia su hocico.

â€”Â¡No lo hagas, no sabes de lo que es capaz!

Iba a contradecirle cuando la Muerte Verde me rugiÃ³ ferozmente, provocando un fuerte aire que me empujaba hacia atrÃ¡s, me agarrÃ© a Desdentado para evitar caerme, aunque Ã©l tambiÃ©n se estaba yendo para atrÃ¡s.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ mi padre. â€”Â¡No te acerques a Ã©l!

Mi padre se bajÃ³ de su dragÃ³n al ver que Tornado se negaba a moverse y se acercÃ³ al Seadragonus, que al verlo cerca de Ã©l, lo empujÃ³ con la cola. Esta vez el Tambor Trueno sÃ- se moviÃ³: emprendiÃ³ el vuelo para coger a mi padre en el aire y evitar que se cayera al mar. Todos miramos sorprendidos cÃ³mo Tornado no se habÃ-a movido para acercarse a la Muerte Verde, pero sÃ- para salvar a mi padre. Pero nuestra atenciÃ³n volviÃ³ a volcarse en Merciless cuando Ã©ste empezÃ³ a expulsar un vaho verde de su boca.

â€”Â¡La niebla verde! â€” GritÃ³ asustado Purohueso, levantÃ¡ndose y emprendiendo el vuelo. BocÃ³n intentÃ³ calmarlo, pero fue inÃºtil. â€”Â¡Corran, no respiren!

Eso se volviÃ³ una locura en menos de tres segundos: todos los dragones echaron a volar, gritando asustados, al igual que mis

compaÃ±eros, que eran presas del pÃ¡nico. Mi padre y BocÃ³n estaban igual de asustados, pero mantuvieron la calma para servir de ejemplo y poder ayudar a los demÃ¡s. Tornado y Purohueso tenÃ-an mucho miedo, como cualquier dragÃ³n, pero optaron a hacer lo mismo que los adultos para ayudar a los demÃ¡s dragones.

Desdentado hizo lo mismo, volando lo mÃ¡s rÃ¡pido que pudo con mi ayuda, que esta vez no era muy efectiva, porque estaba muy nervioso y no me podÃ-a concentrar en cÃ³mo debÃ-a mover la palanca. La Muerte Verde volviÃ³ a rugir, esta vez mÃ¡s fuerte que nunca y empezÃ³ a llenar todo el lugar con neblina.

â€”Â¡Hipo, no respires! â€” Me advirtiÃ³ Desdentado.

Le obedecÃ- al momento y, sin querer, vi a un Nadder de un azul mÃ¡s oscuro que Tormenta lanzando fuego a la neblina, ocasionando un gran incendio en el aire. Garfios corriÃ³ hacia Ã©l y lo alejÃ³ de ahÃ-, ya que por poco se quema un ala.

â€”Un momento. â€” Dije dÃ¡ndome cuenta de algo e hice que Desdentado se parara.

â€”Â¡Hipo, Â¿quÃ© haces?! â€” Me preguntaron Desdentado y Astrid a la vez. Mi padre vio que me detuve y vino a mÃ-, al igual que BocÃ³n.

Me di la vuelta para ver a la Muerte Verde, que desde lo mÃ¡s profundo de su garganta lanzÃ³ varias bolitas de fuego que al encontrarse con la neblina ocasionaron un gran incendio en el aire, calentando el ambiente.

â€”Â¡Cuidado! â€” GritÃ³ mi padre, haciendo que todos nos alejÃ¡ramos de ahÃ-.

â€”No es venenoso... â€” Deduje, parando a Desdentado de nuevo.

â€”Â¡Hipo, vamos! â€” Me dijo mi padre.

â€”No, papÃ¡, espera. Â¡Esa neblina no es venenosa! â€” GritÃ© para que todos me oyeran. FuncionÃ³, ya que todo el mundo se virÃ³ hacia mÃ-.

â€”Â¿QuÃ© estÃ¡s diciendo? â€” Me preguntÃ³ Purohueso. â€”Cada vez que un dragÃ³n lo inhala, muere.

â€”Â¡No es eso! No es venenosa, es inflamable. Â¿No lo vieron? â€” ExpliquÃ©, mientras todos me miraban con el ceÃ±o fruncido. â€”Podemos acercarnos a ella.

â€”Â¡Ni "jarto" vino pienso acercarme ahÃ- y mucho menos dejar que te acerques! â€” Dijo mi padre, cruzÃ¡ndose de brazos.

â€”PapÃ¡, por favor, si no la detenemos aquÃ-, puede seguirnos hasta Mema. â€” ComentÃ©, notando que eso tocÃ³ el punto sensible de todo el mundo. â€”Y si algunos van por el lado contrario para alejarla, esas personas morirÃ¡n y ella seguirÃ¡ vagando sin rumbo, hasta llegar a un lugar repleto de humanos.

â€”Â¿QuÃ© propones que hagamos entonces? â€” Me preguntÃ³ Astrid,

quitÃ¡ndose el fleco de encima del ojo.

â€”Luchar contra ella. â€” Dije tajante.

â€”Â¿Â¡QUÃ‰!? â€” Gritaron tanto dragones como humanos.

En ese momento todos se pusieron a hablar a la vez, diciendo mil y una excusas para que cambiara de idea. Pero no podÃ-a hacerlo, estÃ¡bamos hablando de la vida y de la libertad de dragones y humanos. Si podÃ-a parar a esa bestia, lo harÃ-a. SentÃ- un fuerte dolor de cabeza por tanto grito y ya no lo aguantÃ© mÃ¡s.

â€”Â¡SILENCIO! â€” MandÃ© a callar, haciendo hasta eco. Ya solo se oÃ-a a la Muerte Verde, rugiÃ©ndonos en la distancia. â€”Â¡Dejen de meter voces y hÃ¡ganme caso! Esto ya no se trata de los dragones, se trata de toda la gente. No podemos permitir que esa cosa haga daÃ±o a nadie. Si nos enfrentamos juntos, podremos vencerla. â€” MirÃ© a los dragones. â€”Ya no estÃ¡n solos como aquella vez, chicos. Si los vikingos pudieron matarla una vez, nosotros, unidos, podremos.

Todos se miraron y finalmente los jinetes miraron a sus dragones, los cuales asintieron, convencidos, haciendo que los humanos suspiraran y me miraran bastante serios.

â€”Espero que sepas los que haces. â€” Me amenazÃ³ Mocoso.

En realidad, no sabÃ-a si iba a funcionar y estaba muy asustado, pero habÃ-a que intentarlo. Si acaso funcionaba podrÃ-amos acabar con esa cosa de una vez por todas, no podÃ-amos perder esta oportunidad. Dimos media vuelta hasta la Muerte Verde, la cual no se habÃ-a movido de su sitio, cosa que me extraÃ±Ã³, pero le restÃ© importancia para concentrarme en lo importante.

â€”Â¡Vale, por lo que sÃ©, cada dragÃ³n es diferente! â€” GritÃ©, para ser oÃ-do. â€”Â¡Que cada uno luche como sepa, todos a la vez! Â¡Ninguno debe ser abandonado a su suerte!

Dicho esto, todos se pusieron manos a la obra con sus dragones. Astrid se acercÃ³ la primera a la Muerte Verde, seguida de todos los Nadder que el Director habÃ-a tenido presos durante tanto tiempo y Tormenta empezÃ³ a atacar primero, para servir de ejemplo a los otros. LanzÃ³ los pinchos que adornaban su cola hacia la barriga del Seadragonus y los demÃ¡s la imitaron. Posteriormente, vino Patapez con los Gronckles, que sobrevolaban la cabeza, para hacer llover fuego. VÃ³mito, Eructo y Garfios se acercaron con los de su raza para araÃ±arle algunas partes de su cuerpo aleatoriamente. Desdentado se acercÃ³ solo, ya que no habÃ-a mÃ¡s Furia Nocturnas, y le lanzÃ³ una de sus bolas de fuego en la cara, haciendo que la Muerte Verde rugiera molesta.

â€”Â¿Por quÃ© no le pasa nada? â€” PreguntÃ³ Patapez, desesperado.

â€”Creo que tu plan no funciona, Hipo. â€” ComentÃ³ Chusco, alejando a su dragÃ³n de la Muerte.

â€”Estamos haciendo todo lo que podemos. â€” Me dijo Desdentado. â€”Cada uno ha batallado segÃºn le caracteriza.

â€”Â¿Caracteriza? â€” RepetÃ- preguntando. Entonces, mirÃ© las escamas de Desdentado. â€”Â¡EstÃ¡ protegido!

Cuando mi padre iba a preguntarme quÃ© querÃ-a decir, tuvimos que alejarnos rÃ¡pidamente del dragÃ³n, ya que esta vez dejÃ³ de estar sentado verticalmente y se puso a cuatro patas, lanzando fuego.

â€”Â¡Bien hecho, genio! â€” Dijo sarcÃ¡sticamente Mocoso. â€”Â¡Ahora estÃ¡ molesto!

â€”Mi plan no puede funcionar, â€” ExpliguÃ©, mirÃ¡ndolos a todos, que me miraban con temor por mi afirmaciÃ³n. â€”porque Ã©l ha renacido de lo caracterÃ-stico de cada dragÃ³n. EstÃ¡ rodeado de cuernos redondos como el Cremallerus, ruge ensordecedoramente como el Tambor Trueno, posee pinchos afilados como cuchillas como los Nadder... Pero lo mÃ¡s importante son sus escamas.

â€”Â¿Escamas? â€” PreguntÃ³ InsÃºa, poniÃ©ndose a mi lado con la TifÃºmeran. â€”Â¿Las que le quitamos a tu Furia Nocturna?

â€”Exacto. â€” Le dije. Le seÃ±alÃ© el libro que tenÃ-a entre sus manos. â€”Seguro que ahÃ- ha de poner que las escamas de un Furia Nocturna le sirven para protegerle, es como un escudo.

â€”Â¡Por eso la Muerte Verde no se inmuta a nuestros ataques: estÃ¡ protegida como los Furia Nocturna! â€” FinalizÃ³ Astrid por mÃ-.

â€”Â¿Y ahora quÃ© hacemos? â€” PreguntÃ³ horrorizado Patapez.

â€”... Vamos a morir... â€” ComentÃ³ Mocoso, poniÃ©ndose pÃ¡lido. â€”Â¡Es el fin del mundo, los mayas tenÃ-an razÃ³n!

â€”Eso es el 21 de diciembre. â€” Le dijo Brusca.

â€”Â¡Pues ha venido antes! â€” GritÃ³ exasperado. â€”Â¡Yo me voy de aquÃ-! â€” InformÃ³, intentando que Garfios se diera la vuelta.

â€”Garfios no quiere irse, Mocoso, â€” Le dije. â€”sabe que no sirve de nada.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato. Â¿Y ahora quÃ©? Me quedÃ© mirando a la Muerte Verde, que no paraba de lanzarnos fuego que nosotros esquivÃ¡bamos como locos. SabÃ-a que eso iba a ser el fin, no podÃ-amos huir de por vida. Sobre todo yo, Desdentado estaba muy malherido y lo notaba por su respiraciÃ³n cansada.

â€”Si al menos supiera algÃºn punto dÃ©bil de los dragones para ganar tiempo. â€” Dije en un susurro, pero InsÃºa y BocÃ³n me oyeron.

â€”Bueno, tiene seis ojos, â€” ComentÃ³ BocÃ³n. â€”pero son pequeÃ±os y eso significa que no ve muy bien que digamos.

â€”Â¡Por eso solo se dio cuenta de nosotros cuando el rayo iluminÃ³ la isla! â€” Deduje, sonriendo.

â€”Exacto, y por eso Ã©l se guÃ-a por el oÃ-do y el olfato. â€”

ContinuÃ³ InsÃºa.

â€”No son cuernos, son orejas. â€” Dije, echÃ¡ndole un vistazo a su "cornamenta".

â€”El sonido del metal nos altera. â€” Me dijo Desdentado, jadeando un poco. â€”Es sÃºper incÃ³modo.

Una idea pasÃ³ por mi mente mÃ¡s rÃ¡pida que el rayo que en ese momento sonÃ³, dando paso a una fuerte lluvia. Hice a Desdentado ir en picado hacia el edificio destruido en un 99%.

â€”Â¡Hipo, Â¿adÃ³nde vas?! â€” Me gritÃ³ BocÃ³n.

Yo le ignorÃ© y busquÃ© con la vista lo que necesitaba para ganar tiempo. No estaba seguro de que se me fuera a ocurrir algo, pero sÃ-sabÃ-a que eso funcionarÃ-a y quizÃ¡ podÃ-a ocurrir un milagro. En el suelo estaban tiradas algunas barras de hierro de la jaula en donde estaba Desdentado. Del Director ni la sombra, no quise saber la suerte que habÃ-a ocurrido ese "hombre", ni me interesaba en ese momento. Me bajÃ© de Desdentado y fui a cogerlas, tambaleÃ¡ndome por el peso.

â€”Pero, Â¿quÃ©... quÃ© haces...? â€” Me preguntÃ³ Desdentado, acostÃ¡ndose un poco. Me dio pena verlo tan cansado.

â€”Tengo una idea, amigo. â€” Le dije, subiÃ©ndome encima de Ã©l con algo de dificultad. â€”Â¿Puedes ir bien?

El asintiÃ³ con la cabeza y emprendimos el vuelo de nuevo hacia afuera; Desdentado esquivÃ³ sorprendentemente la cola del Seadragonus, que se meneaba de allÃ¡ para acÃ¡ como loca. Fue entonces cuando oÃ- a mi padre gritarle a BocÃ³n y a InsÃºa por dejarme ir solo adentro, pero la cara de enfado se le cambiÃ³ por una de sorpresa cuando me vio con tanta barra metÃ¡lica.

â€”Hipo, Â¿pero quÃ©...? â€” IntentÃ³ preguntarme.

â€”Â¡Es una idea, papÃ¡! â€” GritÃ©, lanzÃ¡ndoles a cada uno una barra metÃ¡lica, que afortunadamente todos cogieron al vuelo.

â€”Â¡Oh, no, ni hablar! â€” Negaba Mocoso, mientras cogÃ-a la barra. â€”No seguirÃ© otra locura de idea tuya.

â€”Mocoso, hazme caso. Â¡Todos hÃ¡ganme caso, ahora sÃ© lo que hago! Â¡Astrid, sÃ-gueme! â€” Le dije y ella me siguiÃ³ sin hacer preguntas.

â€”Â¡Hipo!, Â¿te estÃ¡s volviendo loco? â€” GritÃ³ mi padre, siguiÃ©ndonos.

Los tres nos pusimos al lado de la oreja del Seadragonus y Tormenta y Tornado se miraron desconfiados, pero Desdentado les mirÃ³ un momento y ellos se calmaron un poco.

â€”A ver, Astrid, papÃ¡, Â¡golpeemos las barras unas con otras! â€” Les expliquÃ©.

â€”Â¿QuÃ©? â€” PreguntÃ³ Astrid. â€”Hipo, no sÃ© quÃ© tiene

que...

â€”Â¡HÃ¡ganme caso, por favor!

EmpecÃ© a golpear mi barra contra la de Astrid y ella me siguiÃ³ el juego, al igual que mi padre, que al rato se nos uniÃ³. La Muerte Verde meneÃ³ la cabeza y gruÃ±Ã³ un poco.

â€”Â¡Funciona! â€” GritÃ© alegre.

Los demÃ¡s nos imitaron y se acercaron a Merciless, golpeando fuertemente los metales. Los dragones que no tenÃ-an jinetes, volvieron a atacarle, esta vez mÃ¡s fuerte. Al parecer se sentÃ-an seguros porque estaba distraÃ-do. No caÃ- en la cuenta de que el Seadragonus era mÃ¡s fuerte que nuestros dragones. Al rato de estar haciendo ese metÃ¡lico ruido, los dragones empezaron a tambalearse en el aire y todos soltamos las barras, cayÃ©ndonos al suelo.

â€”Â¡Ya sabÃ-a yo que tus planes no eran de fiar! â€” Dijo Mocoso, intentando sacar la cabeza de debajo de la arena. Garfios le echÃ³ una "pata".

â€”Oooh... â€” Me quejÃ©, sobÃ¡ndome la cabeza. Luego me virÃ© a Desdentado, que estaba tirado en el suelo. â€”Â¿EstÃ¡s bien, campeÃ³n? â€” El asintiÃ³ con un gruÃ±idito, aunque no me convenciÃ³ del todo.

LancÃ© un suspiro de frustraciÃ³n. Â¡No se me ocurrÃ-a nada! Estaba seguro por las escamas de Desdentado, nuestros ataques no le hacÃ-an nada... No querÃ-a creerme que podÃ-amos llegar a ser esclavizados por un dragÃ³n. Seguramente el ejÃ©rcito se encargarÃ-a, Â¿pero cuÃ¡nta sangre correrÃ-a antes de que ellos pudieran hacerle nada? EmpecÃ© a llorar sin darme cuenta y Desdentado me lamiÃ³ las lÃ¡grimas que corrÃ-an por el lado izquierdo de mi cara.

â€”Lo siento... â€” Dije, mirando a todos los dragones y luego acariciÃ© a Desdentado. â€”No puedo ayudarlos, no soy el Susurrador de Dragones...

Desdentado me acariciÃ³ la tripita con su cabeza para reconfortarme y yo lo abracÃ© fuertemente, llorando. Fue cuando me di cuenta de que dos escamas se cayeron.

â€”Son de mi madre... â€” Me explicÃ³, lamiÃ©ndolas un poquito.

SaquÃ© inconscientemente la cinta de pelo de mi madre del bolsillo y la aferrÃ© fuertemente contra mi pecho. Luego, cogÃ- las dos escamas de la mamÃ¡ de Desdentado y las envolvÃ- dentro de la cinta.

â€”AsÃ- no se perderÃ¡n. â€” Le dije a Desdentado. â€”Es algo demasiado valioso para perderlas. â€” El dragÃ³n me sonriÃ³ complacido y acostÃ³ la cabeza en mi regazo. â€”De verdad que lo siento, chicos. â€” Dije cabizbajo, sin darme cuenta de que todos los dragones y los humanos se acercaron a mÃ-.

El pequeÃ±o Terror que me habÃ-a conmovido antes se acercÃ³ a mÃ- y trepÃ³ por mi cuerpo, hasta llegar a mi cara para lamerme cariÃ±osamente. Luego, se acurrucÃ³ contra mÃ-, como estaba haciendo Desdentado.

â€”No se disculpe, seÃ±or. â€” Me dijo, con su voz infantil. â€”Yo al menos estoy contento de que sigan existiendo buenas personas que ayudan a quienes lo necesitan, sin importar lo que parezcan ser.

SonreÃ- un poco, complacido por el comentario del menor. En ese momento hubiera deseado que todos pudieran oÃ-rles hablar como hacÃ-a yo. Lo abracÃ© un poco y le susurrÃ© un sincero: "Gracias". Mi padre me colocÃ³ una mano en el hombro izquierdo e hincÃ³ la rodilla derecha, para poder estar a mi altura

â€”Hijo, lo has intentado, â€” Me consolÃ³ al igual que el Terror. â€”pero no podemos hacer mÃ¡s.

â€”SÃ-, esa cosa es indestructible. â€” Dijo Astrid, rota de dolor, abrazando a Tormenta y acariciÃ¡ndola.

Les mirÃ© a todos con algo de tristeza. A los Ãºltimos que vi fueron a Garfios y VÃ³mito y Eructo. Fue entonces cuando vi la luz. Garfios aÃºn tenÃ-a en el pecho las quemaduras leves de cuando el Cremallerus le escupiÃ³ fuego adentro de su cuerpo y recordÃ© que todo no estaba perdido. El Seadragonus estaba protegido por las escamas del Furia Nocturna, pero hasta un Furia Nocturna no puede protegerse de...

â€”Eso es... â€” SusurrÃ© felizmente. Me levantÃ© y Desdentado hizo lo mismo, mientras dejaba al Terror en el suelo. â€”Â¡Lo tengo, no es indestructible, como cualquier dragÃ³n!

Me subÃ- al lomo de Desdentado y empezamos a volar, direcciÃ³n a la Muerte Verde. La lluvia empezaba a acampar y yo lo agradecÃ-a, porque si no era demasiado incÃ³modo. Mi padre me cortÃ³ el pasÃ³, montado en Tornado.

â€”Â¿AdÃ³nde crees que vas, seÃ±orito? â€” Me preguntÃ³ mi padre, con tono enfadado.

â€”Â¡PapÃ¡, ya sÃ© cÃ³mo destruirlo para siempre! â€” Le expliquÃ©. â€”Necesito que se mantengan alejados.

â€”El que se va a mantener alejado vas a ser tÃº. â€” Dijo cortante y autoritario.

â€”Por favor, papÃ¡, sÃ© que esto va a funcionar...

â€”Eso ya lo has dicho antes. â€” ReplicÃ³ poniendo los ojos en blanco. â€”Hipo, no puedo perderte.

Entonces me quedÃ© callado. Mi padre jamÃ¡s habÃ-a sido un padre afectuoso y cariÃ±oso, era distante y frÃ-o. Era la primera vez que lo veÃ-a asÃ-, era la primera vez que me hablaba asÃ-. Me sentÃ- mal por Ã©l, pero debÃ-a entender que no habÃ-a otra opciÃ³n.

â€”PapÃ¡, debo intentarlo. â€” Le dije, acercÃ¡ndome a Ã©l. â€”Hay muy pocas probabilidades de que otra persona en un futuro se dÃ© cuenta de lo que yo. â€” Mi padre se quedÃ³ callado, mirando al suelo. Yo meneÃ© la cabeza. â€”Lo siento, papÃ¡.

PasÃ© por su lado con un nudo en la garganta que tuve que reprimir.

Ahora debÃ-a ser fuerte. MirÃ© hacia delante, dispuesto a enfrentarme a la Muerte Verde, pero mi padre me cogiÃ³ por el brazo y me atrajo hacia Ã©l. Justo cuando iba a reprenderle, Ã©l me abrazÃ³ fuertemente. Nunca antes me habÃ-a abrazado. SentÃ- todo su cariÃ±o en ese abrazo y le correspondÃ-.

â€”Estoy muy orgulloso de ti, hijo. â€” Me susurrÃ³. Nos separamos y Ã©l me mirÃ³ sonriente. â€”Y seguro que tu madre tambiÃ©n lo estarÃ-a.

Le sonreÃ-, emocionado por ese momento que habÃ-amos compartido juntos. Astrid se acercÃ³ a mÃ-, volando encima de Tormenta y me pegÃ³ un puÃ±etacito, pero esta vez era muy dÃ©bil. NotÃ© que estaba preocupada y tambiÃ©n al borde del llanto.

â€”Ten cuidado, Hipo. â€” Me dijo. Yo asentÃ- y salÃ- volando, en direcciÃ³n a la Muerte Verde. â€”Â¡Y mucha suerte! â€” Me gritÃ³ con voz rota.

Desdentado y yo volamos cautelosamente cerca de la Muerte Verde; por suerte, Ã©sta no se habÃ-a dado cuenta de nuestra presencia, en su lugar, seguÃ-a con la vista clavada en nuestros amigos, los cuales habÃ-an empezado a alejarse, pero seguÃ-an atacando a Merciless. MirÃ© a Astrid y ella me sonriÃ³, elevando el dedo pulgar. Seguramente era un plan para que el Seadragonus no nos viera hasta que nosotros lo decidiÃ©ramos. Le sonreÃ- y vocalicÃ© un "gracias".

â€”Bueno, Â¿y quÃ© hacemos? â€” Me preguntÃ³ perdido Desdentado. MirÃ© a Merciless y suspirÃ©, llenÃ¡ndome de fuerza.

â€”Merciless ha de tener alas, Â¿no? â€” Le preguntÃ©, sin quitarle la vista de encima.

â€”No sÃ©, nunca he oÃ-do que la Muerte Verde volara, creo que ningÃºn dragÃ³n lo ha visto jamÃ¡s. â€” Me explicÃ³, manteniendo las distancias, aunque yo querÃ-a acercarme.

â€”DescubrÃ¡moslo. â€” Dije, dando por finalizada la conversaciÃ³n.

Hice subir a Desdentado hasta la cabeza de Merciless, el cual no se dio cuenta de nosotros hasta que Desdentado le lanzÃ³ una bola de fuego a la cara. (Una orden mÃ-a que Ã©l a regaÃ±adientes cumpliÃ³). Seguimos atacÃ¡ndole durante largo rato, hasta que finalmente el Seadragonus rugiÃ³ enfadadÃ-simo, levantÃ¡ndose del suelo. De su espalda salieron dos alas gigantescas, se notaba que ese dragÃ³n tenÃ-a muchos aÃ±os encima, pues estaban algo rotas y jurarÃ-a que aÃºn siendo grandes eran algo dÃ©biles.

Desdentado se fue intuitivamente hacia arriba, cosa que iba a pedirle, asÃ- que no le dije nada. La Muerte Verde elevÃ³ el vuelo rÃ¡pida pero dificultosamente, para seguirnos.

â€”Seh, sabe volar. â€” ComentÃ³ Desdentado, mirando con el rabillo del ojo hacia atrÃ¡s.

â€”Pues dÃ©mosle un paseÃ-to. â€” Le dije. Desdentado me mirÃ³ extraÃ±ado. â€”Â¡Arriba!

Aun sin saber si debÃ-a hacerlo o no, Desdentado me obedeciÃ³, subiendo por encima de las nubes, en donde no estaba chispeando, aunque el cielo estaba gris y hacÃ-a muchÃ-simo frÃ-o. El viento helado nos daba en la cara y tiritamos un poco. MirÃ© hacia atrÃ¡s, viendo que Merciless estaba a punto de alcanzarnos.

â€”Â¡Hipo! â€” OÃ- que gritaba Astrid, que seguramente estaba viendo, como los demÃ¡s, nuestras figuras en las nubes.

â€”Â¡Vuela en zigzag! â€” Le ordenÃ© a Desdentado, que empezÃ³ a volar de derecha a izquierda. ObservÃ© que a Merciless le costaba demasiado seguirnos el ritmo. â€”Sus alas estÃ¡n muy daÃ±adas y es demasiado grande para tener tu misma agilidad. â€” Le comentÃ©.

â€”Ya veo. â€” Dijo Desdentado, que intentaba volar rÃ¡pido a pesar de sus heridas y de estar cansado.

La Muerte Verde rugiÃ³ frustrada, al ver que no podÃ-a cogernos. Yo no querÃ-a que nos cogiera, pero tampoco querÃ-a alejarme; estaba jugando con Ã©l y la Muerte Verde lo notÃ³ enseguida. Esta vez lanzÃ³ bolas de fuego, sin ninguna niebla verde que pudiera hacÃ©rmelo prever. Algunas caÃ-an al suelo y en mi cabeza recÃ© porque no daÃ±ara a nadie.

â€”Desdentado, vuelve a ir hacia arriba. â€” Le dije y Ã©l me obedeciÃ³. Cuando subimos a una altura que me pareciÃ³ adecuada, yo le hice detenerse.

â€”Â¿QuÃ© haces? Â¡EstÃ¡ viniendo! â€” GritÃ³ asustado.

â€”Tranquilo, tengo un plan.

â€”Â¡Eso ya lo he oÃ-do tres veces! â€” Me dijo, con notable fastidio.

â€”Â¿Y nunca has oÃ-do que a la tercera va la vencida? â€” Le dije yo, justo cuando la Muerte Verde estaba a punto de cogernos.

Desdentado se fue hacia la izquierda, para evitar que nos chocÃ¡ramos y el Seadragonus subiÃ³ un poco mÃ¡s, para luego quedarse quieta en el aire, mirÃ¡ndonos.

â€”Â¡Ahora, Desdentado, abajo!

Ã‰l me obedeciÃ³ inmediatamente cuando vio a la Muerte descender hacia nosotros y la gravedad hizo que fuÃ©ramos mÃ¡s rÃ¡pido. Merciless rugÃ-a enfadada, quizÃ¡ por creÃ-a que le estaba tomando el pelo y no se equivocaba. LanzÃ³ varias bolas de fuego que calentaron el ambiente y Desdentado a duras penas lograba esquivarlas esta vez. Con lo que yo no contaba era con que el Seadragonus dispararÃ-a a la cola de pega de Desdentado.

â€”Â¡Mi cola! â€” GritÃ³, mirando hacia atrÃ¡s. Notamos que empezamos a perder el equilibrio. â€”Â¡Hipo, no puedo volar sin la cola!

â€”Tranquilo, tÃº sigue a este ritmo. â€” IntentÃ© calmarle.

â€”No puedo mÃ¡s, Hipo. â€” AdmitiÃ³, mirÃ¡ndome con el rabillo del ojo.

â€”Desdentado, confÃ-a en mÃ-. â€” Le dije bastante serio. â€”Yo no dejarÃ© que te pase nada.

Sin darme cuenta, utilicÃ© las mismas palabras que Ã©l me dijo el primer dÃ-a que lo montÃ©. Desdentado lo notÃ³ antes que yo y me mirÃ³ en silencio. Luego, volviÃ³ a mirar hacia el frente, aguantando como un campeÃ³n. EmpecÃ© a toser un poco; habÃ-a demasiado humo en el ambiente y yo empezaba a notar la falta de oxÃ-geno. Me virÃ©, observando cÃ³mo Merciless lanzaba bolas sin parar. Al ver que no daba en el blanco, abriÃ³ la boca y al fin vi que estaba haciendo lo que yo querÃ-a. La niebla verde empezÃ³ a aparecer en su boca.

â€”Â¡Ahora, Desdentado! â€” GritÃ©, pillÃ¡ndolo por sorpresa. Lo empujÃ© hacia la derecha, dÃ¡ndole a ver que querÃ-a que se pusiera frente al dragÃ³n, cayendo de espaldas. â€”Â¡Dispara!

Desdentado no sabÃ-a por quÃ© se lo pedÃ-a, pero confiÃ³ en mÃ- y disparÃ³ una bola de fuego, grande, brillante y potente y ocurriÃ³ lo que me imaginÃ©. La Muerte Verde podÃ-a estar todo lo protegida que Ã©l quisiera con las escamas de un Furia Nocturna, pero todos los dragones son inofensivos por dentro al fuego. La Muerte Verde empezÃ³ a gruÃ±ir de dolor ya que su cuerpo empezÃ³ a arder en llamas y a desprenderse. Poco a poco no quedÃ³ nada de ella.

TosÃ- de nuevo por la falta de oxÃ-geno y me caÃ- de la espalda de Desdentado, cayendo entre el fuego y el humo que la Muerte Verde habÃ-a provocado. Desdentado intentÃ³ ponerse derecho, para descender de frente, mientras yo empecÃ© a sentirme mareado.

â€”Â¡La Muerte Verde ha estallado! â€” GritÃ³ Purohueso.

â€”Â¡Cuidado, alÃ©jense! â€” OÃ- que gritaba mi padre.

â€”Â¡A cubierto! â€” GritÃ³ Astrid.

Yo, por mi parte, empecÃ© a ver borroso y me costaba respirar. Al segundo, todo se volviÃ³ negro, pero oÃ- la voz de Desdentado.

â€”Â¡Hipo!

Y entonces todo quedÃ³ a oscuras y en silencio.

DESDENTADO POV:

ChoquÃ© en mitad de la isla, llenÃ¡ndolo todo de humo. RespirÃ© agitado. Me dolÃ-an las heridas. Las mirÃ©: estaban sangrando de nuevo. AcostÃ© la cabeza, eso ya no me importaba. El chipi-chipi logrÃ³ apagar parte del fuego que habÃ-a provocado la Muerte Verde y la otra parte cayÃ³ al mar. Ya no quedaba ni rastro.

La isla estaba llena de neblina gris y el ambiente empezÃ³ a volverse frÃ-o. Me empezÃ³ a doler la cabeza y me pesaban los ojos. AferrÃ© lo que tenÃ-a guardado contra mi pecho, era demasiado importante para

mÃ-, no podÃ-a dejarlo desprotegido por muy mal que me sintiera. Cuando quise cerrar los ojos, me vi obligado a abrirlos de nuevo, ya que oÃ- varios pasos acercÃ¡ndose junto con unas voces.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ una voz masculina y preocupada.
BocÃ³n.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ otra voz, esta vez femenina y asustada.
Astrid.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ una Ãºltima voz, mÃ¡s preocupada y asustada esta vez. Masculina y fuerte.

El papÃ¡ de Hipo fue el primero en salir de entre la neblina, jadeando, dejando ver que estaba cansado por todo lo que habÃ-a pasado y con un brillo de miedo en sus ojos. Me vio tirado en el suelo, hecho polvo. IntentÃ© mantener la compostura y no mostrarme muy dÃ©bil ante ese humano. DespuÃ©s, fueron apareciendo los demÃ¡s, en primer lugar estaban BocÃ³n, Astrid e InsÃºa, con el Libro de los Dragones entre sus manos temblorosas.

El padre se acercÃ³ a mÃ-, cayÃ©ndose de rodillas mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. Le vi llorando un poco, al parecer su orgullo se habÃ-a marchado, dejando salir a flote su tristeza. Astrid se acercÃ³, con las manos encima de la boca, mientras lloraba tambiÃ©n, rota de dolor, le escuchÃ© decir algo asÃ- como: "Oh, no...". InsÃºa se acercÃ³ a la niÃ±a y le colocÃ³ una mano en el hombro, junto con BocÃ³n, que le hizo lo mismo al seÃ±or pelirrojo.

â€”Pero, Â¿quÃ© hemos hecho...? â€” Se lamentÃ³ BocÃ³n.

â€”Fue culpa mÃ-a... â€” LlorÃ³ el padre.

BocÃ³n se acercÃ³ a mÃ- e intentÃ³ ponerme la mano en el hocico, como cierto chico al que no quiso escuchar... Le gruÃ±Ã-, desconfiado y Ã©l se alejÃ³. Le observÃ© bien: estaba roto de dolor al igual que todos los demÃ¡s, que no se atrevÃ-an a dar un paso mÃ¡s de donde estaban, cabizbajos.

â€”Lo siento muchÃ-simo. â€” Se disculpÃ³, volviendo a estirar la mano.

AbrÃ- los ojos sorprendido. Â¿Un humano me estaba pidiendo perdÃ³n? Â¿Un humano que habÃ-a dedicado toda su vida a ayudar a aquel que nos hizo la vida imposible? Me conmovÃ- un poco y decidÃ- acercar mi hocico a su mano, dejÃ¡ndole tocarme. Luego, me separÃ© y sonreÃ-.

â€”AsÃ- me gusta... â€” Dije, satisfecho por haber conseguido sus disculpas.

SabÃ-a que ellos no me entendieron, pero sÃ- me oyeron gruÃ±ir en su lugar y me miraron. AbrÃ- las alas, las cuales tenÃ-a contra mi pecho, dejÃ¡ndoles ver lo que tenÃ-a escondido y protegido. Todos abrieron los ojos como platos, incluidos los dragones. Astrid me mirÃ³ sorprendida y dejÃ³ de llorar de tristeza, para ahora llorar de alegrÃ-a; BocÃ³n abriÃ³ la boca sin creerse lo que estaba viendo; InsÃºa me mirÃ³ a los ojos sin decir palabra y el padre balbuceÃ³ algunas cosas, presa de la felicidad y la sorpresa.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ alegre, cogiendo al pequeÃ±o de entre mis patas, en donde lo habÃ-a protegido del fuego. â€”Â¡Hijo! â€” El padre empezÃ³ a llorar de felicidad, abrazando a su hijo con todas sus fuerzas. ColocÃ³ una oreja en su pecho y llorÃ³ aÃºn mÃ¡s. â€”Â¡EstÃ¡ vivo! â€” Todos lanzaron un grito ahogado de incredibilidad y el padre me mirÃ³ emocionado. â€”DespuÃ©s de todo lo que te hemos hecho, tÃº te has sacrificadopara traerme a mi hijo con vida...

â€”Es increÃ-ble... â€” ComentÃ³ InsÃºa.

â€”No, no lo es. â€” Le contradijo Astrid, quitÃ¡ndole el Libro de entre las manos y arrancÃ¡ndole la primera hoja, en donde estaba escrita una advertencia errÃ³nea. â€”Es compasiÃ³n.

Me sonriÃ³ feliz y yo le sonreÃ- complacido, dÃ¡ndole gracias por su comentario acertado. Humanos y dragones celebraron que estuviÃ©ramos vivos, sanos y salvos. Astrid me abrazÃ³ fuertemente, llorando de alegrÃ-a, sin poderse creer lo que habÃ-a pasado y yo la dejÃ©. Cuando se apartÃ³, el padre de Hipo me mirÃ³ de nuevo, con una sonrisa de felicidad en su cara.

â€”Muchas gracias por salvar a mi hijo... â€” Me agradeciÃ³. BocÃ³n se acercÃ³.

â€”Bueno, lo que quedÃ³ de Ã©l... â€” ComentÃ³, provocando que Astrid, el padre y yo lo fulminÃ¡ramos con la mirada.

DejÃ© caer la cabeza contra el suelo. Las heridas me dolÃ-an mucho y no podÃ-a aguantar mÃ¡s. Astrid se acercÃ³ a mÃ-, preocupada, pero intentÃ³ tranquilizarme diciÃ©ndome que me pondrÃ-a bien y que me iban a curar. Pero a mÃ- eso ya me daba igual. LograÃ© salvar a lo que mÃ¡s querÃ-a y ya no me importaba lo que pudiera pasarme a mÃ-.

12. Amistad eterna

CAPÃ•TULO X:

**"Amistad eterna"**

HIPO POV:

Todo estaba negro, no podÃ-a ver nada, pero sÃ- oÃ-a voces, aunque me sentÃ-a tan mareado que a duras penas conseguÃ-a diferenciarlas. NotÃ© que estaba acostado en una cosa blanda, pero algo incÃ³modo. Al rato, empecÃ© a oÃ-r con mÃ¡s claridad las voces.

â€”TodavÃ-a no se despierta... â€” Esa era la voz de mi padre. La reconocerÃ-a en cualquier lugar.

â€”Paciencia, Estoico, el mÃ©dico dijo que podrÃ-a tardar un poco. â€” Ese ere BocÃ³n.

â€”Ese pequeÃ±Ã-n estÃ¡n impaciente por que se despierte, Â¡me da unos quebraderos de cabeza! â€” Se quejÃ³ riendo mi padre.

â€”SÃ-, pero recuerda que no podemos dejar que...

BocÃ³n se callÃ³ cuando me vio levantarme y yo abrÃ- los ojos, comprobando que estaba en un hospital. Me sentÃ-a algo traspuesto y confundido. Â¿QuÃ© era lo que habÃ-a pasado...? Â¡La Muerte Verde! Al final pudimos matarla y no ocurriÃ³ nada... Â¿O habÃ-a sido todo un sueÃ±o? Yo no era bueno inventÃ¡ndome historias, y menos si eran tan locas, pero es que eso no hubiera sido posible. TenÃ-a que volver a la realidad, a la aburrida monotonÃ-a que era mi vida.

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ de alegrÃ-a mi padre, abrazÃ¡ndome.

â€”Vale, aÃºn estoy soÃ±ando. â€” ComentÃ© en voz alta, sorprendido por su acciÃ³n. â€”Â¿O estoy muerto...?

â€”No, aunque lo has intentado. â€” Dijo BocÃ³n, poniendo una mano en mi hombro en signo de cariÃ±o.

â€”El mÃ©dico dijo que cuando te despertaras podÃ-as irte a casa. â€” Me informÃ³ mi padre. â€”IrÃ© a hacer el papeleo.

Cuando fue a salir, yo me iba a levantar de la cama, pero BocÃ³n me gritÃ³ no-sÃ©-quÃ© cosa y yo me quedÃ© parado mirando mi pierna izquierda. Estaba vendada, pero no tenÃ-a pie, sino un muÃ±oncito. Me quedÃ© en estado de shock un momento, mirando a mi padre y a mi "tÃ-o", que me miraban serios. BocÃ³n se puso a mi lado.

â€”Â¿QuÃ© me...? â€” PreguntÃ©, pero fui cortado por mi padre.

â€”Fuiste muy valiente, hijo. â€” Me dijo. â€”Pero todo tiene su sacrificio.

â€”Â¿Entonces no fue un sueÃ±o? â€” Me preguntÃ© a mÃ- mismo en voz alta.

â€”No. â€” Dijo BocÃ³n. â€”Tu pierna ortopÃ©dica te la hemos hecho InsÃºa y yo, la tenemos en casa. Ã‰l se encargÃ³ de mi mano y mi pie, asÃ- que no te preocupes.

Por mucho que me dijera eso, yo me sentÃ-a algo triste e incompleto. No pensÃ© que fuera a acostumbrarme a vivir asÃ- el resto de mi vida, medio cojo, pero tendrÃ-a que acostumbrarme. TenÃ-a a BocÃ³n, que tambiÃ©n tenÃ-a un pie ortopÃ©dico, y seguro que me ayudarÃ-a.

Tuve que salir del hospital en silla de ruedas, ya que mi pie estaba en casa, como me habÃ-a dicho BocÃ³n. Cuando lleguÃ© a casa, empecÃ© a tener mis dudas de que de verdad esto no era un sueÃ±o o que me habÃ-a muerto y estaba viviendo una ilusiÃ³n. Todos en Mema se conocÃ-an, porque Ã©ramos una isla demasiado pequeÃ±a, es mÃ¡s, parecÃ-amos un pueblo. El caso es que todos los memodianos, una vez nos vieron llegar a los tres, corrieron a mi encuentro.

â€”Â¡Hipo! Â¡Es Hipo! â€” GritÃ³ nuestra vecina, corriendo con los demÃ¡s.

â€”Â¡EstÃ¡ vivo! â€” Dijo otro.

â€”Â¡EstÃ¡ bien! â€” Se alegrÃ³ otro.

Yo les recibÃ- feliz, pero no entendÃ-a quÃ© estaba pasando. Luego,

me enterÃ©. Todos sabÃ-an lo que habÃ-a pasado. Iba a preguntar cÃ³mo es que se lo habÃ-an creÃ-do cuando llegamos a la entrada de mi casa, pero un puÃ±etazo en el hombro me interrumpiÃ³.

â€”Â¡Auch! â€” Me quejÃ©, sobÃ¡ndomelo.

â€”Â¡Eso por asustarme! â€” Me dijo sonriente Astrid.

â€”Â¡Pero, bueno!, Â¿es que siempre vas a estar asÃ-? Porque... â€” Antes de que terminara la frase, Astrid me interrumpiÃ³.

â€”Y esto... Esto por ser como eres. â€” Dijo, besÃ¡ndome en los labios, provocando que todos los presentes dijeran: "Oooooh".

â€”...podrÃ-a acostumbrarme. â€” FinalicÃ© una vez se separÃ³ de mÃ-, cambiando notablemente el final de la frase. Astrid me mirÃ³ algo sonrojada y BocÃ³n me dio un pequeÃ±o codazo.

â€""Solo una amiga", Â¿eh? â€” ComentÃ³ sonriente.

â€”Â¿TÃº vas a seguir? â€” Le preguntÃ© molesto.

â€”Cabalgamos dragones y Astrid besa a Hipo, â€” Dijo Mocoso, apareciendo junto con los demÃ¡s de entre la multitud. â€”no me quedan mÃ¡s dudas de que el mundo se ha vuelto loco.

Patapez se acercÃ³ a mÃ-, como los gemelos, que me mataron a preguntas. Fue cuando notÃ© que todo el mundo estaba raro y que mi padre dejÃ³ de empujar la silla. Iba a preguntarle por quÃ© no entrÃ¡bamos, cuando InsÃºa apareciÃ³ con algo entre las manos: la palanquita con la que movÃ-a la silla de Desdentado. Estaba algo cambiada, ahora era como un triÃ¡ngulo sin base. Me la entregÃ³ y yo la cogÃ-, en el silencio sepulcral que se habÃ-a creado.

â€”Espero que estÃ© bien. Que todos lo estÃ©n. â€” Dije, con algo de nostalgia.

â€”EstÃ¡n bien, seguro. â€” Dijo Astrid, sonriendo muy contenta, cosa que no entendÃ-. â€”Ahora todos estÃ¡n en casa.

Le sonreÃ- complacido. Me di cuenta de que todos me miraban muy sonrientes, como emocionados, incluido InsÃºa, que parecÃ-a estar al borde de un llanto de alegrÃ-a y euforia.

â€”Vale, Â¿quÃ© es lo que estÃ¡ pasando aquÃ-? â€” PreguntÃ© algo desconfiado.

Astrid rio divertida y se colocÃ³ el dedo Ã-ndice y pulgar en la boca para silbar. De pronto, oÃ- una voz infantil.

â€”Â¡El Susurrador de Dragones, ha vuelto! â€” Era... Â¿la voz del Terror?

â€”Â¡El Susurrador estÃ¡ despierto! â€” GritÃ³ eufÃ³rica la voz de... Â¿Purohueso?

â€”Â¡Hipo, ya despertaste!

Â¿Y esa Ãºltima era Tormenta? Un montÃ³n de dragones salieron de la

nada y las personas les dejaron paso. El Terror se acercÃ³ a mÃ-, junto con su hermano, que se notaba que estaba mucho mejor. Yo le abracÃ©, algo confundido, pero alegre por verlo sano y salvo. Tormenta y Barrilete me lamieron la cara, haciÃ©ndome cosquillas; Garfios ronroneÃ³ un poco mientras me acariciaba la cara y el Cremallerus me abrazÃ³ con los dos cuellos de sus dos cabezas. Cuando me soltaron, reÃ- contento. Notaba que me faltaba alguien, alguien muy importante y al que querÃ-a ver con toda mi alma.

â€”Â¿Y Desdentado? â€” PreguntÃ©, mirando a Astrid.

â€”Le hice una cola que funcionaba sola. â€” Me explicÃ³ BocÃ³n. â€”Y, bueno, ya sabes, Ã©l es un alma libre...

Me desanimÃ© un poco. No pude ni decirle adiÃ³s... Pero Desdentado era asÃ-, no podÃ-a esperar que un dragÃ³n tan orgulloso e independiente cogiera cariÃ±o a un niÃ±o como yo y quisiera pasarse la vida conmigo, Â¿no?

â€”Â¡Hipo! â€” GritÃ³ una voz desde dentro de mi casa.

â€”Â¡Furia Nocturna va! â€” GritÃ³ InsÃºa, haciendo que todos se cubrieran la cabeza, mientras un dragÃ³n negro, de ojos verdes y vivarachos bajaba por el techo de mi casa.

â€”Â¡Desdentado! â€” GritÃ© alegre al verlo. Ã‰l se lanzÃ³ contra mis brazos y lo abracÃ©.

â€”Â¡Hipo, ya despertaste! â€” Dijo alegre, mientras me tiraba de la silla de ruedas y me lamÃ-a la cara.

â€”Â¡Desdentado... Jajajaja! Â¡Para, que me haces cosquillas! â€” Le dije, intentando quitarle de encima. â€”Astrid, Â¡eres una mentirosa! Â¡Me dijiste que estaban en casa!

â€”Y lo estÃ¡n. Ahora sÃ-. Sanos y salvos por fin. â€” Me dijo sonriente.

â€”Pero, Â¿cÃ³mo...?

â€”Â¡Sorpresa! â€” Gritaron todos los memodianos y los dragones, extendiendo sus manos y alas respectivamente.

â€”Pero, bueno, Â¿quÃ© ha pasado aquÃ-? â€” PreguntÃ©, sin salir de mi asombro.

â€”Bueno, nos costÃ³ lo nuestro, pero logramos que los dragones pudiera quedarse en Mema como mascotas... â€” Me explicÃ³ mi padre. â€”O como amigos.

â€”SÃ-, menos mal que me tenÃ-an a mÃ- para hacerles bien el truco de la mano. â€” ComentÃ³ Astrid, mirando a BocÃ³n.

â€”Un momento... Â¿Todo eso en un dÃ-a, mientras yo dormÃ-a? â€” PreguntÃ©.

â€”Â¿Un dÃ-a? â€” Dijo extraÃ±ado BocÃ³n. â€”Â¡Hipo, llevas un mes en coma durmiendo!

â€”Â¿Â¡QuÃ©!? â€” GritÃ© sorprendido. Desdentado asintiÃ³.

â€”Y muchas cosas han cambiado por aquÃ-, hijo. â€” ComentÃ³ mi padre, poniendo su mano en mi hombro y colocÃ¡ndose al lado de BocÃ³n. â€”Ahora me verÃ¡s todos los dÃ-as.

â€”Â¿Y tu trabajo? â€” PreguntÃ©.

â€”Tranquilo, dejÃ© el antiguo y ahora soy profesor en tu colegio. Â¡Estaremos juntos todos los dÃ-as!

â€”Â¿Â¡QuÃ©!? â€” GritÃ© asustado.

â€”Â¡Jajajajaja! Â¡Es broma, hombre! â€” Rio mi padre.

â€”Uf...

â€”En realidad soy el conserje.

â€”Â¿Â¡QuÃ©!? â€” VolvÃ- a gritar.

â€”Na, es broma. â€” Dijo, haciendo que me calmara. â€”Estoy parado, en realidad. Me despidieron.

â€”Â¿Â¡QuÃ©!? â€” VolvÃ- a gritar. â€”Â¡Pero, papÃ¡, Â¿de quÃ© vamos a vivir?!

â€”Tranquilo, Hipo, en realidad yo soy el que trabaja de conserje en tu colegio. â€” Dijo BocÃ³n sonriente.

â€”Â¡Jajajajajaja! â€” EmpecÃ© a reÃ-rme, creyendo que seguÃ-an tomÃ¡ndome el pelo. â€”Â¡Muy buena, BocÃ³n!

â€”Es verdad, Hipo, â€” InformÃ³ Astrid. â€”lleva ya una semana ahÃ-.

â€”Creo... que me voy a desmayar... â€” Dije, sintiÃ©ndome mareado y desplomÃ¡ndome. Desdentado me cogiÃ³ en su hocico, para parar la caÃ-da.

â€”Â¿Un mes durmiendo y sigue teniendo sueÃ±o? â€” PreguntÃ³ BocÃ³n. â€”Â¡Este niÃ±o es un dormilÃ³n!

â€”Lo que es, es la reina del drama... â€” ComentÃ³ Desdentado, haciendo que los otros dragones se rieran.

HabÃ-a pasado ya una semana desde lo acontecido y yo empecÃ© a volver a mi ritmo de vida normal. Resulta que lo que me dio InsÃºa era la palanca para mover la cola de Desdentado (BocÃ³n me mintiÃ³ en lo de la cola automÃ¡tica) y tambiÃ©n mi pie ortopÃ©dico. Me dijeron que asÃ- serÃ-a mÃ¡s fÃ¡cil cuando volÃ¡ramos y a mÃ- me pareciÃ³ bien.

â€”Tranquilo, compaÃ±ero, yo te harÃ© una cola automÃ¡tica. â€” Le dije a Desdentado, mientras cogÃ-a el Libro de Dragones.

â€”No te lo recomiendo. â€” Me dijo BocÃ³n, que habÃ-a venido a traerme el libro. â€”Yo lo intentÃ©, pero Ã©l me boicoteaba. Pensaba que era porque me odiaba, pero despuÃ©s empecÃ© a hacerle una cola como la que tÃº le hiciste y no me hizo nada.

Dicho esto, BocÃ³n se fue de mi habitaciÃ³n y yo mirÃ© a Desdentado algo desconcertado. Ã‰l mirÃ³ al suelo, haciÃ©ndose el inocente.

â€”Â¿Desdentado...? â€” Dije con tono de pregunta.

â€”Es que... â€” EmpezÃ³ a explicar. â€”SÃ© que eres un sensiblÃ³n y que te pondrÃ-as tonto si me iba sin despedirme.

â€”Pero eso no explica que no quieras una cola que funcione sola.

â€”Eso es para que sigas sintiÃ©ndote Ãºtil en algo. â€” RespondiÃ³, mirando hacia la ventana.

â€”SÃ-, seguro. â€” Dije, sin creÃ©rmelo. â€”Me has cogido cariÃ±o, pero eres un orgulloso como la copa de un pino.

â€”Â¡No es verdad!

â€”Â¿Ah, no? No me parece a mÃ- eso verdad, viendo que arriesgaste las escamas para salvarme la vida. â€” ComentÃ©, escogiendo un boli adecuado para escribir en el Libro.

â€”Eso no fue asÃ-. VerÃ¡s, estaba volando y te vi delante de mÃ-. Por inercia te cogÃ-. â€” Se inventÃ³ Desdentado, mirando a abajo. Yo reÃ- por su comentario y seguÃ- con lo mÃ-o.

En resumen, resulta que no sÃ© si soy el Susurrador de Dragones, pero sÃ- sÃ© que en Mema soy un entrenador. La alcaidesa Gothi no se creyÃ³ nuestra historia (gente normal), pero cuando Astrid y compaÃ±Ã-a le mostraron mi truco, ella y toda Mema se lo creyÃ³. Les costaba mÃ¡s creerse que les oyera hablar, asÃ- que tuve que demostrÃ¡rselo. Al final se lo creyÃ³ tambiÃ©n y me dijo que debÃ-a entrenarlos para evitar riesgos. AceptÃ© gustoso.

BocÃ³n me dio el Libro de Dragones, que ahora pasÃ³ a ser mÃ-o. InsÃºa me contÃ³ que Astrid habÃ-a arrancado la primera pÃ¡gina del libro, en donde estaba esa tonta advertencia que era mÃ¡s falsa que un billete con la cara de Popeye; decidÃ- escribir una frase que sÃ- era verdad. Justo cuando acabÃ© de escribir, Astrid golpeÃ³ mi ventana, montada encima de Tormenta.

â€”Â¡Eh, Hipo! â€” Me llamÃ³. Yo abrÃ- la ventana. â€”Todos nos estÃ¡n esperando en la plaza, Â¿quieres echar una carrerita? â€” MirÃ© a Desdentado y Ã©l asintiÃ³ muy feliz.

â€”Nos encantarÃ-a.

Me acerquÃ© a la mesa, al lado del Libro estaba la cinta de mi madre y encima de ella estaban las escamas de la mamÃ¡ de Desdentado. Ambos nos acercamos y las miramos un momento.

â€”Hasta luego, mamÃ¡. â€” Dijimos a la vez.

â€”Â¿QuÃ© estabas escribiendo? â€” Me preguntÃ³ Astrid, dÃ¡ndose cuenta de que el Libro estaba encima de la mesa.

â€”Oh, una cosa. â€” Le respondÃ-, sin entrar en detalles, mientras

me subÃ-a al lomo de Desdentado.

â€”Â¿El quÃ©? â€” PreguntÃ³ curiosa. Yo me encogÃ- de hombros.

â€”Si me ganas en la carrera, te lo digo. â€” La retÃ©.

â€”Â¡Muy bien, entonces no pasa nada: te voy a ganar! â€” Dijo sonriente, echando a volar con Tormenta.

â€”Â¡Eso lo veremos! â€” Le gritÃ© echando a volar con Desdentado. â€”Â¡A por todas, campeÃ³n!

â€”Â¿Y a mÃ- no me lo dices? â€” PreguntÃ³ curioso Desdentado.

â€”Hum... Me lo puedo pensar. â€” Dije, haciÃ©ndome el interesante. Ã‰l gruÃ±Ã³ un poco y decidÃ- ceder un fisco. â€”Digamos que en ese libro no van a haber mÃ¡s mentiras.

Ã‰l me mirÃ³ sin comprender, pero no dijo nada mÃ¡s y se dedicÃ³ a intentar pillar a Tormenta en una carrera por toda Mema. GritÃ¡bamos eufÃ³ricos y divertidos, como dos niÃ±os pequeÃ±os.

...**Nadie** puede cambiar quiÃ©n es, pero **todos** elegimos quiÃ©nes queremos ser y cÃ³mo queremos ser recordados en un futuro. Actualmente hay un prejuicio constante con todo el mundo, que nos obliga inconscientemente a cerrar la puerta a personas maravillosas por lo que parecen ser...

Los humanos tenemos cosas malas: somos prejuiciosos y superficiales; pero tambiÃ©n tenemos una caracterÃ-stica que es fundamental: la humanidad. La humanidad es tener compasiÃ³n, empatÃ-a, consideraciÃ³n... Pero Ãºltimamente nadie lo demuestra, porque se cree que esto es ser dÃ©bil. QuÃ© equivocaditos estÃ¡n...

Desdentado me hizo recordar que la apariencia engaÃ±a y la vista empaÃ±a, pues lo que en un principio parecÃ-a ser un monstruo despiadado, acabÃ³ siendo mi mejor amigo. Y es que me di cuenta de que los dragones tienen un instinto natural: protegerse a sÃ- mismos; pero me di cuenta de otro mÃ¡s importante que anteponen a Ã©ste: proteger a lo que aman.

Nadie en su sano juicio se creerÃ-a la locura que me pasÃ³ ni que un chico tan callado y torpe como yo ahora sea un entrenador de dragones y que lograra acabar con una bestia peligrosa. Pero, Â¿quiÃ©n creyÃ³ alguna vez que JesÃºs, un simple carpintero, pudiera ser hijo de Dios? Â¿QuiÃ©n creyÃ³ que la mujer algÃºn dÃ-a podrÃ-a trabajar y hacer su propia vida, sin depender de un hombre, reivindicando sus derechos? Â¿QuiÃ©n creyÃ³ alguna vez que pudiÃ©ramos vivir asÃ-?

Es **divertido** ver cÃ³mo seguimos creyendo que el mundo no puede cambiar, Â¡cuando a lo largo de la Historia no ha hecho otra cosa!; es **increÃ-ble** cÃ³mo todos llegamos a ser tan diferentes pero tan iguales a la vez; es **impresionante** el cambio que puede haber si abrimos la mente. Y es que aquel al que todos consideraban "un monstruo sin corazÃ³n" fue el Ãºnico que sacrificÃ³ su propia vida para salvar la mÃ-a, demostrando tener humanidad. Y eso es, como dirÃ-a mi amigo, muy _**icÃ³nico**_.

_Un dragÃ³n siempre tendrÃ¡ compasiÃ³n

>si antes la siembras en su corazÃ³n.

"RecogerÃ¡s lo que siembres"

13. CanciÃ³n

Tras haber terminado de subir el fic entero (espero que les haya gustado) decidÃ- subir la letra de esta preciosa canciÃ³n. AsÃ- como cuando acaba una pelÃ-cula sale una canciÃ³n al final, yo hago lo mismo con mis fic. Me pareciÃ³ que esta canciÃ³n encajaba perfectamente con lo que quise enseÃ±ar.

Grandes EspÃ-ritus

_Cuando la tierra era joven y el aire era dulce
>_y las montaÃ±as el cielo besabanâ€¦
>_Hace mucho tiempo, con sus muchos caminos,
>_el hombre y la naturaleza vivÃ-an codo con codo._

_La gran sabidurÃ-a no viene sin aprender
>_y no hay revisiÃ³n completa con nuestros ojos.
>_QuizÃ¡ pensemos que vemosâ€¦
>_De verdad vemos lo que hay a nuestro alrededor._

_Pero cuando vemos,
>_**Â¿lo hacemos con una mente abierta?**_

_EnseÃ±en a nuestros hijos __**a ver mÃ¡s allÃ¡ de las apariencias**__,
>_a ver el mundo __**a travÃ©s de los ojos el otro**__.

>_Si te ciegas en ti mismo, __**mirarÃ¡s pero no verÃ¡s.

>__Saber demasiado no es suficiente para ser sabio._

_Observemos las maravillas de lo que nos ha sido dado
>_en este mundo en el __**no todo es lo que parece

>__con cada papel que escogemos, cada giro que damosâ€¦

>_**Avancemos para nuevos comienzos.**_

_Grandes EspÃ-ritus de todo lo que un dÃ-a fue,
>_tomen nuestras manos y guÃ-ennos;
>_llenen nuestros corazones y almas con todo lo que saben.

>_Conocen la clave._

_**La clave para entendernos
>__**es vernos a travÃ©s de los ojos del otro**__.

>_Encuentren un modo de ayudarnos,
>_vean ambas partes._

_De verdad se tienen que ver ambas partes,
>_**Â¡ambas partes se han de ver!**_

PHIL COLLINS

End
file.